ABUSO SEXUAL

En los hogares Cristianos y la Iglesia



Carolyn Holderread Heggen

ABUSO SEXUAL

En los hogares Cristianos y la Iglesia





Carolyn Holderread Heggen

Primera edición en español: 2002

Dirección y revisión general: Henry Góngora
Traducción: Clara Helena Beltrán
Edición en Español: Elizabeth Soto, Olga Piedrasanta, Isdalia Ortega.
Carátula: Wendy Paola Aros
La publicación de éste libro es posible gracias al apoyo del Comité Central Menonita CCM. Akron, PA

ISBN 33-32552-6

EDICIONES CLARA
A.A. 57527 Bogotá D.C. Colombia
Email: clara@neutel.net.co

EDICIONES SEMILLA
Apdo. 371-1 Montserrat Zona 7 Ciudad de Guatemala, Guatemala
Email: Semilla@intelnet.net.gt

Impreso en Colombia
Buena Semilla
A.A. 29724 Bogotá D.C.

Recomendaciones

Lo mejor de este libro: reflexiona las causas del abuso en profundidad sin perder de vista a las "sobrevivientes" y sus testimonios de vida. Aspira a conductas ideales mientras atiende realidades y expresa claramente que no hay nada que pueda justificar el abuso de ningún tipo.

La amplia experiencia de la autora le permite abrir puertas de esperanzas sin minimizar el horror del abuso, que se vive aún en las iglesias y entre familias cristianas "respetables". El énfasis enriquecedor es que hay salidas posibles para sobrevivir a tanta barbarie, aún en situaciones en las que el abusador no se arrepienta, existe la posibilidad de un perdón unilateral. Perdón que libera a la persona para experimentar, en palabras de la autora, "la gracia de Dios, la sanidad y el gozo en su vida, a pesar de no haberse reconciliado con su abusador. Con seguridad las huestes celestiales se regocijan cuando una víctima toma este difícil y valiente paso" Un libro que todo líder debe leer para conocer una problemática ineludible hoy.

Beatriz Buono
Directora Editorial Certeza
Pastora de Mujeres Iglesia Bautista del Centro de Buenos Aires

Nunca antes se había hablado de esto en el marco de la comunidad cristiana; sin embargo, su experiencia puede ser de un alto porcentaje de las mujeres y niñas en cualquiera de nuestras iglesias.

Este libro nos ayuda a entender cómo el abuso sexual se relaciona con asuntos de poder y control. De particular interés para pastores, pastoras y otros líderes de las iglesias, están los casos reales que presenta la autora. La cita de numerosas confesiones de los propios agresores nos permiten ver cómo las creencias religiosas se confunden con otros factores en su mente. Son señales de alerta que nos indican dónde la formación cristiana tiene que adecuarse ante el peligro real de que se tome para legitimar la sujeción de niñas, niños y mujeres.

Este libro ofrece a la iglesia la esperanza no sólo de prevenir el abuso sexual sino también de contribuir al desarrollo de una sexualidad sana, comenzando con una buena base bíblica y teológica.

Irene Foulkes
Profesora de Biblia
Universidad Bíblica Latinoamericana.
San José Costa Rica

Este libro es maravilloso no por lo terrible de las experiencias relatadas en él sino porque una mujer agredida al leerlo en la identificación de sus lágrimas, puede iniciar el camino de su sanidad.

Es un libro excepcional, que sin duda va a ayudar mucho a los consejeros y consejeras, pastores y pastoras, y a todos nosotros los hombres, de "buena voluntad". Termina con un canto de esperanza ¡hay posibilidad de curación!

Que este libro lo podamos leer muchos hombres para reflexionar profundamente sobre nuestras vidas, y porque no, quizás hasta atrevernos a confesar nuestro pecado a las maravillosas mujeres que son el don de Dios para nuestras vidas.

Mario Higueros
Psicólogo – Psicoterapéuta
Decano Seminario Semilla Guatemala

Cuando el tema del ABUSO SEXUAL ha sido tabú en la sociedad pero mucho más en la iglesia y los hogares cristianos, nos llega la edición en español del libro de Carolyn Holderread Heggen.

La autora logra sensibilizar a sus lectores y lectoras frente a la realidad del Abuso Sexual y cómo los mitos religiosos lo han fortalecido con el patrón dominación-sumisión. También presenta alternativas de acompañamiento tanto a la víctima como al victimario, así como elementos preventivos frente a éste flagelo.

Hoy, cuando por fin alguien se atreve a desenmascarar la "negación" de tal hecho en el ámbito cristiano, la temática del libro se torna en una fuente de esperanza que invita a la comunidad de fe a revisar sus prácticas y vivencias las cuales siempre han de estar a favor de la persona abusada.

Alix Lozano
Directora Seminario Bíblico Menonita de Colombia

El abuso sexual: ¡He ahí otro de los grandes males que crece de manera alarmante en nuestro continente! Y ahora se revela, para mayor desgracia, que también es un mal infiltrado en la iglesia.

En este libro, la autora combina con sumo equilibrio, la seriedad teórica con la profundidad del compromiso cristiano para ofrecernos un valioso recurso pastoral y educativo. Ella, como psicoterapeuta, pero también como víctima sobreviviente del abuso, nos entrega una herramienta indispensable para el cumplimiento de la tarea sanadora y restauradora de la iglesia.

Harold Segura
Teólogo y Pastor
Asesor-Consultor Visión Mundial Internacional.

Contenido

Prólogo

Cuando Elizabeth Soto me solicitó que escribiera el prólogo, junto con ella, del libro de Carolina, me sentí muy honrada, a la vez comprometida y asustada de tocar este tema tan difícil de ser abordado como realmente es ¡Como un pecado que ofende el rostro del Señor! Por eso se justifica un libro sobre el Abuso Sexual. La iglesia necesita enfrentar este problema y trabajar en la prevención del mismo.

Urge entonces que nuestros líderes tomen conciencia sobre los factores que contribuyen al abuso sexual y hablemos abiertamente, confesando que como iglesia cristiana no hemos escuchado ni acompañado a la víctima presente en nuestros espacios de adoración a la sanidad integral como debemos. Por eso es importantísimo enfrentar con la compasión de Cristo la ardua tarea de hacer justicia, y trabajar hacia la restauración de la víctima que ha sido o esta siendo violentada aun en el nombre del evangelio. Qué restaurador sería para todos cuando podamos reconocer el problema dentro de nuestras iglesias y hogares cristianos. De allí la urgencia de este libro.

Es este libro leeremos historias reales de mujeres que han sido suficientemente valientes para compartir sus historias, por tanto debemos ser los suficientemente valientes para escuchar con compasión. Este libro surge de las historias de mujeres abusadas, recopiladas a través de los años de práctica clínica que la autora a ofrecido y las historias compartidas en el proceso de escribir este libro.

Los severos, inhumanos y repetidos abusos sexuales que sufren muchas mujeres por parte de sus familiares cercanos inclu-

so padres, hermanos, tíos y primos, es un problema serio con profundas repercusiones para las víctimas, para los propios abusadores, para los niños y las niñas y para la sociedad misma.

Las pruebas indican que mientras más pronto se produce la violencia en un ciclo biológico, más perdurables son sus efectos. Si el abuso sexual se da en niñas de temprana edad mayor serán los daños psicológicos y espirituales que esta niña pueda sufrir en el transcurso de su vida. Si una niña es abusada sexualmente por alguna persona de su familia ¿En quién puede ella confiar durante su etapa de crecimiento, adolescencia y edad madura? Si la imagen del padre es la imagen de Dios mismo, ¿Cómo ella puede creer en un Dios de amor si sólo ha recibido violencia y sufrimiento?

La violencia contra mujeres y niñas ocurre en una amplia escala, es más, los actos de violencia sexual ocupan un lugar prominente. Los datos de que se dispone –aunque se cree que no son datos reales porque la mujer comienza a ser abusada desde muy niña lo que impide una denuncia a su familia o a autoridades competentes- indican que al menos una de cada cinco mujeres de la población mundial ha sido maltratada física o sexualmente alguna vez en su vida. La violencia y el abuso sexual es una causa de muerte e incapacidad entre las mujeres en edad de procreación tan importante como el cáncer y provoca más muertes que los accidentes de tráfico y el paludismo juntos.

La mujer tiene más probabilidades de ser agredida al interior de su propia familia y su hogar y es más probable que resulte lesionada, violada o muerta por una pareja íntima actual o anterior que por cualquier otra persona.

Los datos que se disponen indican que:

En Puerto Rico cada semana y media, una mujer muere a manos de su pareja o expareja. (Lic. Ixa López Paláu, 1999)

En Colombia donde la guerra cobra diariamente tantas vidas, las cifras son alarmantes. El 81% de los casos de violencia do-

méstica es contra la mujer y el 91% de éstos casos se da por maltrato en la vida conyugal. Para 1999 se registró una tasa nacional de 149 lesionados en conflicto intrafamiliar por cada 100.000 habitantes (Memorias del primer encuentro nacional ecuménico de mujeres por la paz. 2001).

Entre las formas más comunes de violencia contra la mujer, en Panamá, es la violencia doméstica y familiar.

Entre el 16 y el 52% de las mujeres del mundo han sido abusadas sexualmente de una u otra forma, por parientes cercanos: Padres, hermanos, primos, tíos y conocidos de confianza.

En los Estados Unidos todos los días mueren diez mujeres a manos de su pareja, y el 74% de esas muertes ocurren después que la mujer ha dado por terminada la relación. El problema de salud número uno de las mujeres norteamericanas actualmente es la violencia doméstica. Cuatro millones de mujeres son golpeadas cada año por sus parejas (B. Nasher y S. Mehrtens., 1993).

Un estudio de los archivos judiciales de Zimbabwe reveló que el 59% de los homicidios de mujeres habían sido cometidos por la pareja íntima de la víctima. En Rusia casi la mitad del total de víctimas muertas fueron mujeres asesinadas por su pareja.

En la India, más de 20.000 mujeres fueron asesinadas o cometieron "suicidio" entre 1988 y 1993, porque no pudieron cumplir las demandas de aumento de la dote.

En Vietnam, la violencia fue la causa del 70% de los 22.000 divorcios registrados en 1991.

Al menos del 10 al 15% del total de mujeres en el mundo declara haber sido obligada a tener relaciones sexuales, además una proporción considerable de víctimas de agresión sexual es menor de 15 años.

Aunado a lo anterior, muchos abusadores influyen en la autoculpa de las mujeres haciéndoles creer que son ellas las que han propiciado el abuso. Ellas lo llegan a creer, lo que provoca

que su autoestima sea inadecuada, que no tengan en la vida relaciones interpersonales satisfactorias. Hay otras que se sienten sucias, impuras hasta llegan a una depresión crónica que las lleva a intentar quitarse la vida.

Jesús nos llama a sostener al oprimido y vulnerable y nuestra fe cristiana demanda que trabajemos por la equidad, la paz y la justicia. A la luz de es esta cruel realidad hacemos la aseveración como cristianos que creemos en las enseñanzas de la noviolencia de Jesús, que el abuso de cualquier forma que se tome es pecado –esta mal, por ende, es contra los valores del Reino de Dios.

Sin embargo, a pesar de este problema tan serio, con tantas aristas que se tienen que tomar en cuenta, Carolina nos trae esperanza al escribir acerca del arrepentimiento –admitir en forma decidida la atrocidad que se ha cometido, sintiendo una profunda tristeza y el deseo genuino de no hacerlo más. Este paso llevará al abusador a la restitución o reparación (muchas veces simbólica) debe tomarse como parte de un proceso para que el abusador se haga responsable de su pecado y la voluntad de enfrentar las consecuencias del abuso. Parte importante del proceso de sanidad integral es conocer el significado del perdón, lo que no es, y lo que es, si llegamos realmente a perdonar podemos aspirar a una reconciliación con el ofensor, podemos pretender relaciones interpersonales armónicas, maduras, en donde nuevamente se vean uno al otro como seres humanos que caminan juntos a una nueva oportunidad en la vida y con la presencia de Dios.

La autora nos ayuda a comprender que una congregación que exprese compasión y esta llegue del Espíritu, puede ser un recurso poderoso para la sanidad de la persona abusada, y trabajar efectivamente en cambiar las creencias que limitan a los hombres y las mujeres. Esta iglesia tiene un papel importante que jugar en la prevención.

Este libro es un instrumento significativo para combatir la violencia hacia la mujer, la autora misma es una sobreviviente del

abuso por lo tanto ella comprende los aspectos del abuso. Ella también ha recorrido el duro camino hacia la sanidad, convirtiéndose en un vivo testimonio del poder de Dios para sanar y transformar vidas quebrantadas. Carolina cuenta con un doctorado en consejería y una experiencia de 20 años en la práctica clínica. Ella ha puesto su experiencia al servicio de la comunidad cristiana en países como Guatemala y Puerto Rico. Ha dictado talleres sobre el tema y cómo puede la iglesia responder más sensiblemente tanto a la víctima como al ofensor. Ella ama a la iglesia lo suficiente como para pedirle que sea responsable y fiel en atender las necesidades de las víctimas. La autora tiene una visión de la iglesia como fuente de sanidad y transformación. La autora ofrece en este libro formas en la cual la iglesia puede ministrar a ambos, tanto a la abusada como al abusador y enseña formas en que los miembros de la iglesia pueden desarrollar una sexualidad saludable. El libro también incluye recursos litúrgicos escritos por sobrevivientes para ser usado en nuestros espacios de adoración.

La traducción y adaptación de este libro en español surge como un intento inicial de ofrecer a las iglesias un mejor manejo de este pecado que está presente, lamentablemente, en nuestros hogares cristianos y aún en las iglesias mismas. La urgencia de este material es uno que apremia para poder desenmascarar el patriarcalísmo que las iglesias han aceptado como voluntad de Dios. Es este patriarcalísmo el que nutre una actitud de dominar a aquellos de menos poder. Esta actitud está basada en una sociedad feudalísta arcaica predominantemente colonial. Por lo tanto el hablar del tema en la cultura latina nos obliga ha reconocer las raíces de este mal. Este mal opaca las buenas nuevas liberadores de Jesús.

Soñamos con un mundo donde esta situación no existiera, pero... sigue y es a cada una de nosotras como mujeres comprometidas de construir el Reino de Dios en el lugar donde nos desenvolvemos que nos toca concientizar, sensibilizar, educar a to-

das las personas, hombres y mujeres, para que la mujer pueda vivir su vida como realmente Dios la desea, libre de prejuicios sexuales, libre del temor de ser abusada en cualquier momento, y libre para vivir con armonía. Amén!!

Olga Piedrasanta de Azurdia

Elizabeth Soto Albrecht

1



¿Qué es el abuso sexual y por qué es un pecado?

Una niña de tres años está visitando a sus abuelos. Mientras la abuela sale de casa, el abuelo le pide a la niña que se desvista; ella está aterrada, pero acepta. Él se masturba mientras la mira. ¿Es esto abuso sexual?

A un niño de cinco años lo dejan al cuidado de su hermano de quince. Este le sugiere al pequeño que se bañen juntos. Mientras están en la tina, el adolescente acaricia los genitales de su hermanito y le pide que haga lo mismo. El pequeño se siente avergonzado y desconcertado. ¿Ha abusado sexualmente, su hermano, de este niño?

El padre de una niña de diez años va a su cuarto a darle un beso de buenas noches. Le pone las manos en las mejillas, sosteniéndola firmemente, y empieza a besarla apasionadamente. Cuando el padre le mete la lengua, la niña se siente muy avergonzada e incómoda. Ella trata de evitar que su padre la siga besando pretendiendo que está dormida. ¿Está el padre abusando sexualmente de la niña?

Una niña de catorce años se despierta en medio de la noche porque siente que le están acariciando el pecho. Al abrir los ojos, ve que su padre se está acostando sobre ella, con las manos bajo su piyama. ¿Ha abusado el padre sexualmente de ella?

A una mujer de treinta y cinco años, con retardo mental y que vive en una casa especial, un joven trabajador social, quien además coordina la asistencia médica de los pacientes, le lleva regalos y dulces de chocolate para que pose desnuda ante él y le pide que no le cuente a nadie. El cuelga las fotos en el cuarto de su apartamento. ¿Se puede esto considerar abuso sexual?

Una joven recibe consejería pastoral en su iglesia. El pastor le dice que hasta que ella no supere los prejuicios que tiene acerca de los hombres, nunca tendrá una relación íntima con Dios. Como

parte de su consejería él incluye besos y abrazos. ¿Es éste un comportamiento abusivo?

Una anciana con Alzheimer se encuentra recluida en un ancianato dirigido por la iglesia. El director con frecuencia va a su alcoba y cierra con llave la puerta. El no se desviste ni la desviste a ella, pero se acuesta sobre ella y se masturba hasta llegar al orgasmo. Ella trata de decirle a las enfermeras que el director le está haciendo cosas feas, pero las personas asumen que está confundida. ¿Ha abusado el director sexualmente de ella?

Todos estos relatos son verdaderos. En cada uno de los casos, el autor confiesa ser cristiano. Creo que en todos los casos hubo abuso sexual. ¿Por qué?

El abuso sexual ocurre cuando una persona que está en condición de inferioridad en cuanto a edad, madurez y poder es engañada, acorralada, coaccionada o conducida por medio del soborno a una experiencia sexual. Esta ocurre cuando una persona que está en desventaja, ya sea por su discapacidad física o mental, edad o condición se ve involucrada en una actividad en la que se está estimulando sexualmente al abusador y la víctima no comprende o es incapaz de dar su consentimiento. El desequilibrio de poder entre la víctima y el abusador es definitiva al determinar si se trata de abuso o no. El desequilibrio de poder se puede deber a que el autor es de mayor edad, tamaño, posición, experiencia o autoridad.

La mayoría de los casos de abuso sexual no involucra violencia física. En su lugar, hay una forma de coacción y tergiversación de la actividad. La coacción es alimentada por el deseo del autor de que se mantenga en secreto el hecho, lo cual es necesario para evitar que alguna persona intervenga o impida el acceso a la víctima.

Trágicamente, las víctimas de abuso sexual son muy jóvenes o ancianos. La comunidad de terapeutas ha sabido durante mucho tiempo de la vulnerabilidad de los niños y las niñas ante el

abuso sexual. Hoy en día sabemos que con mucha frecuencia los ancianos y las ancianas están siendo víctimas de abuso. Debido a las limitaciones físicas no se pueden proteger de un contacto sexual no deseado. A razón de los efectos de la senilidad u otro desorden mental, son incapaces de defenderse psicológicamente. Los estudios de casos indican que cuando una persona anciana acusa a un ser querido de abuso, rara vez se le cree; por el contrario se le tilda de "senil" o "incompetente".

Personas de todas las edades, incapacitadas física o mentalmente, forman parte del grupo de personas vulnerables al abuso sexual. Su dificultad para expresarse puede impedirles, a estas personas, describir el maltrato que están sufriendo. Todas estas personas pueden estar enfermas, aisladas y temerosas de que no haya otro sitio a dónde ir. Con frecuencia esto es cierto. Los autores del abuso sexual eligen a los mayores y a los discapacitados porque saben de su vulnerabilidad, lo que les hace fácilmente sus víctimas.

En el abuso sexual se ignoran las necesidades y deseos de la víctima; por el contrario, ella es usada para proporcionar gratificación y estímulo al abusador. Este abuso puede tratarse de llegar al coito, de tocarle el pecho o los genitales a la víctima, de exponerla a que vea cosas o escuche sonidos que le produzcan estímulo sexual al victimario.

Algunas personas asumen que debe llegarse al coito o tenerse alguna forma de contacto genital antes de catalogar ciertas actividades como abuso sexual. Sin embargo, la interpretación moderna es que el abuso sexual puede presentarse aún sin contacto físico. El espacio personal, físico o emocional de un individuo se puede violar por medio de palabras, o al exponerlo a que vea imágenes que son de naturaleza sexual.

Algunas personas asumen que el abuso sexual que involucra el coito o el contacto genital es más dañino que cualquier otro tipo de abuso. La investigación y la evidencia clínicas no lo co-

rroboran de manera sistemática. Todas las experiencias de abuso sexual pueden causar daño y dolor a largo plazo si no son enfrentadas y curadas, pues de lo contrario causan un permanente trauma emocional.

Existen varias clases de abuso. El abuso sexual puede involucrar *contacto físico*. Este incluye acariciar el pecho o los órganos genitales de la víctima; besarla de una manera apasionada; obligarla a que toque los genitales al abusador; llegar al coito, tener sexo oral o anal. Esta es la categoría que siempre viene a la mente de las personas cuando piensan en abuso sexual.

Sin embargo, existen otras categorías importantes de comportamiento abusivo. El abuso sexual puede ser *verbal*. Una mujer de cincuenta años todavía recuerda la forma en que su padre se interesó en el desarrollo de sus senos. A medida que cambiaban de tamaño los llamaba maníes, después limones y por último naranjas. Siempre hacía bromas sobre sus senos cuando estaban sentados a la mesa. Su padre los inspeccionaba todas las mañanas para ver si eran demasiado reveladores de su figura femenina. "El actuaba como si fuera el dueño de mis senos y como si hubieran sido hechos para su placer. Aunque nunca los tocó, los comentarios que hacía sobre ellos me hacían sentir violada como si los hubiera tocado".

Otra mujer recuerda a su abuelo sosteniéndola en su regazo y haciéndole comentarios seductores y sexuales de sus "hermosos y jugosos labios" y de sus "pequeños y hermosos senos". En ese momento ella no comprendía por qué esto la aterrorizaba tanto, pero de adulta se dio cuenta de lo vulnerable y violentada que se sentía en esos momentos.

El abuso sexual puede ser *visual*. Una mujer recuerda el terror que sentía cuando su familia iba a visitar a uno de sus tíos. Este la llevaba a un cuarto y cerraba la puerta, luego sacaba revistas pornográficas y la obligaba a mirarlas. Aunque nunca la tocó, él se masturbaba mientras miraba cómo ella, avergonzada observaba las fotos.

Una mujer adulta recuerda la vergüenza que sintió de adolescente cuando su padre le quitaba la toalla al pasar de la ducha a su dormitorio. El la hacía permanecer desnuda y humillada ante él.

Otra mujer recuerda el temor y repulsión que sentía en su adolescencia cuando su padre le mostraba su cuerpo desnudo. Este también entraba a su cuarto o al baño sin tocar a la puerta. Cuando la encontraba desnuda, ella le gritaba y le decía que se saliera; su padre miraba sus partes íntimas, sonreía y salía. Cuando finalmente tuvo el valor de contárselo a su madre, ella respondió: “No seas tan sensible, después de todo sólo es tu padre”.

El exhibicionismo o “exposiciones indecentes”, como se le llama con frecuencia, se considera un acto criminal. Aparentemente el exhibicionismo de las partes íntimas de un extraño causa menos trauma psicológico que el que hace, con intenciones sexuales, un padre, otro miembro de la familia o un amigo en quien se confía.

Una mujer de sesenta años, quien ha estado casada durante cuarenta años y ha criado tres hijos, confiesa que aún no puede ver el cuerpo desnudo de su esposo sin sentir temor y repulsión. Cuando era una niña, su padre, que era pastor, de vez en cuando entraba a su alcoba, se bajaba los pantalones y la obligaba a mirar su pene erecto. Después de casi cincuenta años, recuerda el terror y las náuseas que sentía cuando esto ocurría. “Los mismos sentimientos me invaden cada vez que veo el cuerpo desnudo de mi amado y gentil esposo”.

El abuso sexual puede ser *psicológico*. Esta categoría de abuso sexual ocurre cuando un padre o madre sobrepasa el límite emocional apropiado entre el padre y el hijo o hija, con su comportamiento. Algunas veces a una joven se le trata como una esposa sustituta o confidente. Aunque la chica o el chico se puede sentir halagado por ser tan especial para sus padres, se confunde cuando se le dice cosas que, por instinto, sabe que son apropiadas sólo entre personas casadas. Con frecuencia, una sutil

dinámica sexual se convierte en parte de esa relación entre el padre y el cónyuge sustituto. Aun cuando esta dinámica sexual no se exprese abiertamente, causa confusión y un vínculo sexual inapropiado entre el padre y la hija.

Una mujer cuenta el trauma que experimentó de adolescente cuando su padre iba a su cuarto a charlar sobre "lo que a los hombres les gusta de las mujeres en la cama". Él sabía que ella no tenía experiencia pero le decía que le estaba haciendo un gran favor a su futuro esposo, preparándola para que fuera una buena amante. El empleaba su propia experiencia sexual con su madre como ejemplo de lo frustrante que era para un hombre estar casado con una mujer con "complejos sexuales".

Aunque ella le rogaba que dejara de hablarle de esas cosas, él siguió haciéndolo durante muchos años. Cuando ella intentaba contárselo a su madre, él trataba de disuadirla diciéndole que debido a "los tabúes que su madre tenía acerca de estas cosas" ella se divorciaría si sabía que él le estaba dando a su hija "lecciones privadas". Puesto que ella no quería ser la causa del divorcio, nunca se lo contó. Esta mujer hoy en día comprende que "aunque nunca me tocó de manera inapropiada, me doy cuenta de que fui víctima de incesto psicológico".

Con frecuencia algunos padres atemorizados que han encontrado a sus hijos involucrados en juegos sexuales, me piden que explique la diferencia entre un abuso sexual y un juego sexual normal en la niñez. Esta es una pregunta muy importante. Es normal que los niños y las niñas sientan curiosidad de sus cuerpos y del cuerpo de los demás. También es normal que toquen su cuerpo y el de otros en tal forma que sienten placer. Así aprenden acerca de sus cuerpos y lo que les gusta y no les gusta de ellos.

Si los niños y las niñas tienen más o menos la misma edad, el mismo tamaño y no están involucrados la coacción, el engaño ni la intimidación, el juego sexual puede considerarse como algo

normal. Pero, si un hermano mayor, niñera, u otro chico que cree tener autoridad compromete a un chico o chica con menos poder en una conducta sexual que el menor no entiende y no puede rechazar, entonces esa conducta se considera como abusiva.

Algunas veces, los chicos y las chicas de la misma edad tienen diferencias significativas en cuanto a la fortaleza de su ego y personalidad. Otras veces, hay situaciones en las que aquéllos de la misma edad son diferentes en su sentido de fortaleza personal y autoridad. En dichas situaciones el de menor capacidad puede ser coaccionado a realizar actividades que son claramente consideradas como abusivas.

¿Por qué está mal el abuso sexual?

Cuando Berta se casó con Francisco tenía 18 años, ya era madre soltera y Rosita tenía un año de vida. El tenía 38 años; asistía a una iglesia evangélica. Cuando la empezó a enamorar se portaba bien con ella; la trataba amorosamente, le ayudaba con víveres, leche y ropa para Rosita. Ella pensaba que era un buen hombre, ya que la trataba bien. Sus actitudes convencieron a Berta de empezar una nueva vida juntos.

Ya casados, él empezó poco a poco a cambiar su forma de dirigirse a ella; ya no era el hombre atento y amoroso de antes; cambió su carácter y se volvió hosco y malhumorado. A Francisco le gustaba que ella le sirviera, si no lo hacía bien le gritaba que le agradeciera que se había fijado en ella, ya que era fea y por algo la había dejado el otro hombre; además le decía que era una tonta, bruta y haragana. Ella se quedaba callada y hacía todo lo posible por quedar bien, esmerándose en los oficios de la casa.

A los pocos meses de casados, Francisco abandonó la iglesia, empezó a beber y llegaba a la casa a golpearla. También abusaba sexualmente de Rosita, su hijastra, aunque ella era tan sólo una niña. Berta se aguantó su sufrimiento y no dijo nada por miedo a Francisco. Pasaron así nueve años y tuvieron tres hijos. Ella no

dejó de ir a la iglesia; contó a algunas personas su situación pero no sintió apoyo alguno. Unas personas le dijeron que como era su esposo tenía que aguantar, otras que ella tenía la culpa porque lo provocaba; pero nadie hizo algo para ayudarla a pesar de ver en su rostro las marcas de los golpes y su tristeza profunda.

De pronto sucedió una tragedia en la familia, Francisco fue amputado de una pierna por Diabetes crónica. La vida de Berta se volvió más difícil, él la golpeaba con las muletas y tenía un carácter peor. Siguieron los golpes, gritos, pleitos; él dejó de trabajar y ella tenía que mantenerlo.

Un día Francisco dice a Rosita, quien ha ido creciendo, que cuando cumpla doce años se la llevará y vivirán juntos. El ha tocado sus partes íntimas desde que la niña tenía tres años, la controlaba en la escuela, no la dejaba usar vestidos cortos ni que se arreglara bien. Berta se ha dado cuenta de ello todo el tiempo pero nunca dijo nada porque tenía miedo. Berta decidió un día llevar a su hija a vivir con su abuela y abuelo, quien también trató de abusar de ella.

Berta contó todo el problema a una amiga y le dijo que no sabía qué hacer para evitar que su hija sufriera todo lo que ella misma había sufrido con su padrastro, quien había abusado de Berta. Decidió poner la queja a la Defensoría de la Mujer, de la Procuraduría de Derechos Humanos. Inmediatamente sus hijos y ella fueron protegidos en un albergue para madres solteras. Allí fue remitida para ayuda psicológica y también espiritual, las cuales continúa recibiendo.

Berta siente culpa, se siente traidora, pecadora; piensa que está pagando mal a quien le ayudó para que su hija Rosita creciera. Su dilema es cómo quedar bien con su hija y con su esposo; qué hacer para que sus hijos tengan a su padre y Rosita esté bien sin que Francisco la moleste. Son muchas sus preguntas y no encuentra respuesta.

Berta ha prometido a Francisco regresar con él a pesar de sus amenazas, pues le tiene lástima y no se atreve a denunciarlo ante los tribunales. Ella dice tener miedo y no quiere que por su culpa él cumpla la amenaza de lastimar a quienes se interpongan. Berta ha expresado que ya no ama a Francisco pero que le daría cólera y tristeza que él muriera por su Diabetes. Berta llora mucho en las psicoterapias y frente a quienes le ayudan espiritualmente, pues es difícil para ella pensar en que sus hijos crezcan sin su padre.

Lamentablemente, no se encuentran referencias bíblicas específicas que prohíban el abuso sexual del menor por parte de los padres. Los pasajes de Levítico que hablan de las prohibiciones sexuales para los Hebreos se refieren al contacto sexual entre un hombre y una mujer considerada como propiedad de otro hombre. Muchas relaciones familiares son identificadas como inapropiadas para tener intimidad sexual –hijo y madre, sobrino y tía, padre y abuela, hermano y hermana, y así sucesivamente. Es claro que se omite la prohibición contra el contacto sexual entre el padre y la hija o el padre y el hijo. Las prohibiciones de Levítico parecen prestar más atención a los derechos de propiedad de los hombres que al sufrimiento que causa este tipo de relaciones en las personas más vulnerables.

Marie Fortune, pastora ordenada y directora del Centro para la Prevención de la Violencia Sexual y Doméstica con sede en Seattle, hace un comentario directo y concreto sobre la conducta abusiva. Sus ideas son particularmente útiles para tratar de entender por qué el abuso sexual está mal.

Fortune (1983) observa que el abuso sexual es un pecado multidimensional. Es un *pecado carnal* que viola la integridad de la víctima y tiene como consecuencias una cantidad de aspectos relacionados con el cuerpo que duran toda la vida. Es un *pecado relacional* que acaba con la confianza y destruye la posibilidad de una relación saludable entre la víctima y el abusador. Igualmente, esto hace que a la víctima se le dificulte confiar en otros y por lo tanto impide las relaciones adecuadas presentes y

futuras. Es un *pecado social* porque se lleva a cabo en situaciones secretas en las que se sostienen relaciones abusivas y se crea un ambiente destructivo. Incluso aquéllos que no están directamente involucrados se ven afectados por el abuso cometido al miembro de una familia, una iglesia o una comunidad.

El abuso es un *pecado sexual* porque distorsiona y hace mal uso de la sexualidad. El abuso daña los sentimientos de la víctima acerca de su sexualidad y la deja con secuelas que cambiarán su habilidad de aceptarla y expresarla durante mucho tiempo después de que el abuso se hubo cometido.

Fortune dice que en términos de una teología de la creación, en la que los humanos son afirmados como criaturas hechas a imagen de Dios, actos de abuso sexual son blasfemos porque niegan lo sagrado del otro ser humano. En palabras corrientes ¡el abuso sexual está mal porque hiere a las personas y estas heridas son para toda la vida!

2



Consecuencias en las víctimas de abuso sexual

Algunas personas creen que al problema de abuso sexual se le ha dado más importancia de la debida. Ellas consideran que el abuso es el tema favorito de los medios de comunicación y al que las nuevas tendencias psicológicas responsabilizan por todo. Un pastor comentó recientemente: "¡estoy hastiado de que los terapeutas siempre estén tratando de extraer un problema de abuso sexual en todas las mujeres que ven!"

Otros se sienten frustrados porque todas las mujeres que tuvieron experiencias sexuales desagradables e inapropiadas cuando niñas "hacen una gran tragedia de esto. Después de todo, tan sólo fue una pequeña parte de su niñez. ¿Por qué no se concentran en las cosas buenas que le sucedieron?" Otros pueden exclamar: "¡Ella está usando esta experiencia como una excusa para autocompadecerse y hacer que las personas sientan lástima por ella!" Muchas mujeres han escuchado a pastores que usan el relato de la esposa de Lot (quien se convirtió en estatua de sal cuando miró hacia atrás) como una advertencia de lo inapropiado y peligroso que es "mirar hacia atrás", y pensar demasiado en nuestro pasado.

La comunidad de terapeutas se da cuenta ahora que sobrevivir a una experiencia de abuso sexual es como sobrevivir a la guerra. Los sobrevivientes de ambos frentes pueden sufrir desórdenes postraumáticos (DPT). Este desorden involucra un conjunto de síntomas característicos que se desarrollan después de que el evento estresante ocurrido está fuera del alcance de la experiencia humana.

Los síntomas de los DPT pueden incluir amnesia, pesadillas e imágenes retrospectivas. Los recuerdos son selectivos y mudos, pero las imágenes retrospectivas son intensos pedazos de recuerdos que traen todo el terror del incidente original. Muchos han descubierto que una vez que las imágenes retrospectivas empiezan a aparecer no hay manera de detenerlas. El siguiente poema

describe el proceso doloroso de recordar eventos traumáticos reprimidos por mucho tiempo.

Recuerdo

Recuerdo cosas, Señor
y aún me siento herida
una niña temblorosa
unas manos monstruosas
tocando - manoseando
llantos ahogados suplicando en la noche,
que me atraviesa como una puñalada
trayéndome recuerdos
como heridas abiertas
que me atormentan de nuevo.
Sáname, Señor.
Lava mis heridas
así como la lluvia limpia suavemente
el polvo de la flor,
así seré sanada
y llena de tu gloria.[1]

Muchas personas que trabajan en el campo de la salud mental creen que nada en la niñez puede perjudicar tan profundamente el bienestar emocional y espiritual de un ser humano como haber sido víctima de abuso sexual por alguien conocido y en quien confiaba. El abuso sexual es una violación del cuerpo, de los límites personales y de la confianza. Este destruye el sentido del valor individual. Esto convierte en objeto a las personas –los trata como objetos, como cosas. No es de extrañar que el abuso, algunas veces, sea llamado "el asesino del alma".

Muchos de los adultos que sufrieron el abuso han puesto tanta energía emocional para sobrevivir día a día que sólo hasta que empiezan la terapia se "dan cuenta de" los efectos causados por la experiencia de abuso que soportaron en la niñez. Sin saber la causa, las víctimas pueden tener un sentimiento de vaga ansie-

dad, o un dolor y tristeza emocionales que impregnan todo lo que hacen y todas las relaciones que establecen.

¿Por qué el abuso sexual en la niñez es una experiencia tan devastadora para las víctimas? ¿Cuáles son los efectos resultantes y los traumas para el adulto que ha sufrido el abuso?

Este capítulo explorará el mundo de los que sobreviven al abuso sexual. Tratará las formas variadas y creativas en que las víctimas tratan de protegerse del dolor y trauma psicológico que resulta del abuso. También examinará aspectos resultantes relacionados con la autoculpa, la autoestima, el cuerpo, las relaciones, la fe y la espiritualidad. Puesto que la naturaleza humana es compleja y multifacética, dos personas no responden exactamente de la misma forma a las experiencias de la vida. Sin embargo, existen temas y retos comunes que surgen en los sobrevivientes.

Mecanismos de autoprotección

Si la niña siente todo el tiempo el temor y la ira que están asociados con el abuso, se volverá loca. No podrá sobrevivir emocionalmente, vivirá como una criatura impotente en un hogar hostil y peligroso a menos que niegue la dolorosa realidad de su experiencia. Cuando a un ser humano se le causa un trauma insoportable, debe hacer algo para que sea soportable, más manejable. Algunas veces esto conduce a una enorme distorsión de la tan dolorosa realidad que ha tenido que enfrentar.

Los mecanismos de defensa son maneras de cambiar o distorsionar la realidad para reducir la ansiedad, el temor y el estrés. Freud fue el primero en observar que las personas distorsionan la realidad para protegerse del dolor emocional. Aunque cada mecanismo de defensa funciona de una forma diferente, hay dos características comunes. En primera instancia, son negaciones o distorsiones de la realidad, y en segundo lugar, con frecuencia funcionan inconscientemente.

Puesto que el abuso sexual infantil es una experiencia muy estresante y produce tanta ansiedad, los que sobreviven general-

mente usan diversos mecanismos de defensa para ayudarse a superarla. Estas defensas mantienen a la víctima inconsciente de la profunda verdad de sus heridas.

La negación es tal vez la forma más simple de todos los mecanismos de defensa. Al negar, la víctima se defiende a sí misma contra el dolor de enfrentar el abuso al "cerrar los ojos" a los indicios y fragmentos de memoria de la experiencia y su victimización. Si ella recuerda cuando su padre venía a su alcoba en la noche y la acariciaba, ella reestructura su memoria y cree que sólo estaba soñando. La negación le permite re- escribir su historia personal, re-estructurar los hechos dolorosos y por lo tanto fabricar una realidad más aceptable. La negación no permite que los niños y las niñas le cuenten a otras personas acerca del abuso que han sufrido; como adultos, la negación evita que enfrenten su experiencia y el dolor que ésta les provoca.

La represión es un mecanismo de defensa que evita que los sentimientos y recuerdos se hagan conscientes. Se trata de retirar involuntariamente algo doloroso de su consciente. Por medio de la represión muchas víctimas de abuso sexual infantil mantienen la fantasía de que ellas provienen de hogares maravillosos y que tuvieron una infancia perfecta. Cuando la víctima escucha a otras personas hablar de abuso sexual, usa la represión y puede decir sinceramente, aunque sea una equivocación: "¡Gracias a Dios esto nunca me ocurrió a mí!".

La racionalización es una reinterpretación de la conducta para que se torne más aceptable. La racionalización crea excusas aceptables para conductas que producen ansiedad. Las sobrevivientes con frecuencia tienen explicaciones convincentes del porqué alguien abusó de ellas. "El no se dio cuenta de que era a mí a quien estaba acariciando; él pensó que era mamá. Si ves, él siempre ha tenido problemas de sonambulismo". O, como otra mujer me explicó: "Sólo abusaba de mí cuando estaba borracho o cuan-

do tenía mucho estrés. Él nunca me hacía nada a menos que hubiera una buena razón para ello".

La curación requiere de fortaleza y seguridad para poder experimentar los sentimientos que han estado reprimidos por mucho tiempo. Los mecanismos de defensa permiten que la niña minimice sus percepciones del dolor que el abuso le provocó. Sin embargo, la curación requiere que ella vuelva a tener esos sentimientos y recuperar los recuerdos perdidos.

Con frecuencia me preguntan: "¿Por qué volver a traer a la memoria todos esos recuerdos dolorosos? ¿No es mejor dejar que las personas olviden su pasado si éste fue tan infeliz?" Si realmente fuera posible olvidar el trauma de la niñez y vivir una vida saludable y feliz, sin enfrentar esas heridas, yo estaría totalmente de acuerdo. Pero se requiere de una gran energía para mantener vigentes las defensas y borrar el trauma pasado. La energía que se requiere para mantener el dolor emocional reprimido no está disponible para otras cosas que queremos y deseamos hacer para vivir una vida feliz y de amor.

Aunque los recuerdos se puedan esconder en el inconsciente tienen gran energía y poder. Ellos tratan, en múltiples formas, de llamar nuestra atención, de decirnos que hay un trabajo emocional que se debe hacer. Ignorar estos recuerdos no va a funcionar para siempre. Pueden invadir nuestros sueños con fragmentos de información recurrentes, y algunas veces aterrorizadores acerca de algún asunto inconcluso que requiere de atención. La ira o el dolor enterrado puede escaparse en momentos inadecuados en lágrimas, gritos o rabietas. La ira reprimida puede explotar en repentinos ataques de rabia, que uno podría decir: "¿Y de dónde salió eso?"

En formas más sutiles, pero igualmente significativas, negar el dolor y enterrar los recuerdos afecta nuestra vida diaria. Nuestra habilidad de sostener relaciones saludables con nosotros mismos, con otros y con Dios está inexplicablemente atado a las

experiencias con las primeras personas que cuidaron de nosotros en nuestra niñez. El abuso sexual durante la niñez exige que sea enfrentado y no puede ser indefinidamente ignorado sin que ello cause un severo daño emocional, relacional y espiritual.

Consecuencias de la autoculpa y sus efectos hacia la autoestima

Las víctimas del abuso sexual que no han empezado su trayectoria hacia la curación, con frecuencia no pueden ver la relación entre el abuso que sufrieron en el pasado y los problemas que están teniendo en el presente. Muchos se sorprenden o no pueden creer que gran parte de los problemas que están enfrentando puedan estar relacionados con el abuso. Como dijo una de las sobrevivientes:

Yo siempre pensé que el problema estaba en mí, que yo había hecho algo terrible que no podía recordar pero por lo cual estaba siendo castigada y tenía que cargar este terrible dolor en mi corazón. Cualquier cosa que haya hecho con seguridad era la causa de la depresión que había sentido por tanto tiempo, mis desórdenes en el comer, mis comportamientos abusivos conmigo misma, y las relaciones frustradas que había tenido.

La supervivencia de los niños y las niñas depende de la influencia que tienen los adultos sobre ellos. Reconocer que las personas responsables de su cuidado y protección son violentas y abusivas les aterroriza. Si ellos y ellas no pueden confiar en que sus familiares quieren lo mejor para ellos y que los mantenga a salvo, ¿qué esperanza hay para sobrevivir en este mundo?

Es "más fácil" para una niña asumir que los padres no son crueles que no se puede confiar en ellos y que el abuso del que está siendo víctima en realidad es culpa suya. Culparse a sí misma disminuye su sentido de impotencia y vulnerabilidad. Ella sabe que es imposible cambiar al mundo o a los adultos que lo habitan. Sin embargo, puede encontrar alguna esperan-

za en creer que si ella pudiera ser diferente (tal vez menos atractiva, más despierta, o su corazón fuera más puro), ella podría evitar el abuso. Por lo tanto, la niña asume la responsabilidad por los pecados del abusador en un inconsciente intento por sentirse menos vulnerable.

Desde que trabajo con sobrevivientes adultas, con frecuencia me sorprendo de la fuerte inclinación que muchas aún tienen de culparse por el abuso que sufrieron. Las víctimas se sienten culpables por haber sido causa del abuso o por no haber sido capaces de detenerlo. "Creo que era muy hermosa", comenta una víctima. "Tal vez me desarrollé muy joven, antes de ser lo suficientemente madura para saber cómo defenderme", dice otra. "Si hubiera sido más valiente, hubiera escapado, pero siempre he sido muy cobarde". "Me sentía demasiado avergonzada y tímida para contarle a alguien lo que estaba sucediendo, por lo tanto no podía culpar a nadie más que a mí misma".

Aunque la autoculpa es una defensa común contra los sentimientos de absoluta impotencia para las víctimas, se convierte en algo destructivo cuando se lleva a la edad adulta. Muchas sobrevivientes adultas creen que porque se sienten culpables, realmente *son* culpables. Y como sienten que no valen nada, en realidad *no* valen nada.

Este exagerado sentido de responsabilidad personal por la victimización se convierte en parte de la estructura de la personalidad de muchas víctimas. A lo largo de su vida las víctimas pueden luchar con una enfermiza tendencia a aceptar la culpa y la responsabilidad de cosas que no les corresponden. Muchas víctimas escucharon a sus abusadores decir que el abuso era culpa de ellas. "Yo sé que tú en realidad quieres que yo te haga esto, por eso es que lo estoy haciendo". "Si no te pusieras esos vestidos tan *sexy*, esto nunca hubiera ocurrido. ¿Qué esperabas? Soy humano". "Si no defraudaras y deprimieras tanto a tu madre, yo podría obtener esto de ella".

Puesto que las víctimas equivocadamente asumían que eran las únicas que estaban siendo objeto de abuso sexual, se sentían aisladas y diferentes. Muchas cuentan haberse sentido como si tuvieran una marca indeleble en la frente que hacía que todo el mundo se diera cuenta con facilidad lo que les estaba sucediendo. "Una vez que el abuso empezó", dice una sobreviviente, "me sentía tan avergonzada que no era capaz de mirar a nadie a los ojos porque ellos podían decir lo que mi padre me estaba haciendo. Incluso no podía mirarme a los ojos en el espejo sin llorar y sentirme sobrecogida por la vergüenza".

Otra sobreviviente sentía que había caído a la tierra desde otro planeta. "¿Qué otra cosa podría explicar el hecho de que me sintiera tan diferente y aislada de las otras chicas de mi edad?" El siguiente poema, escrito justo antes de un intento de suicidio, expresa el sentido de soledad y aislamiento que muchas víctimas sienten.

¿A dónde vas, pequeña niña?
estoy sola
¿A dónde vas, pequeña niña?
estoy sola
¿Por qué estás llorando, pequeña niña?
no tengo a dónde ir
estoy sola
¿Qué has visto, pequeña niña?
estoy ciega
¿Qué sabes, pequeña niña?
nadie me puede tocar
estoy sola
nadie me puede ver
estoy sola
no hay nadie aquí

Las sobrevivientes y los sobrevivientes que no trataron de detener a sus abusadores o que aceptaron regalos o tener privilegios a cambio de sus favores sexuales pueden estar propensos a

sentir una profunda vergüenza como adultos. Una permanente e inquietante pregunta que se pueden hacer estas personas es: "¿Por qué no lo detuve?" Incluso el comparar el tamaño y la fuerza de una chica de 30 kilos de peso con el de un hombre de 80, tal vez no convenza a la sobreviviente de que era imposible resistir al abusador. Para la víctima es difícil creer que cualesquiera sean las circunstancias del abuso *nunca* es culpa de la niña.

Vivimos en una sociedad violenta.

Una de las formas en que las personas tratan de hacer frente a esta realidad es convenciéndose a sí mismas de que las personas que son brutalmente atacadas, violadas o irrespetadas les sucede esto porque de alguna forma "se lo buscaron". Las personas se sienten menos vulneradas si pueden culpar a las víctimas de la violencia por su desgracia. La tendencia de nuestra sociedad de responsabilizar a las víctimas aumenta el sentimiento que tiene el sobreviviente de que es su culpa y hace más profundos sus sentimientos de impotencia y vergüenza.

No son tan sólo sus experiencias con los abusadores lo que hace que ellas se sientan avergonzadas, sino una profunda creencia de que están arruinadas; no tienen ningún valor y se sienten mal. La mayoría de las víctimas sufre de una lastimosa autoestima baja. Muchas tienen un sentimiento de oscuridad interior, un gran vacío que les invade el cuerpo y el alma.

Una gran parte de la teoría psicológica y su investigación se ha centrado en la importancia de la autoestima como un determinante de la conducta y bienestar. Los investigadores han relacionado el hecho de que si se tiene una autoestima alta se puede tener buenas relaciones con otras personas, encontrar formas de enfrentar el estrés y ser creativo. Un estudio dirigido por el Departamento de Salud Mental de California (1979) encontró que tener una autoestima positiva era el mejor indicador de que se tendría una buena salud. La autoestima era un indicador más significativo de la salud que el medio ambiente, la herencia y el

acceso a los servicios médicos y psicológicos.

Las personas con baja autoestima tienen la tendencia a sentir que no son amadas y que no pueden amar. Ellas se aíslan; son incapaces de defenderse y están temerosas de hacer enfurecer a otras personas o de atraer la atención. Con frecuencia la autoestima baja está relacionada con la depresión; un problema frecuente en las personas que han sufrido de abuso. Puesto que muchas de las sobrevivientes fueron victimizadas cuando eran tan sólo unas niñas y cuando apenas se estaba formando la conciencia de su propia identidad, ellas no encuentran palabras para describir el profundo sentido de falta de valor hacia sí mismas. Simplemente pueden experimentar un sentimiento fuerte y a la vez vago de autodesprecio.

Un lamento común de adultas, víctimas de violación, es: "Quiero que me devuelvan mi antiguo yo y no puedo encontrarlo". Debido a que los estragos físicos y emocionales que causa la violación son tan traumáticos, con frecuencia la víctima encuentra que su mundo interno y externo son drásticamente transformados. Puesto que ha sido mancillada y apabulláda en una forma tan aterradora, la comprensión de quién es ella en relación con ella misma y el mundo es diferente. Incluso le es difícil recordar quién era, cómo sentía, y cómo era el mundo antes de haber sufrido la violación. Una mujer divide su vida en dos etapas: Antes de la violación (AV) y después de la violación (DV).

Muchas de las sobrevivientes del abuso incestuoso en su niñez no pueden recordar ningún momento antes de que el abuso empezara. En consecuencia, es muy difícil para ellas encontrarse a sí mismas. Por ejemplo, si el abuso comenzó para una sobreviviente a temprana edad, particularmente antes de que pudiera hablar, tal vez no tiene sentido de quién es, aparte de su victimización. La experiencia de su yo puede estar limitada a una identidad basada en la vergüenza de creer que "soy una chica mala que merece que le hayan hecho cosas malas". Su sentido de quién SOY YO antes de ser violada puede haber estado tan

profundamente escondido por tantos años que no tiene recuerdos de quién era antes del incesto.

Una sobreviviente de incesto recuerda:

No recuerdo cuándo empezó todo, ni siquiera cuando terminó. Por muchos años no entendía qué era "eso". Pero sé que lloraba mucho, y siempre tenía una relación tensa y difícil con mi padre. Por mucho tiempo luché contra la depresión y muchas veces intenté suicidarme para hacer que ese dolor se detuviera. No conocía las palabras incesto o abuso sexual, pero mi alma y corazón lloraban en lo más profundo hasta que ya no podía más.

Durante los últimos veinte años, después de muchas horas de terapia de grupo e individual con casi catorce diferentes profesionales, y después de haber leído libros sobre abuso sexual y de asistir a seminarios sobre el tema, he podido lentamente relacionar mis síntomas incoherentes y las piezas como de rompecabezas con relatos, conversaciones y sueños. He podido nombrar mi dolor dentro de la categoría de –¡abuso sexual!

Es importante que la víctima de abuso sexual, ya adulta, aprenda a conocer, a amar, y a sanar a la pequeña niña que solía ser. Sólo entonces ella podrá sentir verdadera compasión por sí misma y abrirse a una saludable intimidad con otros. Como parte de este proceso, una mujer que había sido víctima de abuso escribió este poema a su padre quien abusó de ella.

Perdida y Hallada

Pequeñita perdida
¿Quién puede calcular la pérdida?
Rizos rubios y ojos azules,
Nunca fueron destinados para alguien
tan malvado como tú,
Tomaste la inocencia de una niña,
¡Pero tú eres el deshonrado!
Estoy recobrando a la niña y tratándola con amor.

Está siendo nutrida por mí para que sea como su verdadero
Padre que está arriba.
Su espíritu sobrevivió y ha vuelto a la vida.
Mano a mano con Jesús, ella triunfará.
La victoria es mía; he logrado la meta de no ser como tú,
Mi vida será plena y feliz, pero eso no quiere decir que lo olvidaré.
Permanentemente atemorizada, mis heridas son profundas,
Por fin tengo una paz perdurable
y puedo dormir. Firmado,
La pequeña niña que se encontró a sí misma.

Marcas en el cuerpo

El abuso sexual es una violación devastadora de la integridad del cuerpo de la víctima. Ella no tiene control de lo que le está sucediendo. Le ha sido negada la libertad de escoger lo que hará con su cuerpo. Su cuerpo es humillado, herido y degradado. Es forzada a participar en actividades que no comprende. Su cuerpo es usado para causar placer a su abusador, sin tener en cuenta sus sentimientos o su derecho a tomar alguna decisión con respecto a él. En años posteriores el cuerpo puede tener recuerdos inconscientes que la mente no puede recordar. Los recuerdos del cuerpo pueden surgir en el momento menos esperado cuando libera sentimientos de violación y dolor reprimidos por mucho tiempo.

Puesto que su cuerpo fue el medio por el cual la víctima experimentó el abuso, es comprensible que la mayoría de las sobrevivientes tienen un gran conflicto con su cuerpo: "Por supuesto odio mi cuerpo", dice una víctima. "Mi cuerpo fue el que me metió en este problema en primera instancia". No es de sorprenderse que muchas víctimas de abuso sexual traten de destruir su cuerpo, el vehículo de su dolor, a través del suicidio.

Incluso después de que el abuso ha terminado, las víctimas pueden volver a victimizar su cuerpo con una cantidad de comportamientos autodestructivos. Con frecuencia, estos surgen de ira y odios inconscientes. Mientras que los hombres tienden a

dirigir su ira y odio hacia otras personas, las mujeres tienden más a dirigirlo hacia su interior y a tener conductas auto dañinas.

Estas conductas pueden ser de negligencia consigo mismas en cuanto a su salud e higiene personal; obesidad; arriesgarse demasiado y enfrascarse en discusiones innecesarias que pueden provocar el ataque violento por parte de otras personas; comportamientos adictivos y compulsivos; relaciones y prácticas sexuales autoabusivas; automutilación, cortándose, quemándose o golpeándose; además, pensamientos y comportamientos suicidas (Courtois, 1988).

¿Por qué una persona que acaba de ser herida tan profundamente desea seguir haciéndose daño? Tomemos por ejemplo el comportamiento automutilante como cortarse o quemarse a sí misma. Es importante recordar que el dolor interior que no ha sido curado resultante del abuso sexual es severo e implacable. El dolor psicológico es generalizado, vago y difícil de definir – una especie de terror flotante en la mente y espíritu de la víctima. Al concentrarse en un dolor específico, externo y localizado, causado por una quemadura o una cortada profunda, la víctima puede encontrar un alivio temporal de su agonía interna. La sangre y la herida se convierten en exteriorizaciones palpables de su dolor interno.

Además, poco después de que el cerebro registra el dolor causado por una cortada o una quemadura, éste libera endorfinas; químicos que actúan como un narcótico natural para disminuir el nivel de dolor.

Una sobreviviente explica sus comportamientos de automutilamiento de la siguiente manera: "Yo sentía como si mi cuerpo estuviera lleno de algo oscuro y podrido. Creía que si me cortaba, tal vez la repugnancia putrefacta podría salir y me sentiría menos malvada. Cuando veía la cortada irregular en mi brazo o en mi pierna, al menos sabía por qué estaba sufriendo. Y por poco tiempo el dolor disminuía".

Al trabajar con víctimas he descubierto que muchas aíslan una parte de su cuerpo para tolerar el odio y disgusto que sienten en todo él. Una mujer, que cuando era niña era obligada a tener sexo oral, odiaba su boca. Se quejaba de su tamaño y forma. Tenía docenas de coloretes con los cuales trataba de disfrazar el "repugnante" color natural de sus labios. Con frecuencia se ponía la mano sobre la boca para esconderla y las personas casi no le podían entender cuando hablaba.

Otra mujer culpaba sus senos que se habían desarrollado muy rápido en la adolescencia por lo que su padre había abusado de ella. Durante muchos años vistió ropa ancha y muy grande para disimular su pecho. "En realidad pienso que me sentiría aliviada si descubriera que tengo cáncer de seno y necesitara una doble mastectomía".

Otras expresan temor del cuerpo, de sus sensaciones y vulnerabilidades. Una estrategia que algunas víctimas desarrollan para sobrellevar esta ansiedad es aprender a aplacar las sensaciones físicas creando una generalizada insensibilidad en el cuerpo. "El dolor que sentía mi pequeño cuerpo cuando él abusaba de mí era atroz; entonces la única forma en que pude sobrevivir fue aprender a apagar mis sentimientos", dice una sobreviviente. "Desearía poder sentir buenas cosas en mi cuerpo ahora, pero supongo que es algo más que he perdido por el abuso que sufrí", agrega ella.

Problemas en las relaciones

Otra área en la que se presentan problemas para la víctima es en las relaciones interpersonales. Así como el abuso sexual es un violento pecado contra la integridad y santidad del cuerpo de la víctima, también es un grave pecado contra su capacidad para tener relaciones confiables y saludables. En una forma indirecta, cualquier persona que trata de establecer una relación íntima con alguien que fue víctima de abuso sexual, se convierte en víctima de este abuso.

Un aspecto vital en cualquier relación íntima saludable es la

capacidad de confiar. El abuso sexual destruye la confianza. Algunas personas asumen que el abuso cometido por un extraño puede ser más traumático que si el abusador es alguien que la víctima ama y en quien confía. Sin embargo, lo opuesto parece ser la verdad.

Recuperarse de cualquier tipo de abuso sexual es doloroso y difícil. Cuando el abusador es una persona en quien la víctima confía y a quien ama, surgen aspectos adicionales. La víctima pierde la confianza en que puede haber personas que cuiden sus intereses y la protejan. Si una niña no puede confiar en que los miembros de su familia la tratarán con respeto e integridad, entonces, ¿en quién puede confiar? La triste conclusión a la que llegan muchas víctimas es que en nadie se puede confiar. Con frecuencia, los sobrevivientes se sienten traicionados tanto por el que abusa de ellos como por los otros miembros de la familia, por no ser capaces de mantenerla a salvo. Este sentimiento de traición tiene efectos en la capacidad de la víctima de entablar relaciones confiables y saludables.

Puesto que han sido heridas por personas en quienes confiaban y a quienes amaban, las víctimas se pueden volver muy desconfiadas y cínicas hacia las intenciones y conductas de otros. Para ellas es difícil evaluar las motivaciones de las personas de una manera realista y objetiva. Al presentarse estas luchas es entendible que para las víctimas que no se han sanado les sea difícil entablar relaciones saludables.

Surge una gran confusión emocional en la persona cuando está siendo abusada (ya sea sexual, emocional o físico) y a la vez se le dice que es amada. En consecuencia se tiene una idea distorsionada de lo que es el "amor". Una sobreviviente comenta: "Cuando tenía diez años decidí que si las personas que lo aman a uno lo tratan como me trataba mi padre, no necesitaba ni quería que nadie me amara otra vez".

La confusa combinación entre amor y abuso, entre confianza y violencia, ocasiona en algunas víctimas una gran alteración en

su habilidad de tener relaciones saludables. Algunas víctimas juran que nunca se volverán a involucrar emocionalmente con alguien que pueda abusar de ellas. La impresión que estas personas podrían dar es que son duras, frías y distantes. Estas conductas con frecuencia son una máscara para esconder su profunda soledad interior y su sentido de dolor y vulnerabilidad.

La confusión que se crea en las niñas que son víctimas de abuso por parte de alguien en quien ellas confían, las lleva a patrones de repetida victimización. Ellas pueden tener la idea de que para ser amadas deben tolerar que abusen de ellas. Como terapeuta con frecuencia me sorprendo de la capacidad que tienen estas personas para soportar relaciones abusivas y disfuncionales. Igualmente me aflijo muchísimo por la dificultad que tienen para decir y creer: "¡no merecía que abusaran de mí cuando era niña, y no merezco que abusen de mí ahora!".

Muchas víctimas se sienten confundidas y entristecidas por pasar de una relación abusiva a otra, continuamente. "Conscientemente mi intención era encontrar un esposo que fuera lo opuesto de mi padre", dice una víctima. "A pesar de que su aspecto físico, su personalidad e intereses son muy diferentes, mi esposo me trata en una forma muy similar a la forma como me trataba mi padre".

Otra mujer me dijo: "He estado casada cuatro veces. Todas las veces estaba segura de que esta vez iba a ser diferente. Pero, me podrías creer que todos terminaban tratándome en la misma forma abusiva y dominante en que me trató mi padre. Sin importar lo diferente que se veían y actuaban, muy en el fondo, todos los hombres que he amado resultan ser exactamente iguales a mi padre".

Fe y espiritualidad

El proceso de sanidad es aún más complejo y difícil en víctimas que han sufrido el abuso en ambientes religiosos (tales como

colegios de la iglesia, casas religiosas, o iglesias) por personas que representan una autoridad espiritual o expresan una fe.

Una sobreviviente expresa: "Es muy confuso y destructivo cuando el abuso y la instrucción espiritual provienen de la misma persona". Otra sobreviviente lo pone de esta forma: "Es muy difícil tener un fundamento espiritual saludable cuando la violación sexual y las enseñanzas acerca de Dios vienen de la misma persona".

Una mujer comenta: "Los domingos cuando iba a la iglesia con mi familia escuchaba acerca del amor de Dios y que él me estaba cuidando, después volvíamos a casa y de nuevo era víctima de abuso; entonces, me preguntaba por qué Dios no me protegía de esas personas que asistían a la iglesia. En mi familia no se podía coser los domingos pero sí se permitía abusar de los niños. ¡Hablar de eso me vuelve loca!"

En las investigaciones que he realizado con sobrevivientes que sufrieron abuso por personas vinculadas con la iglesia, muchas manifiestan la gran incomodidad y dolor que sienten cuando asisten a la iglesia. A algunas les trae recuerdos de los intentos frustrados que hicieron por contarle a las otras personas de su congregación acerca del abuso que estaban sufriendo, para que alguien interviniera y así darle fin a esta situación. Algunas expresan que sentían que la confianza que habían puesto en estas personas había sido traicionada por su insensibilidad y ceguera ante el abuso que estaban sufriendo.

Para otras, estar en la iglesia les ocasionaba recuerdos dolorosos de cuando se sentaban con su familia los domingos por la mañana, aparentando ser una familia cristiana íntegra, mientras el abuso y cosas aterradoras estaban sucediendo en su familia durante la semana. Aunque las razones precisas pueden variar, muchas sobrevivientes de abuso expresan que eran incapaces de tener una verdadera adoración cuando estaban en la congregación.

Para las sobrevivientes cuyo abuso fue cometido por personas

que estaban involucradas en prácticas rituales de ocultismo, la Santa Cena se convierte en algo aterrador. La relación simbólica entre el vino y la sangre de Jesús se convierte en algo espantoso porque las habían obligado a beber sangre humana como parte del rito. Una adulta sobreviviente de abuso en rituales sólo podía participar en la Santa Cena después de entrar en un trance en el que visualizaba las etapas individuales de la Santa Cena, y de pedirle a Jesús que estuviera presente en cada uno de los pasos del servicio. Otra mujer, quien no tiene un recuerdo consciente de que cuando fue víctima del abuso hubiera componentes ritualistas en éste, dice: “No puedo participar en la Santa Cena sin que después llore amargamente, casi en la misma forma en que lloro después de tener intimidad sexual”.

No es de sorprenderse que en las investigaciones se haya encontrado que mujeres que sufrieron abuso sexual incestuoso cuando eran niñas tienen un porcentaje significativamente más elevado de deserción de la religión a la que pertenecían en su niñez que mujeres que nunca sufrieron de abuso. Russell (1983) reporta en su estudio que el 53 por ciento de las mujeres víctimas de incesto han renegado de la religión que tenían de niñas. Aparentemente, la desilusión en múltiples facetas por haber sido víctima de abuso afecta su habilidad de adoptar la religión a la que pertenece el abusador.

Cuando ocurre el abuso en un ambiente no religioso, la sobreviviente está en capacidad de rotular la experiencia que ha tenido y al ofensor como algo pecaminoso y malvado. Algunos años más adelante puede volver a Dios y a la iglesia y experimentar la gracia y el gozo a medida que su espiritualidad madura. Tal vez ella desee haber tenido ese conocimiento acerca de lo espiritual antes, y asumir que si lo hubiera tenido, esto, de alguna forma, la habría protegido del abuso.

Sin embargo, se causa un profundo daño espiritual cuando el abusador y la víctima son personas religiosas. Si la víctima clamaba a Dios su protección durante el tiempo en que fue abusada,

y sin embargo, esto continuaba, por consiguiente, ella puede tener la idea de que Dios no se preocupaba. Puede verlo distante, desinteresado tanto en su condición humana como su bienestar personal, incapaz de intervenir en los problemas humanos.

Cuando a una mujer se le preguntó acerca del impacto que tuvo en su espiritualidad adulta el abuso que recibió por parte de su "padre tan religioso", ella dijo:

> *Como una niña que estaba sufriendo el abuso por parte de mi padre, leía la Biblia en la mañana y en la noche, y ofrendaba la mitad de mi mesada todas las semanas, además le prometía a Dios que me convertiría en misionera y haría cualquier cosa que él me pidiera si hacía que mi padre no viniera en las noches a mi alcoba. Cuando Dios no respondió mis oraciones, decidí que no había un Dios o que era malvado y no se interesaba en lo que les sucedía a las niñas pequeñas. También decidí que no quería a Dios y que no necesitaba de un Dios como Él.*

Muchas sobrevivientes comentan que se sintieron abandonadas por Dios. "¿Dónde estaba Dios cuando estaban abusando de mí?", con frecuencia preguntan. Muchas de ellas ven a Dios como un ser injusto e infiel y lo responsabilizan por lo que sufrieron. Otras, que se sienten incómodas con esta conclusión, deciden que Dios no es el problema, sino ellas. Si Dios todopoderoso permite que estas cosas tan malas sucedan, debe ser que ellas merecen ese castigo por haber actuado mal.

Esta errada imagen de sí mismas combinada con una imagen distorsionada de Dios dificulta sentir el amor incondicional de Dios. Muchas sobrevivientes son devotas en su práctica espiritual a pesar de que luchan por tener una relación personal con Dios. Tristemente, una vez más ellas concluyen que el problema es suyo y no el resultado de haber sido víctimas de abuso y violación.

Las víctimas casi siempre hablan de una relación paradójica de amor y odio con la Biblia. Sienten alivio cuando leen algunos

pasajes que hablan de la lucha de algunos personajes bíblicos contra el dolor y el abandono; sienten esperanza cuando leen la forma en que Jesús trataba a los oprimidos y débiles. Sin embargo, muchas sobrevivientes recuerdan que la Biblia era empleada para coaccionarlas a la sumisión abusiva o para hacerlas sentir responsables por el abuso. La Escritura que parece que con más frecuencia usa el abusador es: "honra a tu padre y a tu madre, para que disfrutes de una larga vida en la tierra que te da el Señor tu Dios" (Éxodo 20:12) e "Hijos obedezcan en el Señor a sus padres" (Efesios 6:1).

En muchos círculos cristianos, el padre es visto como la máxima autoridad después de Dios. Como me contó una víctima de abuso incestuoso: "Ahora no tiene sentido para mí, pero cuando era niña tenía el sentimiento de que al decirle no a mi padre le estaba diciendo no y estaba rechazando a Dios". Otra mujer tiene continuas imágenes retrospectivas del abuso que sufrió en su niñez en el que le parecía que estaba teniendo sexo con Dios. Ella se sentía horrorizada, asqueada, y desconcertada por estas imágenes hasta que recordó la confusión que sentía de niña entre su poderoso (y abusivo) padre y Dios.

Algunas víctimas que pertenecían a hogares cristianos cuentan que al tiempo que su padre estaba abusando de ellas les citaba apartes de la Biblia. Una de estas mujeres dice:

> *Mientras mi padre abusaba de mí, citaba versículos de la Biblia para mostrarme lo mala que yo era (principalmente versículos de 1 de Juan). El me decía que yo iba a ir al infierno porque no lo amaba. El amor perfecto saca el temor. Si sentía miedo, eso quería decir que yo no tenía amor. Dios nunca me amaría porque yo no amaba a mi padre. Yo le decía que sí lo amaba y haría cualquier cosa que me pidiera excepto tener relaciones sexuales pero él siempre insistía en que yo estaba pecando. En los últimos tiempos cuando Jesús vuelva, habrá niños con "exorbitan-*

te" (no el usual) afecto por sus padres. Yo era una terrible pecadora de esta última generación.

El padre de esta mujer era un laico activo en su congregación.

El enseñaba en la escuela dominical, lideraba las reuniones de oración semanales en la iglesia, y dirigía los devocionales familiares diarios.

No es de extrañarse que su hija tuviera una profunda confusión espiritual y emocional y un gran dolor en su edad adulta.

La interacción de la niñez con los padres y madres y otras personas importantes es crucial para el desarrollo de una adecuada comprensión de Dios. Cuando ellos y ellas son insensibles a los sentimientos de los niños y las niñas, y los tratan en forma abusiva, egoísta e irrespetuosa, se distorsiona el concepto que estos pequeños tengan de Dios.

Puesto que la mayoría de los ofensores son varones, la imagen de Dios que predomina en las iglesias cristianas de Dios el Padre se convierte en algo problemático para muchas mujeres que han sufrido abuso por sus padres terrenales. Una sobreviviente dice: "Ha sido muy difícil para mí confiar y amar al Padre celestial cuando sólo puedo sentir temor, desconfianza e indignación por mi padre debido a todos los años que él violó y abusó de mi cuerpo y de mi espíritu". Otra mujer confiesa: "Siempre que una persona se refiere a Dios el Padre, yo visualizo un hombre con un violento pene igual que con el que mi padre me violaba cuando era una niñita".

Antes de terminar este capítulo, debo rendir homenaje a la fortaleza de algunás sobrevivientes. Aunque las cicatrices que deja la victimización son para toda la vida, muchas han encontrado la seguridad, apoyo y recursos para ser sanadas. Muchas de ellas son sorprendentes tributos a la gracia y el poder sanador de Dios. Una víctima escribe acerca de su victoria sobre el incesto:

Estoy superando la experiencia oscura que tuve con el incesto
puedo proclamar victoria
Dios ha estado allí como el continuo golpe de un tambor
incluso cuando me hallaba en las profundidades de la noche
oscura de mi alma en el profundo abismo
Dios estaba presente conmigo
Aunque la noche me acechaba
Y parecía envolverme
Dios estaba allí
no era consciente de su presencia
no la podía nombrar
pero es como si estuviera conectada con Dios por un cordón
umbilical durante este tiempo
recibiendo el sustento para afrontar la oscuridad
Dios, aunque no puedo describir tu forma
tú estabas allí llenándome de fortaleza
y poco a poco me has revelado tu Presencia en la
forma de una luz
Luz que disipa el temor de la oscuridad
Luz que da y renueva Vida, Energía y Vitalidad
Veo que a pesar que se ha cortado el cordón umbilical
Mi cuerda de salvamento no ha sido cortada
estás presente en muchas formas
yo soy la que limito mi posibilidad de llegar a ti
aunque vuelva a caminar en sombras y oscuridad
tu Presencia me alcanzará
en el claro y cálido Líquido que me llena y me da color
en el gentil y fuerte apretón de un Amigo que camina a mi lado
y puesto que yo sé y estoy absolutamente segura
de tu Presencia
yo sé que cubrirás las sombras y
oscuridad de otras vidas
y ellas también reclamarán la Luz
esta es la forma en que permaneces como Soberano
en la revelación de tu firme y gentil Presencia

tu Fortaleza oh Dios es engañosa
parece débil a los ojos del mundo
pero es una fortaleza que perdura en la eternidad
al igual que los corredores de maratón guardan su fortaleza
para soportar las largas distancias
y mantienen su paso a un ritmo constante
así tú eres oh Dios
Al ritmo de un corredor
constante como el golpe del tambor
mi victoria está en que te reconozco
y reconozco tu Presencia en mi vida.

Otra sobreviviente hoy puede afirmar el toque sanador de Dios en su vida. Ella dice, "Parece ser que la sanidad y plenitud han sido mi fuerza y dirección a lo largo de los años —incluso antes de que tomé conciencia de que necesitaba ayuda". Ella escribió los siguientes pensamientos que reflejan este proceso en su vida.

luchando y sobreviviendo
llorando y orando
sollozando y desesperándome
hablando y escribiendo y escribiendo y escribiendo
esperando y vadeando
a través de la oscuridad y el dolor
llevándome cada vez más a la luz
cada vez más hacia la gracia
y cada vez más hacia la sanidad.

Todas aquéllas que han sobrevivido y pasado el doloroso trabajo de recuperarse, con frecuencia son personas que tienen una increíble vitalidad y fortaleza interior. Estar cerca de una persona que se ha sanado y que-- ha encontrado un canal creativo para su energía interior es una experiencia muy motivadora. Las so-

brevivientes que han atravesado el valle de sombras de la muerte y pasan a la luz son un poderoso testimonio de capacidad de recuperación y fortaleza del espíritu humano. Son un tributo viviente del poder de la sanidad divina.

El difícil trabajo interno de recordar y sanar que estas sobrevivientes han realizado no es sólo para ellas sino también para las generaciones venideras. Ellas nos traen gozo e inspiración al conocerlas. En vez de esquivarlas y querer escapar de sus espantosos relatos, debemos honrar su fortaleza, saludar su valor, y aprender de su travesía.

3



Negación, incidencia, y factores que afectan las relaciones sexuales abusivas

Negación

Las personas y también las instituciones usan la negación como una forma de evadir el dolor frente a algo que les produce angustia y ansiedad. Cuando somos incapaces de enfrentar la realidad que nos perturba, usamos el mecanismo de negación para pretender que este evento perturbador en realidad nunca ocurrió. Como se trató en el capítulo 2, las víctimas de abuso sexual con frecuencia usan la negación como una forma de protegerse a sí mismas contra la aterradora realidad de su vulnerabilidad y abuso. Cuando las víctimas se sienten lo suficientemente seguras, pueden dejar de negar el abuso que sufrieron en el pasado y empezar a recordar y a recuperarse.

Instituciones como las iglesias también pueden usar este mecanismo. La negación institucional de la realidad del abuso sexual ha agravado el dolor que sienten las víctimas, quienes con frecuencia se enloquecen cuando se les dice que no es posible que eso ocurra entre "nuestros hermanos; no entre cristianos". La negación de las personas y de las instituciones dificulta la comprensión de la magnitud y las causas del abuso sexual.

Muchos profesionales creen que el abuso sexual de los niños y las niñas por un pariente es uno de los crímenes que menos se reporta. Ningún otro delito es tan efectivamente guardado en secreto. Un gran número de víctimas nunca le cuenta a nadie, y su abuso permanece como un secreto vergonzoso que se pretende mantener oculto para siempre. El famoso estudio de Russell (1983) encontró que sólo el dos por ciento (2%) de las mujeres que fueron víctimas de abuso sexual lo informaron.

Además de las amenazas intimidantes y sobornos que los abusadores les hacen a las niñas para que guarden silencio, mu-

chas de ellas sienten que si hacen alguna acusación ocasionarían una gran ruptura familiar. Además del temor de que el abusador pueda ser expulsado de la familia o enviado a prisión, las niñas sospechan que su acusación pública tendría como consecuencia que la familia fuera señalada y condenada a la exclusión. Algunas víctimas y miembros de la familia temen perder el apoyo económico si el padre que está cometiendo el abuso es retirado del hogar. Otras se preocupan por la confusión emocional que ocurriría en la familia si se sabe del abuso. Muchas sienten que serán culpadas tanto por el abuso como por la desintegración de la familia.

La incomodidad que se siente en la iglesia cuando se habla acerca de sexo, con seguridad le hace más difícil a una niña que está sufriendo el abuso comentar su problema a las personas de la iglesia. El temor a la respuesta de la congregación también hace improbable que la familia se dirija a la comunidad para pedir ayuda. Una joven le contó a su madre que durante muchos años había estado siendo víctima de abuso por parte de su padre. La primera respuesta de la madre fue: "¡Bien, espero que no le hayas contado esto a nadie -- especialmente a alguien de la iglesia-- porque si lo hiciste nunca podremos volver a esa iglesia!"

Muchas víctimas, especialmente hijas de pastores u otros líderes de la iglesia, saben que para la mayoría de las personas sería muy difícil creer las acusaciones de abuso. Como dijo una víctima, hija de un importante líder de la iglesia: "¿Quién me hubiera creído si les hubiera dicho las cosas que mi altamente visible y respetado padre me estaba haciendo? Yo era tan sólo una pequeña niña; él era un hombre famoso en nuestra denominación. Hubiera sido mi palabra contra la de él, y sé a quién le hubieran creído".

Se espera que la comunidad de psicoterapeutas, que conoce el profundo daño que ocasiona el abuso sexual, trabaje para desarrollar una atmósfera que anime a las víctimas a reconocer y a publicar el abuso que están sufriendo. Lamentablemente, éste

no ha sido el caso. Sólo hasta hace poco, la comunidad profesional ha hecho del problema de abuso sexual una prioridad.

Una de las razones por la cual los profesionales evitan y se niegan a estudiar el abuso sexual de la niñez puede estar relacionada con los fundamentos ideológicos de la psicoterapia. Sigmund Freud, semi-dios de la psicología moderna, perpetuó la idea de que cuando los pacientes reportaban que estaban siendo víctimas de abuso por parte de sus padres, estos incidentes usualmente eran fantasías y no eventos reales.

Originalmente, Freud tomó una posición diferente. Basado en estos estudios de caso, él concluyó que el incesto no era algo raro y lo restringió a los pobres y a los retardados mentales puesto que en esta época era entre quienes más se presentaba. En su ensayo de 1896, titulado "La Etiología de la Histeria", Freud argumentaba que en el fondo de todos los casos de histeria había traumas sexuales en la niñez causados por los padres. Sin embargo, Freud nunca se sintió satisfecho con esta hipótesis por lo que esto sugería en cuanto a algunos hombres respetables.

Esta teoría provocó una gran protesta por parte de los profesionales y laicos. La presión social parece haber convencido a Freud de cambiar su teoría de trauma sexual infantil a fantasías. El abuso sexual es un hecho repugnante para la mayoría de las personas. Éste puede evocar temores subconscientes del potencial que uno tiene de abusar o de ser víctima de abuso. Es menos amenazante y perturbador asumir que los relatos de abuso infantil son creaciones y fantasías, como lo es la noción que se tiene de que a las mujeres que fueron violadas, les sucedió esto porque de alguna forma lo querían o lo pidieron.

Florence Rush, Judith Herman, y Jeffry Masson han proporcionado ideas inquietantes en otro factor que se relaciona con el deseo que tenía Freud de no mantener su teoría original. Ellas creen que Freud se sentía perturbado por las fantasías sexuales que tenía con su hija y se sintió más tranquilo cuando cambió su posición original (Russel, 1986).

Después, Freud se centró en los intereses sexuales de infantes tendiendo a culpar a los niños y las niñas de seducir a los adultos, quitándole la responsabilidad al adulto (Finkelhor,1984). La contribución que hizo Freud a la psicoterapia en el área de abuso sexual infantil ha llevado a una fuerte y duradera tendencia a creer que la mayoría de historias que relatan los niños y las niñas de abuso no se basan en la realidad y, si son ciertas, se deben a la seducción del menor.

Aunque esto puede cambiar, ahora que se le está prestando más atención a este problema, los programas de capacitación que se hacen para psicoterapeutas reflejan la influencia de Freud, debido a la poca atención que se le prestó al abuso sexual. Una investigación que se hizo en Nuevo México lo ilustra. Del directorio telefónico se escogieron algunos nombres al azar y se hicieron listas bajo los título de "Consejeros" y "Psicólogos" para matrimonios, familias y niñez. Únicamente los terapeutas graduados fueron incluidos en la muestra. A cada uno de los terapeutas se les formuló la siguiente pregunta: "En el *curriculum* de la carrera profesional o en sus prácticas, ¿usted recibió alguna capacitación para trabajar con víctimas de abuso sexual?"

Menos del cuatro por ciento de los encuestados respondieron que había recibido alguna capacitación en esta área. Algunos anotaron que durante su internado o práctica, tuvieron algunas clientes que contaron sobre el abuso de que habían sido víctimas por parte de sus padres. Y estos practicantes tuvieron que acudir a sus supervisores para saber cómo proceder. Dos supervisores sugirieron que las mujeres podían estar inventando las historias para que les tuvieran lástima o para manipular al terapeuta. Otro supervisor le dijo al interno que no le permitiera a la cliente "entrar en muchos detalles acerca de su pasado" sino que "la llevara hacia lo que es importante en su vida ahora".

Esta falta de apertura y capacitación para tratar a las víctimas de abuso sexual no es exclusivo de los practicantes de Nuevo México. Judith Heramn (1981) dice:

La tradición de la negación institucional ha tenido como consecuencia que los supervisores saben tan poco sobre el tema como los principiantes. Hasta hace muy poco tiempo no existía literatura profesional en la cual el terapeuta se podía apoyar. No existía más experiencia práctica que se hubiera transmitido por tradición oral que la que cuestiona la veracidad de las quejas de las clientes (p.180).

Incidencia

El incesto es estrictamente prohibido en muchas culturas. Fuertes tabúes contra el incesto han indicado que las respuestas tanto de la negación o el impacto y horror son típicos cuando se informa de un caso de incesto. A pesar de todas las reglamentaciones contra el incesto, los investigadores han encontrado evidencias de que éste se ha difundido desde los tiempos bíblicos. Aunque la verdadera extensión del abuso incestuoso nunca se sabrá, la evidencia revela un antiguo patrón de *una manifiesta prohibición pública* e indignación contra el incesto unida a una *aceptación encubierta* en la mayoría de las culturas (Courtois, 1988). Por lo tanto, las víctimas son atrapadas en un conflicto doble – son incapaces de contar acerca del abuso que están sufriendo y no pueden recibir apoyo externo que les ayude en lo que están experimentando.

Las estadísticas actuales sobre abuso sexual son asombrosas. Los investigadores indican que por lo menos una tercera parte de las mujeres americanas fueron víctimas de abuso sexual antes de los dieciocho años (Blume, 1990). En un análisis de investigaciones anteriores sobre abuso sexual, Finkelhor (1986) encontró porcentajes de casos reportados que oscilaban entre el 6 y el 62 por ciento para las mujeres y del 3 al 31 por ciento para hombres. Aún el porcentaje más bajo indica que el abuso sexual infantil es significativo. Los porcentajes más elevados indican que éste se ha expandido. Ya no es posible ignorar las dimensiones que ha tomado este problema en nuestra sociedad.

Es inquietante darse cuenta que lo que no se puede recordar no se puede reportar. Muchos profesionales sospechan que, en Norteamérica, el número real de las mujeres que han sido víctimas de abuso sexual durante su niñez puede abarcar más de la mitad de la población. El abuso sexual no puede seguirse considerando como una tragedia aislada que le sucede a un pequeño grupo de desafortunadas niñas. Por el contrario, es como una epidemia que nos está afectando a todos. Por ejemplo, recién en los últimos cinco años, algunos países en Latinoamérica están analizando los casos que se han denunciado, pero se sospecha que como la presión familiar por mantener esta situación en secreto es mayor, los casos podrían ser el doble de los recopilados. Además, la población en América Latina está en mayor riesgo por el aislamiento cultural en que viven. En Centroamérica, los países que por décadas has sufrido la guerra, el porcentaje de abusos sexuales parece ser aún más alto.

Nunca se podrá saber las verdaderas proporciones del abuso sexual. Además del rechazo general que se tiene de informar sobre el abuso, muchos incidentes son reprimidos y no quedan en la memoria consciente a lo largo de gran parte –y con frecuencia de toda– la vida de la víctima. Si el abuso ocurrió antes de que la niña tuviera el lenguaje para nombrar o entender lo que le estaba sucediendo, es muy probable que el abuso será olvidado por la parte lógica del cerebro que maneja el lenguaje. Las sensaciones y emociones relacionadas con el abuso son "recordadas" por el cuerpo. Sin embargo, si se pregunta a muchas adultas que sufrieron abuso sexual cuando niñas, sinceramente no recuerdan el abuso y afirman que no han sido víctimas de él.

Factores que afectan las relaciones sexuales abusivas

En términos generales, el abuso ha sido considerado más común entre las familias más pobres y con menos educación. Las investigaciones han encontrado una fuerte relación entre la clase social baja y el abuso físico (Pelton, 1981). Las frustraciones adicionales que con frecuencia acompañan a la pobreza (desem-

pleo, casas inadecuadas, falta de educación, desesperanza, y desesperación) pueden contribuir significativamente a un incremento en la violencia de todo tipo.

Sin embargo, la relación entre el abuso *sexual* y el nivel socioeconómico parece ser una historia diferente. La mayoría de los investigadores no han encontrado una relación significativa entre la clase social de la familia de la víctima y la incidencia del abuso sexual. Por ejemplo, la investigación de Peters en 1984 de mujeres que viven en Los Ángeles no encontró relación entre el abuso sexual y el nivel de educación o la clase social de los padres.

El estudio de Russell de 1986 tampoco encontró relación entre el abuso sexual y la ocupación o educación del padre. Aunque el sistema de bienestar infantil identifica el abuso entre los pobres, la mayoría de las investigaciones que se han hecho en la actualidad encuentran que el abuso sexual y la clase social no tienen ninguna relación entre sí. El problema se extiende a lo largo de todos los niveles socioeconómicos.

Se ha hecho muy poco para examinar las diferencias étnicas en la ocurrencia de abuso sexual. Investigaciones que se han llevado a cabo acerca de las distintas etnias y el abuso sexual y que han hecho control por el tamaño de la ciudad y otros factores demográficos, no han encontrado diferencias en porcentajes de abuso entre las poblaciones negra o blanca en EE.UU (Finkelhor, 1986). (Russell 1986) y otros han encontrado niveles un poco más elevados de abuso sexual entre mujeres latinas y más bajos entre mujeres asiáticas y judías. Cuando las mujeres de un grupo étnico particular reportan una incidencia baja de abuso, ¿significa esto que es una cultura menos abusiva o que tiene un mayor rechazo a hablar sobre asuntos sexuales con un investigador? La relación que hay entre la etnia y el abuso sexual es algo que necesita un estudio adicional.

Una percepción común es que el aislamiento social en la vida rural incrementa el riesgo de que las mujeres sufran abuso sexual.

Aunque el aislamiento social ha sido correlacionado con otras formas de abuso y negligencia infantil, no existe una evidencia consistente de que el abuso sexual es más común en áreas rurales que en áreas urbanas (Garbarino y Stocking, 1980).

Sin embargo, numerosos estudios han identificado otro aspecto del aislamiento social que se relaciona con el abuso –las víctimas de abuso sexual tienden a aislarse de sus compañeros. Finkelhor (1984) encontró una incidencia más elevada de abuso sexual entre mujeres que a los doce años tenían dos o menos amigas. Fromuth (1983) y Peter (1984) también confirmó este hallazgo. Finkelhor tenía la hipótesis de que si las niñas tenían pocas amistades, ellas podían sentir una necesidad de contacto y amistad que sus abusadores sexuales aprovechaban.

Otra explicación de esta correlación puede ser que el aislamiento social no es un factor de riesgo y sí un resultado de la victimización. Las niñas que están sufriendo el abuso con frecuencia experimentan una profunda vergüenza además de sentirse señaladas y manchadas. Erróneamente suponen que esto sólo les sucede a ellas. Muchas víctimas piensan que las personas con sólo mirarlas ya pueden decir que algo terrible y vergonzoso les ha sucedido. En consecuencia, ellas mismas se pueden aislar.

Se ha encontrado que diversos factores sociológicos relacionados con los padres y la familia tienen un fuerte vínculo con el abuso. Un creciente número de estudios ha identificado varias formas de ausencia de los padres como algo altamente relacionado con el abuso sexual. Finkelhor (1984) afirma que si se vive lejos de la madre, se tiene como resultado un riesgo casi tres veces más alto de ser víctima de abuso sexual. Finkelhor, Fromuth, y Peters encontraron que las niñas que nunca habían vivido con sus padres (varones) verdaderos estaban en un mayor riesgo de sufrir abuso sexual (Finkelhor, 1986).

Vivir con una madre discapacitada o enferma también ha sido asociado con una gran probabilidad de abuso. Peters (1984),

Finkelhor (1984), Herman y Hirschman (1981) encontraron niveles más elevados de victimización sexual entre niñas cuyas madres estaban frecuentemente enfermas (más comúnmente debido a alcoholismo, depresión, o psicosis) y aquéllas que se encontraban demasiado cansadas porque habían tenido muchos hijos.

Un revelador hallazgo que tiene que ver con las relaciones de los padres ha hecho surgir un gran número de estudios (Landis, 1956; Finkelhor, 1984; Peters, 1984; P. Miller, 1976). Las víctimas comentan que no tenían cercanía con su madre y no recibieron información sobre el sexo.

Las niñas que sufren el abuso perciben que su madre tiene menos poder y autoridad que su padre. Otros estudios han encontrado que las víctimas reciben muy poco afecto tanto de su padre como de su madre y tienen una relación malsana con ellos, diferente a las mujeres que no han sufrido abuso (Finkelhor, 1986).

Las víctimas de abuso sexual con frecuencia indican que la relación entre sus padres es muy mala. Algunos investigadores (Finkelhor, 1984; Fromuth, 1983; Peters, 1984) encontraron porcentajes más altos de abuso entre las mujeres que reportaron que sus progenitores tenían matrimonios infelices o que mostraban muy poco afecto a su cónyuge. Sin embargo, no se puede concluir de estos datos que la tensión matrimonial cause abuso sexual.

Otro factor sociológico surge como agente de riesgo del abuso sexual –la presencia en el hogar de un padre que no es el biológico. El estudio a gran escala realizado por Russell (1986), sobre niñas que habían sufrido de abuso incestuoso, encontró que las mujeres criadas por su madre y padre biológicos o adoptivos son las que menos probabilidad tienen de ser víctimas de abuso sexual (el 15 por ciento). Entre las mujeres criadas sólo por la madre biológica, la incidencia de abuso incestuoso fue del 18 por ciento. Sin embargo, se encontró que el 28 por ciento de las mujeres criadas por un padrastro y una madre biológica sufrió de abuso sexual.

Diversos factores pueden explicar el elevado riesgo que tienen las niñas que viven con un padrastro. Los tabúes culturales tradicionales contra el contacto sexual entre padrastros e hijastras son menos fuertes y por consiguiente más fáciles de violar que los que hay en contra del contacto entre padre e hija. Con frecuencia, no existen esos lazos afectivos padre-hija ni dependencia entre el padrastro y la hijastra. Los padrastros que no han experimentado este proceso de crianza pueden ver más fácilmente a la hijastra como una posible pareja sexual (Finkelhor, 1986).

Finkelhor (1986) encontró que las niñas que vivían con padrastros también eran víctimas de abuso sexual por parte de otros hombres. El sugiere que cuando las madres tienen varias parejas sexuales, las hijas tienen gran riesgo de sufrir abuso sexual. También podrían traer otros familiares del padrastro que no sintieran ninguna restricción en cuanto a tener relaciones con las hijas. Los padrastros también pueden protegerlas menos que los padres biológicos cuando otros hombres agreden sexualmente a sus hijastras.

Un aspecto muy presente en la historia de América Latina han sido las guerras. El abuso sexual se ha usado como estrategia militar. La mención de cómo fueron violadas mujeres jóvenes, niñas y ancianas en los años 70s en Argentina, y en los 80s en El Salvador, Nicaragua y Guatemala es una realidad espeluznante. En todo encuentro armado, la combinación de rifle y pene ha sido usada para masacrar al enemigo. En el Encuentro Nacional de Mujeres por la Paz, celebrado en Bogotá, Colombia, en mayo del 2001se dijo: "La crueldad de la guerra en Colombia muestra otra situación, que además de los desplazamientos forzosos, muchas mujeres han sido violadas por unos y otros". [2] Entre muchas otras condiciones que propician el abuso sexual hacia las mujeres y menores, el factor guerra definitivamente ha jugado un papel importante.

Factores filosóficos y teológicos

Algunos factores relacionados con el abuso sexual son filosóficos y teológicos. Existen creencias acerca del cuerpo humano y la sexualidad que preceden al cristianismo pero aún ejercen una fuerte influencia en los cristianos. Con el fin de comprender completamente el abuso sexual, es útil explorar algunos de estos factores.

Saber cómo vivir con integridad como personas espirituales y sexuales no es un dilema nuevo. La incomodidad con la que el humano percibe el cuerpo y la sexualidad no es problema moderno; es muy antiguo; profundas raíces preceden al cristianismo. Sin embargo, el Antiguo Testamento, refleja desde su principio la creencia de que la sexualidad es un regalo de Dios. Desde los inicios de la historia, como lo registra Génesis, las primeras palabras del hombre son el poema de amor erótico: "Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Génesis 2:23). En los dos siguientes versículos del relato de Génesis el hombre y la mujer se unen en una sola carne, desnudos y no se avergüenzan.

Posteriores relatos en el Antiguo Testamento tratan la sexualidad humana como un aspecto natural y bueno de la vida y se hacen narraciones explícitas de relaciones sexuales. La mayoría de éstas sugieren que el principal propósito del matrimonio y de la sexualidad es tener hijos. Sin embargo, la sexualidad se ilustra como el vehículo para la pasión romántica. A pesar de que los cristianos de épocas posteriores prefirieron interpretarla como una alegoría a un anhelo espiritual, Cantar de los Cantares es un ejemplo; poesía erótica que alaba la belleza física y el amor sexual apasionado.

Los antiguos hebreos usaban el verbo "conocer" como sinónimo del acto sexual, de esta manera combinaban conocer y desear como una expresión de comunión sexual. A veces, el salmista refleja un componente sensual del anhelo que tienen los hombres de desear y conocer a Dios, consistente con la visión que

tiene el Antiguo Testamento de la unidad de la mente, cuerpo y espíritu. Por ejemplo, el Salmo 42:1-2 dice: *"Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?"*

No obstante, la negación del cuerpo afectó gradualmente a los hebreos. Esta influencia pudo haber provenido de tierras como Persia, en donde la salvación estaba correlacionada con la restricción sexual. El dualismo sexista (la subordinación de las mujeres) es tanto una raíz importante como una expresión de esta alienación sexual (Nelson, 1978). Los hombres se consideran superiores en cuestiones de la mente y del alma y han tomado el liderazgo en aquellas áreas de la vida en común.

A las mujeres se les identifica con las emociones, la sensualidad, y el cuerpo. Las restricciones de cada mes y complicados rituales asociados con la purificación después de la menstruación inculcaron, tanto en los hombres como en las mujeres, la creencia de que el cuerpo de la mujer era impuro. Por consiguiente, las mujeres fueron consideradas como inferiores a los hombres.

Posteriormente, las creencias de los griegos paganos y los romanos influenciaron la idea de los cristianos del cuerpo humano y la sexualidad. El dualismo griego dividió al universo en dimensiones opuestas –el reino espiritual y el material. Se pensaba que los humanos tenían cuerpo y alma– una naturaleza superior y una inferior. El cuerpo era una prisión del alma, la cual se encontraba en una constante lucha entre las tentaciones y la debilidad de la carne. La tarea del ser humano era dominar al cuerpo y sus deseos para que el alma pudiera escapar de la corrupción del cuerpo.

Platón (427-347 a.C.) fue un elocuente e influyente representante de esta visión dualista de los seres humanos. El usaba los términos "idea" y "materia" para designar dos principios universales opuestos. Las ideas eran eternas, invisibles, absolutas, sin

principio ni fin. La materia, el mundo material de los objetos percibido con los cinco sentidos, era una imitación imperfecta de las ideas. El cristianismo fue influenciado por la idea platónica de que el alma material era superior y estaba en conflicto con el cuerpo humano.

Otros filósofos paganos griegos también ejercieron influencia en el clima intelectual en el que se desarrolló el cristianismo. Los ascéticos asumían que la verdadera virtud dependía de la abstinencia sexual. Demócrito conceptualizó la virtud como el ejercicio de la inteligencia. Puesto que la actividad sexual distraía la búsqueda de la mente, él fomentó el hecho de que no se tuviera relaciones sexuales. El estoico Musonius Rufus afirmaba que la relación sexual marital sólo se permitía con el fin de procrear; además enseñó que la actividad sexual por placer, incluso en la relación marital, era repugnante (Bullough y Bullough, 1977).

Philo, un judío alejandrino nacido a finales del primer siglo a.C., tuvo una gran influencia en los escritores cristianos posteriores. Philo tomó la enseñanza judía de la necesidad de multiplicar y reabastecer la tierra y la combinó con la tradición grecoromana de que la relación sexual sólo era justificada con propósitos de procreación. Además, comparó a los esposos que tenían relaciones sexuales por placer con cerdos y cabras. También enseñó que el pecado original de Adán y Eva fue el deseo sexual.

Fue en este entorno cultural y filosófico que se desarrolló el cristianismo. Estas ideas ascéticas y dualistas no son predominantes en el Nuevo Testamento, sin embargo, cristianos de épocas posteriores fueron influenciados por estos escritores.

Jesús tuvo relativamente poco que decir acerca de la sexualidad y el matrimonio. Cuando hablaba de sexo, generalmente conservaba la tradición del Antiguo Testamento. Esto no quiere decir que la sexualidad no fuera algo importante para él, sino más bien, que los temas sobre sexo estaban subordinados a su interés más amplio de proclamar el reino de Dios. Lo que Jesús

decía estaba en contraste con las prácticas y actitudes que se aceptaban en la época. Jesús condenó la infidelidad y el divorcio como violaciones de las intenciones de Dios para la unión entre hombres y mujeres. Su constante preocupación por los oprimidos fue consistente con su rechazo al divorcio; cuando era dispuesto por el hombre, las mujeres eran tratadas como propiedad.

Igualmente, Jesús no estaba satisfecho con la fidelidad legalista y superficial del matrimonio. El invitaba a que se tuviera fidelidad y pureza de corazón. En Mateo 5:27-28, Jesús dice que aquél que mirara a una mujer para codiciarla era adúltero. Jesús no estaba condenando todos los deseos sexuales o fantasías. "El deseo" en el griego del Nuevo Testamento es una palabra que es ampliamente empleada y cuyo significado depende del contexto. Puede ser traducida como "deseo intenso".

En estos versículos parece estar condenando el deseo pecaminoso, el que se convierte en una fijación, un impulso permanente que se alimenta al permitirle a la mente que se recree con fantasías sexuales con alguien diferente a su pareja. Esto es diferente a la momentánea respuesta fisiológica o emocional frente a una persona que es estéticamente atractiva.

La soltería fue ratificada en el Nuevo Testamento como una posibilidad válida para los creyentes. Algunos textos hablan de la preferencia de quedarse solteros, no porque esto permitía que no se tuvieran relaciones sexuales, sino porque dejaba a las personas libres para que se dedicaran más de lleno al trabajo del reino.

El matrimonio entre creyentes también fue ratificado en el Nuevo Testamento. En Efesios 5:21-23, Pablo comparó la relación entre esposo y esposa a la unión entre Cristo y la iglesia. Los elementos clave en los dos pactos son amor y fidelidad. Pablo elevó la unión sexual en el matrimonio más allá de ser un hecho físico agradable a un acto en el que se involucra toda la persona de tal forma que se expresa responsabilidad y auto revelación (Nelson, 1978). Sin embargo, tanto Jesús como Pablo

evitaban afirmar que el matrimonio y la sexualidad fueran el supremo bien, dándole en cambio primacía al reino de Dios.

Los intérpretes gnósticos del cristianismo creían que el alma era una chispa de lo divino aprisionada en el cuerpo humano. La salvación consistía en escapar a la profanación del cuerpo mediante la abstinencia de las relaciones sexuales y vivir una vida ascética. Aunque los líderes de la iglesia condenaban a los gnósticos por herejes, la iglesia fue influenciada por algunas de sus enseñanzas y prácticas. Algunas veces las primeras comunidades cristianas parecían haber tratado de ganar posición social y conversos superando a los gnósticos en las prácticas ascéticas y abstinencia sexual.

A finales del segundo siglo, la influencia gnóstica había disminuido. No obstante, la iglesia se incómodo y sintió una hostilidad hacia la sexualidad. La combinación de la filosofía grecoromana y las creencias gnósticas hicieron de la sexualidad un asunto de gran tensión desde el segundo hasta el quinto siglo. Como parte de la creación que Dios había hecho y declarado como buena, el cuerpo humano, la sexualidad y el matrimonio debían ser buenos. Sin embargo, el deseo sexual era un poderoso impulso que aparentemente estaba en conflicto con la santidad espiritual. Desde el punto de vista de los hombres, las mujeres eran responsables por incitar a la pasión sensual. La mejor forma de liberarse del poder del sexo fue promover el celibato. La virginidad y la abstinencia sexual se consideraban como la "forma religiosa más elevada" (Carmody, 1979).

Existían varias instancias de la glorificación del celibato y la crítica a la relación sexual. Los primeros cristianos optaron por la abstinencia total en un intento por incrementar su eficacia en la oración (Carmody, 1979). Tertuliano enseñó que perder la castidad era peor que perder la propia vida. Él se oponía a lo que parecía ser explícitamente una inclinación a condenar la relación sexual en el matrimonio pero parecía sorprenderse en cuanto a porqué ésta era siempre permitida por Dios.

Otro de los primeros líderes cristianos, Clemente de Alejandría, defendía la dignidad del matrimonio, pero mostraba una gran preferencia por que las personas no se casaran. Se pretendía que el matrimonio fuera únicamente para la procreación. La concepción se debía llevar a cabo sin ninguna emoción. Además enseñó que los hombres casados hacían bien en practicar la abstinencia y creía que el cielo finalmente liberaría a los hombres y a las mujeres de la sexualidad.

En el tercer siglo, existió un marcado incremento en la presión clerical para que los hombres fueran célibes. Juan Crisóstomo, un influyente líder cristiano en el Oriente, enseñó que puesto que el mundo ya estaba poblado, el matrimonio y las relaciones sexuales eran una concesión a los deseos pecaminosos.

Agustín fue el maestro más influyente de principios de la iglesia Occidental en los asuntos que tenían que ver con el matrimonio y la sexualidad humana. Su preocupación tenía que ver principalmente con los aspectos genitales de la sexualidad humana. Él creía que el pecado original era transmitido por el carácter pecaminoso hereditario de la libido sexual. Agustín vio una clara relación entre la caída y la "concupiscencia" (deseo sexual). El creía que todo acto sexual estaba directamente relacionado con el pecado original, llevándolos más seguramente a la caída. Esta creencia de que la culpa de Adán fue sexualmente transmitida de generación en generación mediante la relación sexual fue una idea preconcebida por muchos años antes del tiempo de Agustín.

Existió un paso lógico de esta premisa a la creencia de Agustín de que la relación sexual era la mayor amenaza para la espiritualidad. Para Agustín, el placer sexual en el matrimonio era un pecado venial o perdonable. Si la procreación no era posible, (como en el caso de después de la menopausia), era un pecado mortal. Por consiguiente, un hombre debería amar el alma de su esposa, pero odiar su cuerpo como a un enemigo. Para aquéllos que eran incapaces de mantener este estilo de vida, el matrimonio era permitido pero con reservas (Ruether, 1974).

Durante la Edad Media, los teólogos y líderes de la iglesia consideraban el matrimonio éticamente inferior al celibato. Las consecuencias biológicas del matrimonio (pérdida de virginidad y la concepción) eran, desde el punto de vista de la edad media, símbolos y recuerdos dolorosos de la razón de la caída de la mujer. Esta visión tan pobre del matrimonio y la nueva devoción de los siglos once y doce trajo creciente número de hombres y mujeres a las órdenes monásticas y célibes.

El movimiento de Reforma de los años 1500 trajo cambios a la visión que tenía la iglesia del matrimonio. A través del estudio de la Biblia, Martín Lutero encontró que la visión apologética de la iglesia Católica del matrimonio no era bíblica. El denunció la elevada posición del celibato y afirmó que el matrimonio no se debe ver como éticamente inferior.

Lutero no sólo ratificó el matrimonio como un don de Dios, sino que lo elevó sobre todos los estados. El consideraba el matrimonio como una forma de vida "buena y normal" y veía la familia como una escuela de fe en la que las personas podían practicar una vida de amor y servicio como el mejor proyecto de existencia. Rechazó su primer voto de celibato, Lutero se casó con Kathy, una exmonja y tuvieron nueve hijos (Hargrove, 1983).

Aunque Lutero, mediante el ejemplo y la enseñanza, desafió muchas creencias medievales acerca del celibato y el matrimonio, aparentemente tenía algunos sentimientos ambivalentes acerca de la sexualidad. Al igual que Agustín, Lutero pensaba que la relación sexual nunca podía ocurrir sin el pecado. En su tratado 1522 sobre el matrimonio, Lutero examinó los fundamentos bíblicos con el fin de tener una teología positiva del matrimonio y afirmó que la sexualidad y la procreación son parte de una "ordenanza divina". Sin embargo, en su tratado sobre "El Estamento del Matrimonio" finalizó diciendo: "El acto sexual nunca se realiza sin que esté involucrado el pecado, sin embargo, Dios lo excusa por su gracia puesto que el matrimonio es su trabajo, y él preserva dentro y a través de éste todo lo bueno que ha im-

plantado y bendecido en el matrimonio". Esta visión negativa de las relaciones sexuales también se reflejó en las conferencias de Lutero durante los años 1535-1536 sobre el Génesis, en las que en varias oportunidades se refirió al deseo sexual y a las relaciones maritales como ocasiones de "vergüenza" y "repugnancia".

La visión paradójica de Lutero de que el matrimonio y la procreación son parte del plan divino de Dios, aunque las relaciones sexuales son pecaminosas y vergonzosas, es un componente adicional de la herencia teológica y filosófica de la iglesia contemporánea. Este legado refleja y contribuye al permanente malestar que sienten los cristianos con el cuerpo humano y su necesidad sexual.

El malestar y la suspicacia con que la iglesia ha visto por tanto tiempo al cuerpo humano y la sexualidad son factores significativos en la ocurrencia del abuso sexual entre los cristianos. El recelo que se le tiene a la sexualidad contribuye al velo de silencio y secreto que rodea el abuso.

Puesto que la sexualidad humana ha sido considerada como algo opuesto a la espiritualidad humana (el terreno "apropiado" de preocupación para la iglesia), ha existido una falta de enseñanza con respecto al lugar que ocupa la sexualidad saludable en la vida cristiana. Se han creado reglas y se han hecho pronunciamientos en un intento de ayudar a los cristianos para que dominen sus pasiones sexuales. Ha habido enseñanzas vehementes sobre los demonios de la lujuria desenfrenada y advertencias acerca de los peligros de la carne. Con frecuencia, el resultado ha sido la perpetua creencia de que la sexualidad es mala y peligrosa, que debe ser temida y odiada por aquellos que tienen un llamado espiritual.

Cuando se teme a algo y no se puede admitir, se convierte en algo difícil de enfrentar abiertamente y fácil de reprimir. Los cristianos luchan contra las tentaciones sexuales, pero la iglesia

no se considera el lugar apropiado y seguro para revelar las debilidades y buscar consejo y apoyo. Por el contrario, la tendencia ha sido negar y reprimir los deseos sexuales inadecuados y pretender tanto ante nosotros como ante los otros, que no existen. Rara vez las necesidades sexuales se comparten en un ambiente cristiano con el fin de lograr una atmósfera de confianza y apoyo y tener una vida sexual saludable. Sin embargo, entre más traten las personas de reprimir y negar las necesidades sexuales, éstas se harán más fuertes; estas necesidades sexuales muy probablemente romperán el muro de represión en una forma poco saludable, destructiva y abusiva.

Puesto que rara vez hablamos acerca de una sexualidad saludable en la iglesia, ¿cómo hacen quienes están luchando contra tentaciones sexuales poco saludables para traerlas a la congregación? Es imperativo que la iglesia desarrolle una comprensión holística y bíblica del cuerpo humano y la sexualidad.

La iglesia debe proporcionar una atmósfera en la que los miembros puedan compartir este importante aspecto de sí mismos. Las denominaciones y congregaciones deben trabajar para desarrollar, explicar, y luego vivenciar en forma práctica una teología saludable del cuerpo y de la sexualidad humana. El capítulo 11 explorará formas prácticas para que las congregaciones puedan guiarse en esta dirección.

4



El
AGRESOR

La historia de un agresor sexual

Un hombre que cometió abuso sexual me relató esta historia.

Me crié en una familia cristiana grande. Los servicios y actividades religiosos eran el centro de la vida familiar, aún más que las tareas de la granja con las que todos debíamos ayudar. Íbamos a la iglesia dos veces los domingos y todos los miércoles por la noche. Hasta donde puedo recordar, mi padre era uno de los ancianos de nuestra iglesia. Era un hombre severo y rígido, y tenía reglas muy estrictas.

Siempre que trasgredíamos sus reglas nos azotaba con ramas de árbol que mantenía en la cocina y en el granero. Recuerdo una ocasión en que mi madre lloraba y le decía que éramos niños y simplemente nos estábamos "portando como niños" y no merecíamos ser golpeados. El la tomó por el cuello y le preguntó si lo estaba desafiando y le dijo que si interfería en sus esfuerzos por educarnos como niños temerosos de Dios, ella sería la próxima en recibir una golpiza. No recuerdo que mamá volviera jamás a expresar desacuerdo con él o apoyarnos en público, pero sí recuerdo que lloraba mucho.

Ninguno de mis padres me habló de sexo. Como vivíamos en una granja, yo descubrí las cosas solo. Cuando fui a la escuela uno de los muchachos mayores me contó "cómo lo hacía la gente". Cuando empecé a tener sentimientos sexuales fue confuso y me causaba miedo. No estaba seguro de lo que me estaba pasando, pero tenía miedo de hablar con alguien acerca de ello.

En un campamento de la iglesia, para estudiantes de secundaria, oí un sermón acerca de la masturbación; aunque la palabra

no se mencionó ni una vez. El orador explicó porqué era un pecado terrible, pero ya no puedo recordar cuáles eran las razones. En ese entonces tenían mucho sentido. Cuanto más trataba de no hacerlo, más quería hacerlo. Estaba seguro que los granos de mi cara eran causados por mi pecado secreto, que ya no podría ser escondido porque estaba escrito en ella.

Después de la secundaria asistí a una escuela de Biblia durante un año. Allí conocí a la mujer con la que me casé. Fue una relación difícil desde el principio. En parte, supongo, porque ella era muy diferente de mi madre. Mi esposa habla demasiado y tiene una voluntad muy fuerte. Cuando traté de ser hombre y esposo de la forma que aprendí de mi papá, ella se puso realmente enojada y me dijo que no lo toleraría.

Nuestros hijos nacieron muy pronto y aumentó la tensión entre nosotros. Cada vez que yo trataba de disciplinar a los niños, me acusaba de ser demasiado duro e incluso cruel. Ahora estoy empezando a entender que quizás lo fui.

De niño siempre tuve una autoestima baja. No lograba hacer nada que complaciera a mi papá. El criticaba todo lo que hacía. Una vez, en Navidad, le hice en el colegio una base para zapatos. Su primer comentario fue que debería haberla hecho en forma diferente. Pensé que yo era una mala persona y sentí mucha vergüenza. Después de todo, ni siquiera mi papá me amaba, ¿cómo podía esperar amor de otros? Los padres aman a sus hijos; si el mío no me amaba debía ser porque yo no era digno de ser amado.

Cuando mi esposa cuestionó mi comportamiento con nuestros hijos, me enfureció que ni siquiera en mi propio hogar pudiera ser mirado con respeto. Se suponía que era *mi* turno de tener el respeto y la obediencia de las personas. Cuanto más traté de controlar a mi familia, peor se pusieron las cosas. Hablé con nuestro pastor, quien dijo que yo estaba en lo correcto al exigir obediencia. Me ayudó a ver que el problema era la falta de sometimiento de mi esposa a mi autoridad espiritual. Mientras ella

no aprendiera a someterse, yo no sería libre para liderar. Traté de que ella hablara con él, pero se rehusó.

Cada vez me sentía más frustrado de que mi autoridad estuviera siendo cuestionada en mi propia casa. Me enojé más con mi esposa por no permitirme ser el hombre de la casa. Tengo una sobrina que en esa época tenía 12 años y con la que siempre había tenido una relación muy cercana. Cuando me enojaba con mi esposa, la recogía y la llevaba a comer helado. Puesto que su padre había muerto cuando ella era pequeña, disfrutaba cuando yo tenía gestos paternales con ella. Su madre se sentía agradecida también.

Los viajes a la heladería se hicieron más frecuentes. Luego empecé a llevarla al golfito y a pasear en el carro. Mis hijos estaban celosos de la atención que yo le prestaba, pero yo la explicaba diciendo "por lo menos ella me aprecia".

Debo admitir que empecé a tener sentimientos extraños siempre que pensaba en mi sobrina. También empecé a fantasear con meterme a la cama con ella desnuda. Cuando estábamos juntos la tocaba más y en el carro dejaba mi mano en su pierna. Siempre nos habíamos despedido de beso, pero empecé a besarla en una forma diferente. Su madre, quien era mi hermana, una vez me preguntó qué pensaba mi familia de todo el tiempo que yo pasaba con mi sobrina. Por supuesto, ella no tenía forma de saber que mis sentimientos por su hija se habían vuelto sexuales.

Todavía no entiendo cómo pasó, pero una noche cuando regresábamos del golfito conduje hasta un lugar apartado. Le dije a mi sobrina que quería enseñarle algo de los hombres y las mujeres que su papá le habría enseñado si estuviera vivo. Como ella confiaba y creía completamente en mí, no tuve problema para convencerla de que se quitara la ropa.

Esa fue la primera de las muchas veces que tuve relaciones sexuales con ella en la parte de atrás del carro. Muchas veces me preguntó si estaba seguro de que hacíamos lo correcto. Yo le dije

que era lo que la gente hacía cuando se amaba y, puesto que nosotros nos amábamos estaba bien. Pude vencer su resistencia verbal y física.

La siguiente parte de la historia es una pesadilla para mí. Un día, en el colegio, la profesora de mi sobrina habló acerca de caricias inapropiadas y les preguntó a los estudiantes si alguna vez habían sido tocados de una forma que los hiciera sentir incómodos. En el recreo mi sobrina le contó las cosas que yo le había estado haciendo. La profesora llamó a mi hermana.

Mi hermana se apareció en mi lugar de trabajo y me dijo que subiera a su carro inmediatamente. Empezó a llorar, a gritar y a golpearme, y me dio un ultimátum: o le prometía no volver a estar a solas con mi sobrina y conseguir ayuda profesional o haría que la policía me arrestara. Conseguir ayuda profesional me pareció menos terrible que ser arrastrado a la estación de policía, así que eso fue lo que escogí.

Apenas estoy empezando a entender cómo traicioné la confianza de mi sobrina y me aproveché del poder que tenía sobre ella. Pero todavía hay muchas cosas que no entiendo.

Una reacción frecuente ante el abuso sexual de niños y niñas es la confusión y perplejidad. "¿Cómo pudo un adulto, que se supone ama naturalmente y protege a un niño o niña, llegar a hacer una cosa así?" A lo largo de los años, los científicos sociales y los psicoterapeutas han desarrollado complicadas teorías, con nombres sofisticados, para explicar porqué los hombres abusan sexualmente de las niñas. La explicación clave es, en mi opinión, simple y directa: *los hombres abusan sexualmente porque nuestra sociedad patriarcal perdona implícitamente el abuso de mujeres y niñas, y los hombres creen que pueden hacerlo impunemente.*

Este capítulo tratará brevemente las principales teorías que han sido propuestas para explicar el abuso sexual, de forma que los lectores puedan reconocerlas en el futuro y analizarlas

críticamente. Al leerlas no olvide que, independientemente de las circunstancias en que ocurre el abuso, la culpa siempre es del agresor. El es quien escoge abusar y es responsable del ataque.

El abuso sexual es en gran medida un abuso de poder y confianza, y sólo tiene que ver con cuestiones sexuales en menor grado. Sin embargo, el componente sexual debe ser reconocido. Todo comportamiento sexual, tanto sano como patológico, es complejo y multifacético. En todo acto sexual existen motivaciones y necesidades sexuales y no sexuales. En la relación conyugal sana, los componentes no sexuales de dicho acto incluyen el deseo de cercanía, de reafirmar el ser especial, o de confirmar la propia feminidad o masculinidad. En una relación sexual patológica, la motivación no sexual puede incluir el deseo de humillar, de controlar o dominar, de castigar o vengarse.

Si bien la motivación significativa de un agresor en particular puede haber sido la necesidad de dominar y controlar, debe considerarse el hecho de que estas necesidades hayan sido sexualizadas. Si el componente erótico hubiera sido insignificante, la necesidad del agresor de dominar y controlar podría haber sido satisfecha en formas diferentes, no sexuales, que podrían incluir: controlar la escogencia de ropa, amigos y actividades de la víctima; encerrarla en una habitación, encadenarla a un poste, entre otros.

Teorías de los factores eróticos

Paidofilia es un término usado para describir la desviación de las personas que sienten interés sexual por los menores. El pedófilo puede tener contacto sexual con un niño (es decir, toca al niño o hace que él lo toque para excitarse sexualmente), o masturbarse al tiempo que fantasea conscientemente con infantes. La mayoría de las atracciones pedofílicas empiezan en la adolescencia.

Efebofilia es la atracción sexual por niños o niñas que se encuentran en la etapa inicial de la pubertad. Algunos efebófilos

se sienten atraídos por niños y otros por niñas. Los pedófilos y efebófilos pueden sentirse atraídos por adultos y menores, pero usualmente los excitan más los menores. Muchos son casados y la mayoría admite durante el tratamiento que fantasean con menores mientras tienen relaciones sexuales con adultos.

¿Por qué razón puede un adulto considerar sexualmente atractivo a un menor prepuber? Como se dijo, se han desarrollado numerosas teorías para explicar este fenómeno. John Money (1986) ha desarrollado el concepto de "mapa amoroso", una especie de imagen o molde del amante idealizado y lo que se hace con él en una relación erótica sexualizada, existente en la mente y el cerebro de un individuo. Si bien puede haber una influencia hormonal, presente en el nacimiento, que afecta el mapa, éste se forma generalmente durante los primeros ocho años de vida y a menudo tiene como resultado la atracción sexual por alguien del sexo opuesto y aproximadamente de la misma edad.

Money dice que si se prohíbe a los niños y las niñas tocar su cuerpo eróticamente, se les somete a castigos y disciplina abusivos, o se les expone demasiado abruptamente a comportamientos sexualizados inapropiados, la formación de su mapa amoroso puede ser traumatizada y dañada. Esto puede conducir a patrones de excitación sexual desviados y comportamientos que se manifiestan después de la pubertad y pueden incluir la atracción sexual por menores.

El mapa amoroso se forma de manera compleja, totalmente controlado por el individuo. Pero, sin importar cuál pueda ser el amante idealizado presente en la mente de una persona, nunca es aceptable usar a una niña o niño indefenso y vulnerable para obtener gratificación. Quienes tienen mapas amorosos desviados pueden y deben aprender a controlar sus impulsos y comportamiento, mediante tratamiento psicoterapéutico para que ni los infantes u otras personas vulnerables sean lastimados.

Una teoría relacionada plantea que algunas personas tienen experiencias sexuales tempranas que modelan para ellos la opción adulta de considerar a los menores sexualmente excitantes. Quizás lo significativo para alguien que de niño fue víctima de abuso no es el que hayan abusado de él, sino el haber tenido un modelo de alguien que consideraba a las menores sexualmente estimulantes. Este proceso puede ocurrir también con personas que fueron testigos de la explotación sexual de hermanos o primos.

McGuire, Carlisle y Young (1965) creen que la experiencia temprana de un modelo que consideraba a los niños y las niñas sexualmente estimulantes se convierte en una fijación cuando se incorpora a una fantasía acompañada de masturbación en forma repetida. Puesto que la masturbación es un refuerzo placentero, los pensamientos sobre niños y niñas llegan a estar asociados con la excitación sexual.

Muchos agresores admiten que han erotizado a los niños y las niñas proyectando fantasías sexuales sobre la imagen mental de cuerpos de niños, y masturbándose. Incluso después de haber iniciado una relación sexual explícita con ellos, las fantasías que los involucran, combinadas con masturbación siguen siendo frecuentes.

El temor de ser descubiertos abusando de un menor aumenta la producción de adrenalina y esto, junto con la intensidad de las fantasías de masturbación, puede conducir a una intensa estimulación sexual. En algunos casos, esta excitación "altamente" tóxica tiene como resultado un patrón de adicción. Están dispuestos a poner en riesgo el bienestar de una niña o un niño, su propia reputación y la seguridad familiar, por un momento de intensidad sexual con un menor. Las tendencias sexuales adictivas deben ser combatidas y controladas de la misma forma que la tendencia a abusar de sustancias. "Mi adicción me hizo hacerlo" nunca es una excusa válida para abusar de un menor.

Una teoría relacionada propone que la excitación sexual con menores puede ser resultado de la exposición a pornografía infantil u otras representaciones eróticas de niñas y niños. La exposición a representaciones explícitas de ellos involucrados en actos sexuales con adultos puede aumentar su legitimidad y remover inhibiciones acerca del comportamiento sexual adulto-menor (Densen-Gerber, 1983; Russell, 1982). Esta hipótesis no ha sido sometida a prueba en forma extensa.

Otra teoría es la del desarrollo psicosocial estancado. Según esta teoría, los que abusan de menores son emocionalmente inmaduros, y los consideran sexualmente estimulantes porque ellos mismos se encuentran en un nivel emocional similar (Hammer y Gklueck, 1957; Groth y Birnbaum, 1978; Bell y Hall, 1976). Los que proponen esta teoría dicen que los agresores sexuales de niños y niñas son inoperantes en las relaciones sociales con personas de su misma edad. Los agresores pueden experimentar una sensación más placentera o mayor congruencia emocional entre sus necesidades emocionales y las características de los menores.

Los agresores tienen más probabilidad que los no agresores de manifestar baja autoestima, dudas sobre sí mismos, autoalienación, necesidad de refuerzo, inseguridad y temor al fracaso heterosexual con mujeres adultas. En las relaciones con infantes pueden sentirse comparativamente poderosos y exitosos (Loss y Glancy, 1983). También los proponentes de esta teoría señalan que, aunque el niño o la niña pueda parecerle más compatible emocionalmente al agresor, esto de ninguna manera excusa o justifica usar a un menor como medio de gratificación sexual.

El modelo de dinámica familiar del abuso incestuoso apoya la teoría del “bloqueo”. Por diversas razones, la relación conyugal puede haberse roto. Cuando la relación íntima física entre cónyuges es insatisfactoria se producen la frustración y la deprivación sexual. El padre puede ser demasiado inhibido o “religioso”

para buscar satisfacción sexual en una relación extramarital o en la masturbación, y, puesto que todas las vías aceptables de expresión sexual con adultos están bloqueadas, puede recurrir a su hija para expresar sus necesidades sexuales. Esta se denomina algunas veces la teoría de la deprivación/frustración sexual.

Pero independientemente del grado de discordia conyugal, sin importar cuán sexualmente "deprivado" pueda estar un padre, abusar sexualmente de un niño o una niña nunca puede ser justificado. La deprivación sexual y la frustración conyugal no explican adecuadamente las verdaderas razones por las cuales los hombres abusan de los menores. Si nos centramos en ellas, pasaríamos por alto razones más profundas del abuso sexual.

Howells (1981) plantea la presencia de un "error atributivo" en aquéllos que consideran a los menores sexualmente excitantes. Muchas personas experimentan una fuerte respuesta emocional positiva hacia los menores, que usualmente se entiende como "paternal/maternal", "afectuosa" o "protectora". Algunas personas, dice Howells, pueden interpretar erróneamente estos sentimientos como sexuales y actuar en consecuencia. Esta teoría parece revelar la motivación de los agresores sexuales a través de lentes color de rosa. Howells no explica cómo estos individuos consiguen superar las restricciones morales y utilizar personas vulnerables para obtener placer.

Teorías de los factores no eróticos

Los factores no eróticos también han sido explorados por los teóricos para explicar la motivación de quienes abusan sexualmente de niñas o niños, y a menudo han sido clarificados por los agresores.

Con frecuencia, los agresores tratan de mitigar su responsabilidad enumerando sus problemas. En la mente del agresor, la discordia conyugal, la pérdida del empleo o una esposa enferma pueden explicar plenamente la relación sexual con una niña. Un padre incestuoso se "disculpó" con su hija de 10 años diciendo:

Siento hacerte esto. Sabes que no es tu culpa, pero tampoco es mía. Con tu mamá embarazada de nuevo y yo sin trabajo, no tengo alternativa. Míralo de esta forma, es tu contribución a salvar la familia. Por lo menos no estoy buscando a alguien en un bar o andando por ahí con otra jovencita. Cuando recupere mi empleo y mi orgullo, esto se acabará.

No es sorprendente que muchos hombres culpen a sus esposas de su propio comportamiento sexual abusivo. Las culturas norteamericana y latina tienen una larga tradición de culpar a las mujeres, especialmente a las madres, de todo, desde la impotencia hasta la esquizofrenia y la homosexualidad.

Muchos agresores sexuales tienen dificultad para identificar sus sentimientos. Si se les pregunta qué sienten, es más probable que respondan qué piensan. Parecen genuinamente ignorantes de sus sentimientos en un momento dado. De forma similar, los agresores no pueden tolerar sentimientos tales como la rabia, la frustración o la depresión, sin recurrir a actos sexuales para liberar la tensión creada por esos sentimientos.

Existen indicaciones de que en general en nuestras culturas, los hombres pueden canalizar la expresión de sus sentimientos a través de sus órganos sexuales más que las mujeres. Y el agresor, aún más que muchos hombres, carece de la capacidad para entender lo que siente. Rara vez tiene amigos cercanos con los cuales pueda compartir el sufrimiento emocional profundo y tiende a estar aislado. En cambio de afrontar sus temores y ansiedades, los sexualiza y trata de sentirse mejor, llegando al plano sexual con un menor.

Muchos profesionales han observado que los agresores sexuales recurren al incesto en un intento infructuoso de satisfacer tanto sus necesidades emocionales como sus necesidades sexuales (ver Maltz y Holman, 1987). Pero es cuestionable que puedan convencerse genuinamente a sí mismos que de alguna ma-

nera es aceptable abusar de sus hijas porque están sintiéndose deprimidos. Y, desde luego, aunque se engañen a sí mismos, no hay justificación ética para abusar de un menor.

La teoría de la "identificación con el agresor" sostiene que los agresores, en un intento de superar los efectos del abuso que ellos mismos sufrieron durante su infancia, desarman su propio trauma invirtiendo los papeles de víctima y victimario. En un sentido aberrante, el agresor siente que puede superar la humillación de "traumas psicológicos inducidos en la infancia" que él pudo haber experimentado de niño.

Finkelhor dice que "combaten su propia falta de poder, convirtiéndose en el victimario poderoso" (1986, p. 95). Sin embargo, mi amigo psiquiatra Scott Walker considera que las personas que han sido víctimas en la infancia tienen muchas opciones de comportamiento en la edad adulta. Estas opciones pueden agruparse en torno a tres grandes categorías: convertirse en ovejas (presas indefensas de futuras agresiones), en pastores (cuidando a otros) o en lobos (victimarios de otros).

Las víctimas de abuso tienen alternativas en su vida adulta. Abusar de otros es una opción inexcusable. Muchos y muchas sobrevivientes que conozco tienen *menos* probabilidad de convertirse en agresores sexuales de menores, que sus compañeros que no han sido víctimas. Como dice un amigo, "Yo sé cuán devastador ha sido para mí; ¡ de ninguna manera haría algo así a otro niño!"

Un marco teórico, legítimo y útil, para comprender a los agresores es la teoría del aprendizaje social de Albert Bandura (1977). Bandura resalta el impacto del modelo en el aprendizaje. Observa que el refuerzo directo de un comportamiento no es la única forma en que los seres humanos aprenden. El aprendizaje puede tener lugar a través de la observación y el ejemplo.

En un experimento famoso, Bandura hizo que algunos niños y niñas observaran adultos jugando con "Bobo", una figura de plástico inflable. El modelo adulto pateó y golpeó con un marti-

llo a Bobo. Más adelante, cuando se les permitió jugar con la figura, ellos también la patearon y golpearon. Los menores imitaron el comportamiento agresivo y violento del modelo; incluso cuando sólo lo vieron en película o en un dibujo animado.

Experimentos posteriores han encontrado que es aún más probable que los niños y las niñas imiten el comportamiento del modelo si lo perciben como alguien de posición alta. Los ejemplos de modelos de posición alta incluyen padres, estrellas de cine, estrellas de rock, atletas o personajes famosos de dibujos animados.

En sus hogares, en los medios de comunicación, y en la sociedad en general, pueden haber modelado un comportamiento que devalúa a las mujeres y a los menores, lo cual es violencia hacia ella, tratándola como objeto. Mediante ese modelo, los muchachos "aprenden" que esa es la forma en que los varones actúan con las mujeres. A través de la observación e imitación de varones abusivos, los muchachos aprenden a ser agresores.

La religiosidad conservadora y el abuso

Hay un hecho perturbador que continúa emergiendo en la investigación del abuso sexual. El mejor indicador inicial de posibilidad de abuso es el alcoholismo o la drogadicción del padre, pero el segundo es la religiosidad conservadora, acompañada de la creencia paterna en los roles femeninos y masculinos tradicionales. Esto significa que si usted quiere saber qué niñas tienen mayor probabilidad de ser víctimas de abuso por parte de su padre, la segunda clave más significativa es *si los padres pertenecen o no a un grupo religioso conservador, con creencias tradicionales respecto de los papeles y actitudes sexuales rígidas.*

¿Cómo es esto posible? ¿Por qué las niñas de un hogar religioso no están más seguras contra el abuso que las de uno no religioso? ¿Qué hay en un hogar religioso que realmente pone a los hijos y las hijas en mayor riesgo de ser víctimas de abuso sexual por parte de su padre?

Las personas de creencias conservadoras pueden tener muchas características saludables marcadas que merecen respeto y afirmación. Pero debido a las formas en que pueden contribuir al abuso, nos concentraremos en aquellas características tradicionales desde el punto de vista machista que pueden ser potencialmente negativas.

Las personas con estructuras de personalidad rígidas pueden sentirse atraídas por iglesias con sistemas de creencias inflexibles. Cuando una persona ve todo en términos de bien y mal absolutos, existe menos flexibilidad de pensamiento y comportamiento. Si a un hombre se le ha enseñado que debe ser cabeza incuestionable de la familia y que su esposa e hijos deben vivir sometidos a él, puede sentirse amenazado cuando su identidad y su rol son desafiados.

Habiéndose identificado fuertemente con un papel predeterminado dentro de la familia, puede de hecho tener menos conciencia de quién es él como persona, más allá de ese papel. Cuánto más carecen las personas de un sentido claro de su individualidad, más allá de un papel impuesto por la sociedad, menos capaces son de ver a los niños y las niñas por su propia valía interna y no como simples proyecciones de las necesidades de los progenitores.

Cuando un hombre cree que controlar a su esposa e hijos es un derecho y una obligación que viene de Dios, puede encontrar lógicamente justificado usar cualquier medio para mantener ese control. Más todavía, puede llegar a creer que los posee, y si los posee, puede, por supuesto, hacerles lo que quiera.

Leamos detenidamente la historia de Oscar:

"Crecí en Centroamérica en un hogar violento. Cuando me casé comencé a abusar de mi esposa. Estudiaba en la universidad y me envolvía en un nivel intelectual y en actividades de los derechos estudiantiles. Fui reconocido por el movimiento sindicalista. Cuando me sentía frustrado, llegaba a mi casa y golpeaba a mi mujer. Más adelante me convertí al Señor, en una

iglesia evangélica. Participé de lleno en la vida de la iglesia, con mi familia. Cuando escuchaba de mi pastor que era mandato de Dios que el hombre fuera cabeza del hogar, entonces con mayor sentido reclamaba la autoridad en mi casa. Encontré en las enseñanzas de la iglesia respaldo al tipo de autoridad que quería ejercer, lo cual nutrió más el espíritu de abuso que me caracterizaba. Mi esposa siempre me decía que se iría de la casa y se llevaría los niños. Yo entonces la amenazaba de muerte y le decía que la Biblia estaba de mi lado.

Por los problemas militares en mi país, salimos y fuimos acogidos como refugiados en Canadá. Allá continué con mi conducta agresora con mi esposa y ella se fue de la casa, llevándose a nuestros hijos. Cuando me encontré solo, fui de nuevo a buscar ayuda en una iglesia. En un centro cristiano de apoyo al refugiado me dieron la mano y me recomendaron a un grupo de apoyo a hombres abusadores. Yo tuve que aceptar que tenía el problema y necesitaba ayuda. Trabajé en las raíces de mi conducta que procedía de un cultura sexista donde domina el hombre. Hoy estoy en proceso de sanidad, aunque perdía a mi familia, reconozco el potencial que hay en mí, no sólo de abusar de las mujeres, sino de abusar sexualmente de mi propia hija. Soy facilitador de otro grupo de apoyo a hombres, les ayudo a reconocer su problema de abuso y cómo corregirlo. El camino es doloroso y largo; es un compromiso de cada día."

Como sucede con los hombres educados en un ambiente que tiende a reprimir la sexualidad, los de hogares religiosos legalistas que se obsesionan frecuentemente con sentimientos y pensamientos sexuales, pero rara vez los comparten con otros, puesto que pueden considerar los pensamientos sexuales sucios y pecaminosos, se sienten avergonzados y temerosos de ellos. Cuanto más tratan de reprimir estos poderosos pensamientos y urgencias, más fuertes se hacen. Los sentimientos y pensamientos sexuales parecen adquirir una vida propia que escapa al control del hombre cristiano con espíritu inflexible.

De esta forma, se establece un círculo vicioso. Cuánto más piensa en asuntos sexuales, más vergüenza siente. Cuanta más vergüenza siente, más se esfuerza por reprimir y negar esos sentimientos sexuales. Cuanto más se esfuerza por reprimirlos y negarlos, más energía tienen. Si trata más y más de negar sus urgencias, éstas se hacen más poderosas.

Las creencias de los hogares religiosos legalistas tienden a ser exclusivistas. Tales familias piensan que su forma de creer es la forma correcta; aquéllos que tienen creencias diferentes van por el camino equivocado. La afirmación del camino correcto escogido por una familia puede ser una característica positiva, fuente de fuerza. Pero un compromiso obsesivo con la "forma correcta" puede conducir a una mentalidad distorsionada.

Más significativo es el que las creencias rígidamente exclusivistas crean un ambiente de "nosotros y ellos" y construyan un foso de separación y aislamiento alrededor de la familia, detrás del cual puede prosperar el abuso sin que otros lo detecten. En las familias donde se comete abuso las fronteras que las aíslan del mundo exterior son muy rígidas. La vergüenza de la familia y la necesidad que tiene el agresor de proteger su horrible secreto y continuar abusando, aíslan tanto a la familia como a la víctima.

En una familia saludable las fronteras entre sus miembros son fuertes pero lo suficientemente permeables para que puedan darse la comunicación y compartir en la intimidad. Cada miembro de la familia tiene sentido de su propia identidad, sus derechos y necesidades como individuo único. Los miembros de una familia saludable tienen la posibilidad de acercarse con amor e intimidad, pero de la misma manera son capaces de retraerse como individuos separados, cada uno con su identidad única, cuando es lo adecuado.

En una familia donde hay abuso, los límites entre sus miembros tienden a ser muy flojas y las necesidades individuales se mezclan en una sola. El agresor aísla a la víctima de personas

fuera de la familia, le dice —con su comportamiento— que ella no tiene valor individual o derechos, excepto el de satisfacer sus necesidades. Destruye sus fronteras personales emocionales y físicas, y la convence de que puede tocarla y usarla siempre que él lo desee, porque ella no tiene derechos.

Socialización masculina

Hombres y mujeres abusan físicamente de los menores casi en iguales proporciones. Sin embargo, después de considerar con cuál de sus padres viven más frecuentemente los menores y cuál tiene la mayor responsabilidad de cuidarlos, el nivel de abuso físico es mayor por parte de los padres que de las madres. (Creighton, 1987). Las víctimas son niñas y niños, prácticamente por igual.

El abuso físico se considera en primera instancia un problema de falta de la crianza paterna/materna. Cuando las personas a cargo son incapaces de responder en una forma no violenta y creativa a los comportamientos infantiles o a la desobediencia, cuando no conocen formas apropiadas de lidiar con la tensión y la frustración, pueden recurrir al abuso físico.

El abuso sexual es cometido principalmente por hombres heterosexuales que abusan de niñas. Los hombres tienen mucho menor contacto con niños que las mujeres, muy rara vez son los principales encargados de su cuidado y menos frecuente aún es que sean los únicos que los cuidan. Y, sin embargo, el 90% de los responsables de abusos sexuales son hombres. Cada vez más, el abuso sexual de niños es considerado como un problema de socialización masculina.

Los humanos nacen mujeres o varones. Deben aprender a ser femeninos o masculinos. Teóricos como Carol Gilligan (1982), Nancy Chorodow (1974) y Robert Stoller (1964) han contribuido a documentar este proceso.

Las teorías acerca de la socialización masculina y femenina se están actualizando gradualmente, con los cambios de la sociedad y la investigación en curso. Nadie puede estar realmente se-

guro de cómo se entenderán las cuestiones de género dentro de la siguiente generación, cuando la actual agitación en el campo de los roles de los géneros podrá haber producido nuevas formas de comprender e incluso nuevas prácticas de socialización.

Sin embargo, puesto que los investigadores han tratado de descifrar las formas de ver y la manera en que hombres y mujeres eran socializados en el pasado, muchas teorías han hecho referencia a la tendencia en las sociedades latinoamericanas de dejar el cuidado primario de los menores a la mujer. Como resultado, la mayoría de las niñas aprenden acerca de la feminidad imitando a quienes las cuidan y son más allegados a ellos. Así, su concepción misma del ser está enraizada en un sentido de conexión y relación con otros y otras.

Por el contrario, algunos teóricos consideran que la identidad masculina se desarrolla en los muchachos en cuanto son diferentes y separados de sus madres, quienes los cuidan en primera instancia. El varón importante en la vida de un muchacho, en general su padre, tradicionalmente pasaba muy poco tiempo del día relacionándose personal y en forma directa con su hijo. Como consecuencia, la identidad masculina se ha enraizado en la experiencia de no ser como la primera de quien lo cuidó, de estar separado y de requerir distanciarse y diferenciarse de ella.

Esto está cambiando en algunos círculos, pero hace una generación (todavía frecuentemente) los muchachos demasiado apegados emocionalmente a sus madres eran rotulados como "hijitos de mamá" o "nenas". Cuando se preguntaba a niñas pequeñas qué significaba ser mujer, tradicionalmente tendían a enumerar comportamientos positivos como "ser suave" y "cuidar bien a los niños pequeños". Los muchachos, sin embargo, al preguntárseles qué significaba ser hombres enumeraban elementos negativos como "no ser débil", "no llorar", "no ser una nena".

De esta forma, la identidad masculina ha tendido a ser negativa. Los supuestos y prácticas culturales que tradicionalmente

hicieron del cuidado de los niños una responsabilidad de la mujer han hecho daño a los hombres y, en últimas, también a nosotras. Puesto que los muchachos desarrollan un sentido de masculinidad mediante la separación, el ser diferentes de sus madres y no hacer las cosas que sus madres hacen, algunos hombres se sienten amenazados por la intimidad. Con frecuencia los varones tienen más dificultades con las relaciones íntimas que las mujeres. Su propia identidad masculina se siente amenazada en ocasiones por la intimidad emocional.

Por otra parte, muchos hombres son más adeptos que muchas mujeres a relacionarse con los demás en forma impersonal y objetiva. De ese modo pueden tener menos dificultad en aceptar a los otros como separados e individuales. La tendencia de los hombres a ser menos emocionales y personales en su comportamiento sexual tiene que ver con ese proceso. Las mujeres encuentran difícil separar el acto sexual de las relaciones totales. Pero muchos hombres son socializados para separar el comportamiento sexualmente íntimo del contexto global de la relación. Esto, a su vez, hace más probable que los hombres sexualicen relaciones que no deberían ser sexualizadas.

Cuando los niños aprenden que ser varón significa ser diferente de la madre, pueden ser sutilmente alentados a rechazar comportamientos afectuosos considerados maternales. Pueden sentirse empujados a convertirse en fuertes, dominantes y agresivos. Se ven urgidos de controlar a otras personas y sus propias emociones. Desde su nacimiento, los varones son incitados a ser fuertes y valientes y a no llorar. Tradicionalmente nuestra sociedad ha puesto sobre los varones expectativas inhumanas que nos lastiman a todos. En la cultura latinoamericana, cuando se prohíbe a un varoncito llorar, se está atrofiando la habilidad de expresar sus sentimientos.

Un cliente afirmó que su padre jamás lo había elogiado ni expresado ningún orgullo de él. Luego dijo "Ah, retiro lo dicho. Un día en el colegio un compañero me golpeó en el estómago;

yo me lancé sobre él, lo arrojé al suelo y le di un puñetazo en la cara." Su padre fue llamado a la oficina del director para reunirse con su hijo y el otro muchacho, que tenía un ojo negro y la nariz hinchada y sangrante. Después de oír los detalles del altercado, "mi padre, por primera y última vez en mi vida dijo: ¡Estoy orgulloso de ti, hijo!"

Otro hombre cuenta la humillación que sintió de muchacho, cuando sentía miedo de estar solo en la oscuridad de su cuarto. Después de varias noches de correr al cuarto de sus padres, su padre le hizo ponerse el vestido, la cinta del pelo, las medias y los zapatos de su hermana y lo obligó a caminar alrededor de la cuadra tres veces. El saludo furioso de su padre cuando volvió del humillante ejercicio fue "¡Espero que eso te enseñe a no actuar como una niña llorona!" Lo que le enseñó fue que no es seguro ni apropiado que los niños expresen temor, debilidad o vulnerabilidad.

Puesto que los niños —al igual que las niñas— experimentan una amplia gama de sentimientos, los hombres han aprendido a negar y suprimir muchas emociones. Cuando se les dice que sólo las niñitas o los bebés llorones (no los hombres de verdad) son débiles, y se ponen tristes o asustados, los niños aprenden a enmascarar y esconder sus sentimientos, incluso para sí mismos. De esta forma puede iniciarse un patrón de negación y represión que conduce a una carencia de conciencia y comprensión de sí mismos. Esto hace difícil que los hombres reconozcan y admitan sus necesidades íntimas y sus anhelos insatisfechos y contribuye a que sean vulnerables a relaciones sexuales inapropiadas.

Largos años de inhibir los sentimientos por miedo a no dar la medida de los estándares aceptables de masculinidad puede causar que los hombres adultos estén menos conscientes de sus emociones y menos dispuestos a revelarlas. Aunque esto está cambiando a medida que la sociedad revalúa los roles de género, el rol masculino tradicionalmente definido requería que los hombres fueran duros, nada sentimentales y emocionalmente inexpresivos.

Si sus sentimientos no concordaban con estos estándares, igualmente se esperaba que actuaran como si fueran duros.

Los hombres que se sienten obligados a negar sus sentimientos pueden estar menos inclinados a aceptar responsabilidad por sus relaciones con personas débiles y vulnerables. Para un hombre que no ha aprendido a afrontar y percibir su propio sentido de vulnerabilidad y dolor puede resultar imposible afrontar y percibir los de otros. Los años de represión de los sentimientos tienen consecuencias. La negación de las emociones afecta la capacidad de comprender y sentir empatía por los otros y por sí mismos, y originan la tendencia de permitir falsas expectativas sobre los roles de género que influyen más sobre el comportamiento sexual que los sentimientos auténticos de la persona.

Hemos comprendido que el organismo humano anhela y necesita el contacto físico para salir adelante en la vida. Y, sin embargo, en nuestra cultura los varones han tenido pocas oportunidades de tener esa experiencia. El temor de ser considerados homosexuales o afeminados limita el contacto entre hombres (a menos que estén embriagados) al juego rudo, un apretón de manos, una palmada ocasional en la espalda, un inusual pasar el brazo por los hombros o un ruidoso golpe por detrás durante los eventos deportivos.

Exceptuando el sexo, los hombres han carecido de oportunidades para expresar sentimientos cariñosos y tiernos. Se les ha enseñado que la forma masculina de expresar interés y buscar calidez es mediante la actividad sexual. Si quieren expresar afecto y ternura, pueden, debido a lo limitado de su destreza para acariciar, recurrir a una actividad sexual explícita, cuando un abrazo o apretón suave de la mano podría ser más apropiado y responder mejor a su verdadera necesidad.

Puesto que los hombres han tenido menos oportunidades que las mujeres de practicar comportamientos afectuosos fuera de los encuentros sexuales, tienden a volverse hacia el sexo, inclu-

so haciendo algo tan inapropiado como tomar niños como su pareja sexual, para satisfacer estas necesidades afectivas. De forma similar, los hombres se inclinan más que las mujeres a definir los intercambios afectivos como sexuales y a ser sexualmente excitados por ellos.

Otro factor de socialización relacionado con el abuso sexual de niñas es nuestro tradicional énfasis cultural en el dominio del varón en las relaciones. Hemos alentado a los hombres a encargarse, a ser dominantes y poderosos en las relaciones de trabajo, en la iglesia, y en el hogar. El rol masculino ha requerido que los hombres dominen y controlen a mujeres, niños y niñas.

Los varones han sido especialmente socializados para ser dominantes en las relaciones sexuales. Las mujeres han sido socializadas para ver a personas mayores, más grandes y fuertes como compañeros sexuales apropiados; los hombres han sido socializados para considerar apropiadas a las personas más jóvenes, más débiles y más pequeñas. Los niños y las niñas constituyen una extensión de estos patrones del compañero sexual. Estos modelos hacen a los menores vulnerables al abuso sexual por parte de hombres adultos.

Diana Russell (1986) ha observado que los varones que han sido frecuentemente socializados con un enfoque depravado de la gratificación sexual, que los predispone a la violencia y al abuso sexual. Jane Caputi (1987) y Joan Smith (1989) han comentado igualmente la conexión entre sexualidad masculina y violencia existente en nuestra cultura. De hecho, ha sido claro para muchos que en nuestra sociedad la violencia de los hombres es a menudo normalizada, naturalizada y erotizada.

A muchos hombres se les ha enseñado que la verdadera masculinidad se demuestra con el desempeño exitoso en actos heterosexuales. La identidad y el ego de los varones están estrechamente ligados a su habilidad para atraer compañeras sexuales y realizar el acto sexual. Pero se ven atrapados en una

paradoja cultural porque ¡no se supone que las mujeres buenas disfruten el sexo!

Muchos hombres me han contado que cuando se sienten heridos en su orgullo y su ego es maltratado, recurren al sexo como confirmación de que "todavía soy hombre." Al varón que abusa le importa poco que el único compañero sexual disponible sea una elección inapropiada, por ejemplo una niña. Lo importante para él es convencerse que, pese al ataque a su ego masculino, sigue siendo un hombre.

El término comúnmente usado para la disfunción eréctil es "impotencia", que significa "sin poder". Un hombre que no puede tener o mantener una erección, o no puede eyacular es considerado carente de poder. Debido a que masculinidad, poder y comportamiento sexual agresivo están tan fuertemente asociados en nuestra cultura, el sentido de masculinidad de un hombre sexualmente impotente puede encontrarse fuertemente dañado.

Algunos hombres de nuestra cultura consideran eróticamente estimulante el comportamiento sumiso. Para un varón con problemas de erección, un niño pequeño, débil y sumiso puede ser particularmente excitante. Supongamos que ve a su esposa como una persona poderosa, que la considera una "bruja castradora" y equivocadamente, la culpa de su problema. Ese hombre puede ver a las niñas a las que tiene acceso, relativamente débiles y como potenciales compañeras sexuales sumisas. Quizás con ellas pueda recuperar su capacidad de erección y restaurar su sentido de poder y masculinidad.

No podremos detener el abuso sexual de niños y niñas hasta que desafiemos y cambiemos la profunda y destructiva violencia de los patrones culturales tradicionales de socialización masculina. Los Capítulos 10 y 11 analizan los pasos que pueden dar las congregaciones para impulsar un modelo más sano, más cristiano, de ser hombre. El capítulo siguiente examina las creencias religiosas que, interactuando con otros factores, parecen relacionarse con el abuso.

5



Creencias religiosas y el abuso

Angélica conoció a Héctor en la iglesia. Lo observaba como un buen muchacho, servicial, amable, solidario y muy dinámico. Ella Había estudiado tan sólo hasta sexto y él había sacado sus estudios básicos. Se conocieron colaborando en actividades de la iglesia. Angélica admiraba cada vez más a Héctor; le veía tantas cualidades, además de ser pastor en una iglesia de pueblo. Más adelante se hacen novios y ella se siente muy privilegiada de ser amada por él.

Se trasladan a vivir al campo, Héctor sigue pastoreando allí y la gente comenta que es un buen pastor. Angélica se esmeraba en atender la casa para que su esposo la viera siempre limpia y ordenada; además, se puso a criar pollos, cerdos y poder ganar algo de dinero para apoyar a Héctor. Todo auguraba un matrimonio estable.

Poco tiempo después, Héctor dijo a Angélica que no le gustaba que saliera y que esperaba siempre encontrarla en casa cuando llegara. Un día no la encontró en casa, se puso furioso y le gritó. Ella se asustó mucho pues él venía del culto y no debía comportarse de esa manera. Estaba desconcertada pues nunca le había visto esa actitud.

Con el correr de los años, la situación fue agravándose. Además de gritarla, Héctor le decía que era tonta, fea, que no se arreglaba y que él no sabía porqué se había casado con ella. También le dijo que no servía para nada puesto que ni hijos le había dado. En momentos de ira, Héctor abusaba sexualmente de Angélica. Ella se sentía culpable porque en ocho años no había podido tener hijos. Lloraba, se lamentaba, procuraba salir menos y cuando estaba fuera de la casa visitando a sus familiares se sentía nerviosa, inquieta, pero no le contaba a nadie lo que sufría con Héctor. El seguía pastoreando y dando cultos entre semana y los domingos.

Un día cuando preparaba la cena, arregló el fuego, puso el comal para darle tortillas calientes, pero dejó unos leños largos para que tuvieran buen fuego cuando Héctor llegara. El llegó y le dijo que le sirviera la cena; como no lo hizo rápido empezó a insultarla desde la mesa. Ella actuó lentamente para que él se acercara hasta donde estaba el fuego. Cuando él quiso halarla del cabello, ella se hizo a un lado y agarrando un leño encendido le dijo que no le pusiera un dedo encima porque si no lo quemaría, pues ya estaba cansada y harta del maltrato, además añadió que iba a saber quién era ella realmente y que no se atreviera a volver a lastimarla porque le iría muy mal. Héctor se echó para atrás y se quedo mudo, sorprendido.

Pasaron varios días sin hablarse. El seguía predicando y ella en la casa, silenciosa, ocupada en los oficios domésticos. Héctor llegó una noche de predicar y entró gritando que las gallinas habían ensuciado el patio que olía y mal y reclamándole porqué no había limpiado. Le gritó que era una haragana, sucia e inútil y que lo de la otra noche no iba a quedarse así. Le asegura que él es el que manda en la casa y que le va a ir mal si intenta amenazarlo de nuevo.

Angélica siguió haciendo las tortillas. Héctor se acercó entonces al fuego y le dio manotazos y patadas en la espalda. De repente, ella sacó un leño y se lo tiró en la cara y agarró un machete. El se fue al piso y ella aprovecha para darle con el machete en la espalda, brazos y piernas y le asegura que no está dispuesta a aguantarle más. Le dice también que no se le olvide que ella merece respeto...lo deja tirado en el piso. Angélica deja todo tirado, se lleva el machete y se va a casa de una amiga. Horas después él la busca y al encontrarla pide hablar con ella. Le pide perdón y le manifiesta que la quiere, explicándole que su comportamiento es por malos ratos. Ella le dice que esa noche no vuelve por el bien de él, pues sería capaz hasta de matarlo. Le ruega dejarla en paz esa noche pues tiene rabia y que esperen hasta el día siguiente para hablar.

Al día siguiente él regresa a donde está Angélica. Humillado le pide que regrese y le promete que las cosas van a cambiar. Ella le anima a que hagan un acuerdo donde se comprometan a respetarse mutuamente, pues de lo contrario ella lo denunciaría en la iglesia, y le afirma que si intentara agredirla de nuevo, entonces lo mataría. El aceptó y le pidió perdón por todo lo que había pasado; lloró de arrepentimiento. Actualmente ella es tomada en cuenta por Héctor en las actividades de la iglesia y ocupa su lugar en la comunidad.

La mayoría de nosotros conoce personas religiosas que son felices, amables y emocionalmente saludables. También podemos nombrar lo contrario, gente religiosa que es ejemplo de las personas más cortantes, rígidas y llenas de odio que conocemos.

Si bien es cierto que los recursos espirituales y las creencias religiosas hacen posible que los humanos lleven vidas sanas y santificadas; simplemente creer no es suficiente. En *qué* cree la gente marca la diferencia. En los primeros años del siglo XX, el psicólogo cristiano William James observó que para determinar si las creencias religiosas eran una ayuda o un impedimento para una vida mentalmente sana, era importante distinguir entre varias clases de creencias religiosas (James, 1932).

Posteriormente, otros psicólogos sociales hablaron de dos formas distintas de ser religioso. En una, la religión se usaba para justificar fines centrados en la persona misma, mientras que en la otra, los compromisos religiosos se establecían reflexivamente, se incorporaban al contexto más amplio y al proyecto de vida personal. Gordon Allport estableció la diferencia entre religión intrínseca y extrínseca. Las personas *extrínsecamente* motivadas, dice Allport, *usan* su religión, mientras que las *intrínsecamente* motivadas *viven* su religión.

Thomas Adorno (1950) observó que muchas personas religiosas apoyaron a Hitler y trató de entender qué clase de persona religiosa se sentía atraída por el Nazismo. Al igual que Allport,

Adorno identificó distintas maneras de ser religioso. A la primera la llamó religión *neutralizada*. En aquellas personas cuya religión era neutralizada, notó una falta de comprensión del llamado espiritual profundo de la religión, acompañado de un apego incuestionable y rígido a la doctrina. Las personas con religión neutralizada tienden a "hacer uso de las ideas religiosas para obtener algunas ventajas prácticas inmediatas o para manipular a otras personas" (Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford, 1950, p. 733). La segunda forma de vivir la religiosidad, según Adorno, involucra creencias experimentadas personalmente que son internalizadas en la vida de la persona.

Jesús entendía las diferentes formas de ser religioso. Criticó duramente a las personas que seguían al pie de la letra la ley, pero ignoraban verdades espirituales más profundas. Entendía que algunas creencias y prácticas religiosas eran utilizadas para manipular las apariencias y deshumanizar a las personas.

Es preocupante saber que muchos agresores sexuales de niños y niñas son altamente religiosos. Algunos de los que trabajamos en el campo del abuso sexual hemos observado creencias religiosas comunes que parecen estar relacionadas con la incidencia del abuso. Lo anterior no quiere decir que cualquiera de estas creencias sea *la causa* del abuso sexual . Sin embargo, ciertas creencias parecen interactuar para que otros factores puedan proporcionar un ambiente donde el abuso puede ocurrir. En tales ambientes los agresores potenciales encuentran posible justificar su comportamiento mediante la distorsión de o la extensión de enseñanzas religiosas, y es difícil para las víctimas detener el abuso. El presente capítulo examina seis creencias que frecuentemente se encuentran presentes en ambientes de abuso.

1. Dios dispone que los hombres dominen y las mujeres y los niños se sometan. Una creencia que está relacionada con el abuso es la enseñanza del dominio de los hombres sobre las mujeres y los menores como parte del plan original de Dios. Esta incluye a las familias y a otras relaciones sociales entre varón y mujer. La

subordinación a los hombres se entiende como una ordenanza de la creación estipulada en Génesis 2. En la historia de la creación del Génesis, Adán es creado del polvo, luego son creados los animales y Adán los nombra, como símbolo de su autoridad y dominio sobre ellos. La mujer es creada del hombre, como su ayudante, y al igual que los animales es nombrada por el varón.

Muchas personas con visión estrecha ven esta versión de la creación como el establecimiento de un modelo ordenado por Dios de relaciones humanas, basado en la dominación-sumisión. En este modelo los hombres deben tener autoridad sobre las mujeres y los infantes. "La teología de la posesión" resultante ha penetrado la tradición bíblica, según la cual las mujeres y la niñez se consideran a menudo propiedad de los hombres. El Pentateuco (Éxodo 20:17 y Deuteronomio 5:21, por ejemplo) incluye a la esposa entre las posesiones del hombre, junto con los esclavos, los animales, la casa y la tierra. En los tiempos bíblicos el hombre poseía a su hija y podía venderla como otra propiedad cualquiera.

He observado cómo muchas familias en las que se comete abuso se sorprenden genuinamente cuando les señalo la historia de la creación según Génesis 1. En ésta, hombre y mujer son creados simultáneamente y reciben la misma responsabilidad para interactuar con el resto de la creación. Ambos son representados como creados a imagen y semejanza de Dios. Ambos son considerados la cúspide de la creación divina.

Pero muchos libros contemporáneos sobre relaciones familiares y matrimonio, escritos por autores cristianos, se basan en el Génesis 2. Entre los argumentos que se han derivado de este texto están los siguientes:

- La mujer fue creada después del hombre y, por lo tanto, es de segunda categoría.
- La mujer fue tomada del hombre y, por lo tanto, es de segun da categoría.

- La mujer fue nombrada por el hombre y, por lo tanto, está subordinada a él y debe obedecerlo en todo.
- La mujer fue creada para ser ayudante del hombre y como tal está subordinada a él.

Esta aplicación de la historia de Génesis 2 es cuestionable. No parece haber justificación legítima para la dependencia y subordinación de la mujer basada en este texto. El tono de este capítulo parece ser de contraste entre mujer y hombre. Aunque los animales eran interesantes y variados, Adán necesitaba alguien *como él* para ser feliz y pleno. Decir que, porque Eva fue creada para ser la ayudante de Adán, ella es de segunda categoría y subordinada a él parece una interpretación equivocada del pasaje.

Como anota el académico evangélico Van Leeuwen (1990), la palabra hebrea para "ayudante" usada en Génesis 2 se emplea frecuentemente en el Antiguo Testamento para hablar de Dios. Dos ejemplos de este uso se encuentran en el Salmo 70:5 y el Salmo 121:2. En cambio de interpretar el recuento de Génesis 2 como si dijera que la mujer es secundaria al hombre, Phyllis Trible (1978) sugiere que es más exacto considerarla como la ayudante semejante al hombre, como alguien que camina y trabaja a su lado, porque ella es como él, en su misma esencia, a imagen de Dios.

El nombre dado a las organizaciones sociales y a los conjuntos de creencias que garantizan y apoyan el poder masculino y el control sobre la mujer, los niños y las niñas es *patriarcado.* En un patriarcado las relaciones se definen en términos de dominación por parte de los hombres y sumisión de las mujeres y los menores.

La lógica inherente inseparable del patriarcado dice que si los hombres tienen el derecho al poder y al control de mujeres y la niñez, también tienen el derecho a reforzar ese control. Este componente de *control* del patriarcado es el que lo hace vulnerable a

la violencia y al abuso, no sólo contra ellas y ellos, sino también contra la tierra y sus recursos. La dominación y la glorificación de la violencia son características de las sociedades patriarcales. Los varones que no se amoldan a ellas son considerados afeminados (Eisler, 1987).

En un patriarcado las mujeres, los niños y las niñas son definidos en relación con los hombres que controlan los recursos y el poder. Ellas y ellos son el otro, el objeto. Los varones son la norma, el sujeto. En un orden social de dominación-sumisión, no existe verdadero interés mutuo. Los subordinados deben ocuparse de las necesidades de los dominadores.

El patriarcado está en oposición al cuadro de relaciones hombre-mujer presentado por el Génesis como la intención de Dios. Es, en cambio, el modelo que Génesis 3 advierte será el resultado de la entrada del pecado en el mundo y la consecuente distorsión de las relaciones humanas. Con el pecado, el plan de Dios de dominio y sumisión mutuos sobre la tierra se convierte en dominación y control masculinos, y cesión de la responsabilidad femenina en el ejercicio de ese dominio.

Lo que se presenta en el Génesis como *descripción* y *predicción* de lo que sucede cuando el pecado entra en el mundo y pervierte las relaciones humanas ha sido interpretado como *prescripción* de lo que debería ser. Aunque otros resultados de La Caída (por ejemplo, la cizaña y los dolores de parto) han sido minimizados o combatidos, algunos cristianos sostienen que la intención de Dios en Génesis es que el hombre tenga el dominio en las relaciones sociales.

En los últimos años, algunos líderes religiosos y políticos han hablado con nostalgia de la necesidad de volver a un ejemplo familiar tradicional. Éste se equipara con el modelo cristiano bíblico. Libros, programas de radio, seminarios y tele-evangelistas dejan en claro que el modelo bíblico tradicional que visualizan consta de un padre que dirige la familia y trabaja fuera de casa, y

de una madre no remunerada que se somete a su esposo y hace del hogar, los hijos y las hijas la primera prioridad hasta que éstos se independicen y salgan de la casa. En este punto la esposa puede considerar un posible empleo, siempre y cuando pueda seguir teniendo el hogar como su primera prioridad, y si su esposo lo aprueba.

Resulta interesante que este modelo de familia no es especialmente bíblico sino que refleja más las tendencias de urbanización e industrialización surgidas en el siglo XIX (Laslett, 1972). Anteriormente, hombres, mujeres y menores trabajaban juntos en el hogar, compartiendo las tareas para proveer sustento, y las iniciativas para obtener recursos económicos.

Las enseñanzas que se imparten en algunas iglesias cristianas con relación al matrimonio y la vida de familia se basan en ciertas partes seleccionadas de las Escrituras, y reflejan un modelo de relaciones humanas de dominación-sumisión de tipo patriarcal. Algunos maestros cristianos advierten acerca de fuerzas diabólicas (usualmente identificadas como comunistas o humanistas seculares) que trabajan para destruir la sociedad latinoamericana, y cuya estrategia consiste en desintegrar la familia tradicional (LaHaye, 1980 y Falwell , 1981).

Se insta a las familias cristianas a volver al llamado modelo bíblico, a respetar el orden jerárquico apropiado, el orden divino de la autoridad (Gothard, 1975). Según esta perspectiva, el orden social exige la autoridad de los hombres sobre las mujeres y los menores. Según este modelo, la relación apropiada entre los géneros es la de gobierno y obediencia, dominación y sumisión.

Pese a que en la Biblia existen muchas historias de familias que operaban según este patrón de dominación-sumisión, debemos cuidarnos de equiparar este estilo con la intención de Dios. Que un modelo aparezca en la Biblia no significa que sea el que Dios tenía previsto o desea para las familias humanas. Como observa Gretchen Gaebelein Hull (1987), "la Biblia es un regis-

tro verdadero de una idea falsa." La Biblia es un cuadro sorprendentemente preciso de una humanidad caída.

En Jesús vemos el modelo de una forma de tratar a las mujeres y a la niñez que regresa a la intención original de Dios para las relaciones humanas. Jesús modela para nosotros, relaciones interpersonales que reflejan la nueva creación. Este paradigma debería ser puesto en alto como el patrón cristiano deseable para las interacciones humanas. Los tipos de relación interpersonal enraizados en la dominación-sumisión violan las enseñanzas de Jesús.

> *Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo. El le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. El les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquéllos para quienes está preparado por mi Padre. Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos. Entonces Jesús, llamándolos, dijo; Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y lo que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.*

Mateo 20:20-28 sugiere que las estructuras de autoridad jerárquicas son típicas de la forma pagana de organizar las relaciones sociales —pero no deberían caracterizar a los seguidores de Jesús. *"Someteos unos a otros en el temor de Dios"* (Efesios 5:21).

"Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas" (Efesios 6:9). Efesios 5:21—6:9 refleja un viraje revolucionario del patriarcado a la ayuda mutua, y anuncia la igualdad radical de todos en Cristo, resumida en Gálatas 3:28 *"Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús"* (Gálatas 3:28).

Mientras se apoye el patriarcado y la dominación masculina y se considere como el modelo apropiado para las relaciones humanas, el abuso sexual de mujeres, niñas y niños continuará. Es imposible poner un alto al abuso sexual al mismo tiempo que se apoya el sistema patriarcal. Esta posición inquieta a quienes están convencidos de que el patriarcado es el modelo bíblico de familia, pero se preocupan profundamente por el abuso sexual.

Algunos académicos cristianos han desarrollado un pensamiento creativo que puede ayudarnos a salir de este aprieto. El teólogo menonita Willard Swartley traza directrices para usar la Biblia en la resolución de cuestiones éticas actuales. Él identifica como fortaleza de la Biblia el "principio misionario", es decir la constante modificación de su mensaje a pueblos de diferentes épocas y circunstancias culturales (Swartley, 1983).

La historia bíblica de la salvación puede ser vista como:

Un drama que se despliega, en el cual la salvación de Dios se ofrece a más y más grupos previamente considerados marginales. La salvación y la igualdad de acceso a sus privilegios y responsabilidades no es sólo para los judíos, sino también para los no judíos; no sólo para personas libres, sino también para esclavos: para los hombres, asimismo para las mujeres —y así sucesivamente, guardando el principio que Pablo enunció en su carta original a los Gálatas (3:28) (Van Leeuwen, 1990, p. 234).

Swartley sugiere usar las siguientes preguntas cuando se interpreta la Biblia:

1. ¿Cómo se relacionan los dos Testamentos?
2. ¿Cómo se relaciona la autoridad de Jesús con la totalidad de las Escrituras?
3. ¿Cuál es la relación entre la revelación divina y la cultura en la cual esa revelación es hecha y percibida?
4. ¿Las Escrituras ordenan, regulan o cuestionan algunas prácticas asociadas con la esclavitud, la guerra, y la subordinación de las mujeres?
5. ¿Dice la Biblia una sola cosa sobre determinado tema, o a veces muestra puntos de vista diferentes, incluso contradictorios?
6. ¿Qué significa vivir la Biblia literalmente? ¿Es un vicio o una virtud? ¿"Literal" significa el sentido que quiso expresar el autor o el que nos parece natural a nosotros?
7. ¿Hasta qué punto las posiciones predeterminadas, incluso las ideologías, del intérprete afectan la tarea de interpretación? (Swartley, 1983, p.21)

El capítulo de Swartley "La Biblia y las Mujeres" ofrece varias alternativas al patriarcado. Otros libros excelentes, sensibles tanto a la Biblia como a la perspectiva de las ciencias sociales actuales sobre cuestiones relacionadas con el género, se encuentran disponibles. En *Más Allá de los Roles Sexuales: Qué Dice la Biblia Acerca del Lugar de la Mujer en la Iglesia y en la Familia,* (título aún no disponible en español), el profesor de Wheaton College, Gilbert Bilezikian revisa metódicamente las escrituras y examina lo que la Biblia dice y no dice acerca del papel de la mujer. En *Género y Gracia: Amor, Trabajo y Cuidado de los Hijos en un Mundo Cambiante*, Mary Stewart Van Leeuwen sugiere que la Biblia apunta, más allá del patriarcado, a una visión de mutualidad entre hermanos y hermanas en Cristo.

2. Debido a su participación en La Caída, la mujer es moralmente inferior al hombre. Otra creencia religiosa que ha salido a la superficie en mi experiencia clínica y de investigación del abuso es que, por causa del papel de Eva en La Caída, la mujer es más vulnerable al engaño espiritual y es moralmente defectuosa. Por esta razón, la mujer debería someterse al hombre, quien es más capaz de tomar decisiones morales válidas.

Muchos escritores y pastores cristianos apoyan esta creencia. En su libro *¿Yo? ¿Obedecerle a Él?* Handford (1972, p. 17) dice: "Las mujeres son más frecuentemente inducidas al error espiritual que los hombres. Por esa razón, Dios le ordenó a ella no usurpar la autoridad del hombre, para que pueda estar protegida de la falsa doctrina por él". A una mujer que cree en esto le resulta difícil confiar en sí misma y en sus juicios.

Tanto en hombres como en mujeres se ha encontrado una conexión entre la asociación de la feminidad con el pecado y la imperfección, y de la masculinidad con la divinidad y la perfección. Muchas personas creen que la crédula Eva cayó por el lisonjero discurso de la serpiente; que la mujer engañó al pobre Adán para que comiera el fruto prohibido, y de esta forma es la única responsable de la entrada del pecado al mundo. Muchos creen también que desde entonces la mujer ha sido más vulnerable al engaño.

A las mujeres cristianas se les dan mensajes aparentemente contradictorios. Por una parte está la instrucción cristiana fundamental de la dignidad y el valor de cada ser humano y el mensaje de que la cristiandad ha elevado a la mujer a alturas honoríficas sin precedentes. Por la otra, se les enseña a las mujeres que a causa de Eva ellas son moralmente defectuosas y deben vivir subordinadas al hombre.

Tales enseñanzas tienden a reforzar la noción de la inmodificable inferioridad de la mujer, no sólo física sino intelectual y moral (Daly, 1975). Una mujer que se considera moralmente

defectuosa y, por lo tanto incapaz de confiar en su sentido de lo que está mal en una determinada situación, encuentra difícil protegerse de un hombre abusivo, especialmente si él le dice "todo está en tu mente" o "simplemente estás imaginando cosas". Cuando las mujeres no pueden confiar en sí mismas, renuncian fácilmente al poder y la capacidad de oponerse a cosas que les hacen, especialmente si se trata de un hombre.

En tales familias, se espera que las mujeres se sometan al liderazgo del hombre y apoyen su comportamiento y decisiones, ya sea que estén de acuerdo con él o no. Como cabeza de familia, su autoridad y comportamiento no deben ser cuestionados (LaHaye, 1980 y Handford, 1972)). Por otra parte, en las mujeres se estimulan la pasividad, la falta de asertividad y los comportamientos conformistas.

Miller (1976) estudió los efectos psicológicos de las relaciones de dominación-sumisión. En su intento por sobrevivir, las personas que se encuentran en la posición subordinada desarrollan características placenteras para las personas dominadoras. Estos rasgos incluyen sometimiento, pasividad, docilidad, dependencia, falta de iniciativa e incapacidad para actuar, decidir y pensar por sí misma.

Estas mismas cualidades, que son alentadas en algunas iglesias conservadoras como apropiadas para la mujer cristiana piadosa, no la capacitan para impedir que el hombre abusivo la golpee o viole a los niños y las niñas. Por el contrario, estas cualidades le harán difícil protegerse o proteger a sus hijos.

Un colega y yo estudiamos creencias de líderes de la iglesia acerca de las cualidades y los comportamientos que describen una mujer cristiana espiritualmente sana (Long y Heggen, 1988). Encontramos que, de hecho, los pastores de iglesias conservadoras describen a la mujer espiritualmente sana como "sumisa en el hogar," "amable y de suave hablar," "deja que el esposo tome las decisiones," "dependiente," "pasiva," "encuentra su identi-

dad a través de su esposo." y "se abstiene de criticar." Estas cualidades no fueron usadas por los pastores conservadores para describir a un hombre, o una persona de género no especificado, espiritualmente sano.

Debido a que las iglesias conservadoras enseñan que dichas cualidades son importantes para una mujer cristiana, ella puede sentirse presionada a adoptar actitudes y comportamientos que disminuyen su capacidad de protegerse y proteger a sus hijos e hijas de un esposo abusivo.

También he estudiado la relación entre las creencias de las mujeres cristianas acerca de los roles apropiados para hombres y mujeres, y el nivel de autoestima de las mujeres (Heggen, 1989). Las que creían en un modelo tradicional de subordinación femenina al varón tendían a tener un nivel de autoestima más bajo que aquéllas que creían en la igualdad y el compañerismo.

¿Y entonces qué? Los científicos sociales han encontrado en repetidas ocasiones una fuerte relación entre la autoestima de una persona y su salud mental. (Bandura, 1977; Coopersmith, 1967; Pancheri y Benaissa, 1978; Witmer, Rich, Barcikowski y Mague, 1983). La autoestima es crítica para el bienestar emocional. Las personas con autoestima baja no pueden enfrentar comportamientos agresivos de los demás. Las madres con autoestima baja no pueden proteger efectivamente contra padres abusivos.

En el modelo del hombre cabeza de familia, la esposa tiende a tener poco poder económico. Las mujeres que no confían en su propio criterio y dependen económicamente de sus esposos son renuentes a abandonar el hogar, sin importar que tan violentos y abusivos sean sus esposos. Cuando la mujer, los hijos y las hijas tienen que depender del capricho del esposo para sobrevivir económicamente, resulta difícil para ella enfrentar el comportamiento inapropiado de él. Aunque sepa que es abusivo, él es su soporte económico y es posible que ella no vea alternativas. Pasar por

alto el abuso puede parecer preferible a quedar en la calle con sus hijos e hijas.

No es de sorprenderse que las hijas de familias incestuosas con frecuencia vean a sus madres como personas débiles y sin poder. Como me contó una sobreviviente, *"Mamá ni siquiera tenía autoridad para decidir cuándo ir a la ciudad a comprar alimentos. Yo sabía que contarle acerca del abuso sólo le daría más frustraciones. De todas maneras no tenía suficiente poder para detenerlo."*

Otra mujer dijo: *"Mamá estaba tan golpeada emocionalmente por papá que ella sería la última persona que yo habría considerado capaz de detener el abuso".*

La madre de una víctima de abuso explicó: *"Todos esos años en que mi hija era pequeña y estuvo siendo víctima del abuso yo estaba tan deprimida y emocionalmente débil que no podía pensar en nada más que mi propio dolor. Ahora me doy cuenta que eso pudo haber sido parte de la estrategia de mi esposo. Sabía que mientras yo estuviera deprimida y dependiera de él nunca me iría. Eso le dio muchos años de acceso a mi hija, sin haber nadie que fuese lo suficientemente fuerte para cuestionarlo decididamente o detener su comportamiento."*

3. Los niños y las niñas son malvados por naturaleza y su voluntad debe ser quebrantada. Muchos libros y seminarios cristianos sobre la paternidad reflejan una fuerte creencia en la maldad natural de los menores y la necesidad de quebrantar su voluntad mediante el castigo físico. Esta necesidad de romper la voluntad de los menores es la tercera creencia que frecuentemente se encuentra asociada a los ambientes donde se presenta abuso.

A los padres se les enseña que, a menos que sus hijos e hijas obedezcan y se sometan a su autoridad, nunca se someterán a Dios. De esta forma los padres llegan a creer que la salvación eterna de sus hijos e hijas depende de su sometimiento al control paterno. No sorprende que las personas religiosas se hayan en-

contrado siempre entre quienes defienden el castigo físico para los niños y las niñas. (Greven, 1990).

El castigo corporal no puede justificarse con nada, no obstante que según los registros, Jesús o el apóstol Pablo afirmara que el correctivo físico y el infligir dolor a los niños y las niñas son defendidos como herramientas necesarias para la disciplina cristiana. La tradición cristiana ha reforzado la creencia de que la violencia es una forma aceptable de enseñar y reforzar la obediencia.

Las librerías cristianas están llenas de libros que defienden el castigo físico como voluntad de Dios y requisito de la paternidad cristiana. Tales obras señalan la relación entre el castigo físico y el desarrollo de la moralidad, la espiritualidad, el carácter y, en última instancia, la salvación eterna de la niñez. (Greven, 1990).

Los autores cristianos populares que escriben sobre asuntos de la familia y la paternidad, tales como James Dobson, Roy Lessin y Larry Christenson tienen ideas que ayudan en la discusión . Ellos también se encuentran en el grupo de los que alientan a los padres a infligir dolor a sus hijos e hijas cuando desobedecen. Por ejemplo, Christenson dice: *"Dios ha decretado que cuestiones de la mayor importancia se apoyen sobre la disciplina de la vara —incluso aquéllas que involucran la salvación eterna del niño" (Christenson, p. 112, 1970).*

Lessin dice: *"dar palizas es idea de Dios. Él es quien ha ordenado a los padres golpear a sus hijos como una expresión de amor. Dar palizas no es optativo"* (Lessin, 1979, p.30).

Dobson dice: "el dolor es un purificador maravilloso", y recomienda a los padres violentar a sus hijos e hijas para controlar su ser voluntariosos (Dobson, p.173, 1970). En su versión actualizada de *Nuevo reto a la Disciplina*, Dobson sigue respaldando las palizas. En respuesta al cuestionamiento de un padre que se pregunta porqué las palizas no han ayudado, Dobson contesta: *"Las palizas pueden ser demasiado suaves. Si no duele, no merece la pena intentar evitar una próxima vez"* (Dobson, p.72, 1992).

Los niños y las niñas de hogares cristianos aprenden que para ser buenos deben ser obedientes y sumisos ante la autoridad y la voluntad de sus padres. La recompensa es la promesa bíblica de una vida larga, el evitar dolor y humillaciones, y la reafirmación y el amor de los padres. Los menores suponen, a veces equivocadamente, que cualquier cosa que sus padres les pidan hacer es apropiada. Debido al gran énfasis puesto en la obediencia y la sumisión a la voluntad paterna, especialmente la del padre, los niños y las niñas de estos hogares pueden tener una mayor probabilidad de ser sometidos a comportamientos sexuales abusivos e inapropiados por parte de uno de sus progenitores.

Permítanme ser clara. Como madre de tres niños, *conozco* la importancia de proporcionar una guía clara y ejercer una autoridad amorosa. Como madre, me siento agradecida de que mis hijos me respeten y obedezcan la mayor parte del tiempo. Para que una familia funcione sin tropiezos y felizmente, los hijos y las hijas deben aprender a respetar nuestra autoridad como padres por medio del acatamiento, el amor y el diálogo constantes. Pero hacer de la obediencia in cuestionada el centro de la crianza de un menor es potencialmente destructivo e inapropiado.

4. Los matrimonios deben ser preservados a toda costa. Históricamente, los cristianos han dado un gran valor a la alianza conyugal, que está diseñada para proporcionar a niños, niñas y adultos un ambiente seguro, estable y amoroso. Aun cuando el pacto ha sido roto y el hogar se ha convertido en un sitio de violación y destrucción humana, la iglesia ha optado, con demasiada frecuencia, por mantener la pretensión de alianza a expensas de la seguridad de las personas violadas. Este énfasis en la preservación del matrimonio a toda costa es la cuarta creencia presente en ambientes donde ocurren abusos.

Las iglesias han tendido a valorar la permanencia del matrimonio por encima de la dignidad y la santidad de la persona. Con demasiada frecuencia se le ha dicho a mujeres y niños víctimas de abuso que deben regresar a un hogar abusivo porque

"es la voluntad de Dios", "prometiste permanecer con él hasta que la muerte los separara", o "Dios quiere que las familias permanezcan unidas." Por supuesto que Dios quiere que los matrimonios duren y las familias se mantengan unidas, pero eso es sólo una parte de la historia. Dios quiere que los hogares sean lugares emocional y físicamente seguros. Cuando son, por el contrario, el lugar mismo donde las personas vulnerables experimentan violación y abuso, y cuando la alianza matrimonial se ha roto por la violencia, la iglesia debe, honesta y prudentemente luchar para encontrar la permisividad divina en medio del dolor humano. Los seres humanos no deben ser sacrificados en el altar de la devoción a la permanencia del matrimonio. Mantener una fachada de bienestar conyugal no debe prevalecer sobre la necesidad de proteger a las personas frágiles. Antes de decir a las mujeres y a los menores que deben regresar al lado de hombres violentos, la iglesia debe hacer todo lo que esté en su poder para asegurarse de que el abusador sea confrontado, su comportamiento modificado y el hogar convertido en un sitio seguro para todos.

5. El sufrimiento es una virtud cristiana. Pregúntenle a la gente de cualquier parte del mundo cuál es el símbolo de la cristianismo, y la mayoría mencionará la cruz. La crucifixión se ha convertido en la imagen central de la cristiandad. La muerte de Cristo en la cruz ha sido generalmente considerada por los cristianos vital para la redención de los efectos del pecado en la humanidad. De esta forma, la cruz puede ser apropiadamente vista como un símbolo de la naturaleza redentora del sufrimiento de Cristo. Algunos, sin embargo, han hecho de ella un símbolo de la virtud de *todo* sufrimiento. Esto ha tenido como resultado la glorificación del sufrimiento entre algunos creyentes y ha generado una quinta afirmación presente en ambientes donde se cometen abusos —que el sufrimiento es una virtud cristiana. El martirio, una forma extrema de sufrimiento que lleva a la muerte, ha tenido un lugar de honor en la tradición cristiana desde los tiempos de Jesús.

En general, dentro de la tradición cristiana las mujeres han sido escogidas para el rol del "siervo sufriente", y se les considera capaces de soportar más pacientemente, más noblemente, que los hombres. Las mujeres tienden a verse a sí mismas capaces de aguantar más dolor emocional y físico que los varones. ¿Cuántas veces hemos oído a mujeres presumir de su capacidad para tolerar más dolor que su contraparte masculina? ¿Cuántas veces hemos oído a mujeres bromear acerca de la actitud de bebés grandes que adoptan los hombres cuando están enfermos?

En una atmósfera que glorifica el sufrimiento, las mujeres tienden a ver el sufrimiento como la cruz que les corresponde sobrellevar, como la forma de identificarse con la angustia de Cristo. Esto puede tener como resultado un patrón de resistencia que minimiza lo ofensivo del abuso y promueve su aceptación.

Marie Fortune (1983) hace una importante distinción entre sufrimiento voluntario e involuntario. El voluntario es el padecimiento y la aflicción escogidos para lograr un bien mayor. Mahatma Gandhi, por ejemplo, escogió ponerse en situaciones que sabía le causarían sufrimiento. Lo escogió con la esperanza de cambiar circunstancias y estructuras de opresión que causaban dolor a muchas personas. No lo escogió porque haya algo virtuoso en él por sí mismo, sino porque podría ayudar a darle a su gente justicia, libertad y dignidad.

El arzobispo Oscar Romero sabía que al permanecer con las personas pobres y desamparadas de Centroamérica estaba poniendo su vida en peligro. No era que él quisiera sufrir porque el padecimiento es algo noble. El estaba dispuesto incluso, a arriesgar su vida al solidarizarse con los oprimidos, porque al estar a su lado, esperaba ayudar a traer justicia a su pueblo. Al reconocer el peligro que corría dijo: "Si me matan, resucitaré en mi pueblo". El comprendió el gran bien que podía resultar de su sufrimiento y muerte.

Debemos hacer una distinción clara entre sufrimiento voluntario en aras de un bien mayor y sufrimiento involuntario resultante del pecado de otra persona contra nosotros, que no produce ningún bien mayor. Concedo que en ambos la víctima puede sentir la presencia de Dios en medio del dolor. En ambos casos Dios puede "santificar vuestra más profunda pena", según las palabras del popular himno "How Firm a Foundation" ("Qué Cimiento tan Firme"), podemos emerger de ambos tipos de padecimiento con una percepción aumentada de nuestra fragilidad y vulnerabilidad y una mayor confianza en Dios.

Pero no debemos idealizar los resultados del sufrimiento. Muchas víctimas del sufrimiento involuntario emergen de la experiencia con el espíritu derrotado y un profundo dolor emocional y espiritual. Algunos pierden la capacidad de creer en un Dios justo y poderoso que permite que cosas tan devastadoras le sucedan a víctimas inocentes. Como dijo una víctima de abuso en su infancia: "¿Realmente espera que crea en un Dios amoroso y omnipotente? Lo que sea que es, no quiero tener nada que ver con alguien que permitió que una niñita fuera golpeada, lastimada y violada por su padre y su hermano."

La lucha de personas que fueron víctimas de abuso en la infancia para reconciliarse con su experiencia de violación y victimización se parece espantosamente a la de los sobrevivientes de campos de concentración. "¿Dónde estaba Dios?" "¿Por qué permitió Dios que esto pasara?" "¿Cómo puedo incorporar esta experiencia con el resto de mi vida y seguir viviendo?" "¿Cómo puedo volver a confiar y ser feliz de nuevo?"

En cambio de minimizar el dolor y glorificar el sufrimiento, debemos acompañar gentilmente a las víctimas, mientras se esfuerzan por encontrarle sentido a su experiencia; al mismo tiempo que luchan por vivir con la herida, entretanto que buscan sanar.

6. Los cristianos deben perdonar prontamente a los que pecan contra ellos. El perdón se explorará más completamente en

el capítulo 7, pero es necesario mencionar que la necesidad de perdonar prontamente es la sexta enseñanza cristiana que puede contribuir al abuso sexual de mujeres y menores.

La comunidad cristiana siempre ha dado un gran valor al perdón. En años recientes, la colectividad psicológica ha llegado a comprender que, incluso desde una perspectiva no espiritual, la capacidad de perdonar a alguien que nos ha ofendido y herido es un paso importante hacia la propia curación y felicidad.

La habilidad y disposición de condonar no sólo se ha mantenido como una virtud cristiana primaria, sino que se ha hecho énfasis en la prontitud. Los que encuentran que no pueden perdonar rápidamente a alguien que los ha ofendido, sienten que han fallado. Con frecuencia temen que Dios no perdone sus pecados.

Muchas víctimas de abuso sexual cuentan que sus agresores han venido una y otra vez a pedirles perdón, incluso mientras el abuso continuaba. Una de ellas dice:

> *"Mi papá venía al cuarto por las noches y me tocaba. Antes de irse, me pedía que lo perdonara. Decía que si alguna vez le contaba a alguien, incluso cuando fuera adulta, eso querría decir que no lo había perdonado realmente y me iría al infierno porque Dios no me perdonaría a mí".*

Como adulta, esta sobreviviente entiende que las exigencias de perdón de su padre eran un truco para mantenerla en silencio. Su fuerte creencia en la necesidad cristiana de perdonar la hizo susceptible a su táctica engañosa y manipuladora.

Otros agresores se sienten sinceramente arrepentidos de su comportamiento. Como piden perdón con remordimiento auténtico, sus víctimas sienten que sería vengativo y poco cristiano informar del abuso al otro progenitor, a un profesor, oficial de policía o persona de la iglesia. Al querer perdonar con gracia cristiana, las víctimas responden a menudo con un rápido perdón.

Al hacerlo, pueden negar al agresor la posibilidad de ser responsabilizado de su comportamiento, y de esta forma hacen menos probable que reciba la ayuda que necesita para cambiar verdaderamente. Al conceder perdón sin poner la conducta pecadora al descubierto, donde puede ser confrontada y manejada, las víctimas se ponen a sí mismas en condiciones de posibles nuevas agresiones. Especialmente en el caso del abuso sexual, es apropiado exigir un cambio de comportamiento como parte del proceso de perdonar.

Las seis creencias religiosas comentadas deben ser honestamente examinadas para entender cómo pueden relacionarse, explícita e implícitamente con el abuso presente en hogares cristianos. Mirar nuestros propios líderes consagrados será difícil. Será incómodo observar la forma en que algunas de nuestras creencias más profundas pueden poner en riesgo el bienestar de mujeres, niñas y niños. Sin embargo, el precio de perpetuar una teología que puede violar algunas de nuestras personas más vulnerables es grande. Ya no nos atrevemos a pasarlo por alto.

6



Abuso pastoral

Algunos pueden preguntarse por qué un capítulo sobre abuso pastoral aparece en un libro dedicado en primer lugar al abuso sexual dentro de la familia. Con el aumento de conciencia del abuso incestuoso intrafamiliar, se ha tomado conciencia de otra clase de incesto entre los cristianos —la explotación sexual a miembros de la iglesia por parte de sus pastores.

Los que trabajamos con personas que han sufrido abuso por parte de un miembro de confianza de la familia o el pastor de quien se fiaban, vemos mucho paralelo entre factores que intervienen en la vida de las víctimas con sus desastrosas consecuencias para ellas. Verdaderas barreras de negación rodean los problemas de abuso sexual, tanto en los hogares como en las iglesias cristianas.

La iglesia es frecuentemente llamada la "familia de Dios". Los miembros de la congregación se refieren a su congregación local como "mi familia de la iglesia". Jesús usa la terminología de la familia para referirse al reino, cuando llama a Dios "Padre" y cuando dice "Aquel que cumple la voluntad de Dios es mi hermano y hermana y madre" (Marcos: 3:35).

La estructura operativa de la mayoría de las congregaciones todavía es similar a las familias patriarcales en las cuales las posiciones de liderazgo, autoridad y toma de decisiones tienden a ser ocupadas por hombres. Las mujeres tienden a llenar las posiciones de cuidado de los menores, alimentación y servicio. Como los padres, los pastores tienen con frecuencia acceso a un conocimiento íntimo de los miembros de la congregación. Y, al igual que las niñas con sus padres, los miembros suponen que pueden confiar en que el pastor no hará mal uso o abusará de su confianza y vulnerabilidad. Trágicamente, de la misma manera que en la familia biológica, algunas veces se abusa del poder y se traiciona la confianza, también sucede en la familia de la iglesia.

Muchos consideran impensable el que alguien que ha sido llamado a ocupar una posición de guía espiritual sea capaz de abusar de sus fieles. Sí, admitimos que "los pastores son humanos" y enfrentan las mismas tentaciones que nosotros, pero esperamos que aquéllos que Dios ha llamado al liderazgo eclesial tengan los recursos espirituales y la rectitud moral para resistirlas.

Sin embargo, las estadísticas nos muestran un cuadro diferente. La revista *Christianity Today* llevó a cabo una encuesta para determinar el alcance del comportamiento sexual inapropiado entre los pastores. Una de las preguntas era: "desde que usted ha sido ministro local, ¿alguna vez ha hecho algo con alguien distinto de su esposa, que usted considere sexualmente inapropiado?" Veintitrés por ciento de los pastores respondieron afirmativamente. Otra pregunta era: "¿Ha tenido alguna vez relaciones sexuales con alguien diferente de su esposa, desde que empezó a trabajar como ministro en una iglesia local? Doce por ciento respondió "sí." Del 88% que respondió "no", muchos señalaron que mantener la pureza sexual dentro de su papel pastoral había sido muy difícil (Muck, 1989).

La investigación realizada por Lebacqz y Barton (1991) encontró que el 10% de los pastores encuestados admitieron haberse involucrado sexualmente con alguien de su comunidad. El verdadero alcance del abuso pastoral se desconoce. Ellos son reacios a confesar tal pecado, las víctimas son renuentes a hablar del abuso y las congregaciones están ansiosas por esconder los "rumores" o acusaciones de abuso pastoral bajo los bancos de la iglesia.

La buena noticia es que probablemente la mayoría de los pastores se comportan en una forma sexualmente apropiada dentro de la congregación. La mala noticia es que un número significativo de ellos hace mal uso de su posición y abusa de los miembros de la iglesia. Más adelante en este capítulo exploraremos las graves consecuencias de tal comportamiento.

Al igual que con el abuso incestuoso en la familia, ha habido una gran y exitosa conspiración del silencio con relación al abuso pastoral. Cuando el comportamiento sexual indebido de pastores y líderes de la iglesia ha sido descubierto, las congregaciones e instituciones han tratado generalmente de acallar a las víctimas, desacreditarlas y mantenerlas aisladas unas de otras.

La ira ha sido una reacción común contra la víctima por ensuciar la reputación del pastor y la iglesia. Si el líder o pastor abusivo es despedido, el patrón general ha consistido en mantener en secreto la causa. Algunos han hecho tratos con sus iglesias o instituciones, por los cuales aceptan renunciar y abandonar su posición si la institución promete no decir nunca por qué fue cancelado su empleo.

De esta forma, los agresores pueden mudarse de congregación en congregación y de institución en institución sin tener que afrontar su mal comportamiento. Es posible que nunca sean obligados a recibir la terapia extensa que necesitan para cambiar su conducta. La información adecuada sobre su proceder puede no ser conocida nunca por quienes los tengan en cuenta para un futuro empleo o ministerio en la iglesia.

Con frecuencia me preguntan si creo que hay un aumento del abuso pastoral. Puesto que se ha invertido más energía en tratar de encubrir el abuso que en evaluar y rectificar el problema, no hay forma de conocer la verdadera frecuencia actual o en el pasado. Intuyo que probablemente la tasa ha sido siempre la misma, pero ahora nos enteramos más del problema.

Los informes sobre la impureza sexual de Jim Bakker y Jimmy Swaggart cautivaron al medio por excelencia —la televisión— . Estos hombres habían maniobrado para hacerse camino posiciones de riqueza y poder. El público estaba ávido de conocer el capítulo siguiente de sus sórdidas historias. La gran visibilidad de estos hombres a través de los medios y su comportamiento ha hecho de la inmoralidad sexual entre predicadores famosos un candente tema de conversación.

Un factor más significativo de la emergencia del abuso pastoral es la disposición de las víctimas a hablar. Por muchas generaciones las víctimas no tenían un foro en el cual compartir su dolor. No tenían modelos de quienes hubieran llevado con éxito recuentos de abusos pastorales a sus iglesias y se les hubiera dado crédito. Por el contrario, se culpaban a sí mismas y sufrían solas, en silencio, y los demás nunca nos enterábamos. Ahora más y más víctimas están encontrando el apoyo y el valor para contar sus historias.

La historia de una víctima

A continuación, la historia de Susana.

Me sentí encantada cuando nuestra congregación contrató a Roberto. Era carismático y lleno de energía. En la entrevista para la posición habló de su compromiso con la oración y el ayuno, disciplinas espirituales sobre las que yo había decidido recientemente que quería aprender más. Él era de mediana edad, casado y con hijos. Yo tenía veinte, era soltera y nunca había tenido novio. Poco después de asumir funciones como nuestro pastor, Roberto anunció desde el púlpito que esperaba con ilusión llegar a conocernos como congregación y también individualmente, e invitó a los que quisiéramos hablar con él en privado a hacer una cita con su secretaria; lo cual hice muy pronto.

Pocos días después, fui a la iglesia para mi cita. Me anuncié con la secretaria, quien le avisó al pastor. Él salió, me escoltó a su oficina y cerró la puerta. Yo nunca tuve una relación cercana con mi padre y nunca me he sentido atractiva para los hombres, o cómoda en su presencia, así que me sentí halagada cuando Roberto estrechó mi mano cálidamente, la retuvo, y me dijo cuán encantado estaba de poder pasar un rato solo conmigo, ya que había notado mi "cara atenta y resplandeciente" en la iglesia, desde hacía varios domingos.

Nos sentamos en el sofá de la oficina y me hizo un montón de preguntas sobre mí. Pronto me encontré abriéndome a él, con-

tándole cosas que nunca le había contado a un hombre. Cuando le hablé de mi tensa relación con mi padre, me rodeó los hombros con el brazo y me acercó a él.

Luego dijo: "Tu padre es el que perdió más. ¿Tiene él alguna idea de la chica tan especial que eres? Puedo ver que llegarás a ser un regalo especial para mí".

Sentí vergüenza con su comentario porque era muy personal, dado el poco tiempo que teníamos de conocernos. Como estaba incómoda, traté de llevar la conversación hacia algo menos personal. Le dije que esperaba me pudiera enseñar cómo orar con fervor.

Dijo que le encantaría hacerlo, y que podíamos fijar una cita semanal si me parecía bien. Me pidió que llevara un diario de mis actividades y pensamientos. Debía registrar mis sueños para que él pudiera ayudarme a interpretarlos y escuchar lo que Dios estaba diciéndome a través de ellos —los cuales, explicó, eran un tipo de oración.

Luego su secretaria lo llamó y dijo que la persona de la siguiente cita estaba esperando, así que me levanté para irme. Roberto tomó mis manos en las suyas, las apretó y dijo que desde ya sabía que esa amistad iba a ser algo especial para ambos. Mientras me decía adiós, siguió sosteniendo mis manos y mirándome intensamente a los ojos. Recuerdo que retiré mis manos porque estaban temblando y no quería que supiera cómo estaba reaccionando mi cuerpo.

Esa noche, cuando empecé a escribir en mi diario, me di cuenta de que no podría ser honesta acerca de mis sentimientos porque sería demasiado embarazoso para él saber cómo había reaccionado a su cercanía física y emocional durante la sesión de consulta.

Esa misma noche soñé que los dos estábamos caminando, tomados de la mano, a lo largo de un jardín en un hermoso día de verano. Me daba vergüenza que supiera de ese sueño, así que a la mañana siguiente escribí que no había soñado nada. El resto de la semana censuré cuidadosamente todo lo que anoté en el diario.

En nuestra segunda sesión de consulta, me dijo que estaba decepcionado con la superficialidad de mi diario, que creía que yo estaba bloqueándome. ¿Qué estaba tratando de esconder de él? Me dijo que nunca podría esperar crecer espiritualmente si no estaba dispuesta a ser totalmente abierta y honesta con él.

Dijo que su intuición pastoral le decía que yo estaba reprimiendo una parte muy importante de mi personalidad que había sido creada por Dios. —mi sexualidad— y que muy posiblemente eso estaba deteniendo mi crecimiento en todas las áreas de mi vida.

Luego empezó a preguntarme cómo había manejado mi sexualidad. ¿Era soltera? ¿Alguna vez había estado sexualmente involucrada con un hombre? ¿Con una mujer? ¿Me masturbaba? ¿Alguna vez veía películas sucias? ¿Tenía fantasías? ¿Había tenido fantasías con él durante la semana?

Me dijo que no me sintiera avergonzada de ser honesta con él porque todas esas cosas eran normales y de esperar. También dijo que, debido a que había sido emocionalmente herida por mi padre terrenal, no podría tener nunca una relación cercana con mi Padre celestial, a menos que desarrollara una estrecha relación con un varón. Como mi pastor, sugería que él sería un hombre seguro para acercarse. Añadió que su esposa y él no habían estado emocionalmente o sexualmente cercanos durante años y que nuestra amistad sería "buena para los dos".

De nuevo me sentí incómoda con la dirección que estaba tomando la conversación, pero atribuí mi ansiedad a mi falta de experiencia con los hombres. Después de todo, ¿no me habían acusado varias de mis amigas de ser una puritana cuando se trataba de hombres? ¿Y no era este hombre mi pastor? Seguramente él no sugeriría algo inapropiado.

Durante las siguientes semanas nuestras conversaciones trataron cada vez más de cuestiones sexuales y rara vez de asuntos espirituales —excepto cuando él me recordaba que no se puede

separar la sexualidad de la espiritualidad. "Los bloqueos en un área causan bloqueos en la otra."

Cada vez había más contacto físico y los apretones de mano de la despedida pronto se convirtieron en abrazos completos. Un día se despidió con un beso profundo y prolongado y un abrazo. Le dije que no me sentía cómoda besando al esposo de otra mujer.

Me aseguró que "no era ese tipo de beso". Si no lo era, mi cuerpo no lo sabía porque descubrí que sentía mi cabeza ligera después del beso. No creo que lo supiera tampoco, porque sentí su pene erecto contra mi pierna mientras me besaba.

Cuando salí de su oficina, me sentí avergonzada y no quise pasar frente a su secretaria porque temía que al mirarme se diera cuenta que estaba sexualmente excitada; así que salí por la puerta lateral.

El domingo siguiente consideré la posibilidad de no ir a la iglesia. Temía tener que ver a su esposa e hijos porque sentía que los había traicionado. Como debía dar una clase fui, pero durante el servicio me senté en la parte de atrás del salón; donde Roberto no pudiera verme mientras predicaba y porque podría desde allí salir rápidamente. Al día siguiente llamé a la secretaria y cancelé mi cita semanal.

Mi compañera de apartamento trabaja en el turno de la noche de un hospital local. Roberto lo sabía, y el martes por la noche se presentó y me preguntó si podía entrar. Le dije que realmente no creía que debiera hacerlo y le pedí que se fuera.

Me recordó que después de todo era mi pastor y que solamente quería hablar. Pensé que quizás había venido a disculparse por la dirección que habían tomado nuestras sesiones de consulta y por su atrevimiento físico; así que lo dejé entrar.

Me pidió que me sentara a su lado en el sofá. Me dijo cuán herido y lastimado se sentía con mi cancelación de nuestra cita de consulta. Creía que estábamos a punto de conseguir algo muy importante en mi vida espiritual.

Le dije que ya no quería continuar con las sesiones de consulta porque no me sentía cómoda con la relación. Ya no la consideraba como una relación pastoral y estaba asustada.

Me dijo de nuevo lo que con frecuencia me había repetido; yo tenía complejos sexuales comunes como todas las "solteronas". Para acercarme a Dios tenía que superarlos; "créeme, yo he trabajado con montones de mujeres en tu situación; sé de lo que estoy hablando".

Luego añadió: "No eres una más; eres muy especial para Dios y para mí. Creo que te amo".

Empecé a llorar. Mis lágrimas eran una mezcla de miedo y ternura, porque ningún hombre me había dicho antes que me amaba, y ahí estaba mi atractivo pastor diciéndome esas cosas románticas. Una parte de mí quería creer que si él se sentía cómodo diciéndolas, debía estar bien y sus puntos de vista debían ser correctos; pero en el fondo sabía que alguna frontera pastoral inusual había sido cruzada.

Entonces, me rodeó con sus brazos y me acercó a él y trató de secar mis lágrimas. Yo traté de separarme de él y levantarme. Algo en él pareció saltar cuando me retiré, y empezó a gritarme: "¡Ah no, no lo harás —me has llevado a este punto y no te vas a echar para atrás ahora!" Me tiró sobre el sofá, puso su rodilla en mi estómago, y empezó a coger mis senos. Me besó y salvajemente frotó sus genitales contra mi cuerpo.

Yo no tenía suficiente fuerza para apartarlo. Aunque grité y luché, continuó hasta que hubo terminado.

Luego se levantó y salió gritando: "Si crees que vas a arruinarme estás equivocada. ¡Nadie le creerá a una solterona hambrienta de sexo como tú si alguna vez tratas de contar acerca de esto! ¡Tú eres la que sufrirá!"

Lamentablemente, Roberto tenía razón. Susana nunca regresó al culto con su congregación. Llamó al director, renunció a

sus responsabilidades de enseñanza y pidió que se pusiera fin a su membresía. Cuando le preguntaron el por qué de esta decisión, dijo "problemas personales".

Susana se deprimió severamente y fue puesta en tratamiento con antidepresivos. El doctor que se los prescribió le dijo que no continuaría recetándoselos a menos que asistiera a terapia. Como no le había contado a nadie, ni siquiera a su compañera de apartamento; le asustaba narrar su historia al terapeuta. Experimentaba una profunda vergüenza y se culpaba por haber sido tan ingenua, tan necesitada, tan inexperta. Se sentía abandonada por su iglesia y por Dios.

Con la terapia empezó a sanar. Susana empezó a entender que no había sido estúpida sino una víctima, y que el abuso no había sido solamente sexual. Quizás lo más destructivo había sido sufrir las consecuencias de un tremendo abuso de poder y traición de su confianza por parte de alguien que ella consideraba representante de Dios.

Cuando se sintió más fuerte, decidió que necesitaba contarle a alguien de la congregación lo que había pasado. Tan pronto se creyó lista, escribió su historia y la entregó a uno de los ancianos de su iglesia. Le pidió que la leyera y la compartiera con los otros ancianos. Solicitó que ellos decidieran qué procedimiento seguir para confrontar al pastor Roberto y pidió que le informaran del proceso. Aceptó cooperar en cualquier forma posible, porque le preocupaba que otras mujeres pudieran ser también sus víctimas.

Varias horas después de haber entregado su historia por escrito, recibió una llamada. El anciano se sentía perturbado de que ella dijera cosas tan malignas del pastor. Claramente dijo "usted necesita un novio, pero no persiga al predicador".

Susana se sintió desolada con su respuesta, pero insistió en que mostrara la carta a los demás. La semana siguiente, otra persona llamó para decirle que, en su calidad de junta, con autori-

dad espiritual sobre ella, le informaban que no podía volver a mencionar el asunto a nadie. Susana les recordó que ella ya había solicitado le fuera devuelta su carta de membresía. Le respondieron que hasta que se uniera a otra iglesia, continuaba bajo su autoridad espiritual.

Varios meses después, Susana se encontró con una joven que mencionó que ya no asistía a la iglesia de Roberto. Al empezar a hablar descubrieron que había abusado de ambas. También compartían efectos similares de depresión y el sentimiento de haber sido traicionadas y abandonadas por Dios y su congregación.

Después de reunirse durante varias semanas para compartir su pena, escribieron una carta contando sus experiencias con Roberto y pidiendo a los líderes de su denominación que no permitieran que hubiera otras víctimas.

No recibieron respuesta. Les dijeron que esos asuntos debían manejarse a nivel de congregación. La junta local de ancianos había sido urgida a investigar el asunto.

Parece ser que, a pesar de la gravedad del asunto, no se han dado más pasos para investigar las acusaciones contra el pastor. Ni la iglesia, ni la denominación han ofrecido a las víctimas ninguna expresión de apoyo o disculpa. No se ha otorgado ningún tipo de restitución.

Las dos víctimas conocidas permanecen separadas de su antigua congregación, y de todas las comunidades eclesiales, a causa de su sentimiento de traición y abandono por parte de la iglesia institucional. Ambas están en terapia. Continúan luchando contra la depresión y los sentimientos de abandono, rabia y desesperación. Roberto, sin embargo, continúa ejerciendo como pastor principal.

Resultante espiritual y daño para las víctimas

La historia de Susana tiene muchas cosas en común con los relatos de otras víctimas de abuso sexual pastoral. Los temas

que subyacen se centran en torno a la traición de la confianza y el abuso de poder.

Muchas personas tienen gran confianza en su pastor. Incluso si ha sufrido abuso por parte de otros hombres en su vida, la mujer generalmente supone que el pastor es diferente. Confía en que cuide de sus legítimos intereses y la proteja. La mayoría de las mujeres supone que no necesitan mantener su vigilancia usual cuando están con su pastor; pueden, en cambio, confiar en que él mantendrá la distancia apropiada. El que bajen las barreras de defensa usuales las hace aún más vulnerables, y a ellos más poderosos que en la mayoría de las relaciones hombre-mujer corrientes.

Las mujeres han sido socializadas para plegarse a las demandas de los hombres que se encuentran en posiciones de autoridad. Las niñas aprenden a muy temprana edad que negarse a las exigencias de los hombres poderosos puede traer consecuencias negativas. Esto, junto con el alto grado de confianza que la mayoría de las mujeres aporta a la relación con un pastor, hace difícil para ellas comprender y creer que un pastor pueda tener comportamientos inapropiados. "Supuse que si él me estaba haciendo esas cosas, estaba bien." "¿No era mi pastor? Seguramente el no sugeriría nada que no fuera apropiado."

Las víctimas de abuso pastoral ven continuamente afectada su capacidad de confiar. Puesto que muchas de ellas consideran al pastor como un mediador entre Dios y la congregación, la violación de su confianza tiene efectos aun más destructivos en la vida de la mujer que si el agresor hubiera sido un doctor, un jefe, o alguna otra figura de autoridad masculina.

Puesto que a menudo se ve al pastor como mentor y modelo espiritual, cuando éste se convierte en agresor sexual la violación y el daño espiritual son profundos. Más adelante exploraremos la honda conexión entre sexualidad y espiritualidad. Las heridas causadas en un área producirán, inevitablemente, heridas en la otra. En eso, el pastor Roberto tenía razón.

Debido a que con frecuencia la relación de consejería termina abruptamente después del abuso; la víctima puede experimentar un profundo sentimiento de abandono y desorientación. Puesto que el proceso de asesoría ha sido prematuramente terminado, persisten muchas cuestiones terapéuticas sin resolver.

Al no poder prever la dirección que su relación con el pastor estaba tomando, o no ser capaz de cambiar la dinámica de la relación, la mujer que ha sufrido abuso llega hasta dudar de su propio sentido de la realidad y su eficacia personal. Con frecuencia, la culpa, la vergüenza y la humillación que puede sentir le impiden hablar con otro consejero o pastor acerca del abuso. Debido a que, históricamente, las iglesias han sido poco efectivas para afrontar situaciones de abuso pastoral y extrañas en su forma de aproximarse a las víctimas, su sensación es que han sido abandonadas, no sólo por el pastor y por Dios, sino también por su congregación.

Muchas veces las víctimas son acusadas por la congregación de "destruir a un buen hombre." Con frecuencia es más fácil para las iglesias dirigir su frustración hacia las víctimas y culparlas, que admitir que su pastor ha pecado y abusado flagrantemente de su posición. Numerosas sobrevivientes han contado de amenazas hechas contra ellas y su reputación si no se retractaban de sus acusaciones. Algunas han contado de la exigencia de un "silencio oficial", y de haber recibido de las autoridades de su denominación la orden de no volver a hablar nunca de su experiencia de abuso.

Algunas víctimas han declarado cómo se han difundido mentiras descaradas sobre su moral e integridad, en un intento de minar sus acusaciones. Cuando la víctima ama a su iglesia y, sin embargo quiere ver que se haga justicia y se eviten nuevas víctimas, las directivas la ponen en una disyuntiva: no puede obedecer al mismo tiempo a la iglesia a la que ama y a su conciencia que le exige trabajar para prevenir el abuso contra más inocentes.

Un fenómeno pertubardor ha sido observado en los casos en los que las mujeres han hecho acusaciones de abuso sexual contra un pastor o líder respetado: las mujeres de la congregación expresan más ira que los hombres contra las acusadoras.

Sin embargo, los hombres también responden frecuentemente con enojo contra la víctima. A algunos puede asustarles darse cuenta que el silencio con el cual los agresores pudieron contar por años se está rompiendo. El privilegio masculino puede parecer amenazado. A otros puede trastornarlos el que "no se puede contar con que las mujeres rebeladas conozcan su lugar y mantengan la boca cerrada," "si le pasó a uno de esos hombres, me podría pasar a mí." La disposición de las mujeres a acusar públicamente de abuso a los pastores puede ser perturbadora, irritante y desagradable para otros hombres.

Para las mujeres, sin embargo, el resultado de tales acusaciones puede parecer un riesgo para sus vidas. Cuando trabajé como mediadora en un servicio de reconciliación, tuve la oportunidad de entrevistar a numerosas mujeres que habían expresado rabia contra las hermanas que presentaron acusaciones de abuso contra un pastor de su denominación conservadora.

Varias de ellas dijeron que debido a que los hombres tienen la mayor parte del poder en la iglesia, el hogar y el mundo, la supervivencia misma de las mujeres depende de que mantengan buenas relaciones con los varones. De lo contrario, ellos pueden no compartir lo que las mujeres necesitan para sobrevivir. "Si las mujeres andan haciendo enojar demasiado a los hombres, pueden abandonarnos y nosotras y nuestros niños moriremos."

No es una sorpresa que las víctimas de abuso pastoral se consideren en alto riesgo de suicidio. Los sentimientos suicidas pueden provenir de una variedad de fuentes, incluyendo la percepción de abandono por parte de las hermanas en la fe, y la rabia reprimida que las víctimas pueden sentir, pero no expresar. Puesto que no cuentan con un foro establecido para expresar su ira con-

tra el pastor abusivo, los sentimientos intensos pueden involucionar y convertirse en un pozo autodestructivo.

Si las peticiones de las víctimas para conseguir que la iglesia que aman y respetan discipline al pastor abusivo son ignoradas, ellas pueden experimentar una desesperanza profunda. Algunas veces, cuando el pastor y la iglesia le vuelven la espalda, la víctima queda con un sentimiento de abandono aterrador. Cuando las sobrevivientes de un abuso se sienten excluidas y traicionadas por el pastor, la iglesia, y Dios, no es raro que su desespero encuentre una trágica y punzante expresión en el suicidio.

Las graves y duraderas cicatrices espirituales y emocionales del abuso pastoral han sido con frecuencia minimizadas por denominaciones y líderes religiosos. La atención se ha centrado en cambio en el daño causado a la carrera y el matrimonio del pastor, y en el detrimento del crecimiento de la iglesia.

En el libro sobre abuso pastoral de un conocido autor cristiano (La Haye, 1990), en el capítulo sobre "El Alto Costo de la Infidelidad Ministerial", se encuentra un ejemplo escandaloso de minimización del abuso. El autor explora el costo para el ministro, su carrera, su matrimonio, su esposa, su familia, la iglesia, la cristiandad y la pérdida. En el capítulo, y en el libro entero, brilla por su ausencia una exploración del daño sufrido por la víctima del pastor, a la que el texto se refiere siempre como "la otra mujer." El abuso sexual pastoral es a menudo, e incorrectamente, visto como un simple comportamiento adúltero de dos personas que consienten en ello. Esto rara vez puede constituir un marco conceptual preciso y útil.

Ahora, volvamos a la compleja tarea de tratar de entender la dinámica del abuso pastoral. Puede ser fácil creer que personajes remotos como Swaggart y Bakker caigan en la tentación sexual, pero para la mayoría de las personas es difícil imaginar que su propio y decente pastor pueda siquiera cruzar las fronteras sexuales inapropiadas con miembros de su iglesia. Sin em-

bargo, un número cada vez mayor de congregaciones están siendo obligadas a admitir que sus pastores han cometido violaciones sexuales en la congregación. ¿Por qué y cómo sucede?

Desequilibrio de poder

Peter Rutter (1989) observa acertadamente que la violación sexual en una relación profesional de confianza es un problema extenso que reproduce un desequilibrio cultural de poder hombre-mujer más amplio. En general, en nuestra sociedad los hombres tienen más poder económico, social, físico y político que las mujeres.

Los estudios también han demostrado que en los ambientes sociales, educativos, religiosos y laborales se les presta atención más seria a las ideas de los hombres.

Sin importar cuán baja sea su autoestima y la confianza en sí mismo, el pastor incorpora el poder generalizado de los hombres en nuestra sociedad sexista. Además, su papel religioso conlleva un poder y una autoridad inherentemente significativos. El pastor es considerado, por muchos, un representante de Dios y un mediador entre la congregación y Dios. Debido a la ventaja de su poder masculino, más el poder específico de su posición, el pastor tiene, tal vez con muy pocas excepciones, más poder que cualquier mujer de su congregación.

Por su posición de autoridad, un ministro puede tener acceso íntimo inmediato a su gente. Puede presentarse en las casas de los miembros o en sus lugares de trabajo a cualquier hora del día o de la noche, con el disfraz de una "visita pastoral." Muy pocos cuestionan abiertamente cuán apropiados son los patrones de visita de un pastor. Son menos aún los que lo rechazan si llega a su puerta sin haberse anunciado y sin que su visita sea deseada. A causa de su posición y autoridad, le otorgamos una libertad de acceso a nuestras vidas que no le concederíamos a otros.

En ocasiones el pastor tiene acceso a información que rara vez se comparte con otro ser humano. Puesto que la espirituali-

dad y las cuestiones espirituales provienen del núcleo mismo de nuestro ser, un pastor puede tener cierto conocimiento de las personas que nadie más tiene, y como este nivel de participación íntima no es recíproco, su poder es rara vez igual al de una de las mujeres de su congregación.

Las mujeres han sido socializadas para considerar sus cuerpos como su mejor elemento de regateo en la vida, su fuente de poder. De esta forma, se convierten en personas vulnerables a los avances físicos que les hacen los hombres en posiciones de autoridad. Como se sienten sin poder y están entrenadas para aceptar la transgresión de las fronteras sexuales por parte de los varones como algo normal, con frecuencia ellas no pueden oponer resistencia a los avances de alguien tan poderoso como un pastor.

El desequilibrio de poder entre hombres y mujeres ha sido erotizado por nuestra cultura. Muchas personas consideran sexualmente excitantes el poder masculino y la indefensión femenina. En general, los hombres se sienten atraídos por mujeres más jóvenes, más pequeñas y menos poderosas que ellos. Ellas tienden a sentirse cautivadas por hombres mayores y más poderosos. Los clérigos cuentan con un gran desequilibrio de poder sobre sus congregaciones, en las que predominan las mujeres; por lo tanto, está dado el escenario para una expresión sexualmente inapropiada de ese diferencial de poder.

Con frecuencia los pastores se sienten sobrecargados de trabajo, insuficientemente remunerados y subvalorados. Por eso puede resultarles difícil entender la noción de poder pastoral, puesto que personalmente pueden sentirse débiles e ineficaces.

Los pastores jóvenes e inexpertos, en particular, luchan contra la inseguridad de su papel y pueden sentirse muy lejos de ser poderosos en su nueva posición. Aunque de todas maneras deben responder por su comportamiento, tales pastores pueden hacer mal uso de su jurisdicción antes de comprender completamente que lo poseen.

Todos los pastores deben ser confrontados con el hecho de que la incapacidad para reconocer el privilegio del poder especial que les confiere su posición es peligrosa. Los pastores son más susceptibles de abusar precisamente de ese poder, el que les cuesta reconocer.

Línea tenue entre sexualidad y espiritualidad

Otro factor que contribuye a que pastores y fieles se involucren sexualmente es la frecuentemente borrosa frontera entre espiritualidad y sexualidad humanas. Carl Jung observó que cuando las personas llegaban a él con preguntas sexuales, éstas resultaban ser, de hecho, preguntas espirituales. Cuando las personas llegaban con preguntas espirituales, invariablemente resultaban ser de naturaleza sexual. Los psicólogos observan a menudo que los deseos espirituales y sexuales están tan entretejidos que cuando se despiertan los unos, también se despiertan los otros.

A menudo, de la búsqueda de Dios se deriva una energía que se siente similar a la pasión sexual. Nuestro anhelo de intimidad con el ser divino nos recuerda con frecuencia nuestro anhelo de una profunda intimidad con otro ser humano. Una mujer muestra esta relación cuando dice: *"los períodos de ayuno y oración con frecuencia me producen el sentimiento de ser arrastrada por una gigantesca ola orgásmica en amor a Dios y ser amado por Dios."*

Muchas personas describen el deseo espiritual en palabras que suenan sexuales. *"Yo hago tanto énfasis en la oración en mi vida porque tengo un deseo penetrante de experimentar intimidad y unión con Dios."* Algunos informan haber experimentado sensaciones y manifestaciones fisiológicas de excitación sexual durante períodos de oración profunda en los que su ser corporal deseaba apasionadamente a Dios.

De la misma manera, muchas personas describen experiencias de intimidad sexual con vocabulario espiritual. Una mujer dice: *"Nunca me he sentido tan cerca de Dios como cuando mi*

esposo y yo estamos sexualmente sincronizados y podemos dar y recibir placer apasionado sin tener que preocuparnos por las exigencias demandas de los niños, el empleo y las responsabilidades. En su mejor momento nuestro acto de hacer el amor tiene casi una calidad supernatural".

Tanto en las experiencias espirituales como en las sexuales, los humanos bajan sus defensas y experimentan una mayor vulnerabilidad. La renovación espiritual profunda y el auténtico placer sexual requieren reducir el control y abandonarse a la vivencia. Las fronteras personales del ego se hacen menos definidas. Experimentamos un sentido de unión con algo más grande que nosotros, tanto en momentos de culto como en momentos de intimidad sexual.

Debido a que la energía de la espiritualidad y la sexualidad humanas son similares en algunos aspectos, trabajar con los creyentes sobre cuestiones espirituales, en un ambiente íntimo como la oficina del pastor, puede desencadenar sentimientos sexuales tanto en el pastor como en su consultante. Como profesional que es, su responsabilidad es asegurarse de que no se actúe con base en esos sentimientos. Cuando las personas se acercan al pastor en busca de consejo, deben poder suponer que aunque sus barreras afectivas estén bajas (paso importante y necesario en el proceso de consejería), el pastor las mantendrá seguras y establecerá fronteras apropiadas.

Nuestra cultura ha enseñado a las mujeres que es su responsabilidad establecer barreras y límites sexuales, sin importar cuál sea la naturaleza de la relación hombre-mujer. A los hombres se les ha enseñado que parte de su papel masculino es presionar y cuestionar esos límites y barreras. Pese a estos estándares culturales, en la relación pastoral debe entenderse claramente que la responsabilidad de mantener límites sexuales apropiados recae en él.

Factores estructurales y emocionales en el ejercicio pastoral

Para entender mejor cómo algunos pastores llegan a violar sexualmente y abusar de la confianza y autoridad que se les han dado, miremos ciertos factores estructurales y emocionales que operan en ellos y en su congregación.

En nuestra cultura parece haber algo eróticamente cargado en las relaciones en que los hombres tienen poder y las mujeres ponen su confianza y su esperanza en ellos. La cultura latinoamericana promueve lo erótico en la debilidad de la mujer y en la fuerza en el hombre; excitados por los olores de colonias varoniles, perfumes sensuales femeninos, el tacto y la vista.

Cuando las mujeres abren los aspectos más íntimos de su ser psicológico, emocional y espiritual, a un hombre, aparentemente erotizan la relación (Rutter, 1989). Los hombres tienden a encontrar sexualmente reafirmante y excitante el que las mujeres dependan de ellos para obtener apoyo, comodidad y guía. Este es el papel que muchos pastores tienen en las vidas de muchas mujeres de su congregación.

El ambiente de trabajo del pastor se presta a la posibilidad de expresar sentimientos erotizados que pueden haberse desarrollado entre el pastor y el miembro de su comunidad. Gran parte de la consulta pastoral se realiza a puerta cerrada en la oficina del pastor. En muchas iglesias pequeñas, con frecuencia el pastor es la única persona que se encuentra en el edificio durante la mayor parte de la semana. Se considera apropiado y a menudo deseable que los ministros visiten a los miembros de su congregación en el hospital o en sus hogares. De la misma manera, se considera apropiado darle la bienvenida cuando realiza su visita a los hogares.

Para un pastor que se siente tentado a involucrarse sexualmente con una mujer miembro de su iglesia existen muchas oportunidades y lugares de expresar su deseo sin que sea notado ni levan-

te sospecha. Debido a razones de confidencialidad, las esposas de los pastores están acostumbradas a recibir respuestas vagas cuando preguntan "¿a quién viste hoy?" O fuera "¿qué estabas haciendo?"

La mayoría de los consejeros profesionales tienen un supervisor con el que periódicamente revisan los casos y discuten cuestiones tales como "transferencia" (sentimientos intensos que el cliente puede desarrollar hacia el consejero) y contratransferencia (sentimientos intensos que el consejero puede desarrollar hacia el cliente). Sin embargo, la mayoría de los pastores atienden las consultas de sus fieles con total autonomía e independencia. Es muy rara la congregación que provee supervisión y retroalimentación regulares para la consejería ministerial que presta el pastor. Muy pocas juntas directivas de las iglesias saben específicamente en qué emplea un pastor su tiempo y más escasas aún son las que saben acerca de sus compromisos de consejería. Tomar cuentas y supervisar la consejería pastoral son aspectos flagrantemente ausentes en la estructura de la mayoría de las congregaciones.

La naturaleza íntima y privada de la relación de consulta con el pastor, el componente erótico de las relaciones entre hombres poderosos y mujeres indefensas, y la falta de mecanismos de supervisión y evaluación de responsabilidad bien definidos crean una atmósfera en la cual la relación sexual se hace posible. Que la incidencia del abuso pastoral no sea mayor es quizás un mérito del carácter espiritual y la fuerza moral de la mayoría de los pastores.

En el ministerio existen numerosos riesgos emocionales que parecen contribuir a la susceptibilidad del pastor a incurrir en abuso sexual. Si bien hay mucho prestigio, poder y autoridad implícitos en su posición, estos mismos pueden contribuir a una sensación de aislamiento de los otros miembros de la congregación.

Es difícil ser "como cualquier hijo de vecino" cuando se es el pastor. Incluso cuando se juega voleibol en un paseo de la igle-

sia, se sigue siendo, antes que nada, el pastor, y la gente espera que actúe en forma consistente con su papel. De la misma manera, los miembros de la iglesia pueden censurar su comportamiento cuando el pastor está cerca, por temor a que pueda estar evaluándoles su espiritualidad. Tales factores pueden ser causa de que el ministro se sienta emocionalmente aislado y solitario dentro de la congregación.

Muchos pastores descubren que las congregaciones esperan que sean expertos profesores, predicadores, consejeros, directores de relaciones públicas, gestores de financiación y administradores. Puesto que la mayoría de la gente que entra al ministerio son personas devotas y buenas trabajadoras, las expectativas no realistas del empleo pueden hacer que trabajen sin parar, y sin embargo nunca se pongan al día. El resultado es el estrés pastoral y el agotamiento. La tensión prolongada es factor importante en el desarrollo de alcoholismo, abuso de drogas, tendencia a comer en exceso y otras adicciones, depresión, ansiedad, infarto y cáncer. Además, se sospecha que el estrés prolongado puede contribuir a que "se pongan carnales", como a veces llaman los pastores los comportamientos sexuales inapropiados.

Pocas iglesias han desarrollado mecanismos que permitan proporcionar al pastor un apoyo emocional adecuado. Así, con frecuencia no tiene a quién dirigirse para compartir sus dudas espirituales, su soledad y sus tentaciones. Algunos pastores dicen que encuentran apoyo y compañía afectuosa en pastores de otras iglesias. Infortunadamente, muchos tienen exceso de trabajo y consideran que confraternizar es un lujo que sólo pueden darse "cuando todo el trabajo está hecho."

La dedicación adictiva que muchos pastores dan a su ministerio hace difícil que puedan construir una buena compañía espiritual en sus vidas; también contribuye a la alienación emocional de las esposas. Cuando ellos no tienen un apoyo íntimo regular, ni oportunidades de compartir profundamente con amigos cristianos, es más probable que se vuelvan hacia las mujeres de la

congregación en busca de comprensión y afecto. En tal situación corren un alto riesgo de sexualizar una relación en la cual realmente buscaban apoyo y reafirmación emocionales.

Cualidades personales de algunos ministros

¿Cuáles son las historias personales comunes y las características de personalidad de quienes se sienten atraídas por el ministerio? ¿Cómo contribuyen esos factores al abuso pastoral?

Muchas personas eligen convertirse en pastores por razones saludables admirables. Incluso los pastores que más tarde descubren que su motivación para escoger esta carrera estuvo influenciada por factores inconscientes menos nobles, con frecuencia afrontan su quebrantamiento, admiten sus sombras y logran servir a su congregación de forma saludable e integral que los redime.

Un alto porcentaje de personas que trabajan en profesiones de ayuda (por ejemplo consejería, trabajo social, enfermería, psiquiatría, ministerio) proviene de hogares donde se vivió una infancia disfuncional. Escoger esas profesiones puede ser un intento inconsciente de comprender y aliviar su quebrantamiento y dolor personal. Lo que buscan es el cuidado y el amor que se les negó en su infancia. Sin embargo, en vez de enfrentar las necesidades personales y aprender a pedir amor, estas personas necesitadas se convierten en profesionales encargados de cuidar a otros.

Estudios hechos a pastores revelan lo siguiente: Muchos de ellos reportan haber tenido infancias infelices. Sus características de niños-adultos corresponden a quienes proceden de hogares emocionalmente malsanos e incluyen una tendencia a ser adictos al trabajo e insensibles a necesidades emocionales personales.

Las cualidades pueden influir en que un pastor esté sobrecargado emocional y físicamente en forma excesiva, y lo hacen susceptible a un alto nivel de estrés y agotamiento. La expresión sexual ha sido identificada como una de las formas de aliviar

estrés y tratar de inyectar nueva energía a una vida que los lleva a "quemarse".

Como ya se dijo, muchos pastores tienen un intenso deseo y necesidad de ayudar a otros y hacerlos felices. Muchos entran al ministerio para conseguir el amor y la reafirmación que desesperadamente desearon y no obtuvieron de pequeños. La congregación se convierte en un progenitor sustitutivo y el ministro espera ser querido y valorado en la forma que deseó serlo de niño.

Lamentablemente es una expectativa poco realista, difícil de satisfacer por parte de la congregación. En su decepción, el pastor puede volverse hacia un miembro de la congregación que le reafirme. A causa de la socialización, el pastor buscará muy probablemente a una mujer para encontrar apoyo emocional. Por anhelar una profunda reafirmación e intimidad, el pastor puede ser susceptible de cruzar las fronteras emocionales apropiadas entre él y su confidente. Debido a la tendencia masculina de genitalizar los sentimientos, puede ser excitado sexualmente por su amiga y sentirse tentado a sexualizar la relación.

Investigaciones hechas utilizando el Indicador de Tipos Myers-Briggs han encontrado que un 69% de los ministros son del tipo orientado hacia los sentimientos y el 44% están orientados tanto por los sentimientos como por la intuición (Oswald y Kroeger, 1988). Sólo el 12% de la población general tiene las dos orientaciones. Para el ministerio, los atributos positivos de un estilo de personalidad sensitivo e intuitivo son empatía, carisma y una profunda capacidad de cuidar. Si son del tipo sensitivo-intuitivo, los candidatos a ministro tienen con frecuencia la ventaja, porque se proyectan como el clásico pastor bueno —cálido, amoroso, amable y solidario.

De otra parte, los tipo sensitivos e intuitivos tienden a promover relaciones en las que pueden rescatar a otros y las personas dependen de ellos. También necesitan reafirmación y expresiones de aprecio constantes. Manejan la crítica menos bien que

otros tipos. La mayoría de las congregaciones no son buenas en apoyar y reafirmar consistentemente al pastor.

Puesto que el ministerio atrae muchos adictos al trabajo, que pueden ser además del tipo sensitivo-intuitivo, hay muchos ministros que laboran cada vez más duro en un intento inútil por obtener la reafirmación que anhelan por parte de la congregación. Esto, unido a la disposición general de las personas sensitivo-intuitivas a hacer grandes sacrificios por aquello en lo que creen, lleva a los pastores a altos niveles de frustración y estrés —ambos correlacionados con el abuso pastoral.

En la discusión del abuso pastoral y los factores de personalidad se debe considerar una categoría más: el agresor sexual claramente sociópata que escoge el ministerio porque sabe que le dará acceso a víctimas vulnerables para obtener su perverso placer sexual. Este tipo de agresor se encuentra más frecuentemente entre los pastores de jóvenes, lo cual puede deberse al hecho de que a estos no siempre se les exija el extenso entrenamiento académico y el internado del ministerio regular. Muchas iglesias escogen los líderes de los jóvenes, basándose en que son "buenos tipos" o "buena gente".

Pero la mayoría de los responsables de abuso sexual pastoral no entraron al ministerio con la intención de violar su misión sagrada y su posición. Más bien sucumbieron a una interacción de factores relacionados con el desequilibrio de poder, cuestiones emocionales y estructurales inherentes a la labor ministerial, y características personales y morales propias. Sin embargo, el daño espiritual y emocional sufrido por las víctimas no tiene correlación con las intenciones de los pastores. Ya sea que el pastor haya llegado al ministerio porque le ofrecía oportunidades de abusar de personas vulnerables, o que haya venido con intenciones nobles, pero "cayó" en el abuso, las consecuencias para las víctimas son devastadoras y duraderas.

Directrices para los pastores

Esta sección ofrece sugerencias para los pastores que quieran funcionar en forma saludable y no abusiva dentro de la congregación.

1. ***Sea honesto acerca de su poder.*** Reconozca que como hombre perteneciente a una cultural patriarcal tiene, en general, más poder que las mujeres. Usted tiene más poder económico, político y social. Su posición pastoral le da una autoridad específica adicional inherente a su papel. Comprométase consigo mismo a no abusar de ese poder.
2. ***Sea honesto respecto a su susceptibilidad.*** Aunque su papel pastoral lo coloca en un pedestal espiritual, reconozca su sus ceptibilidad a pensamientos y comportamientos sexuales inapropiados. Enfrente y confiese la seducción de la autoridad y el poder. El mito de la invulnerabilidad pastoral hace a los minisros susceptibles de autoengaño y pecado flagrante.
3. ***Enfrente su herida.*** Encuentre el valor y los recursos para entender y afrontar la ruptura y el dolor que ha traído consigo desde la infancia. Haga todo lo posible para sanar. Sea consciente de querer que una mujer de la congregación lo alimente y cure su dolor. Aprenda a identificar sus necesidades y cuidar de ellas de manera apropiada.
4. ***Alimente su espiritualidad.*** No deje que sus responsabilidades para con la espiritualidad de la congregación le distraigan de la necesidad de cultivar su propia vida espiritual. Tómese el tiempo y la energía necesaria para practicar disciplinas espirituales que enriquezcan y nutran su vida interior.
5. ***Atienda su vida personal y desarrolle amistades íntimas con otros hombres.*** Tómese tiempo para desarrollar in-

tereses y amistades externos. Si es casado, haga de la relación con su esposa la primera prioridad. Incorpore la comunicación, el romance y la diversión a su vínculo íntimo y manténgase sensible a su salud y vitalidad. Aprenda a relacionarse con otros hombres con amistad profunda e intimidad emocional.

6. ***Sea consciente de la energía sexual dentro de la congregación.*** Puesto que los deseos espirituales y sexuales están tan estrechamente relacionados, no se pueden tener los unos sin los otros. Sea honesto acerca de esta relación. Cuando se le niega y reprime, la energía sexual existente dentro de la iglesia se hace peligrosa y destructiva.

7. ***Desarrolle directrices y defensas para la consejería.*** Considere la posibilidad de llevar a un amigo o a su esposa cuando haga visitas pastorales. Limítese a sesiones de consejería a corto plazo. Proporcionar consejería respecto a asuntos sexuales, u otros profundamente personales, a una mujer puede no ser apropiado o prudente. Pídale a su iglesia que considere la posibilidad de contratar una consejera pastoral. Encuentre un consejero profesional que le supervise y le proporcione retroalimentación para su rabajo de consulta pastoral. Consiga entrenamiento requerido para ser consciente de los aspectos de transferencia y contra transferencia y manejarlos en forma apropiada.

8. ***Sea sensible a las señales de peligro.*** Aprenda a conocer cuáles son los indicadores que lo pueden llevar a una relación inapropiada. Sea consciente de los frecuentes pensamientos hacia esa persona; si tiene fantasías sexua les y tendencia a pasar mucho tiempo con ella. Tenga cuidado de no compararla con su esposa. Caiga en cuenta si tiene sensaciones físicas o sexua les cuando está con ella o piensa en ella. Cuídese de no hacer que sus conversaciones sean sobre temas sexuales. Revise los sueños que tiene.

9. ***Desarrolle un mecanismo para rendir cuentas y tener un mentor.*** Encuentre un hermano cristiano u otro pastor con el cual pueda reunirse regularmente con honestidad y transparencia. Desarrolle una relación de tutoría con un hombre espiritualmente maduro y comprométase a rendirle cuentas. Comparta sus tentaciones con él y admita su susceptibilidad al abuso.
10. ***Aprenda a relacionarse con las mujeres en forma sana.*** Comprométase consigo mismo a desarrollar relaciones integrales, no sexuales, con las mujeres. Aprenda cómo tener con las mujeres relaciones recíprocas, no explotadoras, en las cuales el respeto es mutuo y el poder se comparte.

Mi niña de cinco años sufre las consecuencias, un ejemplo de abuso

Carmen proviene de un hogar integrado por padre, madre, una hermana y un hermano, además de ella. De posición económica adinerada, dueños de fincas y ganado. Tuvo muchas cosas materiales, pero el ambiente familiar se caracterizaba por gritos entre sus padres y hacia ellos, por marginación por ser mujeres, mientras su hermano era privilegiado por sus progenitores.

Carmen pensaba que lo tenía todo: dinero, bienes, estudios en el extranjero. Tenía una finca con ganado que le había heredado su padre y se ocupaba de administrarla.

Cuando estuvo estudiando en el exterior sufrió grandes depresiones, muchas veces perdió el sentido por la vida...finalmente encontró quien la ayudara, se quedó entonces un tiempo más y por fin regresó a Guatemala, donde sigue siendo una mujer de negocios.

Acude a una iglesia evangélica y no deja de deprimirse, llora constantemente y busca a un psicólogo para que la ayude, pues se siente vacía. Ella comenta esto con algunos de los hermanos

de la iglesia, quienes le recomiendan hablar con uno de los pastores, ya que él ha ayudado a otras hermanas que han necesitado consejería.

Carmen va entonces donde Alfredo, el pastor que le han recomendado. Alfredo es un hombre mayor que le aconseja que no siga yendo donde el psicólogo, pues con su ayuda será suficiente. Ella se siente acompañada, escuchada, aconsejada y ve a Alfredo como a alguien especial. Las citas comienzan a ser más cercanas y ella acude animada porque se ha sentido mejor.

De pronto, Alfredo le cuenta su historia. Le dice que ha sufrido mucho y que está separado de Berta, que no tiene hijos y mucho más. En el proceso se enamoran y Carmen queda embarazada. Al enterarse de este hecho, Alfredo se ausenta por tres meses. Ella se va con su prima quienes la acompañan, mientras que su familia de origen la margina. Alfredo regresa y se van a vivir a una casa que Carmen ha comprado. Allí permanecen juntos durante unos meses. El empieza a administrar sus bienes, ella le confía cheques para que los deposite. Poco a poco ella pierde posibilidades de inversión y se va a la quiebra. Finalmente él se queda con todo.

Estando Carmen aún embarazada, Alfredo regresa con su esposa. Nace la hija de Carmen y vuelve loco a Alfredo, quien no había tenido hijos. La visita y cena con ellas tres o cuatro veces por semana. Carmen no está de acuerdo. A veces ella le ha negado la posibilidad de entrar a ver a su hija. El golpea a la puerta, la llama por teléfono, se sube al tejado y le grita que le va a quitar a su hija. Carmen llora, está triste, se siente abandonada por su familia y se ha quedado sin dinero.

Carmen sigue con sus estados de angustia y depresión. Se pregunta cómo fue que pasó todo. Reflexiona que lo que quería al buscar al pastor era consejos, orientación, acompañamiento y lo que encontró fue sufrimiento y desprecio. Piensa que nada se puede cambiar. Se entristece mucho al enterarse de que ella fue

una víctima más de Alfredo, quien había repetido la experiencia con otras jovencitas de la iglesia que habían buscado su ayuda. Ninguna de sus víctimas se ha atrevido a decir nada. Él sigue dando consejería y tiene mucha influencia dentro y fuera de la iglesia. Sigue importunándola a ella y a su hija. Andrea ya tiene cinco años. La niña va al colegio y su padre y madre tienen frecuentemente pleitos porque Alfredo se lleva la niña a su casa. La niña no quiere ir pero él la obliga, y al regresar la niña tiene retroceso en sus procesos pues se orina en su ropa. Su padre ha tocado sus partes íntimas desde que Andrea era una bebé. Carmen consulta con un profesional quien le dice que este comportamiento del padre no es normal. La niña es llevada a una médica quien confirma que la niña no ha sido abusada, pero que el peligro existe.

Carmen conoce a una amiga que la lleva a un grupo de mujeres . Allí empieza a escuchar otras versiones de violencia contra la mujer y cómo muchas han salido adelante. Ella decide entonces acudir a los tribunales y encarar un juicio contra Alfredo para lograr una pensión y ver hasta dónde se puede tipificar el caso acerca del daño moral contra las dos. Mientras tanto, Alfredo la insulta por teléfono, se lleva la niña a la fuerza y la amenaza. Aunque Carmen tiene miedo se llena de coraje y entabla el juicio. Ella quiere sentar un precedente dentro de la iglesia ya que nadie ha hecho nada al respecto. Cuando los otros pastores se han enterado de algunas de las conductas de Alfredo, aseguran que las hermanas tienen la culpa por provocarlo.

Ella asiste a sus citas a los tribunales, sigue yendo a la iglesia con su hija. Los hermanos y las hermanas de la congregación se han enterado y le dicen a Carmen que no sea mala y que deje la justicia a Dios, que además, después de todo, ella tuvo la culpa.

Carmen ha hecho un nuevo negocio, ha invertido en su finca; compra y vende ganado, poco a poco se está recuperando económicamente. También ha empezado a estudiar en la universidad. Busca rehacer su vida.

7



Arrepentimiento, restitución, perdón y reconciliación

Mientras sostenía a su pequeña hija sobre la cadera, y una tasa de café en la mano, la joven madre se dirigió hacia la puerta para recibir el correo que acababa de llegar. Sosteniendo aún a la pequeña, se sentó en la mesa de la cocina y empezó a separar el correo –el que debía botar inmediatamente y el que abriría después.

De pronto, vio un sobre escrito a mano que llamó su atención. A pesar de que no había tenido contacto con sus padres durante más de ocho años, reconoció de inmediato la letra inclinada de su padre.

Los sollozos que en ese instante soltó la madre atemorizaron a la pequeña, quien preguntó: "¿Mami, te duele algo?"

Después de asegurarle a la niña que "mami estará bien", corrió a su alcoba, se recostó en la cama, y dejó correr las lágrimas que por mucho tiempo había reprimido. Luego abrió la carta arrugada que sostenía en el puño y empezó a leerla.

Tal vez esta carta te sorprenda puesto que no nos hemos comunicado o visto durante mucho tiempo. Yo sé que debes estar furiosa conmigo por las cosas que te hacía en la noche cuando eras una pequeña niña. Debes estar especialmente furiosa conmigo por haberte dicho que te mataría si le contabas a alguien. Agradezco que nunca le hayas contado a tu madre y espero que no le hayas contado a nadie.

En ese entonces yo no sabía nada. Hace algunos meses me convertí en cristiano, desde entonces, me he sentido muy deprimido, y mi pastor me preguntó si tenía algún pecado que no había confesado aún. En lo único que pienso es en lo que te hice, por lo tanto, te ruego que me perdones,

me gustaría conocer a mis nietas y espero que vengas a visitarnos pronto.

No le digas nada de esto a tu madre, porque ella no sabe nada acerca de lo que sucedió en el pasado, ni sabe que te envié esta carta. Espero que todo esté bien en tu vida y que me perdones. Respóndeme tan pronto sea posible. Te ama, tu papá.

Uno de los aspectos más complicados para las personas que han sido víctimas de abuso sexual es perdonar y reconciliarse con el que cometió el abuso. A las víctimas les toma mucho tiempo liberarse de la oscuridad y las pesadas cargas que tienen que llevar en el corazón; sueñan con tener una relación con sus padres, hermanos, y abuelos como la que tienen las amigas que no han sufrido de abuso. Harían prácticamente cualquier cosa para reemplazar el temor y vergüenza que están presentes en todos sus recuerdos de niñez por sentimientos normales y de felicidad. Ellas se preguntan si al perdonar, todo esto sería posible. Ya sea que las haga más felices o no, las sobrevivientes saben que como cristianas no tienen otra opción que perdonar a los que abusaron de ellas. Tal vez no sean eruditas de la Biblia, pero saben que los cristianos deben perdonar.

Las iglesias enseñan que perdonar a aquéllos que pecan contra nosotros es un prerrequisito para experimentar el perdón de Dios y vivir una vida cristiana con gozo. No sólo hemos aprendido que debemos perdonar y reconciliarnos con quienes nos ofenden, sino hacerlo con prontitud.

En términos generales, se ha puesto en la víctima de abuso sexual la responsabilidad de que se reconcilie con el que abusó de ella. Muchos pastores han asumido y transmitido que si ella perdona y se despoja de esos sentimientos de amargura, la relación podrá restaurarse. Mientras que muchas sobrevivientes co-

mentan las respuestas que han recibido de diferentes cristianos a quienes han contado sus historias cuando fueron victimizadas, la constante preocupación ha sido asegurar que la víctima "verdaderamente perdone" al que abusó de ella.

Con gran tristeza, muchas víctimas expresan que se han sentido regañadas por profesionales cristianos por su incapacidad de perdonar y olvidar de una manera rápida. "Cuando mi pastor supo que el abuso había terminado hacía veintisiete años, me dijo: "Sólo una mujer amargada y que se compadece a sí misma recordaría todavía estas cosas que sucedieron hace tantos años". La respuesta de este pastor hizo que esta mujer se odiara y se condenara aún más. Cuando salió de la oficina del pastor, la sobrecogió el sentimiento que siempre había tenido de que era culpable y malvada. Esa noche intentó suicidarse.

La reconciliación entre las víctimas y sus abusadores es una meta que con seguridad se desea alcanzar, especialmente cuando ambos son creyentes y miembros de la misma congregación. Mientras la relación esté rota, no sólo se ve afectada la vida de los que están directamente involucrados, sino también la de sus familiares, su congregación, y la comunidad cristiana en un sentido más amplio.

Por consiguiente, tanto a la víctima como al abusador se les debe animar para que trabajen hacia la restauración de la relación. Sin embargo, se debe tener en cuanta que la reconciliación es un proceso largo y difícil en el que se involucra arrepentimiento, restitución, perdón, y *luego,* la reconciliación.

Arrepentimiento

La reconciliación y la restauración de una relación que fue violada no puede ocurrir sin que quien cometió el abuso verdaderamente se arrepienta. Se puede llamar a una tregua en la que las partes se relacionen en un nivel superficial sin que haya habido arrepentimiento; sin embargo, eso no es reconciliación.

El término que emplea el Nuevo Testamento para referirse a arrepentimiento es *metanoia*, que se refiere a un cambio completo de mentalidad. De acuerdo con la Biblia, lo que debe ocurrir al tiempo con el arrepentimiento es que la persona se aleje del pecado, y se dirija a Dios. Con frecuencia, un profundo sentido de dolor y tristeza acompañan al arrepentimiento.

Puesto que la iglesia se ha sentido durante mucho tiempo incómoda al hablar de cualquier tema que tenga que ver con el sexo, es aún más incómodo atravesar, con una persona que ha cometido algún pecado sexual, el largo y doloroso camino para llegar al arrepentimiento. Por el contrario, ha existido la tendencia de perdonar al pecador rápidamente y ofrecerle una "gracia barata"; hablando en términos de Dietrich Bonhöeffer.

Aunque puede ser más viable y más cómodo aceptar una disculpa rápida y fácil de quien cometió el pecado; al hacerlo lo estamos engañando y le estamos quitando la oportunidad de un verdadero arrepentimiento, y que experimente el perdón y la gracia de Dios. Aceptar la caballerosa disculpa del abusador, "es una desconsideración irrespetuosa por lo que su alma será capaz de ofrecer cuando hay un verdadero arrepentimiento" (Allender, 1990, p. 239). El perdón sin arrepentimiento puede hacer que la comunidad se sienta mejor, pero ni el autor ni la víctima experimentan una verdadera sanación.

El arrepentimiento es más que simplemente decir: "Lo siento" o incluso "lo siento y prometo no volverlo a hacer". El arrepentimiento involucra admitir en forma decidida la atrocidad que ha hecho. Significa sentir una profunda tristeza por el gran dolor que le causó a otra persona. Algunas veces, en esta etapa, se presentan pensamientos de suicidio y una gran depresión. Estar en presencia de alguien que realmente se ha arrepentido del pecado que cometió es una experiencia increíble; frecuentemente, ésta va acompañada por terribles sollozos y gemidos. El verdadero arrepentimiento está ligado al dolor porque es el momento en que la persona se da cuenta de su maldad interior. Debido a la

agonía de este paso, el transgresor necesita el apoyo y amor de los amigos cristianos o de un pastor.

Después de que quien ha sido autor de abuso sexual ha experimentado su propio dolor; debe estar dispuesto a reconocer y a sentir el dolor que le ha causado a su víctima. No es suficiente admitir intelectualmente que el abuso fue terrible. Debe llegar al punto de sentir el dolor de su víctima. Se puede hacer que él escuche a su víctima hablarle durante varias horas de las consecuencias que ha tenido el abuso en su vida. Tal vez sea necesario que escuche relatos de otras víctimas, o hable con un especialista en cuanto a los efectos que está teniendo en este momento por el abuso que cometió.

El arrepentimiento significa que el autor debe seguir los pasos necesarios para asegurarse de que su comportamiento abusivo nunca se volverá a repetir. Para algunos, esto significa que se deben someter a la disciplina de la iglesia y trabajar con un grupo de creyentes que, amorosamente y con firmeza, hagan que el abusador cumpla con su responsabilidad. Para muchos otros, el arrepentimiento incluirá una intensa psicoterapia para comprender las raíces del abuso y aprender maneras en las que pueda controlar esos impulsos inadecuados.

Muchos abusadores deban tal vez trabajar con el sistema legal y someterse al tratamiento adecuado. Otros tendrán que enfrentar patrones de comportamiento adictivos y comprometerse a ingresar a un grupo de apoyo durante mucho tiempo. Para muchos abusadores, el arrepentimiento involucrará un complejo cambio de actitud hacia los hombres y las mujeres, la autoridad y la sumisión, y adémás, deben hacer el compromiso de que aprenderán patrones más saludables de relacionarse con las mujeres, los niños y las niñas. Tristemente, las congregaciones deben reconocer siendo que el arrepentimiento es un paso muy difícil, para muchos abusadores tal vez éste nunca llegue.

Restitución

El verdadero arrepentimiento involucra el deseo de reparar el pecado y la voluntad de enfrentar las consecuencias del abuso. Cualquier otra cosa no es verdadero arrepentimiento. No hay nada que se pueda hacer o que se le pueda brindar a una víctima de abuso sexual para compensar el dolor y las múltiples pérdidas que ha sufrido. Sin embargo, alguna manifestación de restitución puede ser un importante paso en el proceso de arrepentimiento y perdón. Acciones o regalos de una reparación simbólica comunican que el agresor es responsable del pecado de abuso y reconoce ante sí, ante la víctima y la comunidad que ha causado una profunda herida.

Con frecuencia, tanto las víctimas como los transgresores necesitan de otra persona o grupo para que les ayude a elegir un plan de restitución apropiado. La restitución requiere de un sacrificio por parte del que cometió el abuso y debe beneficiar a la víctima. Algunas veces, se le pide que haga donaciones a organizaciones que tratan a las víctimas de violencia sexual o doméstica.

Una víctima de abuso pastoral solicitó que el abusador donara una cantidad de dinero para ayudar a mujeres que habían sido víctimas de abuso sexual por parte de líderes de la iglesia, para que se reunieran para apoyarse mutuamente y para que compartieran sus relatos personales de sanidad. Una mujer le pidió a su padre que le pagara una cirugía estética para quitarse las cicatrices de sus muñecas provocadas por varios intentos de suicidio.

Una pequeña le pidió a su hermano mayor, quien había abusado de ella, que pasara una hora diaria con ella montando en bicicleta o leyéndole un libro cuando él en realidad preferiría estar jugando Nintendo o compartiendo con sus amigos. También se le pidió que abriera una cuenta de ahorros a nombre de la niña y cada semana depositara el 75 por ciento de su mesada para que cuando la niña fuera mayor, y probablemente se sintiera perseguida y angustiada por el abuso que había sufrido, pudiera tener fondos para pagarse una terapia.

La restitución no es retribución. No es reivindicación. No se ha hecho para castigar al abusador o "quedar empatados". Por el contrario, es parte de un proceso adecuado de hacer al transgresor responsable del pecado, llamándolo al arrepentimiento y salvación. Es un importante acto de hacer justicia. Ya sea que la víctima sienta o no una necesidad personal de restitución, el pueblo de Dios es llamado a "hacer justicia" (Miqueas 6:8) y a defender a los débiles y oprimidos. A las personas victimizadas les parece más fácil avanzar en su proceso de perdón si sienten que se ha tenido algún sentido de justicia (Fortune, 1983).

Lo que no es perdón

Perdonar no es olvidar. El perdón basado en el olvido es "una versión cristiana de una lobotomía frontal" (Allender, 1990, p. 15). Este no sólo no funciona para tratar de olvidar una parte de la historia personal tan significativa como el abuso sexual, sino que tampoco es deseable. Olvidar la historia personal es negarle a la persona que ha logrado convertirse en sobreviviente. Esto deshonra a la víctima y su historia. Ella no puede comprender y regocijarse en lo que ella es hoy en día si no recuerda el camino que ha tenido que atravesar y la ha conducido hasta aquí. Su experiencia de la gracia de Dios se limita si ella olvida partes importantes de su vida.

Debido a que los cristianos siempre se han sentido incómodos al enfrentar el abuso sexual es comprensible la tendencia a forzar al olvido. Si las víctimas perdonaran y olvidaran de una manera rápida, no tendrían que seguir hablando de un tema que les hace sentir tan incómodos.

Si las víctimas desconocieran el abuso, dejarían de hacer preguntas difíciles como: "¿Dónde estaba Dios cuando esto me estaba sucediendo?" "¿Cómo es posible que alguien que se suponía me amaba y debía protegerme abusara de mí?" "¿Por qué la fe que profesaba mi abusador no le impidió que me hiriera?" "¿Dónde estaba la iglesia cuando esto me estaba ocurriendo?"

"Con todo el énfasis que se hace en justicia y paz en nuestra denominación, ¿cómo es que ninguno se acercó para cambiar la forma en que estábamos viviendo como familia?"

David Augsburger ha dicho muy acertadamente: *"Cuando el perdón niega que existe la ira, se actúa como si nunca hubiera sucedido; se sonríe como si nunca hubiera causado heridas, y se finge como si todo estuviera olvidado... no lo podemos llamar perdón. Es una fantasía mágica.* (Augsburger, 1981, p.52).

Perdonar no es excusar el abuso. Perdonar a mi abusador no es decir: "bueno, está bien. Yo sé que tú no pretendías herirme mucho". Tampoco es decir: "Yo sé que tuviste una niñez muy dura y no te pudiste controlar". El perdón no es inventar excusas para la maldad del abuso ni minimizar el dolor que se ha causado.

Con frecuencia, los consejeros y pastores animan a las víctimas a humanizar y a entender a su transgresor centrándose en su dolor y en lo que posiblemente sufrió como niño. Esto puede ayudar en el proceso de perdón, pero nunca se debe presentar de una forma que manipule a la víctima para que excuse o condone el abuso. Sí, todos podemos caer. Sí, todos podemos hacer cosas que nos avergüenzan. Pero ser conscientes de esto no significa que el abuso sexual es excusable. Puede ser perdonable, pero no excusable.

Una víctima comenta: *"A mí me han enseñado que culpar a las personas no es cristiano. Por lo tanto, siempre traté de excusar a mi abuelo; decía que él en realidad no quería herirme, que no sabía lo que hacía. Pero descubrí que no lo había podido perdonar hasta que comprendí el mal tan profundo que me había causado".*

Perdonar no es absolver al transgresor. La víctima de abuso no perdona al abusador para que el corazón de él esté puro y su historial limpio. No es responsabilidad de la víctima ni está en su poder hacerlo. La absolución del pecado es algo que sólo Dios puede otorgar.

Sin embargo, a una mujer su familia la presionó para que perdonara a su tío con el fin de que pudiera ir al cielo. A otra pequeña niña se le rogó que perdonara a su padre, para que así Dios lo pudiera perdonar. Obligar a una víctima para que absuelva al que abusó de ella no es sólo cruel e insensible, sino que también es una teología errónea.

Perdonar no espiritualiza el abuso. Extender el perdón a otro es un acto profundamente espiritual y puede dar como consecuencia un crecimiento espiritual. Sin embargo, no es una forma de evadir el dolor. No es algo que se hace rápidamente o con ligereza para evitar el terror de las heridas causadas.

La espiritualización del abuso se puede mostrar en los siguientes comentarios: *"Yo sé que Dios quiere que perdone al que abusó de mí y me concentre en las buenas cosas que han podido surgir de esto, por lo tanto, por favor no me haga recordar y hacerme hablar de lo que él me hizo. Todo esto está en el pasado y yo tan sólo quiero seguir adelante".*

O, "No es importante hablar acerca del efecto que ha tenido en mí el abuso, porque yo lo perdoné hace mucho tiempo. Todo lo he puesto en manos de Jesús. Tan sólo quiero entender porqué terminé divorciándome tres veces".

Muchas de las víctimas de abuso sexual sobreviven negando sus verdaderos sentimientos, culpándose por lo que sucedió y pretendiendo que las cosas no fueron tan malas. Ya al ser adultos, tienden a seguir el mismo patrón, "agregándole una capa dulce de espiritualidad a la receta" (Feldmeth and Finley, 1990, p. 129). Puesto que esto les proporciona una forma temporal de manejar el dolor emocional, entonces no es perdón.

Perdonar no es convertirse en un trapo para que todos lo pisoteen. A los cristianos se les ha enseñado que deben dar la otra mejilla, que deben amar a aquéllos que los maltratan, y perdonar hasta setenta veces siete. Sin embargo, el perdón cristiano no es decir de una manera pasiva: "Está bien. De todas formas,

yo no valgo mucho. Cualquier cosa que me hagas, yo la perdonaré". El perdón no es la resignación pasiva a la tendencia que tiene el hombre a dominar y pasar por encima de otros. Tampoco es aceptar la tendencia de la mujer a ceder demasiado para recibir muy poco a cambio.

Perdonar no quiere decir que se confía en el abusador. El perdón y la confianza son dos procesos diferentes. Si una víctima de abuso elige perdonar al abusador, no necesariamente significa que ella puede o debería confiar en que lo puede dejar solo con niños y niñas vulnerables. Los pastores y otros le han dicho erróneamente a las víctimas que si ellas no confían en su abusador no lo han perdonado verdaderamente.

El tratamiento para abuso sexual es difícil, largo y algunas veces no se logran resultados. A menos que el transgresor haya pasado por ese tratamiento y tenga un mecanismo de apoyo continuo y responsabilidad, no es más seguro con niñas que un alcohólico solo en una bodega de vinos con un destapador.

Muchos transgresores se sienten frustrados porque ellos han pedido perdón por haber abusado de sus hijas, y aunque han sido perdonados por la víctima, no se les permite estar a solas con sus nietas. Otro aspecto desafortunado es que a los abuelos que no cometieron abuso también se les restringe el acceso a sus nietas. Ésta es una consecuencia trágica e inevitable del abuso. Pero en las familias en que ha ocurrido algún caso de abuso sexual, el bienestar y seguridad de las niñas se debe poner por encima del deseo de los adultos.

Lo que sí es perdón

El perdón es un importante tema relacional en la Biblia. *Salah* es la palabra primaria hebrea que traducimos como "perdonar". Esta aparece cuarenta y seis veces en el Antiguo Testamento y se refiere a que Dios quita el pecado de las personas. Otras dos palabras también se refieren al perdón –*kapar* (cubrir o expiar el mal que se ha hecho) y *nasa* (recoger un pecado y echarlo lejos).

En el Nuevo Testamento, la palabra primaria griega que traducimos para "perdonar" es *aphiemi.* Esta aparece veintidós veces (Vine, 1985). *Aphiemi* tiene la connotación de que los pecados son enviados lejos; se remiten al castigo divino, y se restaura la armonía entre Dios y el pecador. *Aphiemi* se logra mediante el arrepentimiento y la aceptación de la muerte y resurrección de Cristo, que hace posible tener una nueva vida (Enright, Eastin, Golden, Sarinopoulous, and Freedman, 1992).

Las religiones de todos los tiempos han entendido el poder del perdón y se han esforzado por enseñarlo y practicarlo. Hoy en día, incluso en los círculos no religiosos se está haciendo énfasis en el poder del perdón para la sanidad interior de las heridas pasadas. El perdón es una forma de sanarse uno mismo y sanar una relación destrozada. Es una forma de restaurar la comunidad. Todos los que trabajan con víctimas de abuso sexual con frecuencia concuerdan que alguna forma de perdón es crucial para recuperarse de la victimización que sufrieron en la niñez.

Aunque el perdón es un acto principalmente de la voluntad, una decisión consciente, no puede llegar sólo porque una autoridad lo ordena. El perdón no es simplemente decir: "Está bien". El perdón es un proceso que le permite a la víctima liberarse del intenso dolor emocional que está asociado con el abuso y remplazarlo por una paz interior. El perdón desarma el poder del abuso para seguir causando dolor, confusión y que se vuelva a sufrir la victimización. El perdón dice:

> *Nunca más permitiré que esta experiencia domine mi vida. No le admitiré que siga haciéndome sentir mal. No consentiré que limite mi capacidad de amar y confiar en otras personas. No accederé a que el recuerdo de esa experiencia continúe haciéndome sufrir y controlando mi vida (Fortune, 1983, p. 209).*

Un paso importante en el proceso del perdón es que la víctima se perdone a sí misma por las cosas que haya podido hacer, que

tal vez fueron dolorosas y destructivas pero que a su vez fueron un medio para enfrentar el abuso. La gentileza hacia sí misma puede ser dura pero es importante para liberarse del sentimiento inapropiado de auto culpa del abuso.

Puesto que la niñez es egocéntrica en su desarrollo, todo lo que le sucede es interpretado a través de ojos egocéntricos. Por lo tanto, la tendencia infantil es a internalizar la culpa. "Esto me debió haber sucedido porque soy una niña mala... era provocativa... hacía enojar a mi madre; por lo tanto ella no le podía dar lo que él necesitaba... de alguna forma lo deseaba... no tuve el valor de detenerlo o escapar".

Auto culparse y la culpa inconsciente llevan a comportamientos autodestructivos en las víctimas adultas. Éstas pueden hacer que las víctimas inconscientemente se aferren a los problemas y al dolor para castigarse a sí mismas. Por consiguiente, el perdón empieza con la condonación a la niñez misma y tal vez al cuerpo de la niña por responder al abuso. El perdón puede involucrar absolver al cuerpo adulto por tener comportamientos abusivos y al corazón del adulto por demorarse tanto tiempo en sanar.

Cuando la víctima deja de auto culparse por el abuso, puede estar preparada para sentir toda la profundidad de su ira, su dolor y su terror. Esta valoración realista del dolor emocional de la víctima y de la gran injusticia cometida por el transgresor son un paso definitivo en el proceso del perdón (Enright, Eastin, Golden, Sarinopoulos, and Freedman, 1992).

Furia, indignación y desesperación probablemente pueden surgir a medida que la víctima avanza hacia esta etapa. Es muy importante que ella esté rodeada de personas amorosas y fuertes que le puedan ofrecer el apoyo y la protección que necesita en este momento cuando se encuentra tan vulnerable. Se requiere de mucho tiempo y energía para sentir y evaluar toda la extensión del daño causado por el abuso. Es una época difícil para la víctima y para aquéllos que la rodean. Por lo tanto; no es de extrañar que tiendan a superar esa etapa muy rápidamente.

Decir la verdad es una importante parte de este proceso. La víctima debe estar en capacidad de contarle a alguien del abuso y del dolor que siente. Si la transgresión fue ocasionado por un pastor, los representantes de la iglesia tendrán que escuchar todos los hechos incómodos y dolorosos. Entre más profundo sea el dolor, con más frecuencia la víctima tendrá que contar su historia.

Elizabeth Gingrich escribió este poema acerca del proceso de sanar y perdonar como ella lo experimentó en su vida.

Un proceso en forma de espiral

De la oscuridad y depresión
Hacia círculos y ciclos y
Flujos y reflujos
de alivio y haces de luz
Vuelvo a la oscuridad, temor y luchas en las largas noches.
Seguido por algo llamado gracia – que lo convertía
en algo que parecía "resurrección"
Muy lentamente la lápida se fue corriendo
Y algo dentro de mí se alejó y gritó...
Pero ¿quién soy ahora en la luz?
La historia siguió
Y ha sido contada
Y ahora se espera que se desencadene más sanidad
Y sabe ... por primera vez en mi vida estoy perpleja,
Por lo menos en este sentido,
por la palabra perdón.
¿Qué significa?
Y cómo puedo hacer para extenderla –cuando me he sentido
tan profundamente herida
Oh, enséñame, Madre Dios, acerca del perdón
En una forma escalada
Porque esto me golpea de una manera tan terrible y profunda
Y necesito tiempo para

descansar y escalar
en mi corazón
en mi cuerpo
y en mi alma.

Rara vez el proceso de perdón avanza en una forma eficiente, ordenada y lineal. Con mucha frecuencia se llega a él en forma de espiral, partiendo de los primeros golpecitos del Espíritu, hacia decididos intentos de liberar la ira; luego de vuelta a las luchas contra el dolor, y después fortaleza y compromiso de liberarse del poder cautivador de la desesperación. Con el tiempo y la sanidad, el doloroso tema ejerce menor poder controlador. Con cada circuito, la víctima se encuentra en un nivel superior que el anterior.

Si la víctima experimenta cierto grado de justicia y restitución, encontrará más fácil perdonar al abusador. En estancias de abuso por parte de pastores, el reconocimiento oficial de la iglesia, expresiones de profundo dolor de que ella ha sido violada, y la seguridad de que se están tomando medidas para proteger a otras víctimas del comportamiento del transgresor pueden ser suficiente. Tal vez ella pedirá que se cubran los costos de consejería que han surgido de su victimización. A ella se le debe preguntar qué necesita para que sienta que se ha hecho una manifestación de justicia.

Después de que la víctima ha puesto la culpa en quien verdaderamente la merece, ha sentido la profundidad de su dolor y heridas, y ha experimentado algún grado de justicia y restitución, más probablemente puede integrar la experiencia del abuso a su vida. Entonces, debe ver el abuso como una sola parte de la historia de su vida y no como la única parte. El abuso siempre estará allí si ella decide sacarlo, mirar la experiencia de nuevo, y dejar que los sentimientos fluyan.

Pero ahora puede hacer una elección. El abuso no es una ola

incontrolable de terror presta a sobrecogerla en cualquier momento. Integrar la transgresión a toda la trayectoria de su vida es un importante paso en el proceso de perdón y una forma de liberarse de su dolor pasado. Una sobreviviente de abuso recuerda: "Yo supe que estaba empezando a perdonar a mi padre cuando pude verme como algo más que una víctima de abuso sexual, y a mi padre como algo más que un abusador sexual".

Escuche lo que otras víctimas de abuso sexual dicen cuando hablan acerca del proceso del perdón en sus vidas. *"Pienso que empecé a perdonar a mi abuelo porque este otoño empecé a pensar en él y a extrañar los momentos que compartíamos recogiendo manzanas en su huerto".*

Una mujer comparte: *"Yo me estaba esforzando muchísimo para perdonar a mi padre. La siguiente vez que lo vi, lo vi mucho más pequeño de lo que lo recordaba. Antes, siempre lo veía como un hombre muy fuerte, musculoso y aterrador. Sentí compasión por el pequeño y triste hombre que era ahora".*

Otra víctima dice: *"Me di cuenta de que había empezado a perdonar a mi padre cuando tomé conciencia que había una parte de mí capaz de hacer lo mismo que me había hecho, a alguien más. Darme cuenta de esto lo humanizó y me mostró que estaba empezando a perdonar".*

Y otra comparte: *"Yo supe que estaba empezando a perdonar cuando podía esperar que le sucedieran buenas cosas a mi abusador y sinceramente deseaba que estuviera bien".*

Reconciliación

La reconciliación es el ideal hacia el que trabajamos cuando se ha otorgado el perdón. Sólo es posible cuando las conductas e intenciones destructivas del abusador han cambiado. Cuando hay verdadero arrepentimiento y perdón, entonces la reconciliación puede darse.

Personas separadas, destrozadas por el abuso pueden experi-

mentar una saludable y total relación por primera vez en sus vidas. Cuando una persona extiende su mano en perdón hacia aquél que le ha causado daño, ella está diciendo: "Vuelve a mí, quiero ser tu amiga".

En caso de abuso sexual en la familia, ella puede estar diciendo: "Vuelve a mi vida, quiero ser tu hija" (Smedes, 1984, p. 32). Smedes anota más adelante que el precio del tiquete para andar juntos de nuevo es para quien ha cometido el error de ser sincero y honesto ante la realidad de la separación, del dolor de la víctima y de la responsabilidad del transgresor de esa pena.

Las congregaciones deben trabajar con las víctimas y los transgresores hasta llevarlos al punto en que se propicie la reconciliación. Éste es un asunto importante del reino de Dios, además, es un trabajo muy satisfactorio. Pocas experiencias son tan poderosamente conmovedoras como llegar al verdadero arrepentimiento y perdón hasta la reconciliación. Los ángeles en el cielo deben dar volteretas de gozo eufórico cuando dos personas que han estado distanciadas y aisladas en su propio dolor se abrazan en amor, reconciliación y una relación renovada.

¿Qué hace una víctima cuando su abusador niega haberle hecho algo; la llama mentirosa, y la acusa de fantasear? En estas situaciones, la reconciliación no puede suceder. La relación no se puede restaurar. Como mucho, los dos pueden establecer una pacífica coexistencia superficial, dependiendo de que se continúe la negación de la verdad.

En muchos casos, una víctima, que ha confrontado a su transgresor en un intento de derribar el muro alienante de negación, vive con la frustración de no ser capaz de restaurar la relación. Ella puede continuar buscando esta reconciliación ideal y con frecuencia no lograrlo, y en consecuencia, sumirse en una frustración agonizante.

Otra opción que tiene la víctima cuando el abusador continúa negando el abuso es hacer una clase de perdón unilateral. Aun-

que la *reconciliación* requiere tanto que el transgresor confiese y cambie su comportamiento y que el ofendido otorgue el perdón, es posible unilateralmente liberarse de la ira y el dolor causados por el abuso. Es posible dejar ir el sufrimiento y el enojo provocados por la ofensa de otro aun cuando no se cumplan los requisitos para la reconciliación; incluso cuando el abusador no ha pedido perdón.

Al sentirse liberada, la ofendida se rehúsa a permanecer cautiva por la falta de arrepentimiento del transgresor. Al hacerlo, al abuso se le roba el poder de ser una permanente fuente de dolor, desesperación y frustración. Otorgar el perdón que no se ha solicitado le da poder a la sobreviviente. La libera para experimentar la gracia de Dios, la sanidad y el gozo en su vida, a pesar de no haberse reconciliado con su abusador. Con seguridad las huestes celestiales se regocijan cuando una víctima toma este difícil y valiente paso.

8



Respuesta de la congregación ante el abuso sexual

Es comprensible que nos perturbemos cuando descubrimos cuán común es el abuso sexual en los hogares y congregaciones cristianas. Algunas personas se sienten deprimidas, sin esperanza e impotentes cuando enfrentan la magnitud e implicaciones del problema. Sin embargo, los individuos y las congregaciones deben canalizar su aflicción y preocupación, respecto al abuso sexual, en desarrollar formas efectivas de confortar y proteger a las víctimas; de lograr que quienes abusan lleguen a una buena relación con Dios o sus víctimas, y en trabajar para prevenir más abusos sobre personas vulnerables.

Ello no será fácil; no es una tarea para un cobarde. Será imprescindible comprometerse a traer luz, verdad y justicia a una dolorosa realidad que hemos preferido ignorar y negar. Se requiere reconsiderar nuestras ideas básicas sobre hombres, mujeres, niños y niñas; sobre la creación y el pecado, y sobre nuestros cuerpos físicos y su relación con la espiritualidad.

Apoyo de la congregación a las víctimas de abuso sexual

¿Cómo pueden las congregaciones tornarse en refugios que brinden seguridad, y en fuentes fundamentales de compasión para las personas maltratadas por el abuso sexual? ¿Cómo pueden las congregaciones brindar su amor y apoyo sanador a las víctimas?

Tal vez, el paso más importante que una congregación puede dar es el de optar concienzudamente por derrumbar el muro de secreto y rechazo que ha rodeado al abuso sexual entre los Cristianos. El silencio alrededor del abuso sexual debe romperse ante la víctima, los familiares y las congregaciones para que puedan ser sanados.

Al reconocer el problema, y públicamente, las víctimas se dan cuenta de que sus historias son similares a las de muchas familias cristianas. Su vergüenza interior puede disminuir a medida que empiezan a comprender que no están solas.

¿Cómo se puede esperar que las víctimas compartan sus historias de abuso con personas que ni siquiera han reconocido la existencia de tal problema entre ellos? Cuando en la iglesia se habla del abuso sexual, las víctimas pueden ver la comunidad como un lugar posible y adecuado en donde buscar apoyo en sus dolorosas jornadas de sanidad.

A pesar de las buenas intenciones, un pastor hombre no es usualmente la persona apropiada para llevar a cabo la terapia con mujeres víctimas de abuso. Más allá de la falta de capacitación para tratar los aspectos del abuso, hay factores relacionados con la masculinidad del pastor que pueden ser barreras para la sobreviviente. Algunas congregaciones están seleccionando equipos de personas laicas para recibir un entrenamiento especial en el área del abuso sexual. Estos equipos están capacitados para brindar solidaridad y amor a quienes reconocen ser víctimas ante la congregación. Ellos se mantienen informados sobre los recursos adicionales disponibles en la comunidad; además puede complementar el apoyo que la congregación ya ofrece.

Otras congregaciones tienen sesiones para compartir e informar a quienes estén interesados en aprender a ser amigos, apoyo y escuchas de las víctimas. No se necesita un entrenamiento profesional para desarrollar las habilidades básicas de estar siempre presentes con amor hacia las personas que enfrentan su pasado de abuso. He aquí algunos parámetros para los laicos y el equipo pastoral que trabaje con víctimas de abuso.

1. ***Garantícele a la víctima su apoyo durante el doloroso camino de los recuerdos.*** Los seres humanos son muy frágiles para caminar solitarios en el dolor profundo. Si en algún punto usted se siente sobrecogido e incapaz

de continuar escuchando la historia, asegúrele a la víctima que la pondrá en contacto con alguien más. Busque en la congregación o en la comunidad profesional a alguien que la acompañe.

2. ***No asuma más de lo que pueda manejar.*** Aconseje a la víctima para que busque un terapeuta especializado en el tratamiento del abuso sexual. Si ella no puede costear la ayuda profesional, pida a la congregación subsidiar el costo de ésta. Asegúrele que ella puede contar con el apoyo de su amistad, aunque no pueda ser su terapeuta.

3. ***Valore los sentimientos de la víctima.*** Puede que sean abrumadores, pero no reduzca el valor que tienen esos sentimientos para ella. Minimizar lo profundo de su dolor es contraproducente y sólo le hará ver que usted no la entiende. Ello puede llevarla a pensar que es mala o con taminada y que no puede relacionarse con la congregación o con Dios. Permítale sentirse enojada. No le diga que no debe sentirse así.

4. ***Respete su propio proceso de sanidad y su tiempo de recuperación.*** Recuerde que el proceso es diferente para cada víctima. No la presione a perdonar hasta que no esté lista.

5. ***Escuche cuidadosamente mientras ella intenta buscar razón a su dolor y cuestiona con dureza.*** No reaccione abrumado cuando ella se enfurezca con Dios y exprese crisis de fe.

6. ***Reconozca sus sentimientos de desempoderamiento.*** Apoye sus esfuerzos por controlar su propia vida. Permanezca a su lado en su intento por tomar sus propias decisiones sobre lo que es mejor para su vida.

7. ***Alimente su esperanza cuando ella se encuentre sin ella.*** Asegúrele que su sanidad es posible, que existen los me

dios profesionales y espirituales, y que usted o alguien más estará a su lado cuando enfrente el abuso y el doloroso trabajo de recuperación.

8. ***Conforme un grupo de compañeros de oración.*** Pida el grupo orar por la víctima y por usted, la persona que le da apoyo, mientras se adentran en el dolor causado por el abuso.
9. ***No se descuide a sí mismo.*** Fortalézcase espiritual, emocional y físicamente. Es una labor agotadora, incluso para un profesional, el estar con alguien que enfrenta el hecho de haber sufrido abuso sexual. Rodéese de personas que le den apoyo y ayuda espiritual.
10. ***Recuerde que la sanidad es un don de la gracia de Dios.*** Usted es un amigo que ayuda en el proceso, pero la sanidad no depende únicamente de usted.

Muchas de las víctimas de abuso sexual no tuvieron nunca la oportunidad de hablar abiertamente de su abuso en la congregación. No obstante, Cathy Gehman si pudo hacerlo durante una reunión de la iglesia. Esto fue lo que dijo:

«A veces creo que preferiría estar en una silla de ruedas que sufrir una pena mental o emocional. Si hubiese quedado inválida por culpa de un conductor ebrio sería fácil para otros entender por qué estoy aún en una silla de ruedas o por qué necesito de una cirugía una y otra vez. La gente no diría: 'Eso ya está en el pasado, debes sobreponerte', porque la silla de ruedas sería la clara evidencia de que aunque la falta está en el pasado, las heridas están presentes.

Cuando Jesús curó a una mujer inválida, los fariseos se molestaron con él por sanar en el día de reposo. Hay momentos en que siento que las personas no aceptan el método de mi sanidad o el tiempo que me toma. Pero Jesús dijo:'¿No debe esta mujer, que es hija de Abraham, a quien Satanás mantenía atada desde

hace dieciocho años, ser liberada de esta atadura, aunque fuera en sábado? (Lucas 13:16)

La gente estaba descontenta por el momento escogido por Jesús, pero Jesús se condolió de esta mujer que no había recibido ayuda durante dieciocho largos años. Dos, tres o cinco años de sanidad y admitir la verdad no son tan dolorosos como veinte años de dolor oculto y de mentira. La verdad tanto tiempo oculta de mí misma toma tiempo en ser revelada.

Algunas personas creen que porque soy cristiana no debería verme afectada o disminuida por mi dolor emocional. Estoy de acuerdo con la teología de lograr la victoria por medio del poder de la resurrección de Cristo. Sé que Cristo es mi sanador. Sé que el Espíritu Santo es mi fuente de fortaleza y poder. Reconozco mi necesidad continua de crecer en la fe.

Sin embargo, también creo que la verdad es lo que me libera, y la verdad es la carga que he llevado por veinte años y que finalmente me abatió física y emocionalmente. Negar mi dolor y mi trauma mostrando falsas sonrisas no me liberó. Es por llevar mi verdadero dolor y sentimiento tan profundamente y por tanto tiempo (porque eran tan terribles de enfrentar para la niña que hay en mí), por lo que ahora son tan complicados y tan intensos.

Sólo ahora que dejo que mis verdaderas emociones salgan por primera vez a la luz es que estoy también experimentando los sentimientos del amor de Dios, de gozo, de fortaleza, que no había conocido antes. Mis verdaderos sentimientos (por confusos e irracionales que parezcan) son una muestra de que estoy viva y superando esos años de entumecimiento emocional.

Si solamente me estuviera lamentando de mí misma, no pagaría cientos de dólares para superar mi trauma. No tomaría medicamentos para estabilizar el desequilibrio químico en mi cerebro. No despertaría varias noches a la semana, aterrada y a veces sin reconocer a mi esposo. No consultaría a costosos especialistas. No habría ido a un hospital. Este proceso es muy cos-

toso y doloroso para salir lleno de simple lástima. La autocompasión es débil, no valiente como soy yo al enfrentar lo que tengo. Sé que mi única salida es por medio del dolor.

He leído mucho y hablado con muchas personas (cristianas y no cristianas) sobre la clase de trauma del que me estoy recuperando. Todas confirman que la sanidad es un largo proceso, que usualmente implica años de terapia.

Tal vez algunos de ustedes tienen su propia historia de sufrimiento y se han recuperado en diferentes formas o en períodos más cortos de tiempo. Pero yo tengo que seguir mi propio proceso y sólo Dios sabe cuánto tiempo tome. Créanme, yo quiero más desesperadamente que nadie que esto termine.

Creo que Cristo llevó mi pena y limpió mis pecados en su sufrimiento y muerte. Reconozco ante él la verdad de mi derrumbe emocional y dejo mi dolor a él de la misma forma que dejo mis pecados en su cruz cuando los confieso.

La santificación no llega instantáneamente; debo confesar una y otra vez mis pecados. Pero gradualmente me acerco más a Cristo. La sanidad tampoco llega instantáneamente, y entre más profundo es el dolor, toma más tiempo, a través de la oración llevarlo a la cruz.

Aunque puede ser doloroso escucharlas, los que superan el abuso necesitan oportunidades para compartir sus historias en la congregación. Puede ser importante para su sanidad y para que la congregación entienda cómo ayudar a otros que han sufrido abuso que son parte de la iglesia.

La siguiente historia fue escrita por una mujer cristiana que se involucró sexualmente con un líder de la iglesia. Fue escrito para describir el papel que jugó su congregación local en su sanidad y recuperación del abuso del pastor y, de su subsiguiente intento de suicidio.

«Han pasado nueve meses desde que por primera vez revelé mi secreto; siete meses desde que casi muero por sobredosis. Nunca quise hacer público mi secreto. Entonces no sabía lo difícil que era vivir con ello. Me había prometido jamás en mi vida contarlo.

Desearía haber hecho lo contrario. Por tonto que suene, 'no podía evitarlo'. Es que no veía salida para mí. ¡Todo era tan oscuro! Así, a sólo veinticuatro horas de mi cita con un psicólogo que trabaja especialmente con víctimas de abuso, fui admitida en un pabellón psiquiátrico en un hospital a veinte millas de mi casa.

Recuerdo mi sensación de bienestar, que ahora parece extraña (me sentía ausente). Perdida. Fría. Recuerdo las lágrimas, los ríos, no, los torrentes de lágrimas. Al principio un llanto gota a gota, luego lágrimas que escurren en forma continua, luego un llanto copioso, y, finalmente, borbotones. Lágrimas interminables. Mi rostro se enrojeció; mi cuerpo se congeló.

Lágrimas y preguntas, mías y de otros. Así es como llegué a casa dos días después. Al comienzo no quería ver a nadie. Sólo mi pastor, su esposa y mi cuñada habían recibido permiso de verme en el hospital. Eso cambió cuando volví a casa. Entonces, aparentemente, todos querían y necesitaban, visitarme.

Mis hijos me recibieron con un '¿Mamita, por qué no nos dijiste que estabas enferma?'. 'No es su culpa', les dije. Ellos me abrazaron.

'¿Hicimos algo? ¿Es nuestra culpa?' Me preguntaban mis padres.

'Tal vez debas explotar con un grito', me sugirió mi suegra.

'Todos tenemos nuestras cosas', me dijo una de mis hermanas. La otra me dijo, 'No importa lo que sea, estamos aquí para ti'.

'Nos tenías preocupados', dijo mi hermano. Saludos y deseos de mejoría me llegaron de mis otros dos hermanos, por teléfono.

'Algo me ha sucedido pero no puedo contarlo aún', le decía al continuo de amigos que llamaban o venían para abrazarme y decirme 'Te amo'.

Luego, aquéllos que se preocupaban pero que se sentían heridos por lo que yo había hecho volvían con preguntas y sentimientos como rabia, traición o ambivalencia. Pero aún con amor.

'Siéntanse como necesiten sentirse' les decía. 'Esto merece su indignación y desilusión'. Su amor compensaba, sin ir más allá, las hirientes y dolorosas palabras que utilizaban para describir lo que sentían.

Pero su amor llegaba más profundo que sus palabras. 'Quiero entender esto'. 'Ayúdame a comprenderlo', me dijo un visitante con la mejor de las intenciones.

Las palabras generaban resentimiento. No podía aún entender en lo que me había involucrado. Los cómos, los por qués, los qués, todos seguían revoloteando sin respuesta en mi cabeza. Oh, las preguntas interminables y sin respuesta. No necesitaba que alguien siguiera acrecentando mi inacabable lista. Eso no me ayudaba.

Otra persona me aconsejó. 'Para mí, hay muchos lo siento por decir'. Con sus palabras, mi desgarradora experiencia se reducía a una mínima indiscreción. Con unas pocas palabras ella me había negado el derecho a procesar, interpretar mi pasado, reclamar mi futuro. Eso tampoco me ayudaba.

Algunas personas, no muchas, me evitaban. Creo que no era a causa de la indiferencia sino por su incomodidad con mi delito. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Cómo se atrevió?, eran las preguntas que les impedían tener contacto conmigo.

Algunas de esas personas se sintieron culpables después. 'Pobre niña', me dijo una mujer un domingo después de que dejé el servicio llorando. 'Siento no haber hablado contigo. Estaba confundida'.

Tales reacciones me ayudaban, pero no como creían los que las tenían. Comprendí que no era una pobre niña. Y no quería lástima. Esta era experiencia adulta. Cuando conté me convertí en una sobreviviente, no en una pobre víctima.

Mi iglesia. Mi hogar. ¿Cómo volver atrás? ¿Sería esta hija pródiga aún bienvenida y deseada? Mi congregación desplegó la alfombra roja. Doce arreglos de flores en un arco iris de colores me invitaban a volver. 'Por favor, mejórate. Te amamos', decía el mensaje. Las tarjetas llegaban, trayendo esperanza y promesas de orar por nosotros. Mi madre me preguntó si tenía alguna idea de cuántas personas estaban orando por mí. 'Hay cientos' me dijo.

Volví. ¿Cómo no hacerlo? En un comienzo con temor y temblando, oculta en la última banca donde creía que nadie me vería. Luego me escurrí a nuestra camioneta, esperando no ser notada.

Al otro lado del parqueadero dos mujeres gritaron mi nombre. '¡Hola!'

Domingo tras domingo la misma escena. Todavía me querían, todavía valía. Una palmada en el brazo, un abrazo rápido, manos envolviendo las mías, una sonrisa; ni siquiera el silencio podía endurecer el amor que mi iglesia me prodigaba. No olvidaré el día en que caminé por el largo corredor de la iglesia. Una pecadora en una maratón, impulsada por la gracia encarnada.

Al siguiente domingo repetí la caminata, esta vez sin los ojos perdidos. Varias semanas después mi familia se sentó varias bancas más adelante. En la víspera de Navidad nos sentamos en la primera banca. 'Noche de paz, noche de amor'. Canté con todos.

¿Qué me ayudó? El amor, la paciencia, la aceptación y la honestidad. Aquéllo que me recuerda quien soy y seguiré siendo. 'Tus regalos de amor y cariño no han sido exorcizados', alguien me escribió. ' ¿Si leemos las penas del rey David, por qué

no leer las tuyas también?' me escribió una amiga. Ella me animó a seguir escribiendo.

'Decidimos seguir su ejemplo', nos dijo una pareja mientras manejábamos en viaje de regreso a casa luego de estar en un acogedor restaurante. Pero mejor aún fue el pasar tiempo con ellos; la disfruté, realmente la disfruté, sin ningún esfuerzo. Los amigos verdaderos te dan espacio y también esperanza. Ellos reconocieron que este viaje podría tomar tiempo, y más tiempo. La esperanza fue la luz que guiaba.

¿Las palabras salían fácilmente en esos primeros meses? Es algo que no tomo a la ligera. Yo veía el esfuerzo para escoger las palabras en los rostros de las personas. 'Tienes mi amor incondicional. Espero que te quedes en nuestro pequeño grupo'. Esas palabras salían en un lento tartamudeo.

'Quiero amarte con el amor de Dios', me dijo otra amiga. Me preguntaba si ella había podido superar su rabia. Una semana después me visitó. Me dijo que se sentía dirigida por la compasión. Mis dudas sobre su compromiso con nuestra amistad quedaron atrás.

Aún encuentro difícil volver a confiar. Me siento inválida, en especial para relacionarme. Pero ese es mi problema, no el de mis amigos. En mis sueños más locos no me hubiera imaginado el desbordamiento de amor con el que me prodigaron mis amigos.

Una y otra vez las personas en mi vida me invitaban, me llamaban a volver a esa vida. Me hacían acordarme de mí misma. Y, en alguna parte, de alguna forma, aunque no recuerdo el momento preciso, no sólo volví a la vida, redescubrí quién soy. Con ello empecé a buscar, a hallar otra vez mi lugar en la vida.

Ninguna historia de la Biblia refleja mi retorno como la parábola del hijo pródigo. 'Porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido hallado'.

Nadie dio a este pasaje tan profunda viveza como mi amiga Marie. Ella entendió mi experiencia y llegó en una forma silen-

ciosa pero poderosa y sanadora. Primero me envió una tarjeta en la que me expresaba su amor por mí y diciendo que no había nada que no pudiera redimirse. Que si yo dejaba que Dios entrara, Dios transformaría esta experiencia en algo bueno.

Marie me ofreció compañía pero esperó a que yo iniciara el contacto. Con ello, me dio un regalo invaluable: me dio la sensación de control. En mi estado más aparente de debilidad, alguien me daba una opción. ¿Cómo no iba a responder afirmativamente?

Me tomé mi tiempo y ella esperó. Acordamos una cita. Con vergüenza y nerviosismo me acerqué a la puerta de su apartamento, golpeé, todavía no había terminado de bajar mi mano, cuando ya ella estaba allí. Con los brazos abiertos y de repente abrazándome.

'Te amo' me dijo.

Luego me llevó a una silla que estaba frente a un gran cuadro de Jesús, en una pose similar a aquélla con la que me recibió. Los brazos abiertos, las manos buscando acercarse. Cualquier palabra hubiera sobrado; los ojos lo decían todo. Dios no me había dado la espalda. 'Porque esta hija mía estaba muerta y ha vuelto a vivir; estaba perdida y ha sido hallada'.

Creo que soy una de las afortunadas. Mi familia ha estado a mi lado, como lo han estado mis amigos y nuestra iglesia. Tengo un esposo que me ama tanto que se siente furioso por lo que ocurrió, pero también que me ama tanto que no me abandonará ni usará esta experiencia como excusa para controlarme. Él me mostró lo que sería nuestro futuro juntos cuando me trajo a casa del hospital. 'Este es nuestro hogar...' me dijo '...y nuestra vida'.

Amor. Es lo que más me ha ayudado. Amor de Dios, presente a través del amor de las personas. Hogar. ¿Cómo no iba a volver? Estoy inmensamente agradecida por el amor y el apoyo que tuve en mi experiencia.

Papel de la congregación frente a los transgresores

Una congregación que descubre que uno de sus miembros comete abuso sexual se ve forzada a asumir que no lo sabe (haciendo posible que las cosas sigan como siempre) o a luchar con un tema perturbador, doloroso y extraño. Más allá del hecho inicial que sigue al descubrimiento de la ofensa, la congregación se ve forzada a enfrentar la realidad del mal; no sólo en el mundo sino entre sus propios hermanos y hermanas.

Algunas veces, personas que se llaman a sí mismas cristianas; personas que se sientan a nuestro lado en la iglesia domingo tras domingo, permiten que el mal llegue a sus vidas. Las mismas con que tomamos la comunión y quienes imparten nuestras clases escolares de domingo o que predican los sermones; a veces optan por el mal sobre el bien, seleccionan conductas que llevan a la muerte y no por aquéllas que nos dan vida.

La violación sexual nos fuerza a enfrentar la desgracia del pecado, el pecado en nuestra propia comunidad de fe. Así como los miembros de la congregación escuchan el dolor de las víctimas, a menudo violadas por cristianos en quienes ellos confiaban y a quienes amaban, se podrán encontrar sobrecogidos con la desesperanza que trae la maldad de la condición humana. Una congregación puede sufrir una clase de depresión grupal, una pérdida de energía, de esperanza, de alegría. Éste puede ser, en particular, el caso si el transgresor era un líder en la congregación o denominación.

Las congregaciones tendrán que afrontar asuntos teológicos de importancia. ¿Reconocemos la posibilidad de una nueva vida en Cristo? ¿Creemos que Dios puede sanar los cuerpos heridos y las almas pisoteadas? ¿Creemos que las relaciones rotas se pueden restaurar? ¿Tenemos el derecho de confrontar el pecado personal en los otros o ese es un trabajo de Dios? ¿Al creer en dar la otra mejilla, podemos confrontar el mal? ¿Creemos que Dios es superior al mal? ¿Realmente creemos que la gracia y el perdón de Dios pueden condonar los pecados que encontramos repugnantes y censurables?

Para trabajar eficientemente y salvadoramente con los transgresores en la congregación, la iglesia debe reafirmar su fe en el poder de la resurrección y en la posibilidad de una nueva vida en Cristo para la víctima y el victimario. Aunque los pasos a tomar hacia la nueva vida serán difíciles, la congregación debe mantener una visión de la nueva vida para la abusada, el abusador y para sus familias.

Al tiempo que se entregan sin medida a la esperanza de la resurrección y a la nueva vida, las congregaciones deben determinar cuidadosamente los pasos más indicados y apropiados hacia esa meta. Para hacerlo deben ser conscientes de determinadas tendencias, comunes a todos los transgresores sexuales.

Muchos especialistas en el tema han observado que la negación es básica entre los transgresores. Como lo afirma Judith Herman (1981, p. 22), «La negación ha sido siempre la primera línea de defensa del padre incestuoso». Muchos de los abusadores niegan rotundamente el hecho. Otros minimizan las connotaciones de su conducta de abuso y reconocen sólo una pequeña parte de sus acciones. «Sí, yo si acaricié su pecho unas pocas veces pero nunca hubiera llegado más allá de eso».

Otros transgresores admiten su comportamiento pero lo justifican. «Realmente no le hice daño». «Ella se sintió bien».»¿Cómo se suponía que me resistiera si ella llevaba ese vestido provocativo?». «Ella sentía curiosidad y yo sólo estaba enseñándole algunas cosas que de todas formas ella necesitará conocer en unos años».

Algunos admiten sus acciones pero niegan toda responsabilidad. A veces culpan a su estado de embriaguez, al stress en el trabajo, a la falta de interés de sus esposas por el sexo, a su propio e «incontrolable impulso sexual». Estos comportamientos permiten a los transgresores exteriorizar el problema y sin asumir la responsabilidad por su abuso.

La mayoría de los laicos en una congregación no están preparados para lo extenso y lo duro de la negación de los trasgresores

sexuales. En consecuencia, fácilmente se convencen de que están diciendo la verdad, cuando en realidad están negando la connotación de su pecado y su responsabilidad por el dolor que han causado a otro. Permitir la tensa y elocuente negativa de un trasgresor implica que él no es capaz de confrontar la oscuridad de su corazón y está menos preparado para experimentar el arrepentimiento, la salvación y la sanidad.

Igualmente, las congregaciones necesitan ser conscientes de que las «conversiones religiosas» son comunes entre los trasgresores que son atrapados. A menudo, ellos muestran un extremo remordimiento cuando son atrapados y juzgados. Después de sus «conversiones» tienden a insistir en que no necesitan tratamiento y que prefieren orar, leer más la Biblia y participar con más frecuencia en las actividades de la iglesia. Prometen acercarse más a Dios. Pueden manipular a los miembros de la iglesia o al pastor para que testifiquen en carácter de declarantes en un intento por evitar el castigo legal que merece su ofensa.

Por supuesto, la verdadera conversión se puede dar entre los trasgresores sexuales y es lo que más se desea. ¿Cómo se pueden diferenciar las verdaderas conversiones de aquéllos cuya meta es evadir el tratamiento médico para el problema? Salter (1988) asegura que la diferencia yace en que la persona vea su nueva experiencia con Dios como su fortaleza para cambiar su comportamiento a través del proceso de recuperación, o para eliminarlo. Las congregaciones deben tener claro que los trasgresores volverán a abusar otra vez a menos que admitan su problema y reciban tratamiento especializado. Aún cuando admitan su situación y opten por la terapia, no se garantiza que no volverán a abusar de nuevo, pero estos son pasos importantes hacia la prevención de mayores abusos.

El trasgresor de abuso sexual que ha sido atrapado se ve forzado a luchar con su propia culpa y su pecado ante Dios y sus acusadores. Las amenazas e intentos de suicidio no son poco comunes cuando se le fuerza a enfrentar su depravación, su

culpa y su tendencia autodestructiva. Éste puede ser un elemento base en el viaje del trasgresor. Él puede levantar muros más altos de negación alrededor de su alma. O puede caer de rodillas en verdadero arrepentimiento ante Dios y sus hermanos creyentes, e iniciar su viaje hacia la sanidad.

El pastor o aquéllos en la congregación que están cerca de él juegan un papel vital en este punto de su proceso. Deben hacerle entender que, a pesar de estar apenados y molestos por su pecado contra otra persona, le aman y están comprometidos a dar con él los siguientes y dolorosos pasos. Deben confrontarlo y lograr que reciba el tratamiento que evite que cometa un abuso otra vez. Si ha sido acusado, la congregación debe asegurarse de que coopere con la ley. Si no ha sido legalmente acusado, la congregación debe usar su autoridad y lograr que sea tratado por su problema de abuso sexual.

Las congregaciones necesitan reconocer la importancia de conseguir ayuda profesional para los trasgresores sexuales. El abuso sexual requiere un tratamiento especializado. No es algo que los laicos, por muy bien intencionados que sean pueden brindarles. Sin el tratamiento especializado, el trasgresor está propenso a volver hacerlo.

Desdichadamente, hasta después de tener tratamiento profesional, quien comete el abuso puede reincidir. A través de la terapia, el abusador puede aprender formas de ser honesto frente a su propensión al abuso, al igual que puede aprender a que habrá situaciones en las que pueda hacerlo de nuevo.

Recuperarse del pecado del abuso es un proceso diario y continuo. Muchos profesionales que trabajan con abusadores sexuales piensan que estas personas necesitan de consejerías permanentes por el resto de sus vidas. Las congregaciones pueden proporcionar el tipo de responsabilidad necesaria para asegurar que quien comete este tipo de abusos obtendrá y se mantendrá con la ayuda suficiente para nunca más hacerlo a nadie.

Las comunidades pueden decir firme y amorosamente, " porque te amamos, nunca más permitiremos ese comportamiento de abuso. Reconoceremos este pecado y nos aseguraremos que tengas toda la ayuda que necesitas para no abusar de alguien de nuevo" Un programa de doce pasos (similar a los de Alcohólicos Anónimos) puede ser un componente importante para recuperar la responsabilidad de quienes cometen abuso y, de la misma forma, una oportunidad para lograr que se comprometan con la congregación.

La Congregación debe también decir a los antiguos abusadores, "porque amamos a nuestros hijos y porque te amamos a ti, no te permitiremos estar en situaciones en las que estés tentado o susceptible hacia el abuso". Porque como Cristianos damos un lugar prioritario al perdón, será difícil pero importante no permitir a quienes en el pasado cometieron abuso sexual; aunque se hayan arrepentido y seguido algún tratamiento, estar en posiciones dentro de la comunidad en donde tengan acceso y autoridad sobre la niñez vulnerable.

La congregación puede ser instrumental en la ayuda brindada a quien hace este tipo de abusos a alcanzar un arrepentimiento verdadero. El término bíblico de arrepentimiento es *metanoia.* Esto implica el transformarse de un comportamiento pecaminoso y violento hacia formas amorosas y humanas de interacción con los demás.

La comunidad tiene que ayudar al ofensor a entender que el arrepentimiento es mucho más que decir "lo siento". Esto es, (como lo discutimos en el capitulo 7) el reconocimiento de la destrucción causada a otro hijo de Dios, sintiendo y confesando lo terrible que fue el acto cometido, al mismo tiempo que luchando por enmendarlo y ofreciendo restituciones, concientizándose de las debilidades personales, y haciendo todo lo posible por asegurar que el comportamiento destructivo no volverá a aparecer jamás.

La congregación puede ayudar a quien comete el abuso a entender y hacerse responsable mientras avanza por estos pasos

hacia la redención y la sanidad. Aunque quien haya cometido abuso sexual, lo haya hecho décadas atrás; existen algunos patrones de pensamiento que originalmente conllevaron al abuso y deben ser confrontados, cambiados y sanados en esa persona.

Así mismo si ha abusado durante muchos años, quien no ha sido tratado de su problema necesitará ayuda para enfrentar su pecado y atravesar los pasos del arrepentimiento, restitución y perdón. Él necesita continuar entendiendo su susceptibilidad de actitudes destructivas y sentimientos hacia las mujeres, los niños y las niñas.

Caminando con la familia afectada por el abuso

Cuando un miembro de la familia es públicamente acusado de abuso sexual, las consecuencias son dolorosas y desequilibrantes para toda la familia y la comunidad de la iglesia. El siguiente es un ejemplo de la respuesta de una congregación a un caso de incesto en la familia de su iglesia. Este recuento fue escrito por un miembro del comité de cuidado pastoral. La historia es real pero no los nombres.

Pedro Rodríguez fue detenido por abusar sexualmente de su hija menor, Carolina. Ella fue su única víctima. La familia Rodríguez era muy conocida en la iglesia. De hecho, Pedro enseñaba a los jóvenes en la Escuela Dominical, pero su período había terminado recientemente.

La congregación es pequeña y cálida. Es bien conocida por la amistad que se vive y apoyo entre sus miembros en tiempos de crisis. Ya había habido varias oportunidades en la congregación de manejar dificultades de forma honesta y abierta. Sin embargo, no había precedente de haber tratado una situación de esta magnitud que tocara a las personas de forma tan profunda y variada. Muy pronto se hizo claro el que la congregación estaría envuelta en un proceso largo e impredecible.

El comité de cuidado pastoral, equipo compuesto por seis miembros, de los cuales tres eran pastores empleados medio tiempo por la congregación y tres personas laicas, vigilaban el

proceso. Particularmente durante los primeros seis meses, se sentía como caminando por un camino algo oscuro. Había sólo suficiente luz para determinar el siguiente paso. Los líderes debían confiar en que la dirección futura sería gradualmente más clara. Esto por supuesto, hizo imposible hacer un plan de largo alcance.

El comité de cuidado pastoral determinó que había varios subgrupos en la congregación con necesidades únicas; trabajaron en ministrarles durante este tiempo de crisis. Los subgrupos incluían a la familia –la esposa, el que cometió el abuso, la víctima, otros niños de la familia; y otros miembros de la Escuela Dominical de la congregación que tienen poco conocimiento sobre el abuso sexual.

La atención se centró en Carolina, la víctima. Unas cuantas reuniones se llevaron a cabo con el resto de la familia durante las primeras dos semanas después del arresto. Las reuniones con Pedro eran separadas del resto de los miembros de la familia.

Se formaron grupos de apoyo, por separado, para apoyar a Pedro y Marta, su esposa. Estos grupos estaban compuestos por cuatro o cinco miembros de la congregación y un miembro del comité de cuidado pastoral. El propósito de cada grupo era el de escucharlos, ayudarlos en la toma de decisiones y alentar a Pedro a tomar los pasos necesarios para el arrepentimiento y la sanidad.

Estos grupos se reunieron regularmente durante un año después de la detención. En varias ocasiones un representante de cada grupo se reunía con Pedro y Marta para ayudar a mediar en asuntos en los que ellos se encontraran estancados. Por ejemplo, muchas discusiones se centraban en si se podía restaurar su matrimonio.

A la congregación se le informó del arresto y los cargos durante el primer domingo después de que éste ocurrió. Y durante el segundo domingo, se llevó a cabo una reunión congregacional. En ese momento, a los miembros se les dio la oportunidad de hablar sobre sus reacciones ante la ofensa y el arresto. Se les invitó para que aconsejaran al comité de cuidado pastoral sobre cómo proceder.

La mayoría de la charla se llevó a cabo en pequeños grupos de discusión con Líderes que habían sido seleccionados con anterioridad. Cuando la hija o la esposa, o cualquier otro miembro de la familia estaba presente, se formaban pequeños grupos que debían rodearlos y apoyarlos durante el desarrollo de la conversación.

Se hacía una reunión por separado para los miembros jóvenes de la congregación que habían participado en las clases de Pedro en la Escuela Dominical y que eran amigos de sus hijos. El propósito de esta reunión era el de permitir a estos jóvenes ventilar sus sentimientos y apoyar, de alguna forma, a sus amigos afectados.

El contacto también se hizo con el sistema de justicia criminal. Una carta se escribió al fiscal y al juez del caso en nombre de la congregación. Pedro había confesado su culpabilidad en el momento de la detención y continuó tomando toda la responsabilidad por su acto. La carta de la congregación delineaba los pasos que la iglesia había tomado para apoyar a la familia, y llamar a quien cometió el abuso a asumir su responsabilidad, y educar a la congregación en asuntos relacionados con el abuso sexual.

Seis de los diez miembros de la congregación acompañaron a Pedro y Marta al juzgado, primero cuando él apeló y, después, en el momento de la sentencia. El juez solicitó recomendaciones a los representantes de la congregación al momento de dictar la sentencia, esas ideas fueron incluidas en la sentencia que dictó el juez.

Pedro cumplía su condena los fines de semana. Los miembros de la congregación lo llevaban a la cárcel. Pedro debió prestar servicio comunitario y algunos representantes de la comunidad debían planear y supervisar este servicio para después dar el informe a los oficiales.

Carolina, Marta y Pedro y los otros niños utilizaron los servicios de consejería local. En algunos momentos la iglesia pagaba estos consejeros. El apoyo financiero también se dio en otros aspectos, por ejemplo, asistiendo a Pedro a establecer una residencia por separado.

El comité de cuidado pastoral programó una serie de reuniones congregacionales durante el año. Estas incluían el escuchar opiniones sobre quienes cometen abuso sexual, miembros de familia de personas que como Pedro habían abusado de alguien de su familia y sus historias de sobrevivencia. Algunas veces, la familia Rodríguez estaba presente, y otras, ellos preferían deliberadamente no estarlo debido a la naturaleza de la discusión.

La comisión de cuidado pastoral también hizo contacto directo y regular con otros sobrevivientes de la congregación –sobrevivientes que habían sufrido abuso de otros transgresores. Con los meses, sobrevivientes y sus esposas estaban ofreciendo apoyo –consejo, ayuda en grupo, reuniones, llamadas telefónicas y visitas. Algunos sobrevivientes aceptaron el ofrecimiento de la congregación de apoyo financiero para poder recibir consejería y superar las experiencias dolorosas que la presencia de Pedro entre ellos había hecho aflorar.

Con cierta regularidad se preparaban memorandos detallando los pasos que se habían tomado y planeado. El comité también daba informe de los avances que se habían hecho con cada uno de los miembros de la familia de Pedro y estos memos eran repartidos en los casilleros de las familias de la congregación.

Se establecieron clases de educación sexual para los jóvenes. Ocasionalmente, ellos podían asistir a algunas reuniones de la congregación. Cuando lo hacían, formaban sus propios grupos de discusión.

Pedro no asistió a la iglesia durante más de un año. Inicialmente, su orden de libertad condicional le había prohibido estar en el mismo lugar de sus hijos. Después de la expedición de la orden la comisión de cuidado pastoral solicitó que él estuviera ausente hasta que se tomaran algunas medidas –que él ofreciera una comunicación a la congregación acerca de sus acciones, que su familia indicara la voluntad de que él estuviera presente en la iglesia, y que otros sobrevivientes hayan tenido para procesar cómo se sentirían en presencia de Pedro.

Pedro escribió una carta a la congregación siete meses después del arresto y ésta fue leída en un culto del domingo. Después de esto, el comité de cuidado pastoral organizó una reunión informal con Pedro e invitó a todos cuanto quisieran verlo. Aproximadamente veinte personas asistieron a esta reunión.

Dieciséis meses después del arresto, el comité de cuidado pastoral hizo los arreglos para que Pedro pudiera asistir a un evento social y a un culto en la iglesia. A la congregación se le comunicó por anticipado. Se llevaron a cabo otras reuniones entre el comité de cuidado pastoral y su familia, otras sobrevivientes, sus esposos y los miembros de la congregación. Dieciocho meses después de la detención con la supervisión del comité pastoral Pedro comenzó a asistir a la iglesia dos meses al mes.

El estado marital de separación, originado necesariamente por el arresto, todavía continúa. La pareja tiene un contacto regular y los niños deciden el nivel de interacción que quieren tener con su padre.

Los miembros del comité de cuidado pastoral hacen las siguientes observaciones:

1. Nuestra congregación pudo actuar en forma proactiva y directa porque la familia Rodríguez estuvo dispuesta a abrirse a la comunidad. Los líderes sintieron que era importante dar información acertada para prevenir rumores que causaran daño.
2. La determinación de Pedro de afrontar su responsabilidad significó para la congregación que no tuvo que precisar su culpabilidad.
3. Este proceso requirió de muchos esfuerzos por parte de los líderes. El comité sintió que era importante seguir el difícil y directo proceso que ellos habían establecido porque éste tenía un alto potencial de sanidad.
4. Este fue un proceso muy doloroso para la comunidad. Hubo una gran tensión y dificultad frente a la situación y

al proceso. Aquéllos que no habían tenido mucha experiencia frente a este tema se sentían impacientes por la lentitud del proceso y presionaban para que hubiera una pronta reconciliación y perdón. Aquellos miembros que habían sido víctimas de abuso sexual (al igual que sus parejas) experimentaban una gran incomodidad al saber que el tema de abuso sexual "viviera" en sus congregaciones y tener a un abusador sentado con ellos en el culto.

A continuación los líderes les pidieron al grupo congregacional que planearan e implantaran respuestas que ayudaran en la sanación de otros sobrevivientes. A este grupo se le solicitó que le proporcionara a la comunidad un apoyo tangible a los sobrevivientes y acompañara a la congregación a encontrar formas para manejar el pecado de abuso sexual.

Se contrataron algunos profesionales externos durante el proceso. Hubiera sido más útil haber empleado la ayuda profesional con más frecuencia.

5. El sistema penal de justicia dio una clara bienvenida al papel de la congregación en la convicción, condena y recuperación de Pedro.
6. Es importante que las iglesias manejen directamente el tema del abuso sexual y otras formas de violencia hacia la niñez y la familia. Esta no va a desaparecer, por lo que se hace importante tratar este tema abierta y directamente; lo cual ofrecerá una mayor oportunidad para abrir las puertas al arrepentimiento, a la responsabilidad, al cambio de comportamientos, a la sanación, al perdonar y reconciliar a los miembros de la congregación.

9



SENSIBILIDAD FRENTE A LOS SOBREVIVIENTES DE ABUSO, EN LA ADORACIÓN

Cada vez que la congregación se reúne, tanto la víctima como quien cometió el abuso están presentes. Quienes planean y conducen el servicio deben tener en cuenta esta molesta pero inevitable realidad.

La ministración, la liturgia y las oraciones a menudo llegan al espíritu de maneras en que las simples palabras no pueden. Son medios poderosos para confortar hasta lo más profundo de una persona que ha sido herida por el abuso. De otra forma, nuestro servicio de oración puede llegar a afectar aún más a la víctima y hacerle pensar que nadie entiende su dolor. Las congregaciones deben incorporar a sus servicios símbolos, lamentaciones y oraciones que declaren el abuso como pecado y que reconozcan la desesperanza de alma y cuerpo de quien ha sido víctima.

Algunas prácticas de ministración en las iglesias hacia la sanidad pueden ser muy generales en el lenguaje y en el simbolismo de manera que llegan a ser significativos para un gran número de víctimas y al mismo tiempo ser apropiados para el resto del público que asiste al servicio. Algunos sobrevivientes de abuso han optado por recibir tratamiento terapéutico, por estar con amigos o con un pequeño grupo de soporte para tener un servicio personal que celebre el paso del dolor a la sanidad. Una ceremonia diseñado para la situación y necesidades particulares de un sobreviviente de abuso puede ser un escalón hacia la recuperación de su integridad.

Para una víctima en cuyo abuso hubo un componente ritualista, un ritual de sanidad puede ser particularmente significativa. Símbolos como velas, cajas o ciertos adornos que pudieron ser utilizados en su ritual de abuso pueden incluirse en la ceremonia de sanidad para restaurar emocionalmente a la víctima.

Mi amiga Juanita escribe, «Algunas veces fantaseo con verdaderas ceremonias de sanidad y bendición. ¿En qué consistirían? Cantar, exorcismo, rituales. Me imagino moviéndonos a las secciones de súplica y perdón; campanas, aplausos y luz por los lados de la justicia. Y por supuesto el aceite. ¿No sería maravilloso?»

Juanita anota, además, que los sobrevivientes del abuso necesitan tener la posibilidad de expresar con todo su cuerpo, en el contexto de la iglesia creyente, la vergüenza y la profunda angustia que sienten. «Los sobrevivientes de abuso no deben dejar su vergüenza fuera de la iglesia sino ser invitados a expresarla ante la congregación para lograr su restauración y bendición».

Debido a que la persona abusada experimentó violencia en su cuerpo, la sanidad requerirá que se reconozca y restablezca su agobiado cuerpo así como su dolorida alma. Las congregaciones deben ayudar a las víctimas de abuso interesadas en desarrollar sus rituales personales de restauración.

Una terapeuta cristiana y líder en su iglesia resalta la importancia de incluir a los sobrevivientes en la planeación de las ceremonias de sanidad. Ella considera que su papel fundamental es el de escuchar y estimular a las personas a descubrir lo que consideran verdaderamente personal, auténtico y significativo.

Una ceremonia de sanidad en la que ella participó tuvo lugar a la orilla de un río. La mujer abusada quemó una foto de su abusador para simbolizar «la quema del puente» que condujo hacia un contacto sexual inapropiado y al poder que tenía sobre ella. Luego, por iniciativa propia, tomó un poco de agua en su mano, que para ella simbolizaba la ilimitada compasión y el poder sanador de Cristo, y limpió las cenizas de la fotografía quemada.

Esta terapeuta cree que es crucial ser sensible a las reacciones espontáneas del Espíritu en los rituales de sanación. «He descu-

bierto que a menudo son aquellas reacciones espontáneas las que representan más significativamente el contacto sanador de Dios».

He conducido ceremonias de confesión y congoja para quienes han cometido abuso. Un hombre trajo una foto suya con su hija a la sesión de terapia. La foto había sido tomada poco antes de que él empezara a abusar de ella. Con papel negro hizo un sobre que, para él, simbolizaba la oscuridad y la maldad que había caracterizado su relación con ella desde que empezó el abuso. Después de colocar la fotografía dentro del sobre negro, lo sostuvo junto a su corazón, lo movió lentamente hacia atrás y hacia delante y lloró profundamente y en voz alta, por los años perdidos en la relación con su hija y por el profundo dolor que le había causado. Luego sacó la fotografía; rompió el sobre en pedacitos y escribió una carta para su hija, ya adulta, preguntándole qué necesitaba ella que él hiciera antes de empezar a reconstruir su relación.

Algunos meses después este hombre escribió una oración de confesión y arrepentimiento. Invitó a varios de sus amigos cercanos de la congregación a participar con él en un servicio de lamentación donde compartió su historia, confesó su pecado y leyó su oración. Luego sus amigos le rodearon, colocaron sus manos sobre él y oraron por su perdón y sanación. Estos actos rituales, uno en la privacidad del consultorio de la terapeuta y otro compartido públicamente con sus amigos cristianos parece fueron pasos fundamentales en el camino de sanación de este hombre que cometió abuso.

Una congregación desarrolló una ceremonia de «atadura» y «liberación» (véase Mateo 16:19) para un hombre que cometió incesto y quien había sido un miembro activo de la comunidad. Ello implicó varios años de participación de la congregación junto al culpable y su familia, luego de que él cooperara con la ley, confesara su pecado y trabajara en busca del perdón y la reconciliación con su familia.

En la ceremonia se le ató (prohibió) para evitar su participación en labores o actividades de la iglesia en las que tuviera contacto con niños, niñas y jóvenes. Sin embargo, se le liberó (dio permiso) en las actividades de la iglesia en las que no tuviera contacto o acceso a personas vulnerables.

Las ceremonias deben ser planeadas por varios individuos o grupos. Luego de dirigir una meditación basada en Juan 12 (Texto en el que María de Betania unge a Jesús con un perfume costoso), la pastora Mary Berkshires Steben condujo un grupo de mujeres durante un ritual de sanación. Se recalcó que en esta historia María nunca habla. Judas ataca y Jesús se defiende, pero María está en silencio.

Esto es algo diferente al silencio de las mujeres en otros pasajes bíblicos y a través de la historia. María no habla, pero actúa. Ella no pide permiso y no trata de justificarse. Mary Berkshire Stueben dice: *«Actuar en esa forma tan extravagante y decidida indica que ella está procediendo desde su propio sentido de autoridad. Una autoridad que ella llega a descubrir y a poseer como una discípula de Jesús»*.

El ritual buscaba dar respaldo a mujeres abusadas en un sentido propio de autoridad. Después de la meditación, las mujeres se dividieron en grupos de cuatro o cinco. Cada grupo tenía un pequeño tazón con aceite de esencias. Primero, se les invitó a ungirse así mismas - para reconocer la realidad de su propio dolor y abuso- a seguir el camino de las lágrimas en sus mejillas con la punta de los dedos mojada de aceite.

Luego, se invitó a cada mujer a ungir a la que estuviera a su lado. Esta vez el ungimiento se hacía describiendo un corazón en la frente: «Que nuestros corazones sean uno, que nuestros corazón y mente sean sanos y que podamos conocer nuestra propia autoridad y clamemos por nuestra paz».

Muchas mujeres escriben oraciones y lamentos personales como parte de su camino de sanación. Pueden, si se les pide,

estar dispuestas a compartirlo en el servicio público. Otras están dispuestas a trabajar con un comité que planee el servicio, para preparar los materiales para éste.

Los siguientes recursos se refieren a la experiencia de personas que han sido abusadas. Fueron escritos para este libro y se incluyen como ejemplos que demuestran sensibilidad ante las víctimas de abuso. Siéntase libre de utilizar cualquiera de éstos o permita que le inspiren a crear los suyos.

Salmo de bendición

Por Joyce Munro

Puedes ir tranquilo en tu viaje a través de
la noche más oscura
porque la luz está contigo!
El amor de Dios te rodea
Y no estás solo
Te diriges a las aguas de paz
Y puedes pedir ayuda en tu viaje
Aunque camines por el valle del dolor
No debes temer
La rabia arde en las heridas abiertas
Y las lágrimas deben correr para limpiarte
Que en presencia de tus enemigos,
Tus sanadores te unjan con aceite,
Que tus amigos coloquen una mesa ante ti
Y te ofrezcan descansar.
Que Dios te cubra de tranquilidad,
Que respire junto a ti,
Que murmure palabras que confortan
En la hora en que hayas perdido la esperanza o la fortaleza.
Porque el bien y la piedad te pertenecen
Éste y todos los días de tu vida.
Por eso baila de alegría
Ríe en alto con aleluyas

Salta en hosanas,
Te mereces la paz de Dios
Y vivir en ella para siempre!
Lectura Responsorial

Por Elisabeth J. Gingrich

Comunidad: Oh, Dios quédate cerca y bendíceme con tu amor.

Líder: Hay días en que siento tu presencia rodeán dome con amor, pero Hay días en que me pregunto, "¿Cuándo se irá por fin este dolor?"

Comunidad: Oh, Dios quédate cerca y bendíceme con tu amor.

Líder: Tú me has enseñado la gracia, el amor y tu fidelidad Sin importar lo que tenga que enfrentar día a día.

Comunidad: Oh, Dios quédate cerca y bendíceme con tu amor.

Líder: Dios, hazme siempre receptiva a tu constante proceso de sanidad, mantenme abierta a aprender a dejar salir mi rabia, mi pena y mi dolor. Mantenme abierta a creer y a confiar que mi sanidad e integridad están en la palma de tu mano.

Comunidad: Oh, Dios quédate cerca y bendíceme con tu amor, con tu delicado abrazo, Y con tu perpetua presencia.

Lectura responsorial para la comunión

Basado en Marcos 14:22 y 24

Por Cindy Hines Kurfman

Líder: Mientras comían, Jesús tomó un pedazo de pan

y después de bendecirlo lo partió, lo dio a los demás diciendo: "Tomad, éste es mi cuerpo".

Comunidad: Mientras comemos este pan, recordemos que tanto la masa para hacer este pan como algunos entre nosotros, han sido fuertemente golpeados por manos humanas.

Líder: A la harina se le ha agregado sal.

Comunidad: Recordemos que la sal aviva las heridas. Oremos por no volver a avivar las heridas de nuestros hermanos y hermanas con nuestras palabras o acciones.

Líder: La sal y la harina se mezclan con aceite.

Comunidad: Recordemos que el aceite se usa también para sanar y bendecir. Oramos para que nuestros hermanos y hermanas sanen. Pedimos porque la bendición de Dios esté sobre ellos.

Líder: Señor, te pedimos que bendigas este pan que ha quedado en pedazos como los cuerpos y espíritus de nuestros hermanos y hermanas. Te pedimos que al comer de este pan continúes con el proceso de sanidad.

(Pausa para orar en silencio y comer del pan)

Líder: "Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio y bebieron de ella todos. Entonces les dijo, Ésta es mi sangre de la nueva alianza, que por muchos será derramada".

Comunidad: Al beber este vino, pensemos en que las uvas y algunos de nosotros han sido aplastados por manos humanas.

Líder: El vino puede limpiar las heridas.

Comunidad: Te pedimos Señor que nos limpies espiritual, emocional y físicamente.

Líder: Señor, bendice este jugo de la uva que ha sido aplastada como lo han sido los cuerpos y espíritus de nuestros hermanos y hermanas. Te pedimos que al beber este jugo comiences en nosotros una nueva cosecha que produzca muchos frutos. Amén.

Salmo responsorial de reconocimiento y confesión

Basada en Marcos 15:15-20

Por Cindy Hines Kurfman

Líder: "Y Pilatos, queriendo satisfacer al pueblo, soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de azotarle, para que lo crucificasen.

Comunidad: Reconocemos que algunos de nuestros hermanos y hermanas, al igual que Jesús, han sido azotados y castigados, víctimas de un crimen cometido por otro, mientras que el culpable ha sido liberado.

Confesamos que nosotros, al igual que aquella multitud, a menudo nos complacemos con estos "castigos" y permitimos que el abuso continúe.

Líder: Entonces los soldados lo llevaron al patio del palacio, esto es al pretorio, y convocaron a toda la tropa.

Y lo vistieron con un manto púrpura, le colocaron una corona que habían tejido de espinas, y comenzaron a saludarlo "Salve, Rey de los judíos!"

Comunidad: Reconocemos que entre nosotros hay quienes han sufrido la burla ante los demás, que han sido criticados en cada aspecto de su vida y sus palabras han sido distorsionadas- todo por haber dicho la verdad sobre el abuso en ellos cometido. Confesamos que hemos sido incrédulos.

Líder: Golpearon su cabeza con una caña, lo escupieron y le hicieron reverencias.

Comunidad: Reconocemos que algunos de nuestros hermanos y hermanas han sido golpeados en la cabeza al igual que Jesús. Algunos han recibido azotes. Algunos fueron deshonrados cuando se escupió sobre ellos. Confesamos que nuestra fe en la no-violencia no siempre se ha hecho evidente en nuestros hogares.

También reconocemos que hay algunos que ante los demás fingen bondad hacia nuestros hermanos y hermanas mientras que en privado les humillan y abusan de ellos.

Líder: Después de hacer escarnio de él, lo despojaron del manto púrpura y lo vistieron con su propia ropa.

Comunidad: Reconocemos que entre nosotros hay quienes han sido despojados de sus ropas e inocencia por la fuerza.

Reconocemos que tienen todo el derecho a ser revestidos en respeto.

Confesamos que hemos estado equivocados al no ver la inocencia de nuestros hermanos y hermanas.

Líder : Y lo llevaron para crucificarlo.

Comunidad: Reconocemos que algunos de nuestros hermanos y hermanas han muerto como resultado del abuso directo e indirecto sobre ellos.

Nos confesamos cómplices de sus muertes por nuestro silencio y negación de la verdad.

Señor, abre nuestros labios para decir lo que vemos. Usa nuestras manos para sanar a nuestros hermanos y hermanas.

Abre nuestro corazón para sentir su dolor y brindarles amor en su camino a recuperar su integri dad.

Danos valor, fortaleza y el poder del amor. Amén.

Afirmación de fe

Por Carolyn Holdrread Heggen

Grupo 1: Creemos que más allá de la violencia,

Grupo 2: hay amor;

Grupo 1: que más allá del sufrimiento,

Grupo 2: hay esperanza;

Grupo 1: que más allá de la tormenta,

Grupo 2: encontraremos paz;

Grupo 1: que más allá de nuestras heridas;

Grupo 2: hay sanación.

Grupo 1: que más allá de nuestra agonía;

Grupo 2: encontraremos alegría.

Comunidad : Oh, Dios, transforma nuestra incredulidad y llévanos cariñosamente de la oscuridad a la luz.

Una oración en tres partes

Inspirado en Isaías

Por Joyce Munro

Porque conoces la pena y la ira, querido Dios,
escucha nuestros sollozos
por los niños y las niñas abusados y rechazados
por aquéllos en quienes confían;
por las niñas y las mujeres violadas por los hombres,
por las esposas educadas para someterse y

sacrificarse hasta que sus espíritus mueren;
por los muchachos y hombres tratados como objetos
por los esposos educados para creer que no
son seres espirituales
a menos que dominen a mujeres, niños y niñas.

Escucha el abuso
de padres, familiares, pastores, protectores de jóvenes, líderes de la iglesia,
profesores, mentores y consejeros
que han explotado a aquéllos bajo su cuidado.

Oh Dios, en la pena y en la ira
Conforta, conforta a tu pueblo.
No nos abandones.

II

Porque eres el Dios eterno, Creador del universo
Danos nueva vida;
Que todo esté completo,
Quita la vergüenza, acaba con la avaricia,
Rescátanos de nuestras relaciones pecaminosas
Y muéstranos cómo amar.

Oh, Dios eterno, Creador del mundo entero,
Déjanos saber que somos tuyos.

III

Porque tú eres el Dios del orden
¡Ilumínanos!
¡Ilumínanos!
Y posa tu Espíritu sobre nosotros y nosotras

Que llueva rectitud
Para que hasta en la selva de nuestra rebeldía,
Podamos florecer

Siembra la justicia en la tierra
Como lo prometiste,
Sin romper la espiga maltratada;

En los brazos de tu gracia,
Acógenos,
En las aguas profundas o en el fuego abrasador
Condúcenos con piedad
No nos dejes a la deriva y perdidos

Amén, Amén, Amén.

Desde el abismo

Recopilación de Ann Campbell
Salmo 102:1-2, 4-5; Salmo 109:29-31; Salmo 129:1-2; 130:1 (NASB)

Líder: ¡Escucha mi oración, oh Señor! Déjame venir a ti pidiendo ayuda.

Grupo: Desde el abismo Te he llamado, oh Señor.

Líder: Muchas veces me han perseguido desde mi juventud.

Grupo: No escondas de mí tu rostro en el día de mi angustia.

Líder: Mi corazón ha sido pisoteado como la yerba se ha marchitado.

Grupo: En verdad, olvido comer mi pan.

Porque con la fuerza de mis lamentos, mis huesos se adhieren a mi carne.

Líder: Mírame despierto, he llegado a ser como un pájaro solitario en el techo de una casa

Grupo: Muchas veces me han perseguido desde mi juven tud.

Mas no prevalecieron contra mí.

Líder: Deja que mis acusadores se revistan de deshonor, y permíteles cubrirse con su propia vergüenza como un manto.

Grupo: Con mi boca agradeceré abundantemente al Señor; Y en medio de muchos lo alabaré.Porque el Señor está a la diestra de los necesitados; Para salvarlos de los que juzgan sus almas.

Oración por los más pequeños

Por Joyce Munro

Misericordioso y creativo Dios nuestro,
Levantamos ante Ti a los más frágiles de entre nosotros
para que les concedas tu atención;

Suplicamos para ellos y ellas tu más tierno amor y
tu misericordia,
porque han sufrido a manos de aquéllos que les alimentaron y
les enseñaron
y han caído como golondrinas sobre la hierba.

Nosotros también,
tus ojos en la tierra, Verbo hecho carne,
hemos sido causa de muchas tragedias:

Hemos pedido silencio
como su expresión de paz;
Y cuando han roto su silencio,
con demasiada frecuencia nos hemos movilizado para
protegernos,
incluso, a veces, llamando mentiras a sus verdades.
Los hemos usado para nuestra propia ganancia;

Porque somos tentados por el poder sobre los débiles.
Nos apoderamos de su inocencia
y acumulamos sobre ellos la vergüenza que nos pertenece.
Estos son nuestros pecados contra los más débiles;
Los confesamos
y pedimos ahora tu toque sanador
sobre ellos, ellas y nosotros, nosotras.

Permite que los más pequeños prosperen;
En inocencia y belleza;
Aliméntalos;
Dales un coraje que los lleve a resolver,
y restaura su dignidad.

Emprendamos el viaje
por el valle de nuestra propia vergüenza y fragilidad;
Dejemos que los débiles nos muestren el camino,
sin importar el precio inmediato para nuestra serenidad.

Misericordioso Dios creativo,
Acoge al pequeño que se esconde en cada uno de nosotros y nosotras,
Hasta que podamos abrigarlo nosotros mismos.
Amén.

Una víctima de abuso sexual escribe:

Usualmente no me gustan las repeticiones —me hacen sentir como si alguien estuviera poniendo palabras en mi boca. La siguiente está diseñada para que los miembros de la congregación puedan escoger las palabras que desean decir.

Concibo esta oración para ser usada en un servicio que haga énfasis en que todos somos parte del problema del abuso sexual y todos contribuimos a impedir que las víctimas sanen. Es una confesión de nuestras acciones y omisiones. La veo adecuada para un servicio en el que haya oportunidad de comprometerse a caminar con la víctima por caminos de redención.

Instrucciones: Se debe dar a la congregación tiempo para leer la oración en silencio, decidir qué afirmaciones consideran válidas y marcar las líneas que desean leer en la lectura colectiva. Las personas que leen una determinada afirmación están, por lo tanto, confesando su propio pecado. Si hay silencio, el líder lee en voz alta para indicar que estas confesiones están dirigidas a las víctimas en la congregación. Ya sea que hayan sido identificadas públicamente o no, están en la congregación, y éstas las escucharán.

Oración de confesión

Por Jeanette Gascho

He dudado de tu historia porque el abuso parece la acusación más popular en la actualidad; he pensado que simplemente estabas siguiendo la corriente.

Me he preguntado si mentías para llamar la atención.

Me he preguntado si mentías para herir a otros.

No creí tu historia por la clase de persona que eres.

No entendía que eres la clase de persona que eres, en parte a causa de tu historia.

He deseado que todo este asunto del abuso desapareciera.

He deseado que dejaras de hablar de eso.

Quería que terminara. No quería que esto pasara en mi iglesia.

He tenido la esperanza de que si no habláramos de eso, no sería tan malo.

He deseado que dejaras el pasado en el pasado.

Estoy cansada de hablar del abuso; hablemos de otra cosa por un rato.

He sentido que esto debería ser discutido en privado, no en público.

He evitado las reuniones o servicios en los que sabía que el tema sería el abuso.

No entendí porqué querías que todos supieran.

No entendí porqué querías permanecer en el anonimato.

Pensé en tu dolor y sufrí por ti, pero no te lo dije.

Me aparté de ti porque no sabía cómo tratarte.

Te preguntaba cómo estabas, pero no quería una respuesta honesta.

He sentido rabia contigo por tocar el tema ahora.

He pensado que quizás en cierta forma merecías lo que te pasó.

En mi corazón te he acusado de haberte buscado todo.

He estado secretamente celosa de toda la atención que estás recibiendo.
He dado por sentado que entendía lo que estabas viviendo.

He dado por supuesto que sé lo que necesitas para sanar.

No pregunté qué necesitabas de mí.

No te he protegido en la forma en que lo pedías.

No te he dado el regalo de mis recuerdos que podría ayudar a llenar los vacíos de tu memoria.

He comparado tu caminar con el de otros, para ver si estabas a la altura.

Le he preguntado por ti a tu familia y a tus amigos en cambio de hablar directamente contigo.

No he entendido que el dolor por el que has pasado afecta tu vida entera; he querido que lo mantengas alejado.

No he escrito a las publicaciones de la iglesia apoyando la publicación de artículos sobre el abuso.

No he animado a los líderes de la iglesia para que aprendan más sobre el tema.

No te he ofrecido ayuda económica cuando la necesitabas para que asistieras a alguna consulta.

Te he presionado para que aceptes los mismos compromisos que tenías con la iglesia el año pasado.

Te he hecho el camino difícil para que digas "no".

No he examinado mi propia vida para ver cómo he contribuido a perpetuar el abuso.

Comunidad: Dios misericordioso, oye nuestra confesión y perdona los pecados que hemos cometido contra nuestros hermanos y hermanas. Haznos dignos de tu sanidad y tu gracia, de tu amor y tu compasión. Amén.

Recuerdo y confesión

Por Elsie K. Neufeld

Nuestro Dios Creador:
Nos has llamado a ser,
soplando vida en cada uno de nosotros,
nos has moldeado a tu imagen.
Alfarero de arcilla santa;
Has creado los géneros:
hombre y mujer
Coloreado pieles y cabellos:
negro, blanco, amarillo, rojo.
Coloreado ojos: cafés, azules,
verdes y grises.
Oh, Dios Padre Madre Santo
Tú nos llamas "mi pueblo"
danos a cada uno un nombre.
Llamas a la iglesia "la novia de Cristo"
La novia de Jesús, ¡tu hijo!
Y, sin embargo.
¡Somos todo menos bonitas!

Mejillas ruborizadas quizás, pero no de gozo.
Sino de vergüenza. De vergüenza.
¿Realmente nos quieres?
Somos personas quebrantadas
Nuestras necesidades son grandes, nuestros pecados innumerables.
Nuestros deseos guían nuestro comportamiento,
el amor que ofrecemos es condicional en el mejor caso.
Escondemos nuestra culpa,
ponemos máscaras en nuestros rostros.
Somos traidores y negamos todo,
mentirosos y ladrones,
ofendemos y abusamos.
¡Ciegos! ¡Sordos! ¡Torpes!
La verdad es nuestra víctima
y la gracia, tu gracia,
es deformada con nuestro sentido superficial.
Y, sin embargo. Y, sin embargo.
Tu propuesta no muere:
"Venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados, y Yo os daré descanso."

Aceptación y petición de guía

Por Elsie K. Neufeld

Oh, Dios lleno de gracia,
aceptamos tu invitación.
Seremos tu novia
y tu cuerpo aquí en la tierra.
Hermanas y hermanos,
familia de Dios. Reino de Dios.
Espíritu de Dios, acércate;
¡Enséñanos cómo hacer este trabajo!
¡Inspíranos y fortalécenos!

Concédenos paciencia. Siembra amor en nuestros corazones.
Riéganos con gracia y compasión,
Con tu luz, ilumina nuestra confusión.
Pinta la redención en nuestros rostros,
Pon arcos iris en nuestras almas ensombrecidas;
Resguarda nuestras cabezas con la sombra de tu cruz.
Satura nuestras mentes de imágenes similares a las de Cristo;
Construye tu reino en nosotros, a través de nosotros,
alrededor de nosotros.
Aliméntanos con misericordia para que
seamos banquete para los hambrientos.
Quédate cerca, Señor. ¡Quédate cerca!
Muévete entre nosotros, Dador de Vida
Amante de todos.

Jesús, modelo de redención

Por Elsie K. Neufeld

Jesús, Hijo de Dios, Hijo de hombre y mujer.
Nos enseñaste bien,
nos mostraste cómo vivir.
Y, sin embargo. Y, sin embargo.
Flaqueamos.
Negamos la injusticia, herimos en vez de sanar,
usamos las manos como armas. Escogemos la falta de fe
en vez de la lealtad. Escogemos la seguridad en vez del riesgo.
La sonrisa en vez del llanto. Escogemos la indiferencia ante
la violencia.
Jesús, Hijo de Dios,
Perdónanos porque no sabemos lo que hacemos.

Pueblo de Dios, dador de vida

Por Elsie K. Neufeld

Dios Padre-Madre
Así como has llamado a Cristo de vuelta a la vida
así también evocamos tu promesa de darnos vida,
abundante vida.
Nos reunimos como pueblo tuyo
para llamarnos uno a otro a la renovación.
Queremos amarnos los unos a los otros
como tú nos amas.
Queremos ponernos en el lugar de la víctima,
para clamar justicia y sanidad
para los maltratados, agredidos e ignorados.
Queremos orar con ellos, por ellos,
y en su lugar,
como nuestro Señor y Salvador Cristo hiciera una vez.
Dios que todo lo conoces,
Abre nuestros ojos y nuestros oídos,
libera nuestras lenguas,
para que podamos estar atentos
y dar respuesta a las víctimas en nuestras familias,
iglesias y comunidades que nos rodean.
Así como nos comprometemos a estar presentes
para la víctima,
Danos la sabiduría de trabajar de manera redentora,
de acompañar en el camino, de compartir la pesada carga.
De ser agentes de crecimiento y cambio
De revestir a la víctima de dignidad.
De conceder a la víctima su ser persona y respeto.
De saber cuándo apartarnos
para dar espacio para que sane,
para ser amigos, no salvadores,
para ser guías, no directores;

para ser y hacer como nuestro Señor y Salvador Cristo haría.
Danos valor para caminar en senderos oscuros,
para buscar a los oprimidos,
para encontrar a los lastimados y débiles de corazón,
como lo has hecho con nosotros a través de Jesucristo.
Ayúdanos a ser como estrellas de una noche de verano
en senderos oscurecidos por la violencia pecadora de otros.
Como el sol ilumina el día y la luna la noche,
así también nosotros queremos iluminar con tu luz
las vidas que nos rodean.
Te amamos, Padre Madre Dios.
Ayúdanos a ser como tú.
Sanadores de heridas, dadores de gracia,
amantes de la justicia, hijos de la verdad,
pueblo de Dios.

Oración

Por Nancy S. Lapp

Dios de los Quebrantados y Lastimados,
venimos a ti porque
tú sabes lo que es
ser rechazado y abusado,
sufrir injustamente, inocentemente.
Tú conoces las necesidades de los que sufren
por causa del abuso sexual, emocional y físico.

Dios de la Sanidad y la Bendición,
nuestros corazones claman
para que tu misericordia y amor
sanen nuestra herida.
Toca el niño que hay dentro de nosotros
que necesita amor y aceptación,
que puede enseñarnos cómo jugar y gozar la vida.

En tu misericordia danos valor
para afrontar recuerdos dolorosos
para viajar hacia la sanidad.
Sana la confianza en nosotros mismos que ha sido dañada
la autoestima que ha sido maltratada
el ego que tiene fronteras inadecuadas.
Enséñanos a confiar en forma apropiada y sana.
Dios del Perdón, Dios Misericordioso,
tú conoces el precio del perdón,
la dificultad de perdonar.
Especialmente conoces
cuán difícil es perdonar la violencia
contra nuestro cuerpo y alma.
Danos valor para sentirnos airados
ante la injusticia cometida con nosotros
valor para llorar lo que hemos perdido,
valor para sanar
para dejar ir el odio que nos ata.

Dios Espíritu,
toca nuestros espíritus
con tu amor sanador
con tu sabiduría y valor
con tu compasión.
Danos esperanza.

Dios de Todo Cuanto Vive
elévanos a una nueva vida
a nuevas formas de relacionarnos
muéstranos tu amor incondicional
ayúdanos a amarnos como tú nos amas
y a amar a otros así como nos amamos a nosotros mismos.
Que tu Bendición y Sanidad desciendan sobre nosotros. Amén.

10



Prevención del abuso sexual

Un amigo mío, quien es granjero, me contó la historia (que ha sido contada en varias formas) de un hombre que trabajaba un día en su jardín cuando vio, en el río cercano, a una persona desesperada porque estaba siendo arrastrada por éste.

Dejando a un lado su rastrillo, el jardinero corrió a la rivera, sacó al hombre que estaba a punto de ahogarse en las turbulentas aguas, y le salvó dándole respiración boca a boca. Varios días después, otra persona se estaba ahogando también y posteriormente otra. En las semanas siguientes, y en forma periódica, otras víctimas aparecían ahogándose en el río.

Cada vez que se presentaba un caso similar el jardinero trataba de salvar a la víctima. A veces le era posible revivirlos en el lugar, pero otras veces tenía que correr a llevarlos al hospital más cercano. Algunas veces sobrevivían pero no eran pocas las veces que morían antes de llegar al hospital.

Comprendiendo que más víctimas podían salvarse si hubiera instalaciones médicas más cercanas; el buen jardinero comenzó una ambiciosa campaña para recoger dinero que permitiera construir un hospital en su lote de tierra. Los fondos se consiguieron y se construyó el hospital. Muchas víctimas a punto de ahogarse fueron sacadas de las aguas y revividas en el nuevo y elegante hospital.

Pasaron diez años y se planeó una gran celebración por el aniversario. Llegaron dignatarios de todas partes para honrar al jardinero por su visionario y exitoso hospital. Durante las festividades un pequeño niño se aproximó al jardinero y le preguntó: "¿Alguien ha investigado qué es lo que ocurre río arriba?"

Debido a que los efectos del abuso sexual son severos y destructivos, se debe continuar con los esfuerzos para ayudar a quienes ya han sido víctimas en recuperarse, al igual que a prevenir más abusos. El abuso sexual se *puede* prevenir. Sin embargo,

no es una tarea fácil. Dicha prevención requiere una transformación radical de la forma en que pensamos sobre la familia y las intenciones de Dios en la manera que han de vivir juntos hombres, mujeres, niñas y niños.

Para prevenir el abuso sexual debemos reconsiderar nuestras creencias básicas acerca de ser hombre y ser mujer. Este trabajo requerirá valor, fuerza y el uso de nuestras mejores fuentes espirituales. No estamos combatiendo simples malos hábitos o sistemas molestos; en un sentido real, estamos confrontando los poderes del mal y la oscuridad.

1. La iglesia debe cuestionar y eliminar el pensamiento patriarcal. El abuso sexual no puede seguir siendo visto como un simple problema personal o una tragedia individual. El abuso debe ser visto como algo común, normativo y aterradoramente lógico en una sociedad patriarcal. La iglesia debe, en forma creativa, contrarrestar la idea de que el patriarcado es la mejor y la única forma de vivir en una relación. Debe luchar contra la concepción de que Dios pretendía que los hombres dominaran a las mujeres y a los hijos e hijas.

Las congregaciones deben ser lugares donde las personas experimentan el poder compartido, donde aprenden nuevos formas de relación. La iglesia debe proporcionar los espacios en los que las mujeres, los hombres, los chicos y las chicas discutan las ideas y hagan planes conjuntamente. La iglesia debe ser un lugar donde el respeto y la posición no estén determinados por las ideas generales de género y poder sino por los valores del reino del amor, la espiritualidad y los dones personales.

El mundo seguirá elevando al hombre hasta los grados más altos, con poder e influencia. Pero la iglesia debe asegurarse constantemente de usar un criterio diferente para tomar las decisiones, escoger a los líderes y vivir juntos.

2. Usar el lenguaje apropiado. Si las congregaciones deben combatir el patriarcado y detener el abuso, tienen que prestar

atención al lenguaje que se usa para referirse a las mujeres, los hombres y Dios. El lenguaje androcéntrico (aquel que se centra en el "varón") es no sólo inexacto sino también dañino y peligroso. El lenguaje tiene el poder de definir *una* realidad y luego la impone como *la* realidad. El lenguaje codifica una realidad y luego la refuerza. El lenguaje androcéntrico no reconoce a las mujeres y su experiencia. Le indica a los hombres, a las mujeres, a los niños y a las niñas que los hombres son la norma, el estándar, lo más importante.

Las tendencias culturales de menospreciar la importancia de las contribuciones femeninas a la humanidad son enfatizadas por nuestro lenguaje. En nuestro lenguaje *mujeres* es generalizada con *hombres – los antepasados*, *el ser* human*o*, o en Inglés deriva de la palabra hombre (*man)* o masculino (*male*) en *woman*, *female.* Las contribuciones de las mujeres son minimizadas; por ejemplo, cuando el trabajo se describe como (en Inglés) "*manpower*" (poder humano) o el resultado del trabajo humano como "*manmade"*.

Conozco personas que se molestan e irritan con las mujeres cuando dicen no sentirse incluidas cuando es el lenguaje masculino el que se utiliza. La insistencia en que las personas usen un lenguaje preciso (si lo que usted quiere decir es "hombres" diga "hombres" y si lo que quiere decir es hombres y mujeres diga "hombres y mujeres" o "personas") es considerada como algo sin importancia por algunos. Pero si una mujer afirma que no se siente incluida dentro del lenguaje androcéntrico ¿Por qué discutir o tratar de explicarle que ella está incluida dentro de este lenguaje? Ella puede sentirse incluida o no. Las explicaciones lógicas no van a cambiar su realidad. Sólo porque *algunas* mujeres digan que se sienten identificadas por el lenguaje no significa que *todas* lo hagan.

Le he pedido a grupos de menores que dibujen algo que represente la palabra "antepasados" o "ser humano". Cuando les pregunté porqué dibujaban hombres se sintieron confundidos. Una

pequeñita indignada exclamó "!Usted no nos dijo que dibujáramos a ninguna mujer!".

El uso de "hombre" y "ser humano" como términos genéricos le indica a hombres y a mujeres, en forma sutil pero poderosa, que el hombre es la norma y las mujeres son vistas y evaluadas en relación con los varones. Los términos genéricos masculinos devalúan a las mujeres y las hacen invisibles. El lenguaje que ignora la realidad de la mujer y la hace invisible hace improbable que ella reconozca sus propias necesidades de salud y seguridad como legítimas (Adams, 1992). Una mujer "invisible" será menos capaz de protegerse a sí misma y a sus hijas de un hombre que abuse sexualmente de ellas.

El lenguaje centrado en el hombre afecta a los varones, al perpetuar la creencia malvada y errónea de que ellos son más importantes que las mujeres. Les indica que los hombres son la norma, la realidad alrededor de la cual el mundo, las mujeres y la niñez deben girar. Siembra en los hombres la creencia no cristiana de que el punto de vista, las necesidades y la realidad de los varones son las que se imponen.

La Biblia utiliza muchos nombres e imágenes para Dios. Las parábolas de Jesús reflejan un equilibrio de la imagen del hombre y de la mujer que puede resaltarse aún en el presente. No obstante, la iglesia ha utilizado principalmente imágenes y nombres masculinos para Dios. Si tiene alguna duda al respecto, pida a un grupo de niños y niñas que dibujen a Dios. Probablemente dibujarán un personaje que se parece a Santa Claus, el abuelo, o su hombre favorito con barba.

Tanto hombres como mujeres han interiorizado una conexión entre la masculinidad y la divinidad. Sin embargo, no hacen la misma conexión entre feminidad y lo divino. Esto parece tener relación con los nombres que damos a Dios. Se refuerza con el hecho de que Jesús fue un hombre, los doce discípulos que formaban el círculo cercano, y que aparecen incluidos en la mayo-

ría de las representaciones artísticas, eran hombres, y los ángeles mencionados en la Biblia tienen todos nombres masculinos. La conexión entre Dios y la masculinidad se ve aún más reforzada por una larga historia de exclusión de las mujeres de las posiciones de liderazgo en la iglesia y el liderazgo básico de los varones.

Cuando las mujeres han interiorizado una fuerte conexión entre masculinidad y lo divino se hace difícil levantarse contra las exigencias de los hombres. Una víctima de abuso asegura: "No estoy muy segura de cómo pasó, pero cuando era una niña pequeña Dios y mi padre aparecían como uno solo para mí. Ambos eran poderosos, responsables por mí y mi mundo. No podía ocultarme o escapar de ninguno de los dos. Ante los dos yo estaba completamente indefensa. Sabía que los dos tendrían la palabra final; ellos me castigarían si yo los desafiaba.

"Tengo más de cincuenta años y aún veo a mi padre cuando canto ciertos himnos dedicados a Dios. Estoy empezando a comprender la forma en que esta confusión ha afectado mi relación con Dios. Pero me siento extraña al tratar de pensar en Dios como algo diferente a un padre. No hay muchas fuentes para pensar en otras imágenes de Dios".

Las congregaciones que toman con seriedad la prevención del abuso sexual y la lucha contra los efectos nocivos del patriarcado, deben examinar con detenimiento su lenguaje. El lenguaje que usamos para referirnos a las mujeres y a los hombres influirá en nuestras creencias sobre ellos y ellas, y determinará nuestras relaciones. El lenguaje que utilizamos para describir y nombrar a Dios tiene un impacto profundo en nuestra experiencia y en nuestra habilidad para iniciar una relación amorosa y transformadora con lo divino y de unos con otros.

3. Nombrar como pecado el abuso. Otro paso importante para las congregaciones que desean prevenir el abuso es dar a conocerlo como pecado. Carol Adams (1992) con toda razón afirma mientras que el silencio es lo opuesto a hablar, negar algo es lo

opuesto a darlo a conocer. Hemos sido demasiado suaves cuando hablamos del *silencio* de la iglesia frente al abuso sexual en los hogares e iglesias cristianas. Es más apropiado hablar de la *negación* de la iglesia en reconocer el problema. Es apropiado confesar que nuestra negación en dar a conocer el abuso ha agrandado las heridas de las víctimas y promovido el comportamiento abusivo. "En tanto la violencia permanezca invisible y no se dé a conocer como tal, está tácitamente aceptada" (Adams, p4). Nuestro silencio no sólo inmoviliza a las víctimas sino que permite y estimula el continuo abuso por parte de los victimarios.

Los pastores con valor entre nosotros, que se han atrevido a reconocer el abuso desde el púlpito, han visto los asombrosos resultados. La mayoría comenta de muchas víctimas que se han acercado a ellos posteriormente para compartir sus historias de violación. Muchas llevaban el abuso como una herida secreta en su corazón durante décadas. Una vez el pecado era dado a conocer públicamente, las otras víctimas sentían que habían recibido el permiso para compartir su historia con alguien en la iglesia. El abuso no dado a conocer no puede ser detenido o sanado. Cuando se da a conocer adecuadamente podemos empezar a ejercer control sobre este mal.

Los servicios de adoración son un momento importante en el cual se puede dar a conocer el pecado del abuso. La adoración pública es usualmente el escenario donde se reúne la mayoría de las personas. Ésta es un elemento importante en la vida de la congregación. En los sermones los pastores deben dar a conocer el pecado del abuso y explicar porqué éste va en contra de lo que Dios espera en las familias. El sermón puede indicar que el abuso sexual no seguirá siendo considerado un "problema de la mujer" sino un tema central de toda la congregación.

Los pastores deberían claramente establecer que el abuso no será tolerado. Deben motivar a las víctimas y a los victimarios a hablar con alguien en la congregación. Los líderes de la iglesia deben dejar en claro y con frecuencia que lo que ocurre en los

hogares es preocupación de la iglesia: "El abuso sexual es un pecado y si ocurre entre nosotros es problema de todos".

Como ya se ha sugerido, el servicio de adoración debe incluir oraciones, liturgias, y lecturas responsoriales que den a conocer el abuso y reconozcan el dolor de las víctimas. Las oraciones y los sermones deben ofrecer esperanza para la sanación de las víctimas, los que cometen el abuso y sus familias.

4. Desechar la noción sobre lo que ocurre en casa es privado y no es asunto de nadie más. Se debe comunicar claramente el mensaje de que los miembros de la congregación deben preocuparse y cuidarse unos a otros sin considerar los límites que impone la familia.

Infortunadamente esta descripción parece afirmar que una congregación es más saludable que los grupos familiares, y éste no es a menudo el caso. Muchas congregaciones son disfuncionales, no se desempeñan de manera saludable. Algunas congregaciones son inoperantes o incluso más que sus miembros y familias individuales. Tales congregaciones son frecuentemente seducidas a pensar que con hacer que la disfunción de uno de sus miembros o familias sea un asunto de toda la congregación ya han mejorado la salud del grupo. En realidad, sólo han logrado ahondar el problema o extenderlo en toda la congregación.

Por lo tanto, las congregaciones deben observar, en forma honesta, su propia salud. Deben tener mucho cuidado antes de asumir que pueden intervenir en de manera útil en la vida de miembros disfuncionales de la congregación. Pero una vez las congregaciones han trabajado en esta rigurosa auto evaluación, estarán en capacidad de promover la salud congregacional de diversas formas.

Una manera en que las congregaciones pueden reforzar la salud familiar es a través de las sesiones de consejería prematrimonial que incluyen una instrucción clara acerca de que la congregación

se preocupa extremadamente por el matrimonio. La congregación puede usar este momento para comprometerse a caminar junto a la pareja en los buenos y en los malos tiempos.

La pareja comprometida debe comprender la preocupación legítima de la iglesia porque todos los miembros de la familia -esposo, esposa y cualquier futuro hijo- sean nutridos, amados y estén seguros frente a cualquier abuso emocional, físico y sexual. Se le debe informar a la pareja que si uno de los cónyuges o cualquiera de los niños o las niñas, alguna vez se sintiera inseguro en la familia, la iglesia requiere que se le informe. Esto, con el fin de que la iglesia pueda ayudar a la familia a encontrar ayuda para cambiar las conductas y proteger a los miembros de la familia.

Se debe estimular a la pareja a encontrar otras personas en la congregación con las cuales compartir sus problemas maritales o sexuales. El pastor puede impulsar a las parejas a incluir en sus votos matrimoniales, hechos ante la congregación y ante Dios, la promesa de que no ejercerán violencia sobre el otro o sobre sus hijas e hijos.

Los menores necesitan oportunidades en la congregación para hablar sobre sus temores o preocupaciones. Los padres necesitan saber que en la comunidad de fe podemos compartir nuestras alegrías y nuestras penas. Esto incluye experiencias familiares positivas y también aquellos hechos que nos desmoralizan y nos hieren. Los padres, madres, niñas y niños necesitan que se les recuerde regularmente el no ocultar las cosas dolorosas sino trabajar con la congregación para desarrollar actitudes y comportamientos que nutran a las personas.

Los hombres necesitan que se les recuerde que el hogar no es su castillo privado y que los niños, las niñas y las esposas no son objetos que pueden controlar. Todos necesitan que se les recuerde que no es bueno mantener secretos que destruyen los cuerpos y los espíritus de las personas.

*5. **Comunicar que el equipo pastoral está entrenado y dispuesto a colaborar en casos de abuso familiar.*** Todos en el equipo pastoral deben recibir entrenamiento para saber cómo intervenir efectivamente en los casos de abuso familiar. Deben conocer que se necesita denunciar el abuso ante las autoridades. También, tener acceso a la información sobre los recursos en la comunidad y conocer los pasos a seguir en casos de emergencias. Si el equipo pastoral es sólo de hombres, seleccionen una mujer laica como persona de contacto para los miembros que presentan casos de abuso. Algunas mujeres y jóvenes no hablarán con un hombre sobre asuntos de abuso. Considere incluir una mujer en su equipo pastoral.

*6. **Examinar y Revisar la teología de su iglesia para encontrar enseñanzas asociadas con el abuso.*** Necesitamos que nuestros teólogos nos ayuden a considerar las enseñanzas que contribuyen a promover al abuso. ¿Existen valores religiosos y enseñanzas que hagan a las personas más vulnerables al abuso? ¿Se ha asociado el énfasis sobre el valor del sufrimiento, la obediencia y el rápido perdón con el abuso? ¿Nuestras enseñanzas sobre sumisión han, de alguna forma, sido mal enfocadas? Cualquier enseñanza que no implique buenas nuevas para mujeres y hombres, niñas, niños y adultos, es de seguro una distorsión del evangelio y debe ser revisada.

*7. **Confiar en que los líderes sean modelos de vida sexual ejemplar.*** Gracias a su poder de convocatoria, su importancia e influencia entre nosotros, se espera que los pastores y otros líderes lleven vidas ejemplares. Cuando alguno de ellos viola los preceptos cristianos de comportamiento, la iglesia debe llamarlos a rendir cuentas, a arrepentirse y a cambiar su actitud. Se deben indicar claramente cuáles son las expectativas sobre su forma de vivir. Se hace necesario conocer los procedimientos para reportar malas conductas de los pastores. También formular y seguir adecuadamente los lineamientos para corregir a los líderes con problemas de ética y evaluar su futura participación en la iglesia.

8. Informar a los miembros y hacer que éstos intervengan en los casos de abuso sexual. Los grupos de estudio y ambientes educativos cristianos se pueden utilizar para compartir información sobre el abuso y su prevención. Colocar libros en la biblioteca o en las mesas, en la parte posterior de la iglesia por ejemplo, puede ser una forma sutil para lograr que las personas aprendan más acerca del abuso sexual. Algunas iglesias han hecho que estos recursos estén disponibles sin necesidad de que las personas tengan que registrar el préstamo o firmar en alguna parte.

Una vez los miembros han sido informados sobre el abuso sexual, es más fácil que trabajen para prevenirlo. Un pastor amigo, recientemente afirmó algo iluminador respecto al abuso, «te puedes excusar en la ignorancia sólo hasta que aprendes sobre el abuso. En consecuencia, la excusa de 'yo no sabía' no funciona».

Promueva la participación de los miembros como voluntarios, con recursos de la comunidad para dar soporte a las víctimas y a sus familias. Considere utilizar dinero de la congregación para establecer fondos que permitan a los miembros pagar consultorías sobre abuso y apoyar organizaciones en contra del abuso. Al invertir tiempo y dinero, los miembros no sólo participan más activamente sino que alcanzan a comprender que la iglesia es seria en sus compromisos de trabajar contra el abuso.

9. Fortalecer a las mujeres para que se tornen emocionalmente fuertes y mejoren su auto-respeto. Terminar con el abuso requiere que las mujeres estén en capacidad de mostrarse emocionalmente fuertes y aumenten su auto-respeto. Cuando una mujer se ve a sí misma fuerte y con posibilidad de opciones en la vida, estará menos propensa a soportar un esposo abusador y violento. Cuando una mujer está convencida de que es una de las maravillosas criaturas de Dios, creada a imagen y semejanza del altísimo, será menos propensa a soportar la violencia contra ella, sus hijos e hijas.

Cuando las madres tienen un sentido de control sobre la manera en que se desenvuelven sus vidas, cuando se auto-respetan y son emocionalmente fuertes, es más probable que los niños y las niñas las respeten y vean en ellas aliados que los han de proteger. Así, las hijas tenderán más a contar a sus madres sobre algún abuso. Esto *no* implica que haya que culpar a las madres por el abuso de los padres. Lo que se quiere decir es que cualquier cosa que se pueda hacer para fortalecer a las mujeres será un paso importante hacia la prevención del abuso.

10. Utilizar la influencia de la congregación para rechazar la pornografía y otros medios que eroticen la violencia. La nuestra es una cultura que cada vez más experimenta y ensalza la violencia de los hombres hacia las mujeres y la niñez como algo sexualmente estimulante. Muchas películas populares, programas de televisión y revistas reflejan la violencia sexual masculina como aceptable y atractiva.

La pornografía no es mala porque sea sexual. Es mala porque es violenta y porque degrada a las personas. No es peligrosa porque sea sexual, es peligrosa porque le indica a los hombres que las mujeres y los menores son objetos que se usan para ellos obtener placer sexual. Es mala porque frecuentemente muestra la violencia hacia las mujeres como eróticamente excitante. La pornografía que muestra niños y niñas en actos sexuales puede dejar el mensaje que éstos son parejas sexuales apropiadas y deseables y puede colocarles en el riesgo de tornarse en víctimas.

11. Abogar por los niños y las niñas. La congregación debe dejar en claro, y en muchas formas y espacios, que se opone a la violencia en contra de la niñez. Cuando la violencia se presenta, la seguridad y bienestar de los menores deben ser inmediatamente la primera preocupación para la iglesia. Los niños y las niñas deben saber que sus esfuerzos por resistirse a ser víctimas recibirán apoyo.

Conviene que la congregación trabaje para reforzar los servicios comunitarios de protección al menor. Debe dar apoyo a programas escolares que eduquen a la niñez sobre el abuso y trabajar por hacer más estrictas las leyes que lo prohíben. Profesores y jóvenes voluntarios de la escuela dominical necesitan entrenamiento para detectar señales de abuso. Ellos deben conocer los procedimientos para dar a conocer a las autoridades sobre violencia contra los menores. Los niños y las niñas sólo serán fuertes y efectivos al defenderse en la medida como los adultos que están junto a ellos lo sean.

12. *Educar a la niñez para reconocer y reportar el abuso.* Los niños y las niñas necesitan entender qué es el abuso sexual. Requieren saber que incluso las personas que aman y en quienes confían pueden tratar de abusar de ellos y ellas. Es importante no asustarlos innecesariamente. Para su propia auto-protección los menores deben saber sobre el abuso -que es un riesgo real para, al menos, un tercio de los niños y las niñas de hoy. Esperar que los mismos padres les alerten sobre estos peligros es, en muchos casos, esperar que el zorro prevenga a los pollitos de los peligros en el establo.

Los niños y las niñas requieren que se les enseñen las acciones que deben tomar si alguien, incluso uno de los padres, trata de abusar de ellos o ellas. Si el abuso se presenta, hay que enseñarles a avisar a cualquiera en la iglesia que están siendo maltratados. Los menores necesitan saber que deben seguir informando a las personas hasta que alguien les crea y pueda protegerles.

En un ambiente congregacional agradable, todos los niños y las niñas necesitan participar en las discusiones sobre las «buenas caricias» y las «malas caricias». Precisan que se hable de la diferencia entre sorpresa y secreto y, cómo saber cuándo deben decirle a alguien sobre algo que esté ocurriéndoles, incluso si sus padres le han dicho que no lo cuenten. La niñez necesita ayuda para entender que mientras la Biblia dice que los niños y las niñas deben obedecer a sus padres, el mandamiento bíblico

para la obediencia está condicionado: «Niños, obedezcan a sus padres *en el Señor* porque eso es correcto» (Ef. 6:1).

Los niños y las niñas requieren un lugar seguro para hablar de las cosas que los padres quisieran que ellos hagan pero que a Jesús no le gustaría que hicieran. Ellos y ellas necesitan oportunidades para hablar de cosas que no les parece correcto que uno de los padres o alguien mayor les hubiera pedido hacer en el pasado.

13. Llamar tanto a hombres como a mujeres de todas las edades para que mantengan actitudes y comportamientos sexuales responsables y saludables. La iglesia debe comunicar que cree en la importancia y lo positivo de la expresión corporal y enseñar que la sexualidad es una dimensión intrínseca de la vida humana. Los miembros deben entender que la iglesia se preocupa tanto de sus actitudes y comportamientos sexuales como de su vida devocional. Requieren saber también que los temas sobre sexualidad sí *son* asuntos de la iglesia. Los miembros serán tenidos en cuenta por lo que hacen con sus cuerpos como por lo que hacen a los cuerpos de otros. El capítulo 11 discute las formas en que las congregaciones pueden dar asistencia a los miembros para crecer en una sexualidad plena y responsable.

14. Promover y brindar modelos de socialización masculina saludable. Como ya se ha mencionado, a los hombres se les ha, tradicionalmente, enseñado que ser varones es no ser proveedores de cuidados primarios, lo que casi siempre es la madre. La identidad masculina se ha tornado entonces en algo negativo. La iglesia debe promover cualidades cristianas positivas para que hombres y muchachos puedan imitarlos como modelo.

La congregación hará bien en motivar a los hombres que no cometen abuso para que se involucren más directamente en el cuidado de los niños y las niñas. Mayor contacto con un padre cariñoso ayudará a los jóvenes en crecimiento a asociar las cualidades de crianza de los niños con la masculinidad.

Además, a medida que los hombres se involucran más activamente en el cuidado de los niños y las niñas serán más propensos en ser defensores del bienestar de estos pequeños.

Los hombres pueden descubrir sus carencias debidas a mentiras culturales que les dicen que la primera forma masculina de expresar cariño y buscar el acercamiento es a través de la actividad sexual. Al cuidar de los niños y las niñas, los hombres pueden aprender a disfrutar las relaciones profundamente afectivas sin tener un componente sexual.

Las congregaciones pueden modelar y dar apoyo a los cambios sociales que estimulan y permiten a los hombres dejar a un lado su pesada y destructiva carga de siempre necesitar el tener control y ser fuertes. En asuntos congregacionales, los hombres necesitan oportunidades y estímulo para permitir que las mujeres participen en la toma de decisiones.

Todas las personas en la congregación necesitan aprender a estar unidas. Las comunidades precisan proporcionar ambientes en los cuales las voces de las mujeres, los niños y las niñas sean escuchadas y sus realidades compartidas, y que los hombres les escuchen. Cuando los hombres asumen que *su* realidad es la única , requieren que se les haga caer en cuenta de su error.

Las congregaciones harán bien en promover que los hombres mantengan relaciones amistosas con otros hombres. Cuando los hombres aprenden a tener amistad íntima y honesta con sus amigos, no sólo enriquecen sus vidas sino la de las mujeres, los niños y las niñas a su alrededor. En tanto que los hombres siempre han esperado que sean las mujeres quienes hagan gran parte del trabajo emocional en las relaciones, se les debe estimular y dar la oportunidad para que desarrollen esas habilidades para sí mismos.

Retiros para hombres y pequeños grupos de apoyo de hombres pueden generar ambientes seguros en los que se sientan libres para revelar los secretos de sus almas y los deseos de sus

corazones. Estos contextos pueden promover el desarrollo de amistades íntimas entre hombres, en las cuales los varones puedan al fin liberarse de sus pretensiones de una fortaleza que tal vez no sienten.

La iglesia debe hacer entender a muchachos y hombres que son preciosos y valiosos, no por lo que hacen o logran, sino por lo que son, maravillosos hijos de Dios. A la iglesia le corresponde luchar contra los mensajes culturales que igualan la masculinidad con comportamientos controladores y agresivos, y la represión emocional.

Jesús brinda un modelo contracultural de ser hombre. En él las iglesias pueden encontrar un destacado paradigma de masculinidad expresada en formas gentiles, tiernas y cultivadas. Jesús proporciona un prototipo para ser un varón en la relación con los niños, las niñas y las mujeres, y nos muestra lo mejor en todas, lo que refleja el valor e igualdad de toda la humanidad. Sea así entre nosotros, los seguidores y seguidoras de Jesús.

11



La Responsabilidad de la iglesia en el desarrollo de una sexualidad saludable

La nuestra es una sociedad que está obsesionada con el sexo, al igual que está sexualmente saturada. Somos constantemente bombardeados con imágenes y mensajes acerca del sexo en vallas publicitarias, la radio, revistas y programas de televisión. El sexo se emplea para vender todo, desde Biblias hasta camiones. Los criterios culturales para tomar decisiones con respecto al sexo son exclusivamente: "¿Esto me trae placer?" y "¿Estaré protegido de enfermedades sexuales?"

La comunidad cristiana nunca ha podido contar con la sociedad para determinar patrones de comportamiento sexual que reflejen valores cristianos. Sin embargo, ahora, tal vez más que nunca, es necesario que la iglesia articule y modele una comprensión de la sexualidad que sea saludable, que imite a Cristo y que sea contracultural. No obstante, antes de que esto suceda, la iglesia debe desarrollar una teología bíblica del cuerpo y de la sexualidad que sirva de fundamento en la cual los miembros de la iglesia deben construir vidas sexuales más saludables.

Una teología de la sexualidad

Una teología útil y apropiada de la sexualidad debe comprender tres aspectos: Una comprensión bíblica del cuerpo, las intenciones de Dios para la sexualidad, y formas de invertir los efectos de la Caída en las relaciones entre hombres y mujeres.

Una comprensión bíblica del cuerpo. Ya hemos visto los puntos de vista dualísticos, no saludables sobre el cuerpo, que los cristianos han heredado. Las nociones culturales de hoy en día sobre el cuerpo son diferentes pero igualmente destructivas y no bíblicas. En especial para las mujeres, el cuerpo se exalta como el atributo más importante que posee una persona. Existen comportamientos extraños y autodestructivos en un intento de conformar el cuerpo de la mujer a unas nociones populares actuales de esbeltez, juventud y belleza.

Puesto que a las mujeres se les dice que su valor depende de su belleza física, muchas gastan una gran cantidad de tiempo, energía y dinero para tratar de satisfacer los actuales estándares culturales de la belleza femenina. Por lo tanto, algunas no prestan suficiente atención a su desarrollo en otras áreas. No es que las mujeres por naturaleza sean veleidosas y vanidosas, sino que a ellas se les ha convencido mediante mentiras culturales que su valor reside en su aproximación a unos estándares culturales de belleza, que están en permanente cambio.

Una teología bíblica del cuerpo afirmará lo bueno de nuestros cuerpos como una parte especial de la creación de Dios. Considerará al cuerpo como el templo del Espíritu Santo y el lugar donde la Palabra divina se hace carne. Invitará tanto a hombres como a mujeres a proclamar la bendición de ser creados a imagen de Dios. Una teología bíblica celebrará la gran variedad de formas y tamaños de cuerpos. Ésta condenará los estándares y dispositivos de belleza que deshumanizan, debilitan y restringen.

La encarnación divina de Jesús es una expresión de la importancia del cuerpo humano y en los propósitos de Dios. Nuestra teología debe invitar tanto a hombres como a mujeres a regocijarse y deleitarse en nuestros cuerpos. También debe ayudarnos a abrazar nuestra sexualidad como una parte de la buena creación que refleje la imagen de Dios en y entre nosotros (Gn. 1:27).

James Nelson (1978) observa que la forma en que pensamos y sentimos con respecto a nuestros cuerpos encontrará expresión en la forma en que pensamos y sentimos acerca de Dios, el mundo y los demás. Como terapeuta que algunas veces trabajo con personas que han cometido abuso sexual, he observado los peligros de considerar el cuerpo y el espíritu como independientes. Este dualismo tiene como resultado un énfasis indebido en la persona como espíritu y minimiza la importancia de las cosas que un cuerpo le hace a otro cuerpo.

Cuando se confrontó a un hombre cristiano sobre su comportamiento sexualmente abusivo hacia su pequeña hija, éste respondió: "Pero ese no era yo, era mi naturaleza carnal no redimida que le hizo eso a ella". El arrepentimiento, la sanidad y el cambio de conducta sólo podrían ocurrir cuando este hombre estuviera en capacidad de aceptar que su cuerpo, con sus inadecuadas urgencias sexuales, era tanto parte de él como esa parte que dirigía a la congregación a que adorara, orara y ayunara.

Las intenciones de Dios para la sexualidad. En segundo lugar, una teología útil de la sexualidad debe comprender las intenciones de Dios para ésta. La nuestra es una cultura que ha hecho un ídolo de la gratificación sexual. El principal propósito en el Antiguo Testamento para el matrimonio y la sexualidad fue la procreación. Los hebreos fueron el pueblo escogido por Dios, a quienes se les ordenó que poblaran la tierra. El concepto bíblico que se expresa en Génesis 2:24 de "convertirse en una sola carne" involucra más que el simple hecho de tener una relación sexual. Los hijos llevan los genes de los padres y en una forma maravillosa combinan aspectos de ambos en una carne.

Más allá de la función que tiene la sexualidad de procrear está la noción bíblica de sexualidad como el medio de la expresión gozosa del amor. Hemos preferido espiritualizar el libro el Cantar de los Cantares en la Biblia. Sin embargo, ese libro se puede ver de una forma más exacta como una representación gráfica del amor romántico y la sensualidad física unida a la expresión sexual. En realidad, la sexualidad íntima puede ser una expresión juguetona y exuberante del amor. Puede ser una forma en que las parejas casadas dejan a un lado las pesadas responsabilidades de ser padre o madre y las exigencias diarias, y celebrar la vida juntos.

En Efesios 5:21-23, Pablo habla de la función unificadora de la expresión sexual en el matrimonio cuando compara la relación de esposo y esposa con la unión entre Cristo y la iglesia. La unión en una carne de un esposo con su esposa pueden superar

temporalmente la tensión de una relación macho y hembra como una experiencia conjunta de unicidad. El deseo humano de la cercanía sexual expresa un profundo anhelo por la comunión del uno con el otro y con Dios. Bender comenta que lo que hace una relación entre Cristo y la iglesia, y el esposo y la esposa similar es la unión espiritual, la unidad de la mente, el corazón, los valores, la intención y el destino (Bender, 1982).

Los humanos no necesitan el contacto genital para sentirse contentos, sino que, ya sea que seamos casados o solteros, todos debemos tener amor, afecto, contacto ternura y comunicación íntima para vivir una vida creativa y feliz. Los solteros célibes no son menos sexuales que sus contrapartes casados. En vez de expresar su sexualidad en un contacto genital expreso, la persona célibe expresará su sexualidad en relaciones afectivas de profunda amistad y protección.

Tanto las personas casadas como las solteras deben tener relaciones emocionales íntimas con hombres y mujeres para desarrollar su naturaleza creada a imagen de Dios. Fuimos creados para vivir en comunidad. Ya sea casados o solteros, los seres humanos necesitamos tener contacto con el sexo opuesto para desarrollar nuestra humanidad plenamente.

A diferencia de lo que piensa la cultura popular, que tiende a ver la expresión sexual como un mero acto biológico y físico, la iglesia debe entenderla en el contexto espiritual, emocional, y moral. La sexualidad siempre debe estar integrada a toda la vida del individuo. No debemos atrevernos a compartimentar nuestra sexualidad.

Una comprensión integral nos permitirá proclamar y gozar nuestra sexualidad como una parte completa de nuestras vidas, bajo la responsabilidad y disciplina del Espíritu Santo y de otros creyentes. Si no abrazamos nuestra sexualidad, ésta se desprenderá de nosotros. Pasará a la clandestinidad, afectándonos en formas de las que no podemos ser conscientes. Una sexualidad

secreta probablemente funcionará sin las restricciones de análisis riguroso y, guía personal y corporal.

Distorsiones causadas por la Caída. Un tercer aspecto que la teología de la sexualidad debe tratar es la distorsión en las relaciones entre hombres y mujeres causadas por la Caída. Tanto el Nuevo como el Antiguo Testamentos establecen que todas las personas son creadas a imagen de Dios y que se les dio dominio sobre el resto de la creación. Un resultado de la Caída es que el hombre ahora tiene una tendencia a distorsionar el dominio compartido como permiso para dominar a la mujer. La interdependencia positiva y mutua que existía entre el hombre y la mujer antes de la Caída ahora es distorsionada.

Como observa Mary Stewart Van Leewen (1990), existe algo afín a la imperfección congenital en los hombres que los hace adoptar un derecho de dominio sobre las mujeres. El mandamiento de amor se deforma en deseo y dominio.

Un erudito en la Biblia Gilbert Bilezikian (1985) ha notado el resultado de la Caída para la mujer. Ella experimentará un deseo de tener intimidad con el hombre y su deseo de comunidad será distorsionado por el pecado. Por lo tanto, las mujeres tenderán a evitar la responsabilidad de cuestionar el dominio con el fin de preservar incluso relaciones que no son saludables.

Las mujeres tendrán la inclinación de dar mucho a cambio de recibir muy poco. Tenderán a amar sin hacer un buen juicio y por tanto continuar su subordinación a los hombres. Al revisar los libros sobre autoayuda que se encuentran en el mercado, indican que las mujeres están buscando entender la tendencia que tienen a involucrarse en relaciones destructivas, enredadas y abusivas.

En Jesús vemos el modelo de una forma de relacionarse con las mujeres que regresa a las intenciones originales de la creación. Jesús violó la ley y la tradición en la forma en que se debía tratar a las mujeres como seres humanos que tienen el mismo valor que los hombres. Él se rehusó a seguir las leyes que

deshumanizaban a las mujeres, a mantenerlas atadas, y a preservar su inferioridad e impureza. Jesús demostró mediante sus enseñanzas y comportamiento un rechazo de las reglas de los hombres y un compromiso de restaurar a las mujeres a la dignidad y valor que tenía Eva antes de la caída.

Jesús se relacionaba con todas las personas, incluyendo a las mujeres, no sobre la base de sus papeles socialmente definidos, sino sobre la de su humanidad común. Los evangelios muestran a Jesús alcanzando este objetivo, incluso éste pretendía romper costumbres y leyes degradantes. Jesús escogió a una mujer para que fuera la primer testigo de su resurrección aunque en esa época en la historia, la palabra de una mujer no se sostendría en la corte.

La iglesia debe seguir el ejemplo de Jesús. Ésta debe exhortar tanto a hombres como a mujeres a que participen de toda su humanidad. La iglesia debe confrontar de manera agresiva y eliminar el lenguaje y las prácticas que contradicen la enseñanza bíblica de la igualdad de hombres y mujeres ante Dios. La iglesia debe ser modelo de mutualidad e igualdad entre hombres y mujeres, puesto que es en las relaciones de mutuo respeto, compromiso e igualdad que nos podemos convertir en el modelo contracultural de amor y sexualidad saludable que nuestro mundo necesita tan desesperadamente. Desarrollar una teología clara y bíblica del cuerpo y la sexualidad será un importante paso en esta dirección.

Pasos que debe seguir la congregación para promover una sexualidad saludable

Una teología bíblica del cuerpo y la sexualidad les proporcionará a las congregaciones un fundamento sólido sobre el cual puedan ayudar a los miembros a construir actitudes y conductas sexuales saludables. Desarrollar y explicar esta teología puede tener resultados eternos y prácticos que serán más importantes

en nuestras vidas que otros aspectos teológicos, que se tratan con más frecuencia en la iglesia.

Más allá de articular una adecuada teología del cuerpo, existen otros pasos que las congregaciones deben tomar para ayudar a promover actitudes y conductas sexuales saludables entre sus miembros.

1. Enseñar que la sexualidad es una parte importante en nuestra vida en comunidad. Como cristianos, con frecuencia nos sentimos confundidos al tratar de entender y aceptar nuestro cuerpo con sus poderosos deseos sexuales. Incluso nos confundimos acerca de lo que significa ser seres sexuales llamados a tener una relación espiritual en la congregación.

La iglesia presenta periódicamente sermones contra el adulterio, la homosexualidad, y la lujuria. Ha tenido que enfrentar algunas veces instancias de conductas indebidas de sus miembros. Sin embargo, la inclinación de la iglesia ha sido principalmente la de actuar como si la sexualidad personal no fuera un asunto propio de la congregación.

Cuando las congregaciones creen que la forma en que sus miembros viven como seres sexuales le concierne tanto a la iglesia como lo que creen con respecto a aspectos teológicos, a las personas se les puede ayudar a afirmar su sexualidad como una parte esencial de su personalidad. Entonces es posible que las actitudes y conductas estén bajo la responsabilidad y disciplina del Espíritu Santo y otros creyentes.

Cuando los asuntos con respecto al sexo se consideran como inapropiados para la congregación, las personas encuentran más fácil despreciar y repudiar los sentimientos sexuales. Los sentimientos que no se admiten se pueden convertir en peligrosos y destructivos.

2. Proporcionar oportunidades en las que las personas compartan acerca de asuntos sexuales. Aceptémoslo, la educación sexual sigue adelante todo el tiempo ya sea que la reco-

nozcamos o no. A medida que los niños y las niñas observan a los adultos interactuar, están aprendiendo lo que significa ser seres sexuales. Cuando ven quién dirige la adoración y quién predica; cuando escuchan el lenguaje que usamos para nombrar a Dios, los menores están aprendiendo acerca de la sexualidad e igualdad de sexos. Están adquiriendo nuestra comprensión de la relación entre feminidad, masculinidad y lo divino.

En cualquier contexto, la educación sexual incluye el hecho de impartir información y desarrollar actitudes. Sabemos que la información no necesariamente afecta el comportamiento –las actitudes lo hacen. Las actitudes son aprendidas en principio de los padres. Infortunadamente, muchos padres tienen una visión estrecha de la sexualidad humana y sienten ansiedad acerca del tema.

Las congregaciones pueden ayudar a los padres o a los futuros padres a adquirir una información precisa y a desarrollar actitudes positivas y saludables acerca de la sexualidad humana. Los cursos prematrimoniales pueden ser la mejor oportunidad para que las comunidades proporcionen una adecuada educación sexual para adultos y futuros padres. Desde el momento en que los niños y las niñas nacen, la educación sexual inicia. Durante los primeros años de la vida, los padres son la principal fuente de esa educación. Sin embargo, a medida que ellos y ellas se acercan a la pubertad, los compañeros, y no los padres, se convierten en la principal fuente de información sobre el sexo.

Parte de la adolescencia es considerar y escoger entre diferentes ideologías para que los jóvenes puedan desarrollar su propio sentido ético adulto. Es precisamente en este momento en el que los jóvenes necesitan desarrollar una espiritualidad personal separada de sus padres para poder desplegar creencias y actitudes personales acerca de su vida sexual.

Puesto que los adolescentes desean separarse de sus padres y madres en este proceso, es muy importante que otros cristianos dentro de la congregación les ayuden a desarrollar una com-

prensión del sexo dentro de un contexto más amplio de teología y estilo de vida cristiana.

Pero no funcionará tratar de restringir nuestras discusiones acerca de la sexualidad a sus significados espirituales. Si vamos a involucrarnos en la educación sexual de los jóvenes, debemos estar preparados para hablar de penes, vaginas y orgasmos. Cuando los padres han hecho bien su trabajo de enseñar actitudes saludables y cómodas hacia el sexo, la congregación puede construir sobre éste y ayudarles a adquirir información exacta y desarrollar una comprensión cristiana de la sexualidad.

Sin embargo, personas diferentes a los padres y a los jóvenes necesitan oportunidades en la congregación para hablar acerca de la sexualidad y ubicarla en el contexto de interpretaciones ético-teológicas más amplias. Las personas solteras necesitan lugares seguros donde puedan hablar acerca de sus momentos de placer y frustración de ser célibes y ser seres sexuales. Necesitan espacios en donde puedan ser confrontadas y apoyadas mientras intentan llevar vidas de celibato fiel y encontrar formas apropiadas de satisfacer sus necesidades de intimidad y cercanía. Las personas mayores y discapacitadas necesitan oportunidades para discutir sus necesidades especiales y desafíos como personas sexuales. Los seres humanos requieren tener oportunidades dentro de la congregación para explorar lo que significa ser cristiano y sexualmente atraídos por personas de su mismo género.

Todos estos son aspectos de tan gran importancia que no deben ser relegados a que sean una opción que toman las personas sin la ayuda de otros miembros. Todos nos precisamos unos a otros para entender lo que significa ser fiel y sexual, sin importar nuestra edad, necesidades especiales, u orientación.

3. Desarrollar y aclarar un modelo sexual contracultural que refleje los valores del reino. Nuestra cultura, particularmente desde la "revolución sexual", muestra patrones sexuales sobre el modelo individualista y naturalista de la conducta humana. Ella

asume que la naturaleza humana opera en personas independientes de la sociedad y la cultura. Nuestra sociedad cree que los individuos tienen el derecho de buscar la satisfacción sexual fuera de cualquier convención social secundaria como el matrimonio.

Este modelo social también asume que es "natural" que las personas busquen satisfacer sus pasiones y deseos sexuales -la necesidad de sexo se equipara a la necesidad de aire, comida y agua. Por lo tanto, ésta obviamente debe ser satisfecha.

En nuestra cultura, el placer sexual se ha tomado como un ídolo, un dios falso. Como iglesia debemos enseñar y mostrar a nuestros niños y niñas que Cristo nos invita a algo más grande que el mero placer sexual del momento.

Puesto que requerimos enseñar a nuestra niñez a apreciar y a disfrutar el maravilloso don de la sexualidad que Dios nos dio, también debemos enseñarles acerca de las intenciones de Dios para la sexualidad. Estamos llamados a advertir a nuestros hijos e hijas acerca de la tristeza y destrucción que resulta cuando las personas violan el plan divino que Dios tiene para la interacción sexual.

La congregación es un espacio maravilloso en el que se pueden enseñar y mostrar las diferencias entre las conductas sexuales del mundo y las de los creyentes. Nuestra cultura puede ver la expresión sexual como un simple acto biológico y físico. Sin embargo, la iglesia se esfuerza para incorporar la sexualidad en la vida integral de las personas, en la que ésta se debe ver en el contexto de las consideraciones espirituales y morales.

4. Proporcionar a los miembros oportunidades para que usen y disfruten sus cuerpos. Fuera de las expresiones sexuales y de los deportes, nuestra cultura no ofrece muchas oportunidades para que las personas, especialmente los hombres, se toquen físicamente unos a otros. Alguna vez un paciente me confesó que a menos que fuera para tener contacto sexual con su esposa, ser violento con sus hijos o dar golpecitos en la espalda a sus ami-

gos cuando estaba tomando, él realmente no sabía cómo tocar a las personas.

Las congregaciones deben proporcionar espacios en los que los hombres puedan usar sus cuerpos de una manera segura para expresar sentimientos diferentes a la agresión o al sexo. Tal vez, algunas personas necesiten orientación para aprender formas saludables de usar sus cuerpos para expresar ternura y compasión. Una forma puede ser pedir a las personas que durante el servicio pongan sus manos sobre aquéllos por los que se está orando. Otras formas pueden ser pedir que se tomen de la mano para orar o que se abracen durante el servicio. Pasar al frente para imponerle las manos, a un hermano que se le ha comisionado para algún servicio, o cuando se dedica a un niño o niña es una oportunidad para que las personas usen sus cuerpos como instrumentos de ternura y amor.

Al planear la adoración, se debe intentar enseñar a los miembros nuevas formas de practicar la presencia de Dios a través del movimiento, la respiración y el uso del cuerpo en la oración. Los servicios de adoración (especialmente en iglesias de habla inglesa) con mucha frecuencia tienen un énfasis sesgado en las expresiones racionales e intelectuales. Las iglesias latinas, por ejemplo, son conocidas por ser más expresivas en sus cultos; esto permite que sus miembros usen su cuerpo más activamente en la adoración. Vemos esto como algo positivo en la incorporación total de nuestro ser en presencia de Dios durante el culto, lo cual afirma lo que estamos tratando de decir en esta sección.

Habiendo dicho todo esto, es importante para las víctimas saber que sus fronteras de contacto no serán violadas en la iglesia. Es esencial para que se sientan seguros. Por lo tanto, al planear el culto debemos evitar la expectativa de que todos se toquen. Las personas deben recibir permiso de tocar y rehusarse en forma amable si violenta su sentido de seguridad y comodidad.

Los comités de educación cristiana harían bien en reconocer el cuerpo como un tema apropiado para estudiar juntos. Las congregaciones pueden estar dispuestas a ofrecer clases de nutrición, relajación y bienestar. De igual manera, los miembros de la iglesia deben tener muchas oportunidades de disfrutar su ser corporal juntos. Cantar himnos, hacer servicios que incluyan lavatorio de pies, proyectos de construcción, dinámicas de grupo, proyectos de servicio voluntario; jugar fútbol y hacer ejercicio son actividades en las cuales los miembros de la iglesia pueden interactuar corporalmente en forma sana.

5. Modelar formas sanas de ser mujer y ser hombre. Quizás el paso más importante que las congregaciones pueden dar para promover actitudes y comportamientos sexuales sanos es modelar formas cristianas de estar juntos como hombres y mujeres. Este libro ha explorado el daño hecho a hombres y mujeres en esta cultura, al enseñarles ciertos comportamientos y actitudes considerados apropiados para unos y otros. En una cultura que enseña que los hombres deben ser siempre fuertes, dominantes, agresivos y en posesión del control, las congregaciones deben trabajar creativa y conscientemente para comunicar y modelar formas diferentes de ser hombre.

Puesto que los niños aprenden que ser masculino significa no ser como su madre, no ser "una nena", las cualidades asociadas con la maternidad —cuidado, ternura, suavidad— tienden a ser reprimidas y menospreciadas en los hombres. Cuando estas cualidades se debilitan es más probable que los adultos abusen de los niños y las niñas en cambio de protegerlos y cuidarlos.

Los muchachos son bombardeados con imágenes y modelos de hombres que dominan, controlan sus emociones y las de otras personas, y tienen contacto físico en su mayor parte a través del sexo. Los muchachos tienen pocos modelos, sin embargo, de hombres vulnerables, suaves y tiernos. Por lo tanto, las congregaciones deben proporcionar oportunidades para que los hom-

bres desarrollen sus cualidades tiernas y protectoras y los muchachos puedan ver modelos contraculturales de masculinidad.

Los muchachos necesitan ver hombres expresando afecto y ternura en relaciones que no involucran sexo, tales como amistades con otros hombres e interacciones que implican cuidar de niños y niñas. Precisan ver hombres que ayudan con la preparación de comidas y con el servir alimentos en la congregación. Los muchachos necesitan muchas ocasiones de ver a hombres cristianos respondiendo con un toque suave, con calidez emocional y vulnerabilidad.

La sociedad dice a las niñas y mujeres que las hembras son sumisas, pasivas, dóciles y dependientes. Estas actitudes y comportamientos hacen menos probable que una mujer se proteja a sí misma del abuso. La iglesia debe apelar a lo divino que hay en cada mujer, enseñándoles que también fueron hechas a imagen de Dios.

Las mujeres que verdaderamente creen que, al igual que los hombres, fueron creadas a imagen y semejanza de Dios, son más capaces de protegerse y proteger a sus hijos e hijas de la violencia y el abuso. Las mujeres de la congregación necesitan ayuda para distinguir entre relaciones basadas en la explotación y aquéllas basadas en la igualdad y el consentimiento mutuo.

Dentro de la congregación, las mujeres deberían ser animadas a usar su capacidad de liderazgo y sus dones espirituales. También ser alentadas a trabajar para lograr relaciones sanas con esposos, amistades y familias. Deberían experimentar reafirmación, a medida que aclaran sus propias necesidades y sus anhelos, y trabajar en las relaciones para satisfacerse, de la misma manera que cuidan de los demás.

Los hombres deberían ser retados a examinar sus vidas y relaciones que identifiquen patrones y actitudes que reflejan más la Caída que las intenciones originales de Dios para la humanidad. Deberían ser animados, dentro de un espacio seguro y solidario

de la congregación, a identificar y confesar comportamientos que oprimen, controlan y dominan a las mujeres. Ser desafiados a identificar, confesar y cambiar formas de actuar que disminuyen a las mujeres y las convierten en objetos.

> *Los miembros del cuerpo de Cristo deben trabajar creativamente para aprender formas de funcionamiento en parejas, basadas en la reafirmación de la diversidad, la responsabilidad mutua, la suavidad y la fuerza que dan poder no sólo a los hombres sino también a las mujeres, a los niños y las niñas. Convendría que ambos, hombres y mujeres trabajaran por relaciones que reflejen reciprocidad, igualdad y complementariedad plasmadas como intenciones de Dios para las relaciones humanas en el recuento de la creación contenido en el Génesis. Cuando los miembros de la iglesia se sientan cómodos con su cuerpo y muestren actitudes y comportamientos sexuales integrales, el culto y la vida de la congregación se caracterizarán por una nueva energía.*

Epílogo

Estoy muy agradecido y halagado que Carolina y las hermanas encargadas de la edición en español de este libro me hayan tomado en cuenta para hacer el epílogo. Pero me pregunto ¿por qué yo? ¿no hubiera sido mejor que una de las innumerables víctimas o por lo menos alguna miembra del genero lo hiciera? En fin, garrapateo esta líneas con temblor, profunda pena y muchísima admiración por Carolina y las valientes mujeres que han tenido y tienen el coraje de denunciar este pecado alienante destapando una vez más su dolor, a menudo oculto en todos los estratos de nuestras sociedades.

Respondo no solo desde la lectura de este documento, sino de decenas de entrevistas de consejería a mujeres quienes han depositado su confianza para abrir su corazón y compartir esa triste y alienante experiencia. Gracias a ellas porque han abierto su herida luminosa a uno que pertenece al género del cual son víctimas. Yo he sufrido también con ellas el relato, a riesgo de no ser objetivo, pero no se puede pasar desapercibido a la profunda angustia de una mujer agredida que relata su dolor a un hombre. Sin ser victimario he experimentado la redención al recibir liberación por las palabras de las víctimas. Solo las víctimas pueden liberar a los victimarios de la prisión de sus recuerdos nefastos.

Este documento es maravilloso no por lo terrible de las experiencias relatadas en el sino porque una mujer agredida al leerlo en la identificación de sus lágrimas, puede iniciar el camino de su sanidad. Como psicoterapeuta estoy convencido, como lo está Carolina, que solo exponiendo los sucesos traumáticos se está en camino de la curación. Y solo cuando la víctima conoce el

abuso y lo identifica con su victimario puede luchar y separar el trauma para poder perdonar.

El desastre más grande en el abuso recae en el hecho de que por lo general el abusador es alguien significativo en la vida del niño, la niña, la mujer, el anciano o anciana. La problemática de usar el amor filial, parental o de amistad para inducir al abuso siembra conflictos de lealtades que a menudo no pueden ser descodificados por el o la abusada.

En el libro, aunque no se manifiesta abiertamente indica que el abuso es a menudo un asunto escondido en la sociedad, lo que lo hace más terrible porque mantiene como siempre invisibilizada a la mujer. Carolina indica que no hay argumento capaz de justificar el abuso a una mujer u hombre aun cuando se dé en circunstancias que aparentemente podrían poner en duda la responsabilidad del abusado o abusada.

El hecho que los psicoterapeutas constaten clínicamente el trauma permanente que causa el abuso, debiera llevarnos a todos a plantear cambios profundos en la sociedad que tolera y esconde este nefasto pecado. Por eso Carolina dice que este no solo es un pecado personal sino social. Social por cuanto es reproducido en sociedades donde todo se valora desde el punto de vista antropocéntrico.

PECADO SEXUAL

Siempre he dicho que uno de los dones más hermosos que Dios ha dado a los seres humanos es el sexo. Quien no puede o es impedido a gozar de este don no puede valorar a Dios. Justamente este don es el primero que se deteriora con el abuso. Muchas esposas o esposos que han experimentado el abuso en su temprana edad se ven impedidos de gozar la intimidad sexual porque reproducen el trauma asociándolo, a pesar de estar, quizás con hombres y mujeres excepcionales. En clave Neofreudiana diríamos que este abuso de poder hace que la pared de separación fortalezca las otras separatividades de la personalidad.

Los mecanismos de defensa actúan en conductas tales que los y las abusadas niegan que existió la situación. Cuando algo es muy doloroso uno tiende creer que no sucedió que fue un mal sueño. También se relega a lo más profundo de su vida psíquica el recuerdo doloroso para no traerlo a la conciencia. Dichos recuerdos sólo afloran en forma de imaginaciones y sueños. Esto es genial en el libro porque la autora reproduce poemas de las abusadas. Muchas veces las experiencias cumbre o traumáticas solo se pueden decir en forma cifrada usando la imaginación como válvula de expresión que refleja nuestra alegría o nuestro dolor.

Los tests de apercepción temática están hechos para hacer surgir esa realidad de dolor en la imaginación. Quizá el mecanismo que más se manifiesta en la persona que ha sido abusada es el de la justificación racional a la conducta inapropiada del abusador. Quizá esto sea también porque el abusador sensibiliza a su víctima justificando su agresión. Al final estos mecanismos lo que le permiten a la persona es hacer la vida menos dolorosa mientras el trauma permanece. El salmo 32: 1 y ss, en la versión de RV 60 dice: *"mientras callé envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día"*. Por supuesto que este texto habla de aquella persona que al no confesar su pecado se pudre por dentro. Pero comparándolo con la lucha feroz, interna de las víctimas del abuso, la situación es igual, a juzgar por los ejemplos que Carolina nos presenta.

Este libro tiene gran poder precisamente porque abstrae la teoría de la realidad. Los psicólogos pueden hacer mal racionalizando las actitudes de abuso a partir de la sola interpretación de tipologías y teorías de la conducta humana. El psicoterapeuta debería empezar por el hecho y luego el dicho. Este camino es infinitamente más difícil pues es algo doloroso, casi inaudito para aquellos que no han pasado por este "camino de sombras de muerte". Pero si para los terapeutas este camino es doloroso, cuanto más lo será para aquellos y aquellas que han tenido el valor de volver a descubrir el dolor frente al otro. En algunos

casos cuando el psicoterapeuta es hombre, uno puede sentir la carga de la transferencia hostil, y con justa razón.

La analogía que Carolina utiliza al comparar el trauma con los efectos desbastadores de la guerra es apropiada por su densidad y dureza. Una guerra deja profundas cicatriz, pérdidas y desconfianza en los sobrevivientes.

La sociedad "moderna" tiende a violentar al más débil, a las viudas, a los huérfanos, al extranjero. El relato bíblico pondera la actitud política del pueblo de Dios como reino, en la capacidad que se tenga de amparar a las viudas, huérfanos y extranjeros. Qué tienen esos seres humanos en común? Que son vulnerables, que están en las manos de otros, quienes sin valores bien fundados pueden abusarlos.

Las relaciones de género no han de ser caracterizadas como enfrentadas sino alterativas. Por eso el termino "sexo opuesto" es una realidad que pinta la mala comprensión del querer de Dios para los seres humanos. Por eso el trauma como resultado del abuso es nefasto porque afecta la capacidad de convivir armoniosamente con el sexo complementario. Puntualizo la palabra complementario, porque en género desde el punto de vista bíblico, el otro, la otra, son seres que están llamados a complementar la imagen de Dios en su unidad. La unidad de género no necesariamente se refiere al matrimonio, sino a la contribución de hombres y mujeres en el desarrollo de todas las áreas de realización humana en el mundo. Este término de "opuesto" justamente abona en la concepción que el hombre y la mujer son y deben ser antagónicos y por lo tanto justificar la dependencia de uno sobre otro.

La espiritualidad frustrada entendida como deserción de la religión se concreta en la paternidad humana deteriorada que a su vez desfigura la imagen de Dios como padre. Muchos de los abusos, por increíble que parezcan, provienen de los familiares más cercanos, padres, madres, hermanos/as, primos, abuelos etc. Esto afrenta directamente las imágenes de amor y protección que

luego se relacionan con la espiritualidad. Con sobrada razón expresa el libro de Carolina que muchas mujeres dejan la religión porque identifican a Dios con un padre abusador. Mas aun cuando ese padre o madre son miembros y hasta pastores/as de una iglesia. Pero a eso contribuye la concepción teológica errónea de la arbitrariedad de Dios como en su soberanía. La asociación de la figura de autoridad con la teología común de un Dios autoritario termina por destruir toda fe. Así la autora dice: "es muy difícil tener un fundamento espiritual saludable cuando el abuso sexual y las enseñanzas acerca de Dios vienen de la misma persona".

El efecto patológico es más duradero y profundo cuanto más joven haya sido la víctima al momento del trauma. Esto se reflejará en la autoestima. Por la experiencia clínica, sabemos lo difícil que es conducir a una mujer a no culparse del daño infligido por su agresor y más cuando este ha sido su padre. Para una niña la imagen del padre o madre es casi sagrada. El ser protector, amoroso no "puede ser culpable" por eso prefiere culparse y así tenerse en baja estima.

La psiquis humana y particularmente la del agredido hace que solo el o ella sean las culpables. La suciedad del otro/a, la culpabilidad de otro/a es cargada vidicativamente por la víctima. Que terrible es pensar que la víctima sigue victimizándose toda la vida. Cuando era estudiante de psicología conocí en el neuropsiquiátrico de Guatemala una mujer que se había deformado y lacerado sus genitales de tanto lavarlos tratando de extinguir su mancha. Este mecanismo actúa según la autora del libro porque "la niña asume la responsabilidad de los pecados de su abusador en un intento inconsciente para sentirse menos vulnerable" Esto no solo afecta la psiquis sino el cuerpo a causa de la somatización. Deja una huella dolorosa plasmada en el cuerpo.

La sociedades patriarcales refuerzan la baja autoestima cuando hacen parecer a la mujer como el sexo débil. Es conocido de todos que en el libro de proverbios la perversa es siempre la mujer. Incluso en las cartas de Pablo esta parece como vaso más frágil.

Este libro excepcional, que sin duda va ayudar mucho a los consejeros y consejeras, pastores y pastoras, y a todos nosotros los hombres, de "buena voluntad", termina de manera positiva. ¡Hay posibilidad de curación! Por eso es que todas aquellas personas que han tenido la valentía de expresar los hechos dolorosos de su vida son "de increíble vitalidad y fortaleza interior" como nos dice la autora. Las teologías de la sujeción de la mujer sin mayor explicación y sin terminar el contexto en que esta escrito, son reforzadoras de la alienación de aquellas. La poesía de sor Juana Inés de la Cruz en sus redondillas expresa la necedad de los hombres y una sociedad, destapando la hipocresía:

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis,
si con ansia sin igual
solicitáis su desdén
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?.
Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Que el Señor perdone a todos aquellos que abundando en una cultura antropocéntrica colaboran en mantener y esconder el abuso a nuestras hermanas y compañeras de vida. Sociedades andragógicas que mantiene el derecho de los adultos en detrimento de los niños y niñas también detienen la justicia. Que este libro lo podamos leer muchos hombres para reflexionar profundamente sobre nuestras vidas, y porque no, quizá hasta atrevernos a confesar nuestro pecado a la maravillosas mujeres que son el don de Dios para nuestras vidas.

Mario Higueros
Psicólogo – Psicoterapeuta
Decano Seminario Semilla Guatemala

Bibliografía

Adams, C.J. (1992). Naming, Denial and Sexual Violence. Manuscript submitted for publication.

Adorno, T.W., D.J. Levinson, E. Frenkel-Brunswik, and R.N. Sanford, (1950). The Authoritarian personality, New York: Harper.

Allender, D.B. (1990). The Wounded Hear: Hope for adult victims of childhood sexual abuse. Colorado Springs, Colo.: Navpress.

Allport, G.W. (1950). The individual and his religion. New York: Macmilan.

Augsburger, D. (1980). Caring enough to forgive. Scottdale, Pa.: Herald Press.

Bandura, A. (1977). "Self-efficacy: Toward a unifying theory of behavioral change". Psychological Review, 84, 191-215.

Bender, T.T. (1982). Christians in Families. Scottdale, Pa.: Herald Press.

Bell, A. And C.S. Hall (1976). "The personality of a child molester". In M.S. Weinberg (ed), Sex Research: Studies from the Kinsey Institute. Oxford: Oxford University Press.

Bilezikian, G. (1985). Beyond sex roles: What the bible says about a woman's place in church and family. Grand Rapids, Mich.: Baker Book House.

Blume, E.S. (1990). Escaping the shadows, seeking the light: Christians in recovery from childhood sexual abuse. San Francisco: Harper Collins.

Brown, J.C. and C.R. Bohn (eds.). (1989). Christianity, patriarchy and abuse; A Feminist Critique. New York: Pilgrim Press.

Bullough, V., and Bullough, B. (1977). Sin, sickness, and sanity: A history of sexual attitudes. New York: The New American Library.

California Department of Mental Health, Office of Prevention. (1979) In pursuit of wellness (Report No. 108). San Francisco: Author.

Caputi, J. (1987). The age of sex crime. Bowling Green, Ohio: Browling Green State University Popular Press.

Carmody, D. (1979). Women and world religions. Nashville: Abingdon.

Chodorow, N. (1974). "Family Structure and feminine personality". In M.Z.rosaldo and Lamphere (eds.), Woman, culture and society. Stanford: Stanford University Press.

Christenson, L. (1970). The christian family. Minneapolis: Bethany Felowship.

Clanton, J.A. (1990). In whose image? God and gender. New York: Crossroad.

Coopersmith, S. (1967). The antecedents of self-esteem. San Francisco: W.H. Freeman.

Courtois, C.A. (1988). Healing the incest wound. New York: W.W.Noroton and Company.

Creighton S.J. (1987). "Child abuse in 1986". Social Services Research, 16, 3, 1-10.

Daly, M. (1975). The Church and the second sex. New York: Harper and Row.

Densen-Gerber, J. (1983). "Why is there so much hard-core pornography nowadays? Is it threat to society or just a nuisance?" Medical apsects of human sexuality, 17, 35.

Dinsmore, C. (1991). From surviving to thriving: Incest, feminism and recovery. Albany,N.Y.: State University of Nex York Press.

Dobson, J. (1970). Dare to discipline. Glendale, Calif.: Regal Books.

Eisler, R. (1987). The chalice and the blande: Our history, our future. San Francisco: Harper and Row.

Enright, R.D., D.L. Eastin, S. Golden, I. Sarinopoulos, and S. Freedman, (1992). "Interpersonal forgiveness within the helping professions: An attempt to resolve differences ofopinion".Counseling and values, 36, 84-103.

Falwell, J., ed. (1981). The fundamentalist phenomenon: The resurgence of conservative christianity. Garden City, N.J.: Doubleday.

Feierman, J.R., ed. (1990). Pedophilia: Biosocial dimensions. New York: Springer-Verlag.

Finkelhor, D. (1984). Child sexual abuse: New theory and research. New York: The Free Press.

——————— (1986). A sourcebook on child sexual abuse. Newbury Park, Calif.: Sage Publications.

Fortune, M.M. (1983). Sexual violence: The unmentionable sin. New York: The Pilgrim Press.

——————— (1989). Is nothing sacred: When sex invades the pastoral relationship. San Francisco:Harper Collins.

Fromuth, M.E. (1983). "The long-term psychological impact of childhood sexual abuse". Unpublished doctoral dissertation, Auburn University, Auburn, Ala.

Garbarino, J., and S.H. Stocking, (1980). Protecting children from abuse and neglect. San Francisco: Jossey-Bass.

Gilligan, C. (1982). In a different voice: Psychological theory and women's development. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Goldstein, M.J., H.S. Kant, and J.J. Hartman (1973). Pornography and sexual deviance. Los Angeles.: University of California Press.

Gothard, B. (1975). Research and pr:nciples of life. Oak Brook, III.: Institute in Basic Youth Conflicts.

Greven, P. (1990). Spare the child: The religious roots of punishment and the psychological impact of physical abuse. New York: Alfred A. Knopf.

Groth, N.A., and H.J. Birnbaum, (1978). Adult sexual orientarion and attraction to underage persons. Archives of sexual behavior, 7, 3, 175-181.

Hammer, R.F., and B.C. Glueck. Jr. (1957). "Psychodynamic patterns in sex offenders: A four-factor theory". Psychiatric Quarterly 31, 324-345.

Handford, E.R. (1972). Me? Obey him? Murfreesboro, Tenn.: Sword of the Lord.

Hargrove, B. (1983). "Family in the white american protestant experience". In W.D. D'Antonio and J. Aldous eds., Families and religion: Conflict and change in Modern society (pp. 113-140). Beverly Hill: SAGE.

Heggen, C.H. (1989). "Dominance/submission role beliefj, self-esteem and self-acceptance in christian laywomen". Unpublished doctoral dissertarion, university of New Mexico.

Heitritter, L. and J. Vought, (1989). Helping victims of sexual abuse: A sensitive, biblical guide for counselors, victims and families. Minneapolis: Bethany House.

Hendrix, H. (1988). Getting the love you want: A guide for couples. New York: Harper and Row.

Herman, J., and L. Hirschman, (1981). "Families at Risk for father-Daughter incest". American Journal of Psychiatry, 138, 967-970.

Herman, J.L. (1981). Father-Daughter Incest. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Howells, J. (1981). "Adult sexual interest in children: Condirations relevant to theories of eriology". In M. Cook and K. Howells (eds.), Adult sexual interest in children. New York: Academic Press.

Hull, G.G. (1987). Equal to serve: Women and men in the church and the home. Odl Tappan, N.J.: Fleming Revell.

Ingersoll, S.L., and S.O. Patton, (1980). Treating perpetrators of sexual abuse. Lexington, Mass.: Lexington Books.

James, W. (1936). The varieties of religious experience. New york: Modern Library.

LaHaye, B. (1980). I am a woman by God's desing. Old Tappan, N.J.: Fleming H. Revell.

LaHay, T. (1990). If ministers fall. Can they be restored? Grand Rapids, Mich.: Zondervan.

Landis, J. (1956). "Experiences of 500 children with adult sexual deviants". Psychiatric Quarterly Supplement, 30, 91-109.

Laslett, P. (1972). Household and family in past time. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.

Lebacqz, K., and R.G. Barton, (1991). Sex in the parish. Louisville: Westminster/John Knox Press.

Lessin, R. (1979). Spanking: Why, When, How? Minneapolis: Bethany House Publisher.

Long, V.O., and C.H. Heggen, (1988). "Clergy perceptions of spiritual health for adults, men, and women". Counseling and values. 32 (3), 213-220.

Loss, P., and E. Glancy. Men who sexually abuse their children. Medical aspects of human sexuality, 17, 328-329.

Maltz, W., and B. Holman, (1987). Incest and sexuality: A guide to undestanding and healing. Lexington, Mass.: Lexington Books.

McGuire, R.J., J.M. Carlisle, and B.G. Young (1965). "Sexual deviations and conditioned behavior. A hipothesis". Behavior and reseach therapy, 2, 185-190.

Miller, J.B. (1976). Toward a new psychology of women. Boston: Beacon Press.

Miller, P. (1976). "Blaming the victim of child molestation: An empirical analysis". Unpublished doctoral dissertarion, Northwestern University, Evanston, III.

Money, J. (1986). Lovemaps: Clinical concepts of sexual/ erotic health and pathology, paraphilia, and gender transposirions in childhood, adolescence, and maturity. New York: Irvington.

Muck, T.C., ed. (1989). Sins of the body: Ministry in a sexual society. Carol Stream, III.: Word.

Nelson, J.B. (1978). Embodiment: An approach to sexuality and christian theology. Minneapolis: Augsburg Publishing House.

Oswald, R., and O. Kroeger, (1988), Personality type and religious leadeship. Washington, D.C.: The Algon Institute.

Pancheri, P., and C. Benaissa, (1978). "Stress and psychosomatic III-ness". Spielberger and I. Sarason (Eds.), Stress and anxiety, Vol.5. Washington, D.C.: Hemisphere.

Pelton, L.H., ed. (1981). The social context of child abuse and neglect. New York: Human Sciences Press.

Peters, S.D. (1984). "The relationship between childhood sexual victimization and adult depression among afro-american and white women". Unpublished doctoral dissertation, University of California at Los Angeles.

Rohr, R., And A. Ebert, (1990). Discovering the enneagram. New York: Crossroad.

Ruether, R., ed. (1974). Religion and sexism: Images of woman in the jewish and christian traditions. New York: Simon and Schuster.

Rush, F. (1980). The best secret: Sexual abuse of children. Nex York: McGraw-Hill.

Russell, D.E.H. (1982). Rape in marriage. New York: McMillan.

——————— (1983). "The incidence and prevalence of intrafamilial and extrafamilial sexual abuse of female chilren". Child Abuse and Neglect, 7, 133-146.

——————— (1984) "The prevalence and seriousness of incestuous abuse: Stepfathers vs. Biological Fathers". Child Abuse and Neglect, 8, 15-22.

——————— (1986). The secret trauma: Incest in the lives of girls and women. New York: Basic Books.

Rutter, P. (1989). Sex in the forbidden zone: Whe men in power – Therapists, Doctors, Clergy, Teachers, and others- Betray women's trust. Los Angeles: Jeremy P. Tarcher.

Salter, A.C. (1988). Treating child sex offenders and victims: A practical Guide. Newbury Park, Calif.: SAGE.

Smith, J. (1989). Misogynies: Reflections of myths and malice. New York: Fawcett Columbine.

Stoller, R.J. (1964). "A contribution to the study of gender indentity". International Journal of Psycho-analysis, 45, 220-226.

Swartley, W.M. (1983). Slavery, Sabbath, War and Women. Scottdale, Pa.: Herald Press.

Triple, P. (1978). God and the rhetoric of sexuality. (Overtures to biblical theology series). Philadelphia: Fortress.

———————— (1984). Texts of terror: Literary-feminist readings of biblical narratives. Philadelphia, Pa.: Fortress Press.

Van Leeuwen, M.S. (1990). Gender and Grace: Love, work and parenting in a chaging world. Downers Grove, III.:Inter Varsity Press.

Vine, W.E. (1985). An expository dictionary of biblical words. Nashiville: Thomas Nelson.

Witmer, J., C. Rich, R.S. Barcikowski, and I.C. Mague, (1983). Psychosocial characteristics mediating the stress responde: An exploratory estudy. The Personnel and Guidance Journal, 62. 73-77.

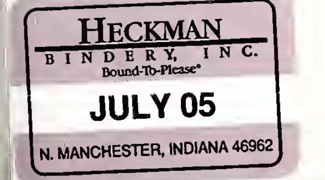
1. Este poema es de Ann Campell
2. Tamayo, Luz Marina. Mujeres y Conflicto Armado en el Conflictodel Derecho Internacional Humanitario. Pág. 23. En Memorias del Encuentro Nacional Ecuménico de Mujeres por la Paz.

Carolyn Holderread Heggen

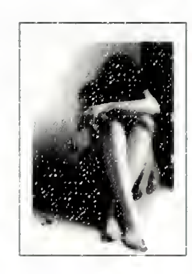
Su dominio en el tema, en el contexto cristiano evangélico, le otorga el respeto que merece por sus dos décadas como psicoterapeuta y consejera profesional, especialmente tratando con adultos sobrevivientes del abuso sexual y las muchas víctimas que ella a ayudado en su proceso de sanidad.

Carolyn es madre de tres hijos adultos (Melissa, Amanda y Mark) y eso le ha dado la oportunidad de servir en otro país. Recientemente se ha radicado junto con su esposo Richard en Nepal para trabajar por dos años con el Comité Central Menonita atendiendo en su calidad de consejera profesional a trabajadores de habla inglesa en ese país. También ha estado en América Latina, India y Pakistán, poniendo al servicio de la iglesia su experiencia y capacidad profesional. Ella desea que la iglesia sea un espacio seguro y terapéutico para todos y todas.

Carolyn recibió sus títulos B.A. y M.A del Oregon Satate University, y ún Ph.D del University Of New Mexico en los EEUU.


HECKMAN
BINDERY, INC.
Bound-To-Please®
JULY 05
N. MANCHESTER, INDIANA 46962


GOSHEN COLLEGE - MENNONITE HISTORICAL LIBRAR
3 9310 02024850 4



Lo mejor de este libro: reflexiona las causas del abuso en profundidad sin perder de vista a las "sobrevivientes" y sus testimonios de vida. Aspira a conductas ideales mientras atiende realidades y expresa claramente que no hay nada que pueda justificar el abuso de ningún tipo.

Beatriz Buono
Directora Editorial Certeza
Pastora de Mujeres Iglesia Bautista del Centro de Buenos Aires

Este libro ofrece a la Iglesia la esperanza no sólo de prevenir el abuso sexual sino también de contribuir al desarrollo de una sexualidad sana, comenzando con una buena base bíblica y teológica.

Irene Foulkes
Profesora de Biblia Universidad Bíblica Latinoamericana

Que este libro lo podamos leer muchos hombres para reflexionar profundamente sobre nuestras vidas, y porque no, quizás hasta atrevernos a confesar nuestro pecado a las maravillosas mujeres que son el don de Dios para nuestras vidas.

Mario Higueros
Psicólogo – Psicoterapeuta
Decano Seminario Semilla Guatemala

Hoy, cuando por fin alguien se atreve a desenmascarar la "negación" de tal hecho en el ámbito cristiano, la temática del libro se torna en una fuente de esperanza que invita a la comunidad de fe a revisar sus prácticas y vivencias las cuales siempre han de estar a favor de la persona abusada.

Alix Lozano
Directora Seminario Bíblico Menonita de Colombia

En este libro, la autora combina con sumo equilibrio, la seriedad teórica con la profundidad del compromiso cristiano para ofrecernos un valioso recurso pastoral y educativo. Ella, como psicoterapeuta, pero también como víctima sobreviviente del abuso, nos entrega una herramienta indispensable para el cumplimiento de la tarea sanadora y restauradora de la Iglesia.

Harold Segura
Teólogo y Pastor
Asesor - Consultor Visión Mundial Internacional





